

INSTITUTO DE LITERATURA
BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ
PORTUGAL

INGENIERIA - JOSE ANTONIO

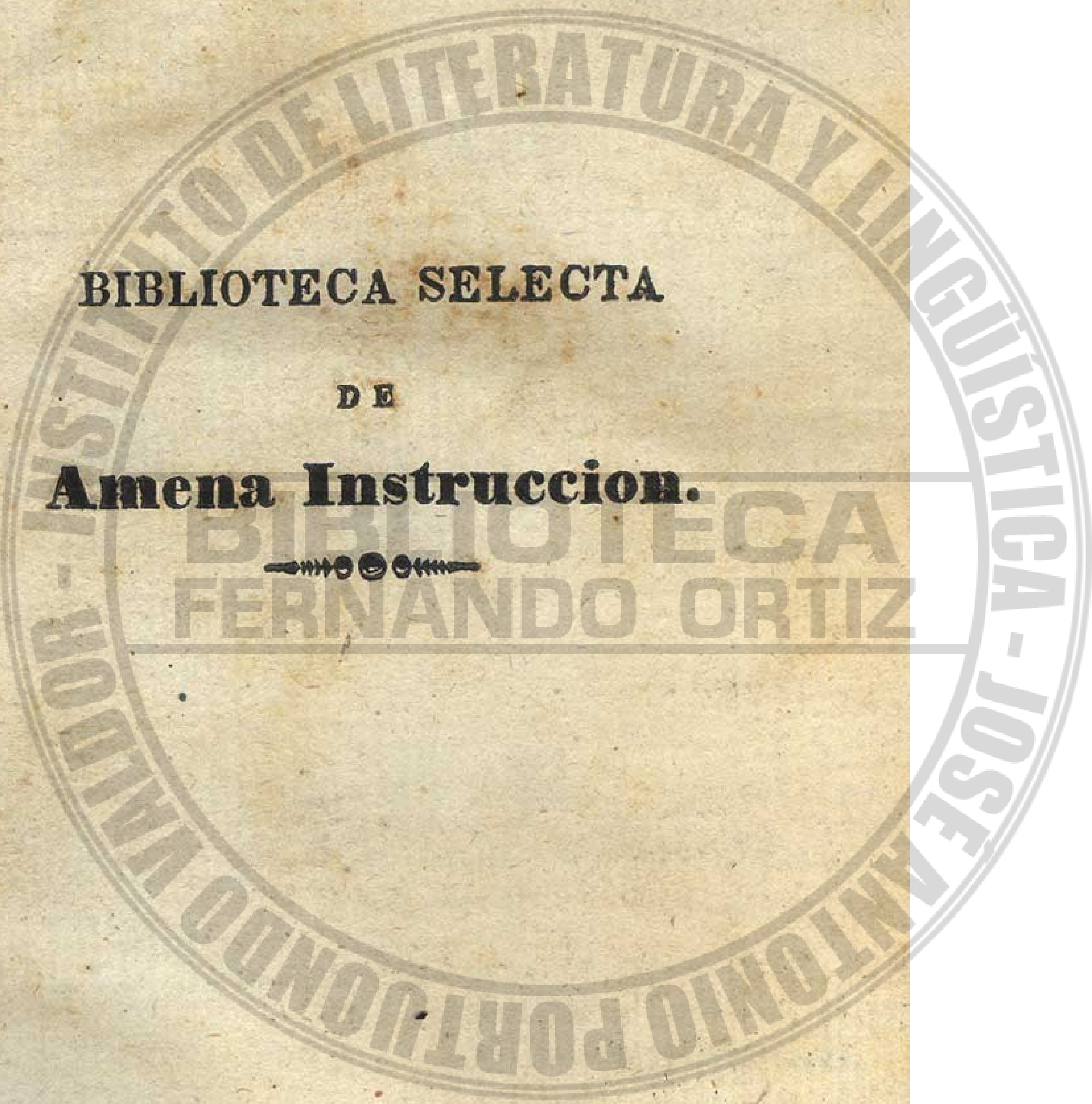
BIBLIOTECA SELECTA

DE

Amena Instruccion.



**BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ**





INSTITUTO DE LITERATURA Y LINGÜÍSTICA

BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ

ANTONIO PORTUONDO MANRIQUE

Sociedad Económica
de Amigos del País
BIBLIOTECA

BIBLIOTECA SELECTA

DE

AMENA INSTRUCCION,

POR

D. Mariano Torrente.

FERNANDO ORTIZ

TOMO 3.

SOCIEDAD ECONOMICA
BIBLIOTECA

HABANA:

IMPRESA DE D. T. JORDAN, C. DE MERCADERES.

AGOSTO DE 1836.

INSTITUTO DE LIT. Y LINGUISTICA
BIBLIOTECA

PROCEDENCIA

F. O.

FECHA

1-9-75

NUM.

21385

BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ

081
TORR

B
J. 3-4

TRATADO
DE GEOGRAFIA.

La palabra griega jeografía significa descripción de la tierra.

La tierra es el tercer planeta de nuestra clasificación astronómica: su forma es esférica, i su curso se mantiene por un movimiento de rotación sobre su eje, cuya presión ácia los polos hace que se disminuya su convexidad en razon directa de la proximidad á ellos.

Antes de internarnos en la parte difícil de esta ciencia procederemos á dar la definición de los puntos que la componen.

La *esfera* es una máquina redonda compuesta de diez círculos, i de un globo en el centro que representa la tierra: se llama artificial por ser efecto del arte, i armilar por ser compuesta de círculos i anillos. Supuestos estos principios, todas las líneas que se tiren desde el centro de la esfera serán perfectamente iguales.

Circunferencia ó *periferia* es el círculo que está al rededor: toda línea tirada desde la circunferencia al centro se llama *semidiámetro*; i toda línea tirada rectamente desde un punto de la periferia á otro, cruzando por el centro, se llama *diámetro*.

Eje es una línea inmóvil que pasa por el centro de un punto de la circunferencia al otro, sobre el que se mueve la esfera.

Polos de la esfera son los dos puntos en que termina la línea del eje: el que está sobre nosotros es conocido con el nombre de *ártico* por el signo celeste llamado *Arc-*

7
tos por los griegos; i el polo opuesto se llama antártico.

Círculos de la esfera son las líneas que circuyen un centro con igual distancia de partes; de éstos los hai mácsimos i meñores; los primeros que dividen la esfera en dos partes iguales son seis en número, á saber: ecuador, horizonte, meridiano, zodiaco i los dos coluros; los segundos, que no la cortan en partes iguales, son los dos trópicos i los dos círculos polares.

De los círculos mácsimos.

El ecuador, equinocial ó línea, que es lo mismo, corta la tierra por el centro, dejando la una mitad al Norte i la otra al Sur; i tiene 360 grados de un punto á otro.

Horizonte es aquel listoncito de madera que circuye el globo artificial, i que lo separa en hemisferio superior é inferior, i es llamado racional por los jeógrafos para

diferenciarlo de la última parte de la tierra ó mar que se nos presenta á la vista, la que es conocida por los mismos con el nombre de horizonte sensible.

Meridiano es aquella línea tirada de polo á polo que corta el ecuador en ángulos rectos, i que tiene 360 círculos: llamáse meridiano porque cuando el sol llega á cada uno de estos círculos es mediodia para los pueblos que caen debajo del mismo.

Zodiaco es una faja ancha que corta el ecuador oblicuamente, i en la que están repartidos los doce signos del año por el orden siguiente:

1. Aries....,.... Marzo.
2. Tauro..... Abril.
3. Géminis.... Mayo.
4. Cáncer..... Junio.
5. Leo..... Julio.
6. Virgo..... Agosto.
7. Libra..... Setiembre.
8. Escorpion... Octubre.

9. Sajitario..... Noviembre.
10. Capricornio. Diciembre.
11. Acuario..... Enero.
12. Piscis..... Febrero.

Por medio de esta faja pasa una línea llamada eclíptica, porque suceden los eclipses cuando está el sol debajo de ella; se llama tambien camino del sol, porque aunque los otros planetas salen fuera de ella, el sol nunca. Por razon de su oblicuidad tiene el zodiaco distintos polos, que distan de los del mundo 23 i medio grados.

Los coluros son las dos líneas que pasan por medio de los dos polos del globo: el uno de ellos, que cruza por los puntos equinociales de Aries i Libra, se llama coluro de los equinocios; i el otro, que atraviesa por los solsticios de Cáncer i Capricornio, se llama coluro de los solsticios.

De los círculos menores.

Los trópicos, cuya voz se deriva de la voz griega *tropi*, que significa mutacion ó conversion, porque cuando el sol llega á estos círculos muda de curso, se dividen en Cáncer i en Capricornio; i ambos distan de la equinocial veinte i tres grados i medio. El de Cáncer mira al polo ártico, i el de Capricornio al polo antártico; i como el sol llega al primero en 21 de junio, i al segundo en 21 de diciembre, marcan estos dos puntos opuestos los dias mas largos i los mas cortos, ó sea los de mayor verano i de mayor invierno, porque el primero es el punto en que está el sol mas cerca de nosotros, i el segundo el en que está mas distante.

Por esta razon se llama aquel solsticio de verano i éste de invierno; diferentes de los equinocios que son en 20 de marzo i 21 de setiembre, porque cuando el sol está

en ambos puntos, es decir, debajo del ecuador, en ambos puntos son iguales las noches con los dias.

De las Zonas.

Las zonas se dividen en cinco: dos frías, que son aquellos dos espacios de 23 grados i medio cada uno mas contiguos á los polos ártico i antártico, que hemos designado con el nombre de círculos polares: dos templadas de 43 grados cada una, que se hallan entre los círculos polares i la zona tórrida por ambos hemisferios; i zona tórrida todo aquel espacio de 47 grados que se halla entre los trópicos, cortando la línea por medio, quedando por consiguiente 23 grados i medio á cada hemisferio.

El ámbito de cada zona se subdivide por climas; en llegando la distinta situación de los países á formar media hora de

diferencia en el día mayor de un punto con otro, resulta diversidad de clima; pues que en esto consiste dicha variedad, i no en el mayor ó menor frío de la atmósfera.

De la latitud, longitud i crepúsculos.

La latitud es la medida que hai desde la equinocial al polo, mediante líneas paralelas al ecuador tiradas de abajo arriba en nuestro hemisferio, i vice versa en el opuesto, contándose sus grados por ambos lados del globo ó mapa, por ser repetida en ambos la numeracion; la cual se pierde en el polo marcando los 90 grados en la parte septentrional, i los otros 90 en la meridional.

La longitud de un lugar es su distancia del primer meridiano, mediante círculos paralelos á él tirados de arriba abajo que cortan las líneas de latitud. El primer meridiano es un círculo imaginario, peculiar

i arbitrario de cada reino: cada nacion lo fija en su capital; los antiguos lo fijaron en las islas Canarias como punto el mas occidental del mundo conocido antes del descubrimiento de América.

Crepúsculos son aquellos intérvalos de escasa luz que hai entre ponerse el sol i hacerse de noche, i entre rayar el alba i salir el sol: el primero se llama *vespertino* i el segundo *matutino*. No es igual la duracion de los crepúsculos en todos tiempos, ni aun en un mismo lugar: su variacion consiste en la altura del polo i en la declinacion del sol: así es que á medida que nos separamos de la línea, este periodo es mas perceptible en razon de que la posicion del sol en el grado 18 de depresion, que es el punto que se necesita para que salga ó se ponga, no se cuenta en el círculo paralelo sino en el vertical. (1)

[1] Círculo vertical es el que se tira perpen-



26/8/25

3-4

1

B

081 702 180

Del movimiento de la tierra.

La tierra da la vuelta completa sin salir de su eclíptica al rededor del sol en 365 días 5 horas i 49 minutos, empezando desde un equinocio ó de un solsticio al otro; pero no desde una estrella fija á otra, porque en esta vuelta emplea 20 minutos mas.

Además de esta revolución anual, da la tierra otra vuelta sobre su eje en 24 horas, i con ella forma los días i las noches, correspondiendo aquellos á los puntos vueltos ácia el sol, i éstas á los que le quedan detras, turnando unos i otros alternativamente en su posicion de claridad i oscuridad.

dicularmente desde el zenit al horizonte, diferente del paralelo, en que éste se ve cruzado por aquel formando una especie de cruz ó ángulos reectos.

La tierra tiene el tercer movimiento, que lo es de libracion.

De las estaciones.

La naturaleza es siempre grande en sus designios: con los principios mas simples produce los efectos mas admirables; i entre éstos nada hai de mas grato al filósofo que la contemplacion de la arreglada i uniforme aparicion de dias i noches, i del periódico regreso de las estaciones: lo primero lo produce la rotacion de nuestro globo sobre su eje, i lo segundo la inclinacion de ese mismo eje sobre el plano de su órbita.

Ilustraremos esta parte tan interesante de la jeografía de un modo que esté al alcance de todos, i aun sin el auxilio de esferas, mapas, planos i demas instrumentos del arte.

Como nuestro globo es mui parecido á

una naranja, cualquiera puede trazar en ella con bastante propiedad la esfera terrestre, ó bien en una bola de madera de igual figura. Fórmense i numérense 180 círculos iguales desde la cabeza hasta el pié; en el primer círculo márquese el polo ártico que acaba en los 23 i medio; aquí debe señalarse la zona templada, i seguir hasta el 66 i medio en donde se halla el trópico de Cáncer i el principio de la zona tórrida; continúe hasta el 90, ó sea hasta el ecuador, que es el medio de la bola; siga por la parte inferior hasta el 113 i medio que es donde se halla el trópico de Capricornio, i en que principia la zona templada del hemisferio inferior; pase hasta los 156 i medio grados que es donde principia el polo antártico, i recorriendo los últimos círculos, llegará á los 180, que es el término de dicho polo antártico.

De esta demostracion resulta que á igual distancia del centro de la naranja ó

de la bola, es decir, á 23 i medio grados de distancia por la parte superior, i á otros 23 i medio por la parte inferior, ó lo que es lo mismo entre los figurados círculos 66 i medio i 113 i medio se hallan los dos trópicos, de los cuales nunca sale el sol. Cuando este astro se halla en dicho círculo 66 i medio, que es su mayor altura para los que vivimos en la latitud N., [1] estamos á 21 de junio, i es nuestro dia mayor de verano; desde dicha altura va bajando el sol mediante las vueltas que en progresion descendente le da la tierra hasta que llega al medio de la bola, que es

[1] La lonjitud N. comprende la parte del globo que se estiende desde el ecuador al polo ártico, i la latitud S. la que sigue desde el ecuador hasta el polo antártico; dándose tambien á esta parte el nombre de hemisferio inferior ó austral, i á aquella el de hemisferio superior ó boreal.

el ecuador, lo cual ocurre en 20 de marzo; sigue el sol su descenso en igual modo hasta el círculo 113 i medio, que es donde figuramos la situación del trópico de Capicornio, lo que se verifica en 21 de diciembre, que es el día de nuestro mayor invierno; i desde este punto vuelve á deshacer la vuelta hasta el trópico de Cáncer.

Esta material demostracion nos parece la mas clara para esplicar el modo de sucederse las estaciones unas á otras, que no es otro sino la mayor ó menor distancia del sol para ejercer su influjo sobre el punto en que vivimos.

Sin necesidad de ulteriores aclaraciones se vendrá en conocimiento de que los habitantes del hemisferio inferior ó austral han de tener trocadas las estaciones respecto de nosotros, es decir, que nuestro mes de junio ha de ser para ellos el de mayor frio, i nuestro diciembre el de mas calor, así como nuestra primavera

ha de ser para ellos el otoño, i el otoño de ellos nuestra primavera.

Este camino que acabamos de trazar de un modo vulgar para la mayor inteligencia de todos, es lo que se llama la eclíptica, dentro de la cual se hallan los signos del zodiaco por el orden que ya hemos explicado.

Prévias estas noticias, que pertenecen mas bien á la parte astronómica, procederemos á dar una sucinta descripción de la parte física.

De las divisiones de la tierra.

La tierra se divide en mundo antiguo, nuevo é incógnito: el primero se compone de Asia, Africa i Europa, únicas partes que se conocian hasta el 1492, en que Cristobal Colon, bajo los auspicios de los reyes católicos, descubrió la América, que fué llamada mundo nuevo. Incógnito

son las rejiones mas cercanas á los polos, que no han podido ser reconocidas á causa de sus estremados frios, i otras en el mar del S. i aun en el centro de Africa.

Hai en nuestro globo mares exteriores é interiores: el exterior ó el océano, que circuye toda la tierra, se subdivide en oriental, meridional, occidental i septentrional. El oriental se llama tambien mar indio porque baña las costas de la India; el meridional mar etiópico por hallarse en parte debajo de la línea entre Africa i América; i pacífico ó del Sur toda aquella enorme estension de agua que se halla al Sudoeste de la América. El occidental se llama tambien atlántico por el monte Atlas de Africa; i el septentrional, que es el que baña las costas del Norte de Europa, Asia i América en lo mas prócsimo al polo, se llama glacial.

El mar interior mas estenso es el mediterráneo, que comienza en el océano

por el estrecho de Gibraltar, i recibe diversos nombres segun las costas que lame, siendo los principales el de jonio que se da á aquella parte que se estiende desde el Sur de la Sicilia hasta el de la Morea i Acaya; mar adriático á la estension del golfo de Venecia; mar egeo á aquel espacio desde Creta entre la Grecia i Asia menor hasta el estrecho de los Dardanelos, ect.

De los demas haremos mencion en la parte á que corresponden.

De los nombres pertenecientes á las aguas.

Seno es un largo espacio por el que se mete el mar dentro de la tierra á lo largo de las costas.

Golfo es mas ancho que el seno, i generalmente forma un óvalo ó media luna: tambien se dice golfo i engolfarse cuando uno se halla en alta mar.

Bahía es aquella parte de mar que se halla dentro de un puerto, diferente de rada, pues que ésta se halla fuera de él.

Puerto es un receptáculo considerable de agua, defendido de los vientos por barreras naturales ó artificiales, i en donde las embarcaciones están al abrigo de borrascas i accidentes de mar.

Barra es aquella línea en que la bahía tiene algun banco de arena, i que es peligrosa sino viene á la lengua del agua.

Banco ó bajío es un conjunto de arenas escasamente cubiertas por el agua, i que toman el nombre de dunas cuando se hallan en las costas.

Sirtes son escollos cubiertos de poca agua.

Euripos son una especie de sumideros ó escollos cavernosos, los cuales, como atraen con mucha violencia las aguas por un lado para darles una pronta aunque irregular salida por el otro, arrastran tras

sí los cuerpos mas voluminosos, i hasta las ballenas i embarcaciones: tales son el de Negroponto en la Grecia, i el Maëls-trom en Noruega.

Estrecho es un brazo de mar que por una i otra parte tiene mui cerca la tierra.

Bósforo en griego es lo mismo que estrecho en castellano.

Ensenada es un espacio pequeño de agua que se introduce en la tierra.

Laguna es un gran estanque de agua en tierra firme.

Lago es mas que laguna, aunque el vulgo usa indistintamente de estos nombres. Si este estanque de agua se seca en algun tiempo se llama pantano.

Archipiélago es un espacio de mar lleno de muchas islas, diferente de piélago, que es toda aquella estension de mar que se puede alcanzar con la vista, i en que no se halla isla alguna.

Canal es un estrecho entre dos islas, ó

entre islas i tierra firme: se llaman tambien canales aquellas especies de acequias grandes por las que comunican dentro de tierra unas aguas con otras.

Muelle es un parapeto ó terrado construido á cierta elevacion sobre las aguas de un puerto, á fin de poder cargar i descargar con mas comodidad las mercaderías.

Playa es el mar abierto junto á la costa sin abrigo alguno.

Diques son unas barreras para detener las aguas.

Costas en la mar son lo mismo que orillas en los rios, i denotan ambas voces los últimos puntos de la tierra bañados por el agua.

Tierra firme ó continente es la estension de un pais sin mares intermedios.

Istmo es un estrecho de tierra que sirve como de puente para pasar de un continente á otro, ó de una isla á otra.

Península se diferencia de *isla* en estar unida con el continente por una parte.

Promontorio es una porcion de tierra que se avanza ácia el mar; si sobresale con elevacion se llama *cabo*, i sino, se llama *punta*.

Mareas son aquel movimiento arreglado del mar, por medio del cual tiene su flujo i reflujo dos veces en cada 24 horas: el inmortal Newton atribuyó la causa de este fenómeno á la fuerza de atraccion que obra en todos los cuerpos en razon directa de sus masas i distancias. Por un efecto de este irresistible poder todas las aguas que á su turno se hallan debajo de la luna en el curso diario que describe este astro, son atraidas i elevadas, i por consiguiente retiradas de la playa; i á medida que la luna se aleja de ellas van éstas volviendo á su estado natural. Esta opinion, que parece sólidamente fundada, adquiere mayores grados de creencia al

ver que la marea está infaliblemente sujeta á las variaciones de la luna, sin que obste á la fuerza de este argumento la objecion de que el Mediterráneo, el Báltico i otros mares interiores no experimentan estas periódicas alteraciones en sus aguas; lo que debe atribuirse á su poca masa, sobre la cual no puede la luna ejercer su influjo, i sin que pueda ser un argumento en contra la circunstancia de que en las regiones ecuatoriales sean poco perceptibles dichas mareas; lo cual puede atribuirse á la gran fuerza centrífuga del ardiente sol, que neutraliza los esfuerzos de la luna.

Corrientes. Hai en el océano frecuentes corrientes que hacen tomar á las embarcaciones largos i forzosos derroteros: las que se hallan entre las Floridas é islas de Bahamá, i de las que participa nuestra preciosa isla de Cuba se dirijen de S. á N. ; las del estrecho de Gibraltar, desde el Atlántico ácia el Mediterráneo; i las

del Báltico, contra el canal británico.

Aguas salobres. Algunos piensan que lo salobre de las aguas del mar consiste en los grandes minerales de sal que hai en su fondo; pero convenimos mejor con la opinion de que siendo la sal uno de los principios orijinales de la naturaleza, i estando mezclada en grandes ó pequeñas cantidades con todos los cuerpos, todas las aguas de los rios conducen algunas partículas de esta sustancia; i como no vuelven á salir pues que las pérdidas que sufre la mar son por evaporacion de la parte mas pura de sus aguas, de hái se infiere que habiéndose ido aglomerando dichas sales desde el principio del mundo, han conservado ese gusto salobre que se observa.

Dimensiones de la tierra. La circunferencia de la tierra es de 360 grados, i de 7,200 leguas marinas de á 20 por cada uno de ellos.

Divisiones religiosas del mundo.

Las diferentes religiones, á las que se da culto en el mundo, pueden reducirse á cuatro, á saber: el judaismo, el cristianismo, el mahometismo, i el paganismo ó idolatría.

La religion cristiana establecida por Jesucristo cuenta en su seno 220 millones de individuos, i se subdivide en tres ramas principales, que son: la católica romana, la cismática griega i la protestante: la primera, que es la triunfante, domina en España, en Italia, en Francia, en Portugal, en Austria, en Alemania, en Irlanda, en los Países Bajos, en Polonia i en la América española.

La *cismática griega*, que se separó de la iglesia romana en 1408, domina en Rusia, i en una parte de Turquía i de las islas de levante.

La *rama protestante* comprende dos sectas conocidas con los nombres de sus dos reformadores Lutero i Calvino: la primera ejerce su mayor influencia en una parte de Alemania, en Suecia, Dinamarca i Noruega; la segunda en Holanda, Prusia, i parte de Alemania i Suiza. La Inglaterra sigue otra religion tambien, reformada, que es un misto de las dos anteriores.

El *mahometismo* se divide en dos sectas, que son las de Omar i de Alí: la primera la observan los turcos, árabes, mongoles i una parte de los tártaros; i la segunda los persas.

El *judaismo* no es dominante en ningun estado, i tan solo cuenta pocos millones de estos sectarios derramados por el mundo, constituidos en objetos de desprecio i de persecucion.

El *paganismo* comprende todas las naciones idólatras, que lo son las Indias, el

Japon, la Tartaria, la China, el Thibet, i todas las tribus salvajes de Asia, América i la Oceánia: de lo que se deduce que esta relijion abraza la parte mas numerosa de la poblacion del globo.

De las lenguas.

Las principales lenguas de Europa son la latina, la teutónica, la esclavona i la griega. De la latina han derivado la italiana, española i francesa; de la teutónica todas las que se hablan en las naciones del N. O. como son la Suecia, Dinamarca, Inglaterra, Alemania, Prusia i Países Bajos; de la esclavona proceden las que se hablan en las naciones del N. E., como son la Rusia, Polonia, Hungría, i la mayor parte de la Turquía europea; i de la griega la que se habla en el Archipiélago, i en una parte de la Turquía i del Asia menor.

Las principales lenguas del Asia son la arábica i la tártara, de las que derivan la turca i la china: la lengua árabe está mui estendida en el Asia occidental; la tártara en la septentrional, i la china en la oriental i en muchas de sus islas.

Los idiomas que se hablan en la Océanía proceden del Malayo.

En Africa hai tambien tres lenguas principales ademas del árabe, que son la africana, la negra i la etiópica; la primera se habla en la parte septentrional; la segunda en la Nigricia, en el centro de Africa, i en una parte de la costa occidental, con variaciones mui importantes que forman otros tantos dialectos como naciones; i la tercera, é sea la etiópica, en el resto de esta parte del globo.

En América se conocen una porcion de lenguas diferentes: la inglesa se habla en los Est.-Unidos i en los establecimientos británicos, la española en la parte que

ha pertenecido, i en la que pertenece á la España; i la francesa i holandesa en sus respectivas colonias. Entre los idiomas indíjenos se cuentan como principales el mejicano, que está en uso en una gran parte de la América septentrional, la lengua calibina i la peruana en la meridional, i otra porcion de dialectos tan varios como lo son las numerosas tribus ó asociaciones de indios.

De las diferentes castas de pueblos.

Los habitantes de la tierra pueden dividirse en cinco clases, que son: blancos, bronceados, amarillentos, aceitunados i negros.

Blancos son los europeos, los americanos de casta Europea, los pueblos del Asia oriental, i los del N. i E. de Africa, cuya fisonomía es regular i espresiva, i su cabello lacio.

Bronceados son los del Asia meridional excepto los indios i los de una parte de las islas del continente; sus marcas distintivas son cabello negro i crespo, nariz aplastada i boca grande.

Amarillentos son casi todos los indios de la parte meridional del Asia, los japoneses, i los esquimales de América: se distinguen por el cabello lacio i negro, cara ancha, nariz aplastada i mejillas salientes.

Aceitunados son la mayor parte de los americanos de raza indíjena, cuya fisonomía es casi igual á la de los amarillentos, excepto en la nariz, que no la tienen aplastada como aquellos.

Negros. son los africanos en jeneral, i los habitantes de algunas islas de Asia en el hemisferio austral: sus facciones son labios gruesos, la cara prominente, i el cabello negro i lanudo.

De la Europa.

La Europa se halla entre los 35 i 72 gr. lat. N. i entre los 8 i 82 gr. lonj. E. del meridiano de la isla de Hierro. Su estension será de unas 740 leguas de N. á S., i de 870 de E. á O.

Cabos. Los principales son el Cabo Norte al N. de la Noruega; el Nase i el Skagen al N. de Jutlandia: el cabo de la Hogue al N. O. de Francia; el Finisterre al N. O. de España: el San Vicente al N. O. de Portugal; i el Matapan al S. de la Turquía europea.

Mares. El Atlántico toma el nombre de mar cantábrico en las costas septentrionales de España; de golfo de Gascuña, en una parte de las occidentales de Francia; de mar de Irlanda ó canal de S. Jorje, entre la Escocia é Irlanda; de la Mancha, entre Francia é Inglaterra; de mar del

Norte ó Alemania, entre Dinamarca, Alemania i Holanda, i Escocia é Inglaterra; i de mar glacial ó ártico, en la parte mas septentrional de Europa.

El *Mediterráneo*. De este mar interior ya hemos hablado en la página 21.

El *Báltico* es otro mar interior entre Suecia i Dinamarca, Alemania i Prusia, Polonia i Rusia europea. Dirigiéndose ácia el S. toma el nombre de Cattegat; volviendo ácia el N. E. forma el estrecho de Elsenaur; i estendiéndose ácia el N. E. toma los nombres de golfos de Bothnia i de Finlandia.

Mar blanco, es el tercer mar interior de la Europa, que se halla á los 65 grados de latitud.

Mar de Mármara comunica con el Archipiélago por el estrecho de los Dardanelos.

Mar negro comunica con el de Mármara por el estrecho de Constantinopla, i

con el de *Asof* por el estrecho de *Cassa*.

Rios. Los principales de Europa son el Volga, el Don, el Nieper i el Niester, de la Rusia; el Vístula, de la Polonia; el Elba de la Prusia: el Danubio, de la Turquía; el Rhin, el Loira i el Rhódano, de la Francia; el Támesis de la Inglaterra; el Tajo, de Portugal; el Ebro, de España; i el Pó de la Italia.

Lagos. Los principales son el Onega, el Ladoga, el Peipus i el Eilmen, en la Rusia; el Wener, Weter i Moeler, en Suecia; el Payanne i el Saimen, en Finlandia; el de Costanza, entre Suiza i Alemania; i el Ginebra, en Suiza

Montañas. Las mas altas son los Alpes, entre Francia, Suiza é Italia; la Sierra nevada de España, i los Pirineos entre este reino i el de Francia.

EUROPA.

ESTADOS.	CAPITALES.	POBLAC. (1)
España, ,	Madrid, ,	14,400,000
Portugal, ,	Lisboa, ,	3,530,000
Francia, ,	París, ,	32,000,000
Inglaterra, ,	Lóndres, ,	14,180,000
Escocia, ,	Edimburgo, ,	2,363,842
Irlanda, ,	Dublin, ,	7,767,401
Suecia, ,	Stocolmo, ,	2,771,252
	Suma, ,	77,012,495

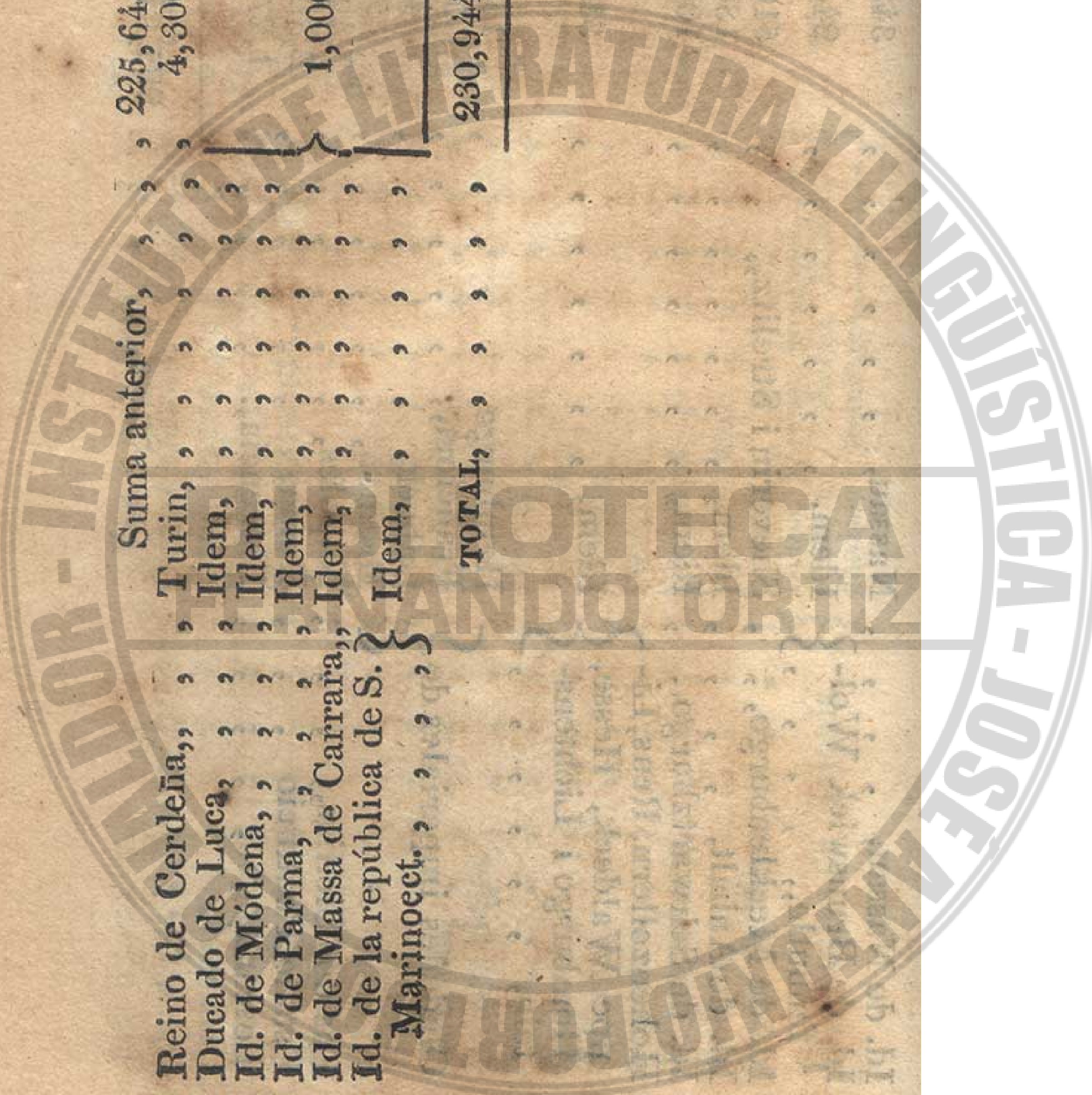
[1] Segun la última jeografía de Murray de 1834, con algunas rectificaciones.

Noruega,	Suma anterior,	77,012,495
Dinamarca,	Christiansand,	1,050,132
Rusia europea.,	Copenhague,	1,992,729
Turquía europea,	Petersburgo,	56,525,000
Grecia,	Constantinopla,	9,500,000
Austria,	Atenas,	2,700,000
Prusia,,	Viena,,	32,134,037
Holanda,,	Berlin,,	12,780,773
Países Bajos,,	Amsterdan,,	2,209,344
Suiza,,	Bruselas,,	3,804,478
Baviera,,	Berna,,	1,900,000
Sajonia,,	Munich,,	4,037,017
Hanover,,	Dresde,,	1,400,000
Wurtemberg,,	Hanover,,	1,550,000
Baden,,	Stutgard,,	1,411,000
Casas de Hesse,,	Carlsruhe,,	1,003,360
	Cassel,,	619,480
	{ Gotha, Weimar, Eysenach, Al-	
	{ temburgo, Coburgo, Hildbur-	
	{ ghadsen i Meiningen.....	
Id. ducales de Sajonia,		863,698



Id. de Nassau,	Nassau,	348,000
Id. de Brunswick fenbutle,,	Idem.,	244,200
Id. de Mecklenburgo,,	Sheverin i Strelitz,,	510,400
Id. de Anhalt,,	Idem.,	130,200
Id. de Schwartzburgo,,	Idem.,	106,000
Hohenzollern, Rcus, Li- ppe Waldeck, Hesse, Homburgo i Lichtens- tein,,	Idem.,	315,068
Ciudades imperiales de	Hamburgo,	150,000
Las dos Sicilias,,	Francfort,,	54,000
Estado Pontificio	Lubeck,,	40,500
Toscana,,	Bremen,,	57,800
	Nápoles,,	7,420,000
	Roma,,	2,500,000
	Florenca,,	1,275,000
	Suma,,	225,644,711

Reino de Cerdeña,	Suma anterior,	225,644,711
Ducado de Luca,	Turin,	4,300,000
Id. de Módena,	Idem,	
Id. de Parma,	Idem,	
Id. de Massa de Carrara,	Idem,	1,000,000
Id. de la república de S. } Marinoect. , , , }	Idem,	
	TOTAL,	230,944,711.



BIBLIOTECA DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS EXACTAS, FÍSICAS Y NATURALES
 MADRID
 ANDRÉS BARRAL

Del Asia.

El Asia se halla entre el 1 gr. 20 minutos i 78 gr. lat. N., i entre los 44 i 206 gr. 45 min. 33 seg. lonj. E. Su estension será de 2495 leguas de E. á O. i de 1553 de N. á S. Sus límites al N. son el mar Glacial; al O. el mar Rojo, el Mediterráneo, el Elesponto, el mar de Mármara, el Bósforo, el mar Caspio, el rio Ural i los montes Poyas; al S. el Océano Indio; al S. O. el estrecho de Babelmandel i el golfo de Arabia, i al E. el Océano pacífico.

Mares. La bañan el Océano, Mediterráneo, Rojo, Caspio, Golfo Pérsico i Mar Negro.

Mar Rojo, ó golfo arábigo, separa el Asia de Africa; tiene 410 leguas de estension, i termina en dos puntas, siendo la mas larga la occidental.

Mar Caspio, tiene 200 leguas de largo

i 50 de ancho: sus límites al N. son la cadena que se prolonga desde los montes Uralés hasta el Volga; al O. la Georgia; al S. la Persia, i al E. la Tartaria independiente.

Golfo Pérsico es la mitad menor que el Arábigo, i se halla entre los 24 i 30 gr. lat. N., teniendo por límites al N. la Persia i la Turquía; al E. la misma Persia; al S. i al O. la Arabia.

Mar negro tiene por límites al N. i N. E. los dominios de Rusia; al S. i S. E. los de la Turquía asiática; i al O. los de la Turquía europea.

Rios. Los principales son el Eufrates de la Arabia, el Argus, de la Turquía; el Oby, el Yenissey i el Lena, de la Rusia; el Kisil-Osen i el Tedzen, de la Persia; el Gánjes, el Bhramputer, el Indo i el Jutna, de la India; el Arracan, el Ava i el Kin-Duem en el imperio Birman; el Maynam en Siam; el Amur i el Sihon en la Tartaria independiente; Gagra en el

Thibet el Hoang-ho i el Kiang-ku en la China; el Songari, el Selinga, el Ir-tish i el Yarkand, en la Tartaria china; el Nogafa, el Sedagova, el Ogingava, el Surigava i el Yodo en el Japon.

Lagos. Los de mas consideracion son el Aral que se halla á 60 leguas E. del mar Caspio; el Bailkal, situado en la Siberia, contiguo á las fronteras rusa i china, el Terkirí en el Thibet; el Kokonor en el Tangut al N. E. del Thibet; el Toutinhu, i el Poyan-hu en la China.

Montañas. Las de Himalaya, que son las mas grandes del mundo i se hallan entre la India i el Thibet; las de Casbeck, en la cima del Cáucaso; el monte Tauro en la Persia, los montes Poyas en la Rusia; los Gauts en la India; ect.

Estrechos. El de Babelmandel, que separa el Asia de Africa; el de Ormutz; el de Malacca; el de la Sonda: el de Waigats i el de Bhering.

ASIA.

ESTADOS.	CAPITALES.	POBLACION.
Rusia asiática.....	Tobolsk.....	4.000.000
Turquía asiática.....	Constantinopla.....	12.000.000
Arabia.....	La Meca.....	12.000.000
Persia.....	Ispahan.....	12.000.000
Reino indep. te del Cabul.	Cabul.....	8.000.000
Indostan.....	Calcuta.....	90.000.000
Imperio de los birmanes..	Umerapura.....	17.000.000
Tartaria independiente..	Samarkand.....	4.800.000
Thibet.....	Lassa.....	3.000.000
China.....	Pekin.....	180.000.000
Tartaria china.....	Chen-Yang.....	6.850.000
Japon.....	Yeddo.....	30.000.000
Corea, ect.....	Idem.....	6.000.000
	TOTAL.....	385.650.000

Del Africa.

El Africa se halla entre les 37 gr. N. i 34 gr. 10 min. lat. S., i entre los 3 gr. 47 min. i 43 seg. lonj. O. i entre los 68 gr. 5 min 33 seg. lonj. E.; tiene 1420 leguas de N. á S., i 1320 de E. á O. Sus límites al N. son el Mediterráneo; al E. el istmo de Suez, el mar Rojo, i el Océano de la India: al S. el Océano meridional; i al O. el gran Océano atlántico.

Montañas. Las principales son las de la Abisinia, las de Sierra Leona que separan la Nigricia de la Guinea; las de la Luna al S. O. de la Abisinia, i el monte Atlas.

Cabos. Los mas notables son Cabo verde, cabo de Buena Esperanza, i los de Ger, Nun, Boyador, Santa María, el Rojo, cabo frio, de las Palmas, de las tres puntas, el hermoso, del lobo, el negro, de las

agujas, das baxas de San Andrés, de Falcóc i de Guardafuí.

Golfos. Los de Bona, Tunez, Cabes, Store i bajíos de Berbería, Salé, Santo Tomas, Melinda, del mar Rojo i Suez.

Rios. El Nilo en el Ejipto; el Niger en la Nigricia; el Senegal, el Gambia, el Rio grande i el Gaboon en la costa occidental; el Quiliman i el Lorenzo Marquez en el Monomotapa; el Zairo en la Nigricia.

BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ

INSTITUCIÓN - JOSÉ

AFRICA.

ESTADOS.	CAPITALES.	POBLAC.
Marruecos con Tafilet,	Fez i Mequinez,,	5,000,000
Argel, „	Idem, „	1,500,000
Tunez, „	Idem, „	1,000,000
Tripoli, „	Idem, „	1,000,000
Barca, „	Derne, „	1,000,000
Egipto, „	El Cairo, „	2,500,000
Biledulgerid, „	Dara, „	
Zhara, „	Tegessa, „	
Nigrizia, „	Mandinga, „	
Guinea, „	Benin, „	
Aschantéas, „	Coomasia,,	1,000,000
	Suma, „	12,000,000

Nubia, , , , , , , , , , , , ,	Suma anterior, , , , , , , , , , , , ,	12,000,000
Abisinia, , , , , , , , , , , , ,	Dóngola, , , , , , , , , , , , ,	
Loango, , , , , , , , , , , , ,	Senaar, , , , , , , , , , , , ,	
Congo, , , , , , , , , , , , ,	Darfur, , , , , , , , , , , , ,	
Angola, , , , , , , , , , , , ,	Idem, , , , , , , , , , , , ,	2,000,000
Benguela, , , , , , , , , , , , ,	Idem, , , , , , , , , , , , ,	
Matamar, , , , , , , , , , , , ,	S. Salvador, , , , , , , , , , , , ,	
Ayan, , , , , , , , , , , , ,	Loanda, , , , , , , , , , , , ,	
Zanguebar, , , , , , , , , , , , ,	Idem, , , , , , , , , , , , ,	
Monomotapa, , , , , , , , , , , , ,	Idem, , , , , , , , , , , , ,	
Monemugui, , , , , , , , , , , , ,	Brava, , , , , , , , , , , , ,	
Sofala, , , , , , , , , , , , ,	Melinda, , , , , , , , , , , , ,	
Cafrería ú hotentotes, , , , , , , , , , , , ,	Zimboa, , , , , , , , , , , , ,	
	Chicova, , , , , , , , , , , , ,	
	Idem, , , , , , , , , , , , ,	
	Cabo de Buena Esperanza, , , , , , , , , , , , ,	
	TOTAL, , , , , , , , , , , , ,	14,000,000

NOTA. La poblacion de los reinos, que por no haber datos se-
guros sobre ella no figura en el estado anterior, así como la de los

puntos interiores, sobre los euales nos hallamos todavía en mayor ignorancia, se calcula aprocsimativamente de 25 millones; i agrega- da esta pãrtida á la de los estados conocidos, asciende á 50 millones segun opinion de los mejores jeógrafos.

3.



4

De la América.

El nuevo mundo, no incluyendo sus islas, se estiende desde los 80 gr. lat. N. hasta los 56 gr. lat. S., i desde los 215 hasta los 343 gr. lonj. E. tiene en su mayor anchura de E. á O. unas 1000 leguas, i 2720 de N. á S. Sus límites al N. son los hielos eternos del polo: al E. el Océano atlántico; al S. el meridional, i al O. el pacífico, i el estrecho de Bhering.

La América septentrional se halla entre los 7 gr. 30 min. i 80 gr. lat. N., i entre los 210 i 325 grados longitud. E.; siendo su estension de 1450 leguas de N. á S., i de 900 leguas de E. á O. Sus límites son los mismos ya indicados, exceptuando por la parte del S. que confina con Panamá i provincia de Veragua.

Montañas. Las principales son las de piedra ó *Stony mountains*, en monte San

Elias al O., i los Apalaches ó Aleganios en el centro de los Estados-Unidos, i la sierra madre con sus elevadas cumbres de Popocatepetl, pico de Orisava i cofre de Perote, en Méjico.

Estrechos. Los de David, de Hudson, de Belle-isle, de Bahamá i de Bhering.

Rios. Los principales son el San Lorenzo en el Canadá, el Misisipí en la Luisiana; el Illinois, el Viscusin, el Kenaway, el Kentuky, el Tennessee, el Connecticut, el Delaware, el Ohio, el Negro, el Staunton i otros en los Estados-Unidos; el Rio bravo ó del Norte, el Colorado, el Grande de los apóstoles, el Santiago, ect. en Méjico; el San Juan i Chiapa en Guatemala.

Lagos. Los de mas consideracion son el Esclavo, el de las Montañas, el Winnipeg, el Superior, el Huron, el Michigan, el Erié, el Ontario i el Champlain, en los Estados-Unidos; el Nicaragua en

Guatemala; el Mandinga, Parras, Chapala, Tezcucó i Chalco en Méjico.

La América meridional se halla entre los 12 gr. 25 min. lat. N. i 56 gr. 1. S.; i entre los 297 i 343 gr. lonj. E.; tiene por lo tanto 1370 leguas de N. á S. i 920 de E. á O.

Montañas. Las mas importantes son la Cordillera de los Andes con sus altas cimas del Chimborazo, Cotopaxi, Cayambé, Tunguragua, i Pichincha en Quito; los montes de Minas Geraes en el Brasil; i los Andes en el Perú i Chile.

Rios. Los mas considerables son el Marañón ó rio de las Amazonas en el Brasil, i que recibe los caudalosos Ucayal, Lauricocha, el Madera, el Mamoré, el Negro, i Topayos con otros infinitos; el de la Plata en las provincias del mismo nombre ó Estado de Buenos Aires, i que se engrosa con las aguas de los soberbios Paraná, Paraguay, Pilcomayo i

Uruguay; i el Oriñoco en la Guayana, que se enriquece con el tributo que le pagan el Guaviare, el Meta, el Casanare, el Apure, el Caroni, i otros muchos, i el Maipo, el Topocalma, el Maule, el Biobio, el Valdivia ect., en Chile.

Lagos. Los de Maracaibo, Valencia i Parime en Costa firme; el de Titicaca i Chinchayacocha en el Perú, i el Ullagas i Jarayes entre el Paraguay i el Brasil.

Estrecho. El istmo de Panamá que separa la América meridional de la septentrional.

AMERICA.

ESTADOS.	CAPITALES.	POBLACION.
Méjico, , , , ,	Idem, , , , ,	8.000.000
Guatemala, , , , ,	S. Salvador, , , , ,	1.700.000
Estados Unidos, , , , ,	Washington, , , , ,	12.856.165
Luisiana, , , , ,	N. Orleans, , , , ,	150.000
Las Floridas, , , , ,	S. Agustin, , , , ,	80.000
Canadá, , , , ,	Quebec, , , , ,	200.000
N. Escocia, , , , ,	Idem, , , , ,	150.000
N. Brunswick, , , , ,	Idem, , , , ,	250.000
N. Bretaña, , , , ,		
América rusa, , , , ,		

América septentrional.

América meridional.			
Venezuela, , , , ,	Caracas, , , , ,		985.000
N. Granada, , , , ,	Santa Fé, , , , ,		1 800.000
Perú alto , , , , ,	Charcas ó Bolivia, , ,		1.200.000
Perú bajo, , , , ,	Lima , , , , ,		1.756.923
Chile, , , , ,	Santiago, , , , ,		1.200.000
Tierra Magallánica, , ,			
Buenos Aires con el } Paraguay, , , , ,	Idem, , , , ,		1.100.000
Brasil, , , , ,	Rio Janeiro, , , , ,		4.000.000
Guayana, , , , ,			150.000
La poblacion de todas las islas es de, , , , ,			2.960.000
La de los indios errantes, de , , , , ,			1.200.000
TOTAL, , , , ,			<u>39.718.088</u>

RESUMEN

DE LA POBLACION DEL MUNDO.



Poblacion de Europa.....	230.944.711
Idem de Asia.....	385.650.000
Idem de Africa.....	50.000.000
Idem de América.....	39.718.088
Idem de la Oceania, ó sea quinta parte del } mundo, próximamente.....	20.000.000
Total jeneral.....	726.312.799

FERNANDO DE CASTILLA
 PRESIDENTE DEL INSTITUTO DE HISTORIA Y GEOGRAFIA
 JOSÉ DE CASTILLA
 SECRETARIO

HISTORIA

de Madama Lambrun.



LA ciudad de Stirling, capital de la provincia del mismo nombre en la Escocia meridional, fué la patria de María Margarita Lambrun, mujer célebre, digna de ocupar un lugar en la historia. Se habia casado con un frances llamado Lambrun, i desde mui jóven habia entrado juntamente con su marido al servicio de la reina María Estuarda, cuya soberana fué siempre el objeto de su idolatría. Mr. Lambrun se afectó tanto con el fin trájico de aquella princesa, que murió de dolor á los pocos

meses. La esforzada i resuelta Margarita juró desde entonces vengar la muerte de ambos sin reparar en los medios, por mas horrible que fuera su oríjen i su resultado.

Vístese de hombre, toma el nombre de Antonio Spark, i se dirige á Lóndres armada de dos pistolas para matar con una de ellas á la reina Isabel, i para dirigir el tiro de la otra á su mismo pecho á fin de librarse de un afrentoso patíbulo. Al atravesar con violencia por medio de los guardias para aprocsimarse á la referida reina que se hallaba paseando por los jardines, se le cayó inadvertidamente una pistola; el semblante ceñudo de esta mujer disfrazada, su aire de estravío mental, su trepidacion, su empeño en arrimarse á la reina, i la circunstancia agravante de haber descubierto una arma mortífera eran suficientes indicios de que atentaba contra la vida de la soberana de Inglaterra.

Fué pues arrestada en el acto, i se le iba á conducir á una estrecha prision, cuando Isabel, que habia presenciado aquella alarmante escena, quiso que la presentasen el reo para interrogarlo por sí misma.

A las preguntas de aquella reina, relativas á su nombre, á su patria, á su calidad i á sus designios, contestó Margarita con tono firme i asegurado: "Señora, mi patria es la Escocia; soi mujer aunque V. M. me ve con este traje, mi nombre es María Margarita Lambrun. He estado muchos años al servicio inmediato de la reina María, sacrificada inocentemente á los injustos resentimientos de V. M.; su muerte, ya por sí sola sobradamente sensible á mi corazon, fué causa de la de mi marido, que no pudo sobrevivir á un golpe tan cruel. Desde que perdí trájicamente los dos objetos á quienes estaba consagrado todo mi amor, se me hizo insoportable la vida; i desde aquel momento concebí el

proyecto de vengarlos con el rejuicio. Cuantos esfuerzos he hecho para abandonar este horrible designio, no han tenido mas efecto que el de convencerme de que nada puede contener la venganza de una mujer irritada, cuando un doble amor inflama su odio i su resentimiento.”

Aunque la reina quedó admirada i sorprendida con un discurso tan atrevido, supo reportar su cólera é indignacion, i afectando mucha calma i serenidad la replicó: ”Está bien, tú has hecho lo que creias fuera tu deber, i has pretendido cumplir por este medio con lo que ecsigía de ti el amor que profesabas á tu ama i á tu marido; pero ¿cual te parece á ti que deberá ser mi conducta con respecto á tu persona?”

Margarita Lambrun contestó á la reina con entereza i dignidad: ”Yo espondré francamente á V. M. mi opinion, siempre que se digne decirme primeramente si me

hace esta pregunta como reina ó como juez.

—Contestó Isabel que como reina.

—V. M., pues, debe perdonarme.

—¿I que garantías me das de que no abusarás de esta gracia, i de que no tramarás en lo sucesivo un atentado igual?

—Señora, la gracia que se concede con tantas reservas pierde todo su mérito; así pues, puede V. M. obrar como juez.

—Volviéndose entonces la reina á algunos de sus consejeros que tenia á su lado, les dijo: "Llevo treinta años de reinado, i no recuerdo haber recibido jamas una leccion tan dura." Dirijiéndose en seguida á la Lambrun, la dijo: "Vete en paz, te concedo la gracia pura, entera, i sin condicion alguna."

Madama Lambrun se arrojó entonces á los pies de la reina i la suplicó que tuviese la jenerosidad de mandarla salir de sus estados con una escolta segura; lo

cual fué concedido gustosamente por Isabel, celebrando al mismo tiempo la prudencia i la cordura de la agraciada, la cual no queria empañar el noble sentimiento de la gratitud con otros criminales conatos, que podian ser enjendrads doe nuevo por su dolor i desesperacion.

Nota. Es bien conocida la historia de la desgraciada María Estuarda de Escocia: esta princesa, que habia sido la admiracion de la córte de Francia, en la cual se habia criado al lado de su madre, que era la hija mayor de Claudio, duque de Guisa, i de cuya nacion habia sido la soberana aunque poco tiempo, pues murió su marido Enrique III á los 16 meses de reinado; esta princesa, que por huir de los desdenes de aduladores cortesanos, se habia dirigido á su patria, á cuya corona tenia un derecho lejítimo que le fué reconocido en el momento de su presentacion; esta mujer tan hermosa i amable como tierna i sentimental, que en segundas nupcias se desposó con lord Darnley i en terceras con el conde de Bothwell,

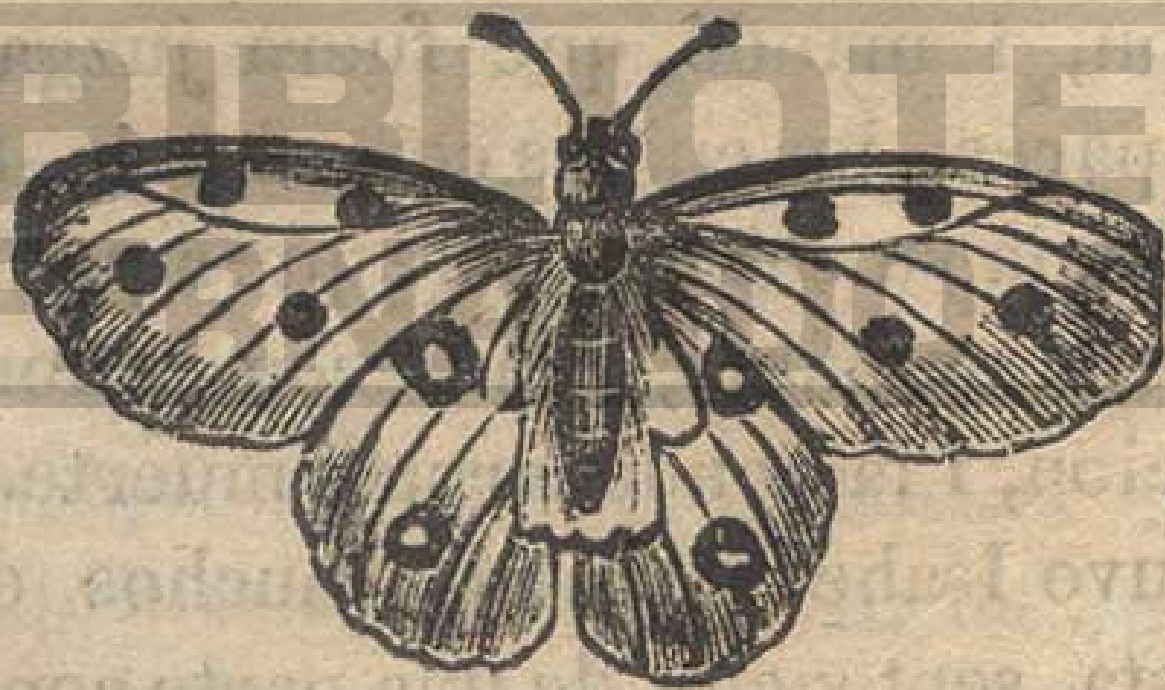
llegó á escitar los celos personales mas bien que políticos de la ambiciosa reina Isabel, i á ellos fué sacrificada, habiéndose atropellado con ella todos los respetos que son debidos á la justicia, á la razon, i aun mas que todo á la humanidad, i al desvalido que implora hospitalidad i amparo, como lo solicitó María contra sus súbditos rebeldes.

Esta es una mancha indeleble que aparece en las páginas de la historia de Isabel: no contenta con haber tenido á la desventurada María diez i nueve años en un castillo, la acusó de traicion, i mandó que fuera juzgada por cuarenta pares, los cuales conociendo los deseos que tenia su soberana de que aquella fuera declarada culpable, vendieron el honor á la vil adulacion, i la condenaron á muerte.

Anduvo Isabel perpleja muchos dias en firmar esta sentencia: de una parte consideraba que el mundo entero la habia de acusar de inhumana i cruel; i de otra parte temia la ira de María, cuyos encantos, aun en su edad de 46 años, eran capaces de uncir todavía á su carro á los hombres mas esforzados i mas influyentes del reino. Así pues se la veia pasear con

la mayor inquietud por su palacio, repitiendo aquella sentencia que entonces era tan conocida, **AUT FER, AUT FERI; NE FERIARI FEBI.** "O sufre ó hiere; hiere por no sufrir."

Se resolvió por último á decapitar á su furiosa i nunca perdonada rival, cuyo acto sangriento se ejecutó en Fotheringay en 3 de febrero de 1587.



LOS
PLACERES DE LA CAZA,

6

EL TRIUNFO DE LA VIRTUD.

COMEDIA EN DOS ACTOS.

FERNANDO ORTIZ



BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ

ARGUMENTO.

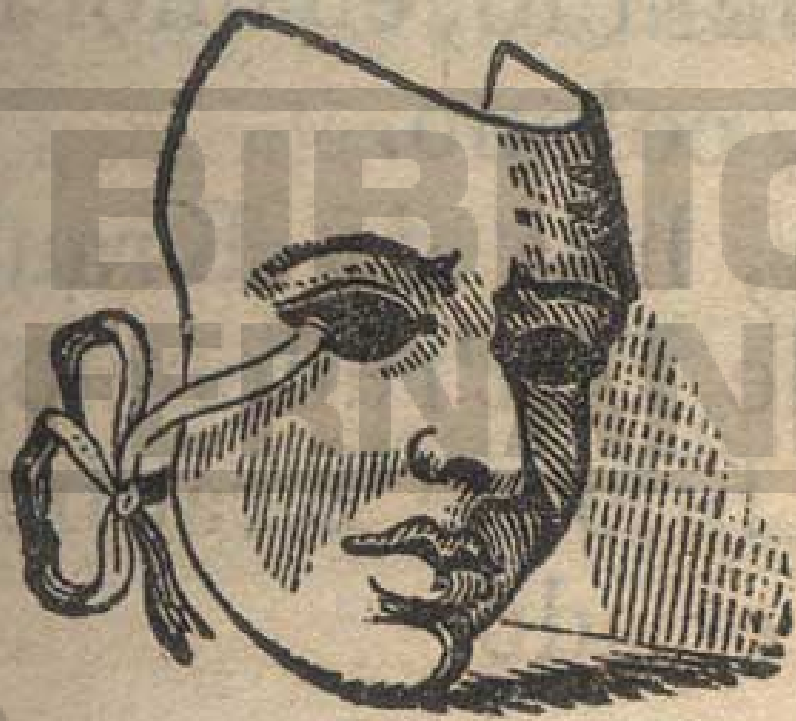
Krauben, hijo del baron de este nombre, vive de incógnito en clase de colono en uno de los feudos del baron de Monteredondo, situado á la falda de los Apeninos á poca distancia de Roma. Anjelica, hija de Krauben, se enamora de un tal D. Prudencio en el bosque llamado de las Ninfas, en el cual se hallan dedicados á la caza de las palomas torcaces en el mes de octubre, algunos amigos del baron del Feudo. Cuando se cree menos realizable este enlace por la desigualdad de condiciones, siendo D. Prudencio un caballero ilus-

tre, i Anjelica una pobre aldeana; i cuando sobre este incidente jiran las pesadas bromas dirigidas á la amable pareja, llega del ejército un hermano de Anjelica, coronel de dragones al servicio de Austria, descubre el ilustre oríjen de su familia, i se efectua el deseado matrimonio.

NOTA. Esta comedia, destinada á representar hechos verdaderos, como lo son en la mayor parte los que se citan, sin mas alteraciones que las meramente precisas para dirigir el jiro de la pieza i sostener su interes, fué compuesta en italiano por el autor de la *Biblioteca Selecta*, i aun él es uno de los interlocutores con el nombre de Maldonado.

Figurándose que sino por su mérito, á lo menos por su orijinalidad i por algunos rasgos de erudicion que contiene pueda merecer algun lugar en esta coleccion amena é instructiva, se ha determinado á tras-

ladarla al español, i á presentarla al público con no poca timidez, esperando la induljencia, que no puede menos de reclamar, quien por hallarse poco cursado en composiciones dramáticas, está mui lejos de aspirar á los aplausos en este género.



INTERLOCUTORES.

EL BARON DE MONTE-REDONDO.

JASON, viajero.

MICENIO, poeta.

DOCTOR CIRILO, médico.

MALDONADO, jeógrafo.

DON PRUDENCIO, enamorado.

KRAUBEN, colono.

ANGELICA, hija de Krauben i amante de D. Prudencio.

CORONEL, hijo de Krauben.

DANDINI, criado.

ACTO PRIMERO.



ESCENA I.

JASON sale dos horas antes de amanecer en bata i chinelas de la casa rústica situada en medio del bosque, i se aprocsima á la cocina, que se halla al descubierto i á mui poca distancia, en donde se halla el criado DAN-DINI encendiendo el fuego.

Jas. ¡**O**h que hermosa mañana! (*Mira á las estrellas.*) ¡Cuántas ideas lisonjeras despierta en mí esta encantadora mansion! La amenidad del sitio, el bri-

llante centelleo de las estrellas, el reflejo de la gran luz que nos trasmite ese astro opaco (*Mira á la luna*), la claridad del firmamento parecida á las auroras boreales, el silencio de este bosque, la vista de las erguidas cimas de los célebres Apeninos, el soberbio panorama que presentan las fértiles i variadas llanuras que se pierden en la mar; todos estos sublimes objetos deleitan mi alma escitando en ella recuerdos los mas halagüenos. Me parece que me hallo en una de aquellas casas de campo al Noroeste del Cairo, en donde tantas veces me hé recreado contemplando desde sus azoteas aquel cielo sereno en las noches agradables de verano, en que me creia un descendiente de los antiguos astrónomos ejipcios, que tres mil años antes habian principiado á estudiar el sistema planetario, tan ilustrado en los tiempos.

modernos, señaladamente por Galileo, Copérnico, Newton i Buffon.

Dand. ¡A donde se remonta usted, señor mio? ¡Quien entiende todas esas hinchadas palabras? Es verdad que yo estudié filosofía allá en mis mocedades, i que sino hubiera sido por una desgraciada pasion que concebí por la que ahora es mi mujer, habría seguido la carrera de las letras, i quien sabe si no me hallaria ya de canónigo ó arcipreste. Me eran entonces familiares los clásicos latinos; pero confieso mi ignorancia; jamas he oido hablar de Guairos, de hombres sin juicio, Galileos ni Buffones.

Jas. ¡Que mentecato eres! Si no tuviese por tiempo perdido el que empleo en hablar contigo, te daria una idea de mis viajes, que por su importancia pueden competir ciertamente con los de Jason, de quien he tomado el nombre.

Dand. Sí, señor mio, se lo suplico encarecidamente; yo no he conservado de mis pasados estudios sino un vivo deseo de oír á los hombres de talento, i una gran satisfaccion cuando puedo á fuerza de martillazos conmover las fibras de mi cerebro para que recojan i retengan algunas de sus máximas i doctrinas.

Jas. Pues bien, quiero complacerte por esta vez, tanto mas cuanto que mis compañeros duermen todavía profundamente, como lo prueba el ronquido del doctor Cirilo, i el silencio de los demas.

Nació en nuestros tiempos un hombre locamente emprendedor. Quería nada menos que conquistar el soberbio Nilo con todos sus moradores, jente animosa, robusta i esforzada, i con tantos bigotes, (*hace la señal,*) que de solo mirarlos daba miedo. Quería asimismo

pasar al mar rojo atravesando este pais, i con los brazos de los vencidos construir i tripular una flota imponente, i en combinacion con Tippu Saib, soberano de Misora, destruir las posesiones de los albiones en las indias orientales.

¿Que te parece? ¿No era éste un proyecto gigantesco é impracticable?

Dand. Así me parece; i segun yo lo entiendo, era superior á las fuerzas humanas.

Jas. Tal fué pues el resultado.

Estábamos sin embargo tan alucinados con el poder de este hombre extraordinario, que todo nos parecia de fácil ejecucion en sus manos.

La fama de este héroe del siglo, i la esperanza lisonjera de hacer fortuna, me hicieron seguir su partido i embarcarme en Civita Vechia para esa ruidosa expedicion. ¿Cuantas cosas maravillosas podría contarte! Soberbias pirámides,

obeliscos, bellas esculturas del tiempo de Cleopatra, la esfinge de treinta i ocho pies de altura, la columna de Pompeyo, un famoso laberinto, i otras cosas infinitas en materia de antigüedades. Pasando luego á las curiosidades naturales, son sorprendentes las inundaciones periódicas de aquel célebre rio, que cubriendo con sus aguas en el solsticio estivo, todos aquellos valles, no quedando fuera de su superficie sino los edificios construidos sobre alguna colina, son la causa de la gran fertilidad del pais. Vienen en seguida las cataratas formadas por este mismo rio, el cual precipitándose por diversos puntos desde alturas inmensas, se convierte en espuma i vapor, formando aquella horrible quebrantazon un perpetuo bramido, que el eco de las montañas repite i prolonga. Pero esto no es lo mas admirable ¿querrás creer que re-

montando por este rio he llegado hasta la estremidad del Ejipto superior, situada sobre la línea?

Dand. ¿Que es esa línea, señor Jason?

Jas. La línea ó el ecuador, que es lo mismo, es aquel círculo que corta el globo por el centro dejando la mitad al Norte i la otra mitad al Sur. Como el sol está siempre perpendicular sobre este punto, podrás figurarte el escesivo calor que se debe sufrir en él.

Dand. ¿Es esta acaso aquella tierra que llaman... tor... tor... torrada?

Jas. Zona tórrida querrás decir, majadero.

Dand. Sí, sí, zona tórrida; pero, señor mio, por esta vez no puedo creer lo que usted dice; recuerdo haber oido á un tio mio, sacerdote, (hombre por cierto mui docto, i que predicaba con tanta ternura que hacia llorar á todo el mundo) que en la zona tórrida no habia ha-

bitantes ¡Como es posible, pues, que usted haya llegado á donde los ardientes rayos del sol destruyen todo ser viviente? Pero me parece que oigo ruido ácia la casa. Sí, precisamente, aqui sale el señor Maldonado, que dicen tiene algunos conocimientos jeográficos.

ESCENA II.

Maldonado, Jason i Dandini.

Dand. Buenos dias, señor Maldonado.

Jas. A Dios, querido compañero.

Mald. Os saludo, amigos míos. ¡De qué se trata? ¡que se hace?

Jas. Nada; no es mas que la tenacidad de este borrico, que no quiere creer que habiendo yo llegado á la estremidad del Ejipto superior, haya tocado en la línea, fundándose en la rancia autoridad

de un tío suyo, tan ignorante como él, que afirmaba no ser habitables aquellas rejiones.

Mald. Amigos míos, ambos os equivocáis: no tiene razón el señor Jason en decir que ha llegado á la línea, pues que el primer país que se halla pasado el Egipto es la Nubia, la cual principia en el trópico de Cáncer, veinte i tres grados i medio distante de la misma línea, de donde seguramente no ha pasado, porque desde aquel punto hasta su oríjen es impracticable el río por causa de las rocas, precipicios, tortuosidades i otros obstáculos, no siendo posible internarse sino por medio de las caravanas hasta la Abisinia i Darfur.

Jas. Sí, sí, es verdad; yo me habia equivocado en tomar la línea por el trópico, pero no hai duda que he estado en la Nubia. ¡Cuántos negros i negras que allí se encuentran procedentes en gran

parte de la Abisinia! Yo compré una de éstas, excelente para el servicio, ¡pobrecita! se me murió en Marsella de viuelas. No es posible que haya mujer mas apasionada á su amo.

Dand. ¡Pues que tambien V. ha estado en Marsella?

Jas. Calla, tonto, no solo en Marsella, sino que he estendido mis viajes por toda la Francia, por Holanda, Inglaterra i aun por España.

Dand. ¡Ha visto V. otras maravillas en estos paises?

Jas. Sí por cierto. Dos solas bastarán para darte una idea de lo que uno aprende en los viajes. Vi en Marsella con mis propios ojos una cuba que contenia cinco mil barriles de vino; i en Valencia de España una calabaza de tan desmedido tamaño, que con su cáscara se hizo una garita de soldado.

ESCENA III.

Los dichos con *Micenio* i el *Baron* que salen de la casa.

Bar. Pum, pum, pum. Fortuna que no haya luces, porque se habrían apagado con la fuerza de estas descargas.

Mic. Amigos míos, hemos estado callados hasta cierto punto; pero disparan VV. tales mentiras que nos han levantado de la cama. Aunque yo haya bebido las aguas de la fuente Hipocrene, i me llamen por antonomasia *cisne de oro*, confieso que no tengo una fantasía tan fecunda que pueda inventar cosas tan altisonantes i estrepitosas; i es de extrañar que yo no sepa zurcirlas siendo poeta de profesion, i no de los mas cobardes.

Me acuerdo de haber sido silvado una vez, por haberme empeñado en sos-

tener que la cabeza de una vívora separada del cuerpo habia mordido á los seis meses á un boticario, i causádole la muerte; pero me vengué en criticar á ese perjeñador de obras jeográficas, que fué el que tuvo mas parte en la rechifla que se me hizo. ¡No se empeñó este presumido literato en hacernos creer como cosa cierta que en Port-Nelson de la Nueva Bretaña, en la América septentrional, se habian cojido noventa mil perdices i veinte i cinco mil liebres en un año?

Bar. Señores míos, ya esto es demasiado.

Mald. *Quod dixi dixi*, i lo sostengo. Consúltese el doctor Cirilo, i sépase quien tiene razon.

Todos. Doctor Cirilo, doctor Cirilo....
(*Sale el doctor Cirilo soñoliento de la casa*).

Cir. ¡Quien me llama?

Bar. Sea V. juez en esta disputa.

Cir. Sí; he oído vuestros debates, i os espondré en breves palabras mi opinioin. Todas las rarezas que habeis referido las hallo posibles escepto la de la calabaza. Sabemos á no poderlo dudar que en Heildelberg, ciudad del gran ducado de Baden en Alemania, hai una cuba que contiene cincuenta mil galones, equivalentes á tres mil ciento cincuenta barriles, i que mas de una vez ha estado llena de vino del Rhin. Sabemos tambien que en la famosa fábrica de cerveza de Barclay i Perkins de Lóndres se halla otra cuba del porte de cuatro mil barriles; ¿por que, pues, no se podría haber hecho otra en Marsella de la capacidad de algun millar mas?

En cuanto á las vívoras sabemos que como sus espíritus vitales residen esclusivamente en la cabeza, pueden subsistir largo tiempo despues de se-

parada del cuerpo, i tal vez repulular, como se observa en los pólipos. Con respecto á las noventa mil perdices i veinte i cinco mil liebres, como es indudable que todos los paises inmediatos á la bahia de Hudson están cubiertos de caza, no hallo nada extraño que en una estacion propicia se haya podido hacer dicha matanza, i aun mayor.

Pero dejemos estas discusiones inútiles, i ocupémonos de nuestra diversion.

Bar. Presto, Dandini danos el café; amigos, preparemos nuestras escopetas; ya va rayando el alba, i debemos hallarnos á la espera de las palomas antes que amanezca: sabido es que esa es la hora mas favorable para nuestro agradable ejercicio; estas aves trashumantes que con tanta exactitud conocen la estacion de hacer sus emigraciones en busca de climas mas calientes,

acuden de madrugada al menor reclamo que se las presenta, i creyendo hallar algun descanso ó alimento para emprender su viaje, vienen á ser víctimas de su confianza i del recreo del hombre. ¡Que crueldad! ¡Cebarse por mero pasatiempo en la sangre de una avecilla tan mansa, que es el símbolo de la inocencia i del candor, i celebrar su horrible carniceria i destruccion con la mas viva alegria i algazara, como si fuera una heróica empresa!

Jas. No sea V. tan sentimental, señor Baron: el mundo ha sido siempre el mismo; yo que he corrido en todas direcciones, puedo asegurar que en todas partes he visto la guerra que unos seres se hacen con otros, concluyendo por tragarse los mas fuertes á los mas débiles; además de que sabemos que Dios ha criado los animales, las aves i los peces para regalo del hombre.

Mic. Bien conozco que es así; pero convengamos, amigos míos, que es mas noble la caza del javali; allí á lo menos se ven los preparativos de una batalla: descubiertas, escuchas espías, vanguardia, centro, retaguardia, cornetas, fuego graneado, descargas; en fin de todo participa una caceria de esta especie. ¡Puede haber por otra parte cosa mas placentera que internarse en las guaridas de esa indómita fiera, penetrar por abismos i profundidades no holladas todavía por la planta humana; elevarse otras veces hasta las cimas de unos montes tan orgullosos que parece se enseñorean sobre las nubes, i recorrer tantos puntos de vista, i tan pintorescos.

Mald. ¡I qué mayor placer que oír despues de la batalla las proezas de los campeones, ver pasear en triunfo los trofeos, i sentarse á una buena mesa,

sazonada con los chistes, gracias i alegre humor de los cazadores, i sobre todo con el apetito escitado por el aire balsámico de estos montes, por el pesado aunque agradable ejercicio, i por la gran franqueza i cordialidad que reina en estas báquicas refriegas?

Bar. Señores, VV. discurren á las mil maravillas: estoi tan de acuerdo con VV. que tengo dispuesta para mañana una excelente cacería, con la que trataba de sorprenderlos; pero se va haciendo tarde; no perdamos el fruto de la presente. Ea caballeros, cada uno á su respectivo lugar.

ESCENA IV.

Se descubre ácia la llanura una casa rústica de hermosa perspectiva, con una calle de árboles que conduce hasta la puerta, junto á la cual se divisa una cerca con enrejado de madera, i en la parte interior un jardin. KRAUBEN i ANJELICA se hallan sentados á la puerta de la casa tomando el fresco de la mañana.

Kraub. ¡Que se ha hecho, hija mia, aquella alegría de corazon, imájen de la inocencia, á cuya sola vista me consideraba el mas feliz de los mortales? ¡Que se ha hecho aquel candor propio de tu edad, aquella sinceridad i franqueza con que descubrias tu pecho á tu tierno padre, i le confiabas tus mas ocultos pensamientos? De algunos dias á esta parte veo que te consumes en la melancolía, i aunque te esfuerzas por serenarte en mi presencia, no dejo de

penetrar la afliccion de tu ánimo, ni de observar el llanto que tratas de enjugar con el mas disimulado artificio. La sola idea de que puedas estar devorada por alguna pena oculta, llena de amargura mi existencia. ¡Querrás, mi querida Anjelica, precipitarme al sepulcro, quedando sola en este mundo, espuesta á las asechanzas de la corrupcion, i á ser víctima de tus desgracias?

No es por mí ¡oh Dios! que pido á las parcas alarguen el estambre de mis dias. Los pesados trabajos, las angustias del alma, los desengaños de los hombres, la injusticia de los depositarios de las leyes, el desprecio i el odio con que nos han mirado nuestros parientes; finalmente, todos los males con que la providencia divina por sus inscrutables juicios ha querido aflijirnos; todo cuanto veo, menos tú que eres una parte de mis entrañas, todo, todo me

inspira horror, i hace que desée vivamente abandonar para siempre este mundo deleznable i corrompido, en el que no se halla ni justicia, ni caridad, ni candor, ni probidad, ni honor, ni virtud.

Anj. Pero papá, ¿que cuadro tan triste i afflictivo me presenta V. á la vista! ¿V. tan infeliz? V., que siempre ha vivido alegremente en estos rústicos lugares, en los cuales puede decirse que no ha conocido sino al baron del feudo, hombre benéfico i compasivo, ¿V. tiene tantos motivos para aborrecer á los hombres?

Kr. Los motivos son poderosos porque son irremediabiles; pero la pena que ellos me causan, no es comparable de modo alguno con la que me hace sufrir tu alarmante situacion. (*Anjelica llora*).

¿Tú lloras, hija mia? Ah, no, no; ven mas bien á mis brazos (*la abraza*); desahoga en mi seno las causas que ajitan

tu corazon. Consideráme, no como un padre rigoroso, sino como un amigo tierno que sabrá tener piedad de tus flaquezas, i aun de tus deslices si hubieras tenido la desgracia de incurrir en alguno.

Anj. Esto no, papá; ¿deslices? No señor; no soi capaz de faltar al honor. No es éste el oríjen de mi tristeza; tristeza, (*suspira*) que ya es inútil que yo le oculté á V. mas tiempo.

Kr. ¿I cual es pues? Espílicate por el cielo? Podré yo aplicar algun remedio á los males que turban tu tranquilidad? Creeme, hija mia, estimo en mas tu felicidad que la mia.

Anj. !Ah padre mio, de que dulzura penetran mi alma esos sentimientos tan tiernos i afectuosos! ¿Como podré reconocer dignamente tantos sacrificios que V. ha hecho por mí, i los que me ofrece en prueba de su cariño? Pero.... ¿podré

decirlo? ¡Tendré resolución para declarar mi fragilidad i mi imprudencia? Sí, padre mio; yo debo sacar á V. de este penoso cuidado. Sepa V. ¡oh Dios! ¡cuánto cuesta descubrir la primera debilidad de la juventud! Sepa V., perdon padre mio; sepa V. que yo... estoi enamorada.

Kr. sorprendido. ¡Enamorada? Espero que no habrás cometido el delito de fijar tus miras sobre un objeto que pueda manchar el lustre de nuestra pobre sí, pero honrada familia.

Anj. Antes bien, mi falta consiste en haber elejido una persona, que es superior á nuestro estado.

Kr. ¡I quien es, hija mia, el que se ha apoderado de la paz de tu corazon? Habla. ¡Quien sabe que no aparezca con el tiempo una estrella propicia que quiera derramar un bálsamo saludable sobre nuestras desgracias. Si no hubiese muerto tu hermano! Bien sabes que habia

llegado á ser capitán de caballería; pero ¿que habrá sido de este esforzado jóven? ¿Ha ya tanto tiempo que no tengo noticias tuyas, i que no he recibido los socorros que solia enviarme! Este silencio me llena de aflicción i me hace temer alguna desventura. ¡Ideas melancólicas, no vengais á acongojar mas mi ánimo abatido! Si llego á perder este buen hijo que es la parte principal de mi corazón, quedarán desvanecidas todas mis esperanzas; mas no ¡santo cielo! conservad sus preciosos dias para consuelo á lo menos de esta inocente criatura.

Pero volviendo á nuestra conversacion, díme quien es el objeto que te ha inspirado esa llama de amor: ea, habla con libertad.

Anj. Sí, papá mio, lo haré; no puedo resistir á la confianza que me inspiran las dulces i afectuosas espresiones de V.

La primera vez que ví al señor D.

Prudencio en el bosque de las Ninfas, sentí una turbacion violenta cual no habia experimentado jamás á la vista de ningun hombre. Ahora creo lo que he oido decir á V. al discurrir sobre la física, que el amor no es mas que una atraccion, que sigue las mismas leyes que los demas cuerpos. Ya no lo puedo negar desde que me he visto arrebatada por una fuerza desconocida ácia aquel querido objeto. Tal fué el efecto de mi primer encuentro; pero cuando ese caballero empezó á hablar, quedé tan enternecida con el melífluo sonido de sus palabras, tan encantada de su gracia, tan complacida con sus chistes i con sus finos modales, i tan satisfecha de sus sabios i juiciosos razonamientos, que mis cadenas se estrecharon para no poderse quebrantar jamás. ¡I que diré de lo que hizo cuando reparó que habia escitado en mí un agradable interes? Se me a-

aprocimó con un aire elegante, con aspecto jovial, con la sonrisa en los labios, con la más tierna espresion en sus ojos, i con una afabilidad irresistible: pero he aqui que sino me engaño, va saliendo de aquella arboleda, i segun lo que puedo distinguir viene hablando solo. Entre-
mos en el jardín, desde donde oiremos tal vez lo que dice. ¡Gran Dios! sedme propicio. (*Se retiran por el enrejado i cierran.*)

ESCENA V.

Don PRUDENCIO, hombre de unos cuarenta i cinco años, pero mui bien conservado; dotado de virtudes i sin mas defectos que alguna fatuidad en sus amores, sale en traje de cazador precedido por su perro perdiguero, se aprocsima mui pensativo á la casa de KRAUBEN, i se para á la puerta del jardín.

D. Prud. ¡Como? ¡Yo?... Es posible que

despues de haber resistido por el espacio de treinta años á la furia de las pasiones, deba ser víctima ahora de una que pueda oscurecer mi nombre? No. Valor, Prudencio; no espongamos nuestras débiles fuerzas; huyamos de este objeto peligroso; no pasemos adelante (*Hace como que se retira, i luego se para con ternura*) Mas ¿como? No he de ver á mi hermosa Anjelica? ¿Amable criatura! (*con enfado.*)

¿Porque he de ser esclavo de las preocupaciones del mundo? (*reflexivo*) ¿Pero que se dirá de que un hombre de juiciosa edad no haya sabido refrenar estos ardientes impulsos? (*resuelto*) ¿I que importa? No soi yo de carne i hueso como los demas? Ah amor, cruel amor, ¿que terribles son tus flechas! Mas de donde nace mi vacilacion? ¿Será por temor de que no sean acojidos benignamente mis ardientes votos? Es verdad

que no soi un jóven de la primera edad, pero tampoco soi un viejo; mi figura (*se mira*) no es tan despreciable; gallarda presencia, buen cuerpo, facciones delicadas, aire elegante, brio i robustez... pero robustez hercúlea... Hasta ahora va la cosa á las mil maravillas; ¿pero de quien te has enamorado D. Prudencio? De una aldeana abyecta i miserable? No es verdad? (*resuelto*) no, Anjélica no lo es. Resplandece en ella no sé que parte de nobleza; su fina educacion, su talento, la cultura de su espíritu; todo, todo me hace creer que ella no ha nacido para el estado en que se encuentra. Por otro lado, su padre.... ¡oh buen Krauben! habla como un Demóstenes, conoce las ciencias, discurre de todo con maestría. ¿Es posible que esta familia haya vivido siempre en las rústicas chozas? Aquí debe haber algun misterio. Escasamente habrá unos trece años que

vino á habitar esta parte de los Apeninos. Sí, el corazon me dice que este arcano podrá penetrarse algun dia. ¡Oh ideas lisonjeras! Que feliz seria si se verificasen mis sospechas, i si pudiese sin incurrir en el desagrado de mis parientes, i sin escitar la murmuracion del vulgo, decir á mi divina Anjélica. "Sí, prenda mia, por ti suspira mi alma; yo te adoro; tú sola ocupas mi corazon por entero; tú has sido la primera, i serás la última en adquirir su lejítimo dominio; te lo juro, nadie te usurpará su posesion; seré tuyo eternamente, i tú serás el único objeto ácia el que estarán dirigidos todos mis desvelos, atenciones i cuidados. ¡Pero á donde me conduce mi acalorada fantasía? ¡Sueño, ó estoi despierto? ¡Qué poder sobre humano mueve mis pasos? ¡Qué impulso májico me arrastra ácia la adorada Anjélica? Cedamos, sí, cedamos ya que

no me siento con fuerzas para alejarme de estos lugares. (*Se acerca á la puerta i llama*).

ESCENA VI.

(*D. Prudencio, Krauben i Anjélica.*)

Anjélica. ¿Quién es?

D. Prud. Yo soi, mi querida Anjélica; ábrame V., no tenga reparo alguno.

Anjélica. (*abre.*) ¿V. aqui, señor don Prudencio? (*Se pone colorada i se turba*).

¿Como tan temprano? Yo creia que estuviera V. en la caza.

D. Prud. He observado que el tiempo no era bueno para el paso de las palomas; así que cansado de estar en acecho en el bosque, me ha parecido que habia de tener una mañana mas agradable viniendo á ver á V. ¿Donde esta el señor Krauben?

Anjélica. Está trabajando en el jardín.

D. Prud. Vamos á verlo; pero quiero preguntar antes por la salud de V. ¿Ha dormido V. bien? ¿Ha pasado V. buena noche?

Anjélica. (*Suspira i mira á don Prudencio con ternura.*) ¡Ah!... no mucho; he tenido un gran dolor de cabeza, i luego.... sueños mui pesados.

D. Prud. (*conmovido.*) ¿De veras? ¡Pobre Anjélica! ¿Quién los ha ocasionado?

Anjélica. (*compunjada.*) No lo sé; pero conozco que un astro maligno me persigue. Bastará que V. sepa que yo no soi feliz. (*Suspira.*)

D. Prud. (*á parte*) ¡Oh que fortuna! No hai caso; está enamorada de mí. (*Levanta la cabeza i dice en aire de triunfo.*) Animo, hermosa Anjélica, no se aflija V. ¿Crée V. que yo pueda mitigar sus penas? ¿Poseo yo el secreto de hacer volver la paz á su corazon? ¿Cuán

feliz sería si el cielo me hubiese concedido esta májica virtud!

Anjélica. (sorprendida) ¡Que dice V. caballero? Yo no he perdido la paz de mi corazón, no es esto lo que yo quería dar á entender.

D. Prud. Vamos, ¡á qué viene ese disimulo? No me oculte V. la verdad, alma mia ¡está V. enamorada?

Anjélica. (encendida i confusa.) Oigan que pregunta. ¡Yo? no señor; yo.... no sé lo que V. quiere decirme; pero vamos á Papá que nos aguarda en el jardín. (*Corre ácia el jardín, i don Prudencio sigue sus pasos.*) Papá, Papá, aquí está don Prudencio.

Kraub. Bien venido señor don Prudencio.

D. Prud. Adios, mi querido Krauben: cansado de aguardar el paso de las palomas, he cojido el perro perdiguero, i recorriendo esos rastrojos en busca de codornices, he venido á hacer á V. una visita.

Kraub. V. nos dispensa mucho honor; pero siento que este no sea un sitio conveniente para recibirle como merece.

D. Prud. Nada, nada. En el campo no hai formalidades embarazosas. Por otra parte V. es un escelente sujeto, honrado, i de amena conversacion. Antes bien, cuando me pongo á reflexionar sobre sus finos modales, profundos conocimientos i brillantes virtudes, me inclino á creer que V. no ha nacido en tan humilde condicion; i que alguna desgracia no merecida lo ha reducido á V. á la necesidad de ganar su sustento con el trabajo de sus manos. Luego, tiene V. una hija... ¡amable criatura! (*con fuego*) adornada de tanto talento i de tan conspicuas dotes, que es imposible sea sangre plebeya la que corre por sus venas; ella.... no puede menos de ser noble.

Kraub. Doi á V. gracias por la buena opinion que ha querido formar de mí i de

mi hija, i ambos á dos haremos los posibles esfuerzos para merecerla. Nuestros antepasados han vivido ciertamente con mas comodidad que nosotros; en un tiempo yo tambien me habia lisonjeado de mejorar de suerte; pero ya se han disipado mis esperanzas, i no me ha quedado mas recurso para subvenir á mis necesidades i á las de mi hija, que el cultivo de estos campos, i la beneficencia del señor Baron. Mas ahora que me acuerdo, Anjélica, es hora que vayas al bosque á arreglar la habitacion del amo. ¡Ah señor don Prudencio, qué dolor sufro cada vez que debo enviar esta inocente criatura á aquella mansion de!... ¡podré decirlo en confianza con V.? de verdaderos locos. Ah! si yo lo pudiese evitar! ¡Pero como? Así lo quiere el Baron, i V. sabe que este es un hombre que no admite réplica. ¡Pobre Anjélica á qué te ves reducida!

Hacer las camas para aquellos diablos desencadenados, oír sus locuras, sufrir sus impertinencias i sus pesadas chanzas, i aun sus persecuciones.

D. Prud. En verdad que V. no debiera enviarla allá de ninguna manera; aquella no es escuela para doncellas; esa jente es capaz de pervertir á la mas casta Susana. Está ahí ese taimado poeta que con sus melifluidades i dulces versos alucina i encantusa á todas las muchachas. ¿Qué diremos de aquel azote de la humanidad el doctor Cirilo? Finje juicio i compostura, i es charlatan por esencia i atrevido por carácter. Jason da poco que temer, porque fanatizado con sus viajes sobre los cuales inventa siempre algun cuento falso i desabrido, tiene fija en ellos toda su atencion, i se ocupa mui poco de negocios galantes. El otro mas jóven, llamado Maldonado, es menos peligroso, porque es mas come-

dido, i porque entregado á sus libros i á la música, poco se interesa en objetos inferiores á su contemplacion filosófica. Sin embargo, cuando están reunidos son á cual peor, i no hai broma que no emprendan por pesada que sea. En cuanto al señor Baron, yo no me atreveré á describir su carácter, ya que V. parece que lo conoce mejor que yo.

Kraub. Sí, sí, es verdad; puedo decir que es un escelente caballero, jeneroso, de buen corazon, mui amable, virtuoso, i mui delicado en cuanto tiene relacion con mi hija. Yo no puedo quejarme de él; siempre ha tenido por mí las mayores consideraciones; i la primera vez que fuerza en algun modo mi voluntad es ahora que se ha empeñado en que vaya Anjélica todos los dias á poner en órden su habitacion. Creo que en ello no se proponga objeto alguno malicioso, i sí solo el de divertirse con las chanzas i

chistes de sus compañeros; pero al mismo tiempo es un protector decidido de esta muchacha.

D. Prud. Pues bien; como yo debo ir en aquella direccion, me permitirá V. que la acompañe i que sea su defensor.

Kraub. Agradezco la fineza. La prudencia de V., su cordura i honradez me tranquilizan, i me obligan á acceder con gusto á este obsequio. Sí, señor, la recomiendo á su proteccion.

Anjélica. Adios, Papá.

D. Prud. Adios, señor Krauben.

Kraub. El cielo os acompañe.

ESCENA VII.

D. Prudencio i Anjélica caminando solos ácia el bosque.

D. Prud. Hermosa Anjélica; que afortunado soi de poder continuar nuestra interesante conversacion, interrumpida

por la timidez de V., que la hizo correr inoportunamente ácia su padre para evadirse de mis preguntas. Me parece que se trataba de saber si era el amor la causa de sus indisposiciones i de su presunta desgracia. Hábleme V. con franqueza; fiése V. en mí como si yo fuera su señor padre, pues yo le ofrezco tomar igual interes en cuanto tenga relacion con su persona.

Anjélica. Esto no puede ser, señor D. Prudencio. Papá es mucho mas viejo que V.; (*D. Prudencio dá señales de complacencia*); así que yo no puedo tener en V. la misma confianza. Por otra parte, me dice de continuo aquel buen anciano, que todos los hombres son malos, i que se hace infeliz para toda su vida la mujer que se fia en ellos, i mucho mas en aquellos que encubren sus asechanzas bajo el manto de la hipocresia.

D. Prud. Pero yo creo que V. no pensará así de mí. Yo me precio de ser un hombre de honor, é incapaz de abusar de la confianza.

Anjélica. Así lo juzgo yo tambien; i á decir la verdad, despues de Papá, seria V. la primera persona que pudiera merecerla.

D. Prud. (á parte) Bravo, el asunto principia bien.

Siendo así no, dudo me complacerá V. contestando á mis preguntas. Dígame V. francamente la causa de sus afanes; ¿seria acaso alguna pasion concebida por algun mocito?.. ya V. me entiende, por alguno de esos desmandados pisa-verdes, que van á la caza de muchachas como si fueran tortolillas?

Anjélica. Nada de eso. Mocitos corrompidos, jóvenes inconstantes, frívolos, troneras i disipados, nunca me han gustado.

D. Prud. (*á parte.*) Bravo. ¡Escelento muchacha! ¡Que prodijio! Ese Krauben ha hecho de ella una verdadera filósofa. ¡Que mácsimas! ¡Que moral! ¡Que austeridad de costumbres! Me reconozco mas que nunca enredado en los lazos de amor, i de un modo que ya no me será posible quebrar tan dulce cadena.

Con que Anjélica mia, ¡jamás ha tenido V. amores con los jóvenes?

Anjélica. No señor, con ninguno.

D. Prud. Pero en caso de tenerlos ¿no le gustaria á V. mas acoger los ardientes votos de un hombre juicioso?

Anjélica (*simplemente.*) Yo.... yo no pienso en esas cosas; pero en su caso, no hai duda que me decidiria por un hombre de alguna edad. Papá me lo dice siempre, que tomando por marido un hombre de esta clase, reina constantemente la paz en la familia, ese no se ocupa sino de la casa, no se distrae con

otros objetos, quiere siempre á su mujer, es tierno para con sus hijos, sabe fomentar i conservar mejor los intereses, no es el juguete de las pasiones, i tantas otras cosas; por lo cual, digo la verdad, que soi enteramente de la opinion de Papá.

D. Prud. ¿I de que edad le agradaria á V. el marido?

Anjélica. (*m'rándolo con espresion.*) Poco mas ó menos, así como la de V.

D. Prud. (*aparte*) Esto es hecho; ella se muere por mí.

¿Con que le gustaria á V. poco mas ó menos como yo? hé? (*manifiesta engreimiento.*)

Anjélica. (*se ruboriza.*) ¿I por qué me hace V. esas preguntas? V. es un señor, (*simplemente*) i yo no soi de su rango.

D. Prud. No importa, Anjélica mia, tenga V. juicio i reserva. ¿Quién sabe? Basta, no digo mas; pero la encargo muí

particularmente que huya V. de aquellos locos; va mé entiende V.; de los amigos del Baron.

Anjélica. No tenga V. cuidado; el otro dia quemé con la paleta al gracioso poeta que quiso tomarse algunas libertades. *(resuelta)* El que se atreva á tocarme, llevará señales visibles de su temeridad.

D. Prud. Bravo; así me gusta. Ea pues, valor. Su padre de V. me ha hablado de negocios de familia, de un hermano de V. i de otra porcion de cosas; basta, nuestra situacion puede cambiar de un momento á otro. Este beso será la prenda de nuestra amistad i de nuestro....

(Va á imprimir un beso en la mano de Anjélica, i ésta le sacude suavemente un bofeton.) Ingrata, ¿que hace V.?

Anjélica, (resuelta.) Ya he dicho que quien se atreva á tocarme, será castigado; así que no podia V. quedar esceptuado de esta lei penal.

D. Prud. Pero yo.... conmigo hai otras razones.

Anjélica. Es verdad, las hai; pero que lo hacen, ¡ah! (*suspira*) mas peligroso. (*En el entretanto van llegando á la casa del Baron, en la cual oyen una grande algazara.*)

ESCENA VIII.

(**EL BARON** ha visto desde la cima del monte el bofeton que **ANJELICA** acaba de dar á don **PRUDENCIO**. **MICENIO**, el **DOCTOR CIRILO**, **MALDONADO**, **JASON** i **DANDINI** están á la puerta de la casa del **BARON**.)

Bar. Bravo, señor don Prudencio, (*Al aproximarse éste i Anjélica.*) Lindas cosas sabe V. hacer. Fiése V. en los hombres que se dicen juiciosos. ¡I que así

se abusa de la inccencia de una pobre muchacha? ¡Así corresponde V. á la confianza que deposita en V. el honrado Krauben? Si lo sabe, no salgo garante de que no le mida las costillas á la alemana. Alabo mucho tu virtud i tu firmeza, bella Anjélica; va á las mil maravillas. así se hace á los atrevidos; vales un tesoro.

Anjélica. (aparentando naturalidad.) No merezco, señor Baron, esas alabanzas; antes bien debo culpar mi aturdimiento en haber considerado como insulto un acto de cortesía del señor don Prudencio; por lo cual le pido mil perdones.

Bar. (aparte) ¡Que sorprendido me deja esta muchacha! ¡Que virtud! ó mas bien que malicia. Para evitar la rechifla i las bromas de mis compañeros sobre este suceso, trata de disculpar á su ofensor. Esto confirma mis sospechas de que hai

entre ellos alguna intelijencia. (*Corre ácia sus compañeros.*)

Amigos, dad la enhorabuena á D. Prudencio, que ha recibido un dulce bofeton de la bella Anjélica.

Mald. ¡De veras? ¡I porque se le ha manifestado tan esquiva?

Bar. Por haber tenido don Prudencio las manos demasiado libres segun es costumbre suya mui añeja.

Mic. ¡Escelente muchacha! mereces una corona: quíero hacer una oda en elojio de tu firmeza i resolucion.

Anjélica. Está bien; pero le encargo que no omita lo de la quemadura, la cual vendrá de molde.

Bar. (*con gracia.*) ¡Pobre don Prudencio! Vaya V. á hacerse curar por el doctor Cirilo; estos golpes suelen ser peligrosos, i es preciso por lo tanto prevenir á tiempo sus consecuencias.

Cir. Sí, sí, es verdad, vaya una receta. Se

le dé al momento una lavativa de malvas i achicorias, para que refrescadas las entrañas, se establezca un perfecto equilibrio entre los sólidos i los fluidos, i sean por este medio llamados á las vias ordinarias aquellos humores, que afluyendo á la parte afecta podrian producir tumores, fístolas, caneros i gangrenas.

D. Prud. (serio) Ola señores, ya debiera bastar para broma; ésta gusta cuando dura poco; pero prolongada con punzantes sarcasmos es una desatencion, es una falta de buena crianza. La ternura que yo haya podido manifestar ácia Anjélica, la justifica el interes que me tomo por su suerte. I finalmente, (*sostenido*) me parece que soi bastante libre é independiente para hacer lo que me dé gana, sin necesidad de que nadie haya de sancionar mis determinaciones.

Mic. (irónicamente) Sí, señor, tiene V. razon; V. es mui dueño de hacer lo que

guste, si bien para que V. pueda salvarse de la ira de Krauben, así como para reparar la injuria que ha hecho á esa doncella, yo no hallo otro medio sino el del matrimonio.

D. Prud. I si á Anjélica i á mí nos viniera esa voluntad ; qué tendria V. que decir, señor poeta adocenado?

Atic. Nada, nada absolutamente: mui al contrario, este himeneo ofreceria nuevos placeres á nuestra diversion venatoria.

Bar. (*formalizándose.*) Señor don Prudencio, sentiria que V. tratase de burlarse de esta pobre muchacha; sepa V. que es hija del mejor de mis colonos, del honrado i sabio Krauben, á quien yo estimo sobremanera; así que no permitiré que ni V. ni nadie la tome por juguete ó pasatiempo.

D. Prud. V. me hace un agravio, señor Baron; yo no soi capaz de cometer accion alguna que no sea mui decente. Si

hablo de este modo, es porque me hallo conmovido é interesado mas de lo que V. puede figurarse á favor de Anjélica, digna por cierto de mejor suerte.

Anjélica. Pero señores míos, ¿á que se dirijen estas cuestiones? D. Prudencio no se humillaria jamas á fijar sus miras en una persona que no fuera conveniente á su rango.

Cir. Ea caballeros, concluyamos esta disputa. D. Prudencio es tan quisquilloso que de todo se pica. Dejémoslo, pues, que haga lo que se le antoje, i hablemos de nuestra caza.

Anjélica. Sí, sí, mejor será. Yo voi en tanto á arreglar la habitacion.

Bar. Hemos tenido un dia mui malo; mas espero que nos hemos de indemnizar del fastidio de por la mañana con la cacería que habia dispuesto para el dia inmediato, pero que principiaremos apenas háyamos comido.

Jas. ¿No sería mejor que, para entretener el tiempo hasta la hora de entregarnos á los placeres gastronómicos, jugásemos una partida?

Bar. Sí, sí, tiene V. razon. Dandini, trae la mesa. ¿Y á que juego jugaremos?

Jas. En mi viaje de Egipto aprendí aquel á quien los italianos dan el nombre de uno de los antiguos monarcas de aquel reino, que creo es el de Faraon, i que los españoles conocen con el de banca.

Mic. Ah, no; ese juego es mui pesado i desigual, juguemos otro mas alegre; por ejemplo, el noble juego del monte, que es el que alegra el corazon mas que ningun otro, i el que disipa todas las penas, especialmente cuando la suerte es favorable.

Mald. ¿Pero ustedes no saben que estos juegos violentos i ruinosos están prohibidos por las leyes, i con justa razon, pues son la sentina de todos los vicios,

i la causa de la desmoralizacion i ruina de infinitas familias?

Mic. Las leyes pierden su vigor en estos bosques solitarios. ¡Que miedo podemos tener á la policia, cuando estamos tan fuera de su alcance? No haya cuidado, principiemos. (*Se sientan á jugar.*)

Jas. Yo tallaré, señores. Voi á echar el albur.

Bar. Mui bien, amigos, vamos á ver si podemos desbancar á Jason, que por lo jeneral es tan dichoso.

Mald. ¡De cuanto es la banca?

Jas. De treinta onzas.

Mic. Voi al caballo.

Mald. Voi en tres á la sota.

Cir. Juego ese ganarán.

Bar. Todo se ha perdido.

Jas. (*barajando.*) Vamos á otra talla: está echado el albur i el gallo.

Mic. Voi una onza al monarca.

Cir. Voi media onza calle derecha.

Bar. Yo juego á la judía.

Cir. Voi pároli entre as i cuatro.

Anjélica. Señor Baron, ¿tiene V. que dar-me otras órdenes? Ya todo está arreglado; i con su permiso me retiraré.

Cir. Al entrés de seis.

Mald. Un doblon á la sota. } (Aparentan estar embebecidos en el juego.)

Bar. Sí, hija mia, vete, i da espresiones al buen Krauben. Adios.

Mic. He, muchacha; que la acompañe á V. don Prudencio, i si se desmanda, precipítelo V. por esos barrancos, i requiescat.

Cir. Voi á la judía.

Mald. I yo á la contra-judía. } (Siguen jugando.)

D. Prud. Lo precipitará á V., Sr. bachillero, i no á mí que sé lo que es honor i buena educacion, i que me precio de ser hombre honrado.

Cir. Poco á poco, hombre honrado hasta cierto punto. Acuértese V. que todavía

lleva en la cara señales que acreditan lo contrario de lo que afirma.

Mald. Dandini, vé á la colina, i acompaña con la vista á esa pareja amorosa para que no ocurra tropiezo alguno.

Mic. No puedo ganar una suerte; vaya un doblon al as; tambien se perdió. (*siguen jugando.*)

Dand. Déjelo V. por mi cuenta. Como en materia de galanterias yo no conservo sino un amargo recuerdo de mis pasadas fortunas, tengo una envidia mortal á quien las goza actualmente; por lo que mi mayor gusto es echar á rodar los proyectos amorosos. Ah! si V. me hubiera conocido en mi fresca i lozana juventud! todas las mujeres me venian detrás.

Mald. Seria porque tú te ponias delante.

¿No es verdad?

Dand. ¿Pero que? conquistas á millones; trofeos á mas no poder; flechazos de Cu-

pido i cicatrices á un punto increíble.
¿Que quiere V.? Yo he sido el Alcides de nuestra edad. (Siguen los jugadores hablando por intervalos sobre sus puestas i jugadas.)

Poseia entonces el arte prodijioso de hacerme amar por hombres i mujeres; i era no pidiendo nada á aquellos, i no negando nada á éstas. Entonces lo podia hacer, porque aquel buen tio cura, de quien he hablado á V. en otras ocasiones, me habia instituido heredero de su patrimonio, que no era tan despreciable; pero como todo lo he disipado, perdí mi habilidad, i ahora me veo precisado á ejercer el oficio de cocinero.

Bar. No haga V. caso de ese embrollon; i atienda al juego que le interesa mas.

Mic. Señores míos, veo que la suerte me es contraria, así pues, me retiro por prudencia. *(Se levanta de mal humor.)*

Mald. Tambien yo veo que no se hizo el

juego para mí: valdrá mas que me divierta con mi clarinete, llenando estas silenciosas comarcas de armoniosos sonidos. (*Se levanta tambien de mal humor.*)

Cir. Ya van dos los que buscan cuarteles de invierno, i como no quedamos mas que dos puntos, si les parece á VV. lo dejaremos para otra ocasion.

Bar. Apruebo esta resolución, tanto mas que está el banco tan feliz, que acabaria con todos nuestros bolsillos. Vamos á dar una vuelta por el bosque hasta la hora de comer. (*Todos se levantan i se corre el telon.*)



ACTO SEGUNDO.



ESCENA I.

Krauben solo sentado en un poyo á la puerta de su casa.

Krau. ¡Santo cielo! Que no pueda tener jamas un momento de sosiego! Atropeñado por injustos i desleales parientes, abandonado por todos mis amigos, inquieto i azorado por la vida de mi hijo, i sin mas recursos que los de mi trabajo para granjearme una precaria subsis-

tencia; encontraba mi único consuelo en la compañía de la inocente Anjélica; pero para complemento de mi desgracia aun de éste me veo privado desde que han llegado á mi noticia sus amores con don Prudencio. Inconsiderada muchacha! Aunque tu cuna haya sido mas ilustre todavía que la del hombre que ha logrado deslumbrarte ¿de que te sirve recordar pergaminos viejos, si ya no se atiende en el dia sino á la posicion actual, y ésta te es tan poco favorable? (*Oye lejos una corneta i algun ruido, i se levanta.*) ¿Pero que será ese bélico sonido? Veo una nube de polvo que se levanta por aquella parte hasta el punto de oscurecer el firmamento; siento las pisadas de caballos, i oigo sus relinchos. ¿Que será ese ruido i ese brillo de armas que diviso con la interposicion de los rayos del sol? Yo tiemblo de los pies á la cabeza. Justo cielo, so-

corredme. (*Va á sentarse á la puerta del jardin.*)

(*El coronel deja la comitiva á cierta distancia, i se presenta solo á pie á la puerta de la casa.*)

Cor. Ha de casa? nadie responde; pero si no me engaño veo que allá está sentado un viejo respetable. ¿Quién será? Que agitacion extrema oprime mi alma? Me palpita el corazon, se me hiela la sangre en las venas, me tiemblan las piernas, me faltan las fuerzas. ¡Ah buen anciano! (*el viejo vuelve la cara ácia él.*) ¡Pero que! ¿será acaso? Sí, él es, ¡Ah padre mio! (*Corre á arrojarse á sus brazos.*)

Kraub. Tú, hijo? (*Se levanta afanoso i azorado, i vuelve á sentarse i se desmaya.*)

Cor. Que placer despues de quince años de ausencia estrechar en mis brazos al mejor padre, al mas tierno i al mas amable! Pero oh Dios! (*azorado*), no respi-

ra. Justo cielo, amparadme. (*le dá aire con el pañuelo.*) Socorro, no hai quien me ayude?

ESCENA II.

Los dichos, *Anjélica i D. Prudencio.*

Anj. Oh Dios! ¿Quien es el temerario que conspira contra la vida de este venerable anciano? No, no morirá mientras que yo tenga algun aliento (*resuelta*); seré una tigre. D. Prudencio no me abandone V.

Cor. Hermosa muchacha, no se apure V. yo no le he hecho daño alguno; esto no es mas que un pequeño desmayo que le ha sobrevenido por su escesiva sensibilidad, ¿no vé V. como yo empleo todos mis esfuerzos en su favor? Ayúdeme V. á hacerlo volver de su accidente; vaya V. corriendo á buscar un vaso de agua.

Anj. Voi volando; pero no lo deje V. un instante. (*sale en busca del agua.*)

Kr. (*Empieza á volver en sí.*) Dios mio, os doi gracias; habeis ensalzado mis votos; se me ha logrado mi deseo de volver á ver todavía á esta parte de mi corazon. Sí, ya moriré contento (*todavía entorpecido i sin abrir los ojos*). ¡Pero donde está este mi buen hijo?

Cor. Tranquilícese V., padre mio; aqui estoy dispuesto á sacrificar mi vida por la salud de V.

Kr. Ah, sí; (*abre los ojos*) ven de nuevo á mis brazos; este momento tan precioso compensa todas las penas que he sufrido por ti; todo lo doi por bien empleado.

Anj. Aqui está el agua. Mas ¿que miro? (*alegre*) Mi querido papá, ¿ya está V. bueno? Oh que consuelo! ya no lo perderé á V. Oh que feliz soi! (*se arroja á sus brazos.*)

Cor. (*apresurado.*) ¡Es esta mi hermana?

Anj. (*sorprendida.*) ¡Tú mi hermano?

Kraub. Sí, ambos sois mis hijos, i ambos formais todas mis delicias. (*Se abrazan los tres.*)

D. Prud. (*á parte.*) Que escena tan tierna! Yo tambien me he conmovido; deramo asimismo lágrimas; pero tengo un presentimiento de que en breve han de ser lágrimas de mayor contento. Sí, ya veo brillar sobre el horizonte un astro benigno i nuncio de alegres noticias.

Señores míos, permítanme VV. que yo les presente las mas cordiales congratulaciones. Estoi penetrado del placer mas puro de ver felices tres personas tan dignas de serlo.

Kr. Admito gustoso sus parabienes, i le doi las gracias mas espresivas.

Cor. ¡Quien es ese cazador?

Kr. Es el señor D. Prudencio Bonavia, caballero de los mas distinguidos de es-

te pais, i el único tal vez que nos haya dado pruebas de verdadera amistad, i de interesarse en nuestras desgracias.

Cor. Dispense V., caballero, si por no haberle conocido antes, no he sido tan expresivo como V. merece. V. ha adquirido derechos los mas solemnes á mi eterna gratitud.

D. Prud. Me bastaria haberlos adquirido sobre la amistad de V., en lo cual cifro mi honor i mi satisfaccion.

Cor. Sí, la ofrezco á V. con toda la sinceridad i franqueza de un militar; i en tanto vaya esta prenda. (*Se dan las manos*).

D. Prud. Deseo dar á V. pruebas inequívocas del placer con que acepto sus francas i jenerosas ofertas. Me retiraré ahora con licencia de VV.; estos son momentos demasiado preciosos para VV., almas grandes, que seguramente gustarán de hallarse sin testigos, para dar un desahogo mas libre á su ternura. Yo

me proporcionaré la dicha de volver á ver á V. mas tarde. [*se retira.*]

[Krauben, el coronel i Anjélica se sientan.]

Cor. [*Toma á su padre por la mano.*] ¡Oh padre mio! qué gozo, qué contento de ver á V. en tan buena salud! Pero estas ásperas manos, estos callos, todo me prueba que V. se ha ocupado en trabajos penosos. Ah pobrecito! Que pena me da esta idea!

Kraub. Antes bien, hijo mio, debes dar gracias á la providencia que me ha concedido la fuerza de granjearme con el sudor de mi rostro, el pan para mí i para esta amable criatura. Ya habrás sabido por mis cartas cuáles fueron mis desgracias en la Calabria; cuando tú saliste para el ejército teníamos un mediano caudal, que habíamos podido reunir con nuestra industria i con la economía de tu buena madre i mi mas tierna

esposa: esta infeliz sucumbió al susto que la sobrecojió la noche en que fuimos asaltados por los asesinos. Viéndome reducido á la miseria, i para mi mayor desconsuelo sin aquella amable compañera, que endulzaba todos mis males, cojí en mis brazos á esta pobre niña que tenia entonces de cuatro á cinco años, i caminando sin saber yo mismo á donde ir á fijar mi suerte, me encontré casualmente con el baron de este feudo, hombre noble i jeneroso, el cual compadecido de mis desgracias, me ofreció admitirme en el número de sus colonos, i hacerme anticipaciones para que pudiese sacar todo el partido posible de mi trabajo é industria. Con efecto, la suerte no me ha sido contraria; ella ha secundado mis esfuerzos; he ido pagando todas mis deudas, i hemos vivido sino en la abundancia, á lo menos sin las privaciones de primera necesidad.

Los socorros que nos has enviado en varias ocasiones han servido para proporcionarnos algun desahogo mayor, i talvez sin ellos habría yo sido víctima de un forzado trabajo. Ya ves si tu padre debe estar envanecido de haber dado el ser á un hijo tan afectuoso i tan bueno como tú lo eres. Ven, amado Enrique, ven de nuevo á mis brazos, i recibe toda la efusion de mi corazon.

Anj. ¡Que ganas tenia de verte, hermano mio! Cuando papá me hablaba de tus virtudes, i del amor que nos tenias, así como de los honores con que premiaban en el ejército tus servicios, exclamaba: ¡Es posible que no he de tener el consuelo de conocer á mi buen Enrique? I cuando leia tus cartas llenas de tanta ternura i de tantas protestas, me venian arrebatos de ir en busca tuya, i á no tener un amoroso padre que necesitaba de mi compañía para su consuelo, creo

que habría atropellado por todos los miramientos de mi sécso.

Cor. Querida hermana mia, ¡cuanto me alegro de hallarte un espíritu tan bien formado, i una sensibilidad tan delicada! Cuantos placeres gozo á un mismo tiempo!

Kraub. Hijo mio, infórmanos ahora de todo lo que tiene relacion con los intereses de nuestra familia.

Cor. Sí, lo haré con tanto mayor gusto, cuanto que mis esfuerzos han sido coronados del mas feliz suceso.

Escusado será que yo tome el hilo de la narracion desde el momento en que me separé de la compañía de V., i que haga una esplicacion circunstanciada de los motivos que me impulsaron á tomar esta resolucion, que ne fueron otros sino los de distinguirme en la carrera de las armas, para llegar un dia á estar en posicion de ajitar por mí mis-

mo la cuestion de intereses de familia. Diré pues, que tan pronto como llegué al ejército, i que mis jefes creyeron encontrar en mí un fondo de conocimientos no comunes en mi edad, [debidos al esmerado empeño que tuvo V. en comunicármelos], me honraron con rápidos ascensos, de los cuales procuraba yo hacerme digno con mi arreglada conducta i ardiente celo. En la última guerra con la Francia tuve la suerte de hallarme en casi todas las grandes batallas, i por mi buen comportamiento recibí diversas decoraciones, i llegué finalmente á mandar un rejimiento de caballeria á satisfaccion de todo el ejército.

Ajustada la paz, obtuve licencia para pasar á Viena, cuyo viaje emprendí con la idea de descubrir por mí mismo las intrigas de los usurpadores de nuestros bienes. Las poderosas recomendaciones que recibí de mi jeneral, i de varios de

mis compañeros para aquella córte, la fama que me habia precedido, i la notoriedad de los servicios que habia prestado al Estado, me hicieron merecer de aquel gobierno una acogida la mas favorable. Empecé á hacer disimuladas indagaciones sobre nuestra casa antigua, i supe que los feudos de Krauben habian pasado en virtud del decreto de proscricion, de mi abuelo á su hermano menor, de éste á su hijo único; i á la muerte de éste sin sucesion, á un sobrino suyo, hombre disipado i sin ningun crédito, quien estaba en actual posesion. Con estos datos me presenté al emperador declarándole mui por menor todas nuestras desgracias, é implorando de su clemencia un jeneroso perdon, la revocacion de la sentencia de proscricion, i la devolucion de los bienes de Krauben á sus lejítimos herederos. Su Majestad, oido su consejo áulico, i en

consideracion á mis méritos i servicios, (así se espresa en su imperial decreto), se dignó acceder á cuanto yo solicitaba. Loco de contento con una gracia tan distinguida, me puse al momento en camino, no fiándome en ningun correo para traer á V. tan fausta noticia; pero una grave enfermedad que me acometió en Clajenfurt, capital de la Carinthia, contrarió por algun tiempo mis halagüeños planes; i el temor de llenar el corazón de V. de angustia é inquietud me hizo observar un profundo silencio. Tan pronto como me hallé algo restablecido volví á ponerme en camino, acompañado por algunos de mis soldados, i aquí me tiene V. sano i salvo con todos sus títulos i gracias, que he alcanzado de aquel escelso soberano.

Kraub. Santo Dios! Cuan inescrutables son vuestros juicios! Habeis querido poner á duras pruebas mi virtud i mi

constancia, haciéndome apurar toda clase de amarguras, para reunir en un día todas las dichas i satisfacciones que el hombre puede gozar en la tierra.

Anjélica. Papá mio, ¡cuantas cosas me tenía V. ocultas!

Kraub. No convenia, hija mia, que tú tuvieras conocimiento de ellas.

Cor. Temo que el exceso de la alegría altere la salud de V.; así pues, será mejor que vaya V. á descansar un rato, en tanto que yo paso á dar algunas órdenes á mi comitiva. (*Krauben i Anjélica se retiran i el Coronel sale.*)

ESCENA III.

Llega don PRUDENCIO por el camino de la alameda á la casa de KRAUBEN; i habiendo sido visto por ANJÉLICA, baja ésta á la puerta del jardin, i como estuviera cerrada, principian á hablar por entre el enrejado.

Anjélica. D. Prudencio, D. Prudencio. [*á media voz.*]

D. Prud. [*Se acerca á la verja con igual pausa.*] ¡Es V., Anjélica mia? Oh que gusto de poderla hablar á solas i con libertad! Oprimido por la fuerza del amor que sus encantos han escitado en mí; combatido por enfadosas consideraciones de familia, contrariado por la voz pública ó mas bien por las habladurías del mundo, fluctuando finalmente entre el amor i el mal entendido decoro social,

he sufrido angustias mortales. Sí, mi querida Anjélica; ya es inútil que oculte por mas tiempo mis verdaderos sentimientos. Aunque el labio ha callado hasta ahora, me parece que los ojos habian revelado sobradamente mi ardiente pasion. Sí, alma mia; ahora que tengo razones plausibles para tapar la boca á los maldicientes i murmuradores; ahora que el lustre que refleja sobre la familia de V., la brillante posicion de su señor hermano, debe destruir toda prevencion siniestra que pudiera tener aun el mas melindroso de mis parientes; ¿podré esperar que quiera V. honrarme con su mano, haciendo feliz á quien desde el momento en que tuvo la dicha de ver esa cara celestial no ha cesado de amar á V. un solo instante?

¿Pero V. no responde? Habría la llegada de su señor hermano cambiado acaso sus sentimientos de V. para con-

migo? Si yo no me he engañado, creo que antes no le era á V. tan indiferente mi figura.

Anjélica. (enternecida.) Tampoco lo es ahora, señor D. Prudencio; pero estoy tan confusa con sus palabras, que no sé que responder.

(Sencillamente.) Por otra parte, yo no puedo disponer de mí misma sin el beneplácito de mi padre i hermano..... si ellos quisieran....

D. Prud. Ah, si que querrán: ellos aman á V. tiernamente; su padre de V. ha conocido ya mi inclinacion ácia V. i me parece que no la desaprueba; su hermano de V. no querrá disgustarla i se conformará con la decision del señor Krauben. Sí, así será, no lo dude V.; pero al mismo tiempo conviene que V. muestre algun interes i algun deseo de este himeneo. Oh que ideas tan lisonjeras! Que alegría! Poder acreditar de conti-

nuo á la amable Anjélica que ella es el único objeto de mi ternura i de mi ardiente solicitud! Poseer un tesoro tan precioso! Que contento! Temo perder el juicio con el exceso de tanto placer. ¿Donde están estos virtuosos padres? ¿Donde? Déjeme V. que les hable, que les ruegue, que me arroje á sus pies; sí, no me negarán esta gracia; no querrán despedazar mi corazon con una negativa. Si tal sucediese (*con tristeza i compunjado.*) Oh Dios! me perderia V. para siempre; yo no podría sobrevivir á tan fiero dolor.

Anjélica. Pero señor D. Prudencio, parece que V. es peor que los jovencillos de primera tijera. ¿No tiene V. presente que yo no gusto sino de la jente juiciosa?

D. Prud. Ah, sí, tiene V. razon, disimule V.; bien sabe V. que no hai cosa peor que en ardiente pecho picazon de amor. Prometa V. á lo menos que no acojerá

los suspiros de ningun otro amante, i me verá V. contento, quieto, sosegado, alegre i feliz.

Anjélica. Pues bien. Sepa V. que yo haré todo lo posible para inclinar la voluntad de mis padres; i lo demas.... si V. no es necio.... lo podrá inferir de mis ojos. [*Lo mira con espresion i va á retirarse; pero Don Prudencio la detiene por la mano.*]

D. Prud. Pero donde? ¡I me deja V. así!

Anjélica. Voi á casa para que si mi hermano ha vuelto ya, no eche de ver mi falta. Le aconsejaria que se hallase V. en la casa del Baron, adonde he oido á papá que iremos luego que se levante. Adios, D. Prudencio. [*D. Prudencio va á darle un beso en la mano i ella la retira*]. No es tiempo todavía. [*váse.*]

D. Prud. (*suspira.*) Ah tirana! i así me dejas! ¡I á que he de ir á la casa del Baron? A sufrir las impertinentes i pe-

sadas burlas de aquellos troneras? ¡No es verdad? Pero sí, se vaya, ya que así lo quiere la bella Anjélica. ¡Santo cielo, ensalzad mis votos! (*vase.*)

ESCENA IV.

D. PRUDENCIO con vestido elegante se presenta en casa del **BARON**, i lo halla comiendo con sus amigos á la sombra de unos frondosos árboles.

Bar. Ola! ¡qué novedad? ¡D. Prudencio en traje tan elegante? Cáspita! que brio!

Mic. Apuesto á que se trata de himeneo, porque de otro modo seria una caricatura almidonarse tanto en estas soledades.

Cir. No señor, no es tiempo todavía de bodas; se trata mas bien de interesar la sensibilidad del objeto de sus amores, i sabemos que en tales momentos hace

mui al caso una hora mas de tocador i de aliño personal.

D. Prud. Pues, señores, nadie lo ha adivinado: yo me he vestido así para hacer una visita de cumplido.

Cir. ¿Visita de cumplido? ¿I á quien? Si no es á alguna ninfa de los bosques, ¿qué dice V. señor poeta? ¿conoce V. alguna Filis ó alguna Diana por estas selvas?

Mic. Yo no conozco otra que pueda merecer tal denominacion sino la hermosa Anjélica. ¡Oh que muchacha! Qué muchacha! Digo la verdad, yo no la puedo mirar sin peligro.

D. Prud. Amigo mio, límpiense V. la baba; esa comida no es para V.; podría indigestársele; vale mas que V. no piense en ello.

Jas. Miren que figura. ¡Como se jacta de sus conquistas! Estos hombres que nunca han salido del cascaron del huevo,

creen que el mundo está circunscrito á lo poco que alcanzan con la vista. Si hubieran viajado como yo, no se pararian en esas bagatelas; estoi tan cansado de ver buenas mozas blancas, negras, encarnadas, amarillas, en fin de todos colores i calidades, que no me hacen la menor impresion, i por lo tanto estoi mui lejos de envidiarles esas tan decantadas conquistas, i esas pasiones tan ecsaltadas, que son verdaderas bisonñadas de la juventud fogosa, i tal vez delirios de fatuos pelucones.

Bar. Pero finalmente ¿podremos saber quien es esa visita?

D. Prud. Sí señor; es el hermano de Anjélica que ha llegado esta mañana del ejército.

Bar. ¿El hermano de Anjélica? ¿De que modo, con que grado, con cual motivo? [*azorado*].

D. Pru. No sé, tan solo podré decir á V.

que lo he visto con uniforme de coronel de dragones, que he hablado con él, i que lo he hallado un completísimo joven i un bizarro militar.

Mic. Bravo, bravo, señor D. Prudencio; voi á empezar mis estanzas para este himeneo, del cual ya no dudo en vista de tan feliz ocurrencia.

D. Prud. Sí, sí, chancéese V.; se dicen á veces las cosas por broma, i luego salen verdaderas.

Cir. A propósito, no nos ha ocurrido convidar á comer al Sr. D. Prudencio.

Bar. Es verdad; dispense V. nuestro aturdimiento. ¿Quiere V. favorecernos?

D. Prud. No señor, mil gracias. Los multiplicados i graves negocios han llegado á distraerme de tal modo, que no sé lo que es tener apetito.

Cir. Ya se sabe. Cuando en el corazon del hombre se estienden profundamente las raices de amor, desaparece del sem-

blante la serenidad, la tétrica melancolía es su compañera inseparable, las horas de la noche destinadas al descanso no sirven mas que para aumentar sus turbulentas cavilaciones, escaso es su alimento, débil i difícil la digestion, se descomponen las funciones de las entrañas, toda la máquina cae en el abatimiento i languidez, aparece pronto la fiebre, i con lento paso va conduciendo al infeliz paciente á un estado miserable, digno mas bien de compasion que de envidia.

Mic. Deberíamos compadecer en verdad á D. Prudencio si en sus males no cupiera remedio; pero tengo un presentimiento de verlo hoi mismo completamente feliz.

D. Prud. Búrlense VV. cuanto gusten, yo haré lo que me parezca.

B. Dandini, trae una botella de Jeréz para brindar á la salud de D. Prudencio.

Mic. I de la bella Anjélica [*se llenan los vasos*].

Todos Viva D. Prudencio i su encantadora deidad.

ESCENA V.

Los dichos con *Krauben*, Coronel i *Anjélica* que llegan á esta sazón.

Cor. Viva la alegría, caballeros: [*todos se levantan*] ruego á VV. que no se incomoden.

Bar. No es incomodidad, es mas bien un deber; siento que hayan llegado VV. tan tarde; sin embargo, si VV. gustan, podremos servirles todavía alguna caza, i lo demas lo suplirá la voluntad. *Dandini*, trae sillas, suplico á VV. que se sienten. [*siéntanse todos*].

Krau. Tengo el honor, señor Baron, de presentarle mi hijo como coronel de dra-

gones, i de presentarme yo mismo como baron de los feudos de *Krauben* en Alemania; pero ambos servidores mui humildes de nuestro antiguo amo.

[*D. Prudencio queda estasiado*].

Bar ¿Que es esto, amigo mio? que misterio encierran sus palabras de V.? ¿Como no he tenido yo noticia alguna anterior ¿Cuanto lo hubiera deseado para haberle tratado como merecia! Tenia yo razon en decir que V. no habia nacido para tan rústicos trabajos. La fina educacion de V., su talento, sus conocimientos, la madurez de sus consejos, de los que me he aprovechado mas de una vez; finalmente todo me hacia creer que sus principios no habian sido de hombre vulgar; pero V., por mas que yo me hubiera empeñado en descubrir la verdad, se obstinaba en sostener que era desgraciado, i que jamas habia vivido en la abundancia. Dígame V., pues, cómo ha ocurrido

tan de repente este cámbio extraordinario. Supongo que su señor hijo... oh señor coronel; [*se levanta*] perdone V. si no le he dirigido antes mis obsequios; estaba tan distraido con la interesante historia de su señor padre, que me he descuidado en dedicarle mi atencion. Permítame V. pues...

Cor. Dejemos á un lado los cumplimientos; yo deseo que V. me considere como el amigo mas fino, i el mas agradecido á los inmensos beneficios que V. ha dispensado á mi familia, á los que deseo corresponder del modo mas espresivo.

Bar. No merezco esa escesiva gratitud que V. tiene á bien manifestarme, porque no he hecho por su señor padre todo lo que era debido á sus sublimes virtudes; i éste es mi unico sentimiento.

Krau. V. quiere que brille mas su modestia que su bondad: sea como quiera, jamas olvidaré yo, ni creo que mis hijos

dejarán de acordarse, que sin el amparo jeneroso de V. habría sucumbido ciertamente á los rigores de mi adverso destino.

Bar. No se hable de lo pasado, porque ayudar al desvalido es un deber de hidalgo pecho, i no debe reputarse por mérito esclarecido. Cesaron por fin sus angustias de V.; pero si algun derecho he adquirido sobre su amistad, me valdré de él para ecsijir de V. la aclaracion de estos misterios. Sí, lo suplico con encarecimiento, i estos mis buenos amigos oirán con igual placer la relacion de unos sucesos que deben ofrecer el mayor interes i curiosidad.

Mic. Sí por cierto, i unimos nuestros ruegos á los del Sr. Baron.

Cor. Tomaré yo la palabra principiando la historia desde su oríjen.

En la guerra que el Austria sostuvo con la España en 1733 por el dominio

del reino de Nápoles, era mi abuelo, el baron Krauben, capitán de húsares en aquel ejército. A consecuencia de la batalla de Bitonto, mandada por el jeneral español duque de Montemar, i que fué tan desastrosa á las armas austriacas, se apoderaron los enemigos de todo el pais i persiguieron á nuestras desanimadas tropas hasta su total espulsion de aquel territorio. Mi abuelo habia hecho en dicha batalla prodijios de valor, aunque infructuosamente, i aun habia sacado de ella algunas heridas, por lo cual se habia granjeado la mas brillante opinion. El coronel del mismo rejimiento, hijo de uno de los principales personajes de la córte, devorado por la envidia i emulacion, buscaba todos los medios de mortificarlo i de deprimirlo. Krauben sufrió cuanto pudo sin faltar al respeto debido á su jefe, hasta que le hizo un dia en Tolentino en plena formacion

un insulto insoportable: no pudiendo ya reprimir su justa indignacion, se lanzó contra el coronel con la espada desenvainada, i despues de haberse dado recíprocamente los golpes mas furiosos, quedó éste muerto en el acto, i herido nuestro ascendiente.

Reconociendo el gran peligro á que lo habia espuesto su imprudencia, trató de sustraerse con la fuga á todo procedimiento criminal. Su primera idea habia sido la de tomar uno de los puertos del Adriático, embarcarse para la Grecia, i aguardar allí la resolucion de la córte, que creia habia de ser favorable en virtud de sus anteriores servicios, i del apoyo de sus amigos; mas en esta parte le salieron frustradas sus esperanzas, porque aprovechándose el padre del coronel del gran crédito que gozaba con el emperador, obtuvo la sentencia de muerte para dicho mi abuelo, i de

proscripcion para sus hijos, en cuya virtud pasaron todos sus bienes i títulos á su hermano menor, jóven avariento, desnaturalizado é indigno de llevar tan ilustre nombre, pero amigo de la familia ofendida.

Estos terribles decretos llegaron á los oidos de Krauben cuando se hallaba todavía detenido en una casa de campo, distante veinte millas de Tolentino, curándose sus heridas, que le habian impedido llevar á cabo su proyectada emigracion. Se habia enamorado en este tiempo de la hija única del dueño de aquella hacienda, de la que habia recibido la asistencia mas tierna i esmerada; i luego que se hubo restablecido su salud, se casó con ella clandestinamente, no perdiendo la esperanza de volver á entrar un dia en posesion de sus bienes.

El hermano, á cuyo amparo recurrió en estas circunstancias, informándole

de todo lo ocurrido así como de sus nuevas obligaciones, contraídas mas bien por gratitud que por un juvenil devaneo, le contestó agriamente, que en vista de su degradante matrimonio, con el cual habia puesto el sello á sus locuras é imprudencias, hubiese de renunciar á todos los vínculos que lo ligaban con él.

Se encendió al mas alto grado la ira é indignacion del tan esforzado como injustamente perseguido baron; pero habiéndose calmado con las súplicas de su tierna esposa i con los consejos de su suegro, fué convenido que vendidos los pocos bienes de este último, pasáran á fijar su domicilio en otro pais lejano, en donde pudiesen vivir sin ser conocidos de nadie.

Así lo ejecutaron: se establecieron en uno de los pueblos mas ocultos de la Calabria, en donde con su industria i economía vivian desahogadamente, sin

descuidarse mi abuelo de hacer sus diligencias de un modo indirecto para obtener el perdón, aunque en vano, porque la familia del coronel gozaba siempre de la misma influencia en la córte, i por otra parte el nuevo poseedor de nuestros bienes era tan sórdido como mal caballero, para ceder sus derechos aunque injustamente adquiridos, sobre unos bienes que le prestaban todos los medios de poder dar rienda suelta á sus viciosas pasiones.

Fué preciso, pues, armarse de paciencia, abandonar todo proyecto de mejora i contentarse con los limitados recursos de esta familia italiana, pues que el abuelo habia consumido ya el poco dinero i alhajas que habia podido salvar en su primera fuga. Nació en este tiempo mi buen padre; mis abuelos se esmeraron en educarlo lo mas finamente posible: nada omitieron para darle con finjido

nombre una carrera brillante en las letras, de la que con tanto lucimiento supo aprovecharse: estos sacrificios disminuyeron en gran manera los cortos recursos de la familia. Tantas angustias i desgracias abreviaron el curso de la vida de mis buenos abuelos; murieron pues cuando apenas rayaba mi padre en la adolescencia; pero antes de bajar al seplucro lo enteraron mui prolijamente de estos importantes sucesos, i le suji- rieron el modo de poder recobrar un dia nuestros derechos, dejándole sino bienes considerables, á lo menos un espí- ritu cultivado, un talento bien dirigido, una educacion esmerada, i los mas sa- bios preceptos de moral, de honor i de virtud.

Habiendo quedado mi señor padre enteramente aislado i sin ningun apoyo, conoció la necesidad de buscar algun consuelo en los dulces brazos de una

tierna esposa, i se unió prematuramente con una jóven, tambien pobre i desgraciada, aunque de sangre ilustre, i de costumbres las mas puras. Ya habian perdido toda esperanza de tener sucesion cuando nació yo á los veinte años de su matrimonio, i el segundo fruto de sus amores fué mi querida Anjélica.

Nuestra suerte mejoró algun tanto con algunas especulaciones felices en el comercio; mi buen padre destinó algunos de sus ahorros para enviar un amigo de toda su confianza á la córte de Austria á fin de descubrir si habia alguna posibilidad de recuperar los bienes usurpados á nuestra familia; mas todo fué en vano porque nuestros enemigos eran demasiado poderosos. Yo iba creciendo al lado de tan digno modelo, que no omitió medio alguno para encaminar mi espíritu por la senda de la virtud, i para ilustrar mi entendimiento con toda

clase de instruccion, de cuyas sabias lecciones procuré aprovecharme con el mas ardiente celo i estudioso empeño, fortificándose en mí cada dia la idea, que no podia separar jamas de mi imaginacion, de que habia yo de ser el vengador de tantos agravios inferidos á mi desventurada familia.

Con efecto, apenas habia cumplido diez i ocho años de edad, cuando fué resuelta mi salida para el ejército en la clase de aventurero, pues no me convenia presentarme con mi propio nombre; i recibiendo de mi buen padre cuantos auxilios pudo proporcionarme, i como tesoro el mas precioso, sus sabios consejos, á los que he debido exclusivamente mi fortuna, me presenté en el ejército, i senté plaza de soldado. Poco tiempo estuve en tan humilde estado; los jefes, que al momento descubrieron en mí una educacion superior á aquella

clase, me fueron elevando rápidamente hasta el grado de oficial.

Mis designios fueron secundados igualmente por los azares de una guerra tan porfiada como sangrienta, durante la cual tuve frecuentes ocasiones de señalarme, i de llamar la atención del general en jefe, hasta el punto de verme colmado de honores, condecoraciones, desmedidos elogios, i premiado finalmente con el empleo de coronel de dragones. Viéndome con elementos tan propicios, juzgué que ya era tiempo de llevar á cabo mi primitivo proyecto; pasé á la córte, i con la ayuda de buenos amigos i protectores alcancé de nuestro magnánimo soberano la revocacion del decreto de proscricion, i la devolucion de todos nuestros bienes que los poseia últimamente un sobrino de mi Sr. padre.

He aquí en pocas palabras nuestra historia. He aquí una familia, que des-

pues de noventa años de desgracias i persecuciones, llega en un momento al goce de todas las satisfacciones que caben en el corazon humano.

Mic. ¡Que peregrinos sucesos! ¡Que historia tan interesante! Voi á hacer de ella una comedia; pero como por lo regular concluyen éstas por el matrimonio, no sabría yo quien pudiera ser el protagonista.

Cor. Aquí está (*toma por la mano á don Prudencio, que en todo este tiempo se ha mantenido estupefacto.*)

Mi hermana me ha informado de cierta intelijencia secreta que media entre ambos. Nuestro padre está gustoso en unirla con este caballero, prudente i juicioso; yo no puedo oponerme á ninguna de sus decisiones.

Krauh. Sí, es verdad; D. Prudencio está enamorado de Anjélica; ésta le corresponde; hagámoslos, pues, felices. Yo le

asigno doce mil pesos de dote sobre mis feudos, dejando lo demas á la jenerosidad de su hermano.

D. Prud. (Toma la mano de Kraub.) ¡Oh mi buen padre! (*la besa.*) Que hombre tan sublime! ¡Qué podré hacer yo para acreditar mi gratitud i mi respeto? Sí, ya lo sé, no ocuparme de otra cosa sino de afianzar la felicidad de Anjélica; sí, todos mis pensamientos serán dirigidos á ella; en ella estarán fijos mis deseos i mis acciones; seré no un esposo severo, sino un amigo afectuoso, un fiel compañero, un jeneroso protector, su mas firme i constante apoyo. No habrá mas voz que la suya, i yo me someteré gustoso á su voluntad. Sí, Anjélica mia, te lo juro, serás siempre la soberana de mi alvedrío.

(Alarga la mano á Anjélica.)

Adorada esposa, he aquí mi mano, i con ella mi corazon.

Anjélica. Aquí está la mía en prenda de mi ternura.

Bar. Vivan los novios. Dandini, botellas, empecemos á solemnizar un dia tan venturoso.

Mald. Yo voi á tocar en mi clarinete algunas sonatas amorosas.

Mic. Yo estoi pensando en el epitalamio; pero en tanto vayan cuatro versos improvisados.

Cir. No queremos cosas hechas de prisa, sino bien pensadas i bien limadas, i entonces le haremos á V. el gusto de oirlas.

Jas. ¡Cuanto siento no haber bebido las aguas de la fuente Helicon para celebrar yo tambien poéticamente esta brillante fiesta! Pero me contentaré con beber á la salud de los novios.

Dand. (*Toma otro vaso.*) I yo aunque viejo, quiero tomar parte en las satisfacciones de D. Prudencio.

Todos. Vivan los novios eternamente. (*ben.*)

Mic. Ah Lucina! Sed propicia á estos tiernos amantes; haced que los veamos reproducidos en tantos hermosos bástagos, herederos de sus virtudes i de sus brillantes dotes.

Mald. En medio de la pura alegría que reina en esta amable compañía, ¡cuantas reflexiones morales se me presentan á la imaginación!

Una familia ilustre, que ha vivido por el espacio de noventa años en el pesar i la tristeza, aunque siempre con dignidad i decoro, vuelve de repente á su antiguo lustre i esplendor. Dios eterno! Adoro tus decretos; reconozco luminosamente en estos maravillosos sucesos tu poder supremo. Sí, tú solo eres quien tarde ó temprano premias la virtud i castigas el crimen.

FIN.

NOTA. Como el objeto primario de esta comedia ha sido el de describir los placeres de la caza, nos ha sido preciso hacer una pequeña trasgresion á las reglas que prescribe Terencio, cuando dice que los episodios deben dirigirse sin desvío alguno ácia la accion principal.

En hacer hablar mas de tres personas en una escena, hemos faltado asimismo á los preceptos de Horacio; pero se observará que tan solo ese número de interlocutores es el que sostiene las partes mas interesantes; el corto diálogo de los demas no puede debilitar de modo alguno la accion.

FILOSOFIA MORAL.



DE LA GULA.

La gula, segun *Medina*, es el principio de todo vicio, porque causa ceguedad en los sentidos, embotamiento en el ingenio, dureza en el corazon, impureza en las palabras, i desafuero en las obras, i ademas es almacen de enfermedades i hospital de miseria; i los que se entregan á este apetito desordenado, ni pueden tener salud ni contento.

La gula, dice *San Juan Clímaco*, es inventora de gustos i potajes, de deleites

i voluptuosidades, i de nuevos vicios; i añade, que el que alhaga con mano blanda al leon podrá amansarlo, no así el que alhaga á su cuerpo con regalos, pues lo embravece mas contra sí.

Plutarco dijo que el manjar se ha de tomar como remedio i medicina del hambre, i no como regalo del cuerpo: el mismo autor añade que los golosos solo viven para comer, i que los sóbrios i templados solo comen para vivir.

En el comer, dice *Hugo*, se debe guardar tal igualdad que no sea contra la honestidad ni fuera de la necesidad.

Fué preguntado *Diójenes* cuál era la mejor hora para comer, i respondió; "Para el rico cuando tenga gana, i para el pobre cuando tenga qué."

Por la gula perdió *Esau* su mayorazgo, vendiéndolo por una escudilla de lentejas.

El demasiado comer entorpece i acorta la vida.

EMBRIAGUEZ.

Guárdate de la embriaguez, decia un filósofo de la antigüedad, para que los hombres no hayan de guardarse de ti. Donde reina la embriaguez, desaparece la razon i la virtud, i no se oyen mas que blasfemias i reniegos.

Este es el vicio que debe evitarse con mayor cuidado; los demas pueden ser consecuencias de afecciones desordenadas; mas este desórden debe considerarse como el padre ó á lo menos como el apadrinador de todos. Otros vicios no hacen mas que desmejorar el alma; pero éste destruye sus dos principales facultades, que son el entendimiento i la voluntad.

Es de estrañar que no sea capaz de corregir al hombre el bochorno que experimenta cuando recuerda sóbrio i sereno los dislates i extravagancias en que ha incurrido en su estado de embriaguez.

Mientras que el borracho traga vino, el vino lo está tragando á él. Dios lo abandona, los ángeles lo desprecian, los hombres lo ridiculizan, la virtud huye, i el mismo vicio lo destruye.

La embriaguez priva de la razon; hace perder la memoria, deslucce la hermosura, disminuye la fuerza, inflama la sangre, causa heridas internas, externas é incurables, i es un enemigo encarnizado de los sentidos i del alma. El borracho, que bebe á la salud de otros, se roba la suya, es el ladron de su bolsillo, el compañero del mendigo, el asesino de sí mismo, i la ruina de su mujer i de sus hijos.

A tal grado llegaba el horror de los espartanos por este vicio, que para introducir estos mismos sentimientos en los tiernos corazones de sus hijos, los llevaban á presenciar las degradantes locuras de un borracho, que era considerado por ellos como un mónstruo.

El mismo *Epicuro*, que hacia consistir

toda la felicidad del hombre en el deleite, miraba con asco el vicio de la embriaguez, segun *Ciceron*.

Solia decir el gran canciller *Verulamio*, que de mil hombres apenas moria uno de muerte natural; i que la mayor parte de las enfermedades tenian su oríjen en la intemperancia.

Habiendo sido preguntado un espartano por qué era tan sóbrio en la bebida? contestó, para no necesitar jamas de la razon de otro.

ENVIDIA.

La envidia, segun *Aristóteles*, es la passion mas triste del alma. Los antiguos pintaron este vicio con lengua i ojos de serpiente venenosa, demostrando con este emblema la ponzoña que trae consigo.

Dice el maestro *Medina* que la envidia es hija de la soberbia, cuyas compañeras

son la detraccion, la murmuracion, el odio, el rencor, el deseo del mal para otros, i el iracundo sentimiento por la felicidad ajena. La envidia es, segun el citado autor, el vicio mas miserable i desabrido de todos, pues lejos de dar deleite alguno, atormenta i consume al paciente como la carcoma á la madera.

El envidioso, segun *Plinio*, concluye por atraerse el odio jeneral.

La envidia, dijo *Ovidio*, combate siempre á lo mas alto.

No hai envidia mas peligrosa, dijo *Séneca*, que la que nace de prosperidad, porque mientras dura la buena fortuna en el envidiado, subsiste el odio en el envidioso.

San Pablo dijo que por la envidia entró el pecado en el mundo, que fué la total perdicion del jénero humano.

Cuando el hombre se deja dominar por la envidia, dice *Orígenes*, tiene rencor á los

inferiores por temor de que se le igualen, á los iguales para que no le sobrepujen, i á los mayores para que no lo opriman.

Por envidia maltrataron, segun el *Génesis* los hijos de Jacob á su hermano José.

El envidioso vive siempre receloso, inquieto i melancólico; la palidez del semblante, el estravío de los ojos, el abatimiento i debilidad de su cuerpo son los principales caractéres físicos; jamas la envidia tiene entrada en pechos nobles i jenerosos, sino en almas viles i desmoralizadas.

Por la envidia mató Cain á su hermano Abel. Por la envidia se han suscitado empeñadas guerras, en las que ha corrido la sangre con profusion. Este vicio corrosivo todo lo invade i todo lo tala, así penetra por las altas torres como por las humildes cabañas, si bien ejerce mas activamente su furor en las doradas habitaciones del poderoso.

ADULACION O LISONJA.

La lisonja, dijo *Salomon*, es como el eco que resuena en los montes; si hablas, habla; si das voces, voceas; si ries, rie; si lloras, llora i si callas, calla.

El que á un amigo lisonjea, podrá ser amigo; pero como á enemigo lo trata. *Plutarco*.

Preguntado *Diógenes* cuál mordedura de animal era la mas ponzoñosa, respondió que en los animales bravos la del maldiciente, i en los mansos la del lisonjero.

Alabar al que está ausente es de hombres honrados, i alabar al que está delante es de falsos aduladores. *Aristóteles*.

Mas haciendas i tesoros se gastan en los palacios de los reyes por lisonjas que por guerras. *Curcio*.

Nunca los alquimistas hallaron tan abundante i fértil tesoro, ni granjería tan

cierta, como los aduladores i lisonjeros; pero ¡ah de ellos! *Terencio.*

Siempre la adulacion i la lisonja son mas gratas que el desengaño i el buen consejo. *Demóstenes.*

Entre los animales crueles el mayor es el tirano; i entre los blandos i domésticos el lisonjero. *Blair.*

La lisonja va hermanada con la codicia; i donde mas habita es entre príncipes i monarcas.

San Gerónimo da por bienaventurado al hombre que ni adula ni gusta que le adulen, porque así no hace el mal, ni lo consiente.

Los aduladores tienen cabida en todas partes, porque jeneralmente no hai quien no se complazca de las halagüeñas espressiones de esta fementida polilla de la sociedad, porque tratan de hablar á todos segun su gusto, sus flancos i sus inclinaciones; llaman nobles i jenerosos á los pró-

digos; sabios i contenidos, á los avarientos; cortesanos á los cortejantes; elocuentes i graciosos á los habladores; delicados i pundonorosos á los vengativos; francos á los entrometidos; valientes á los fanfarrones; prudentes á los cobardes; graves i reflexivos á los perezosos; alegres á los atolondrados; chistosos á los desvergonzados i chocarreros; firmes de carácter á los porfiados i caprichudos; i finalmente, saben hallar voces para cubrir todos los defectos, voces para canonizar todos los vicios, i voces para deslumbrar i hacer creer á los mismos adulados, que sus mas notables faltas son otras tantas virtudes.

Hai una clase de adulacion discreta, que mas bien puede llamarse justa alabanza, la cual produce en muchos casos los mas felices resultados, como que es el estímulo mas activo de grandes acciones, i el cebo mas seguro para apasionarse á la gloria, i para hacer jenerosos es-

fuerzos i sacrificios. *Tácito* nos presenta muchos ejemplos, de los cuales escojere-
mos los que nos parecen mas adecuados á nuestro intento.

El que desprecia los elogios, desprecia la virtud: así decian los romanos cuando veian que Tiberio despreciaba la gloria, en oposicion con Germánico que reputaba por el timbre mas esclarecido, las alabanzas que le dispensaban sus soldados.

Cuando los príncipes i los capitanes quieren alguna cosa de sus pueblos i soldados, recurren tambien á esta discreta adulacion con feliz resultado. Así Germánico queriendo reprender, ó mas bien comprometer, á los soldados de la vijésima lejion, les dijo: "Oh tú, lejion veterana, compañera de tantas batallas, i premiada con tantos honores i distinciones, ¿es posible que te portes de este modo con tu capitán?"

Para atraer Antonio Primo á su parti-

do á la tercera lejion, le recordaba que al mando de Marco Antonio habia vencido á los partos, que capitaneada por Corbulon habia sojuzgado á los armenios, sucesivamente á los sármatas, i finalmente al mismo César.

Un sabio escritor apellida la alabanza i la censura, medicinas mui necesarias al hombre; la primera afianza i fomenta la virtud, la segunda es un freno para el vicio.

MALICIA.

La malicia no es un vicio inherente á la naturaleza, porque Dios no ha podido crear vicios i sí solo virtudes. *San Juan Clímaco.*

El hombre malicioso siempre fué inconstante i taimado en sus tratos. *San Bernardo.*

El malicioso siempre vive azorado é

inquieta, porque está de continuo urdiendo pérfidas tramas contra el prójimo. *San Gregorio.*

La malicia tiene mejor entrada, i ocasiones mas oportunas, que la virtud para granjear amistades; mas las que se adquieren por este medio no son seguras, sino mui peligrosas. *Ciceron.*

El hombre malicioso no admite consejo. *San Crisóstomo.*

La malicia inficiona á muchos, i perdona á mui pocos. *San Lactancio.*

La maldad i malicia no pueden florecer mucho tiempo. *San Agustin.* Dice este mismo santo, que ninguno es malicioso por naturaleza, sino por vicio; i que los maliciosos desean que todos lo sean.

La virtud i la malicia descubren el ánimo de cada uno, si es noble, villano, libre ó esclavo. *Aristóteles.*

El mayor instrumento i ocasion de pobreza ó infelicidad es la malicia. *Plutarco.*

La malicia i la miseria siempre andan juntas. *San Agustin.*

Es tan ponzoñosa i ruin la malicia, i tan depravado el carácter de algunos hombres, que como logren hacer daño, aunque no reporten la menor utilidad, son capaces de hollar todos los principios de virtud, i de sacrificar su honor i reputacion.

Detraction never shall invade my breast.

Envy I hate and malice I detest. (1)

MURMURACION.

La murmuracion es, segun *Hugo*, una afeccion natural de la envidia; i segun *San Agustin*, el veneno mas mortífero de la amistad.

[1] Jamas la detraccion tendrá entrada en mi pecho; aborrezco la envidia, i detesto la malicia.

Los murmuradores, dijo *San Gregorio*, son como los que soplan en la tierra que se ciegan con el polvo que de ella levantan.

Dijo *Eurípides* que el murmurar es oficio de mujeres i no de hombres.

Segun *San Bernardo*, la lengua del murmurador i maldiciente, es pincel del demonio con matiz del infierno i ponzoña de vívora.

Cosa es dura i pesada ser juez de vida ajena quien no sabe gobernar la suya. *Fr. Luis de Granada*.

Tanto debe uno guardarse de murmurar como de oír murmurar. *San Gerónimo*.

Antes debe perder el hombre su provecho que murmurar i decir mal del prójimo. *Ciceron*.

No todo lo que hai de malo en los hombres se les ha de dar en rostro, ni murmurar en ausencia, porque nadie está libre de culpas. *Homero*.

AMOR MUNDANO.

El amor mundano, dice *Plutarco*, es un olvido de la razon, i se halla mui cercano á la locura.

El amor mundano dice *Marco Aurelio*, es amigo de novedades, falso en las promesas, enemigo del descanso i perseguidor del sosiego: es caida de dichosos, polilla de afortunados, jaula de locos, arca de desventuras, principio de miserias i estremo de desdichas; desvaría como niño, cae como viejo, i guia como ciego.

El amor, guiado por torpe i sensual apetito, conduce al hombre á un fin desastroso. El amor es un no se qué, que lo envia no se quien, que viene por no sé donde, que se enjendra no sé como, que se siente no sé cuando, que se contenta no sé con que, i que mata no sé por qué.
Ovidio.

Este amor es un fuego escondido, una llama agradable, un veneno sabroso, una mui dulce retama, un alegre tormento, una gustosa infamia, i es finalmente una penetrante herida que presto acaba.

En el amor mundano no hai razon, órden ni firmeza. El amor puro i verdadero destierra todo temor. *San Gerónimo.*

Solo el que ama sus intereses, se puede decir verdadero amante. *Erasmus.*

BIBLIOTECA DE LA LENGUA. FERNANDO ORTIZ

La lengua, dijo *Mimo Publio*, es un pregonero del corazon.

La muerte i la vida están á discrecion de la lengua. *Proverb. cap. 18.*

En el mucho hablar nunca deja de haber pecado. *Proverb. 10.*

No es menor prudencia el saber callar que el saber hablar.

Aristóteles dijo que las pláticas jenera-

les no mueven tanto como las particula-
res.

Séneca dejó dicho que la mayor parte de los trabajos que suceden á los hombres, no les vienen tanto por lo que obran, como por lo que hablan.

La bondad ó malicia del alma se conoce fácilmente por la lengua.

La fe está situada en el entendimiento, la caridad en el pecho, el conocimiento en los ojos, la piedad en las manos, la abstinencia en la garganta, la castidad en el cuerpo, el amor en el corazon; pero la vida solo está en la lengua.

Si alguno piensa ser bueno, i no refrena la lengua, vana es su bondad. *Jacob., cap. 1.*

No fué tan grande el crimen de Caín en matar á su hermano Abel, como en decir que su culpa era mayor que la misericordia de Dios.

La naturaleza puso al águila toda su

fuerza en el pico, al unicornio en el asta, á la serpiente en la cola, al toro en la cabeza, al oso en los brazos, al caballo en los pechos, al perro en los dientes, al javalí en los colmillos, á la paloma en las alas i á la mujer en la lengua.

El bien hablar es parte para bien vivir. Por el hablar se conoce el hombre, i por el sonido el metal. *Quintiliano.*

El que dice todo lo que quiere, oye lo que no quiere.

El espejo del alma resplandece en las palabras. *San Ambrosio.*

Quien no aprendió á callar, no sabrá hablar. *Plutarco.*

No hai mejor señal para conocer si un hombre es mentiroso, que el saber que es mui hablador. *San Agustin.*

La lengua es lo mejor i lo peor que ha salido de manos del criador: el gran filósofo Esopo deja bien esplicada esta aparente paradoja en las dos comidas de len-

gua que dió á su amo, siendo esclavo, para demostrar con la una que la lengua es el manjar mas delicioso, i con la otra, que es el mas pernicioso i repugnante.

DEL JUEGO.

La pasion del juego corrompe los mejores principios sociales; ¡cuantas familias se han arruinado por este vicio destructor! ¡Cuantas haciendas se ha tragado este abismo insondable!

Hai quien dice que no puede vivir sin el juego. Tanto valdria decir que no podia vivir sin asesinar, sin violar, ó sin robar. ¡Puede tolerarse el que un hombre jure la ruina de su adversario, i que dominado alternativamente por la insolencia ó por la desesperacion, segun sople la suerte, esponga al azar de una carta ó de un dado el bien-estar de su mujer i de sus hijos? Horribles consecuencias!

El hombre de virtud la mas austera es

perdido para la sociedad, de la que un dia fué su mayor adorno, desde el momento en que se deja dominar por esta hechicera pasion. *Abissus abissum invocat*. Como una vez haya llegado á desnivelar sus rentas i recursos, será capaz de las mayores bajezas i maldades; perderá el pudor i la vergüenza; se humillará con abrir préstamos sin ánimo de pagarlos; se deshonorará con trampas i fullerías, i podrá darse por mui dichoso si su término fatal es tan solo el de una cárcel.

Una de las penas i aficciones mas duraderas es la que produce una pérdida considerable sufrida al juego: el tiempo, que cicatriza todas las llagas, mas bien puede decirse que á ésta la irrita i la encona, porque en todos los momentos de la vida se recuerda con el mas intenso dolor la falta que le hacen las cuantiosas sumas ó las haciendas consumidas por este mónstruo devorador.

El hombre que juega i pierde mas de lo que permiten sus rentas, se vé precisado á pedir prestado dando sus bienes en hipoteca; la mujer dominada por este vicio, se vé no pocas veces obligada á hipotecar su persona; i si el acreedor es ecsijente, ¿cuál podrá ser su consecuencia? Corramos un velo por las flaquezas humanas; i procuremos aplicar oportunos remedios sin ofender la decencia i el pudor.

BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ



HISTORIA.



Romeo i Julieta.

Quien es el primer autor de Romeo i Julieta? Es mui curioso é interesante seguir por todos sus pasos las trasformaciones de un pensamiento, ver su desarrollo, su vaga i popular esposicion i apropiacion cuando no hai dueño que reclame los derechos de propiedad: hijo modesto de una civilizacion representada por él, i cuyo sello lleva á su frente, no es menos curioso ver cómo se fijan mejor sus formas, cómo se disipan las dudas, cómo

algunos hombres de talento se apoderan de él i le dan un nuevo ser; i por último cómo ese destello de luz, enriqueciéndose con otras i tomando diferentes matices, según los espacios que recorre, cae de repente en poder de un hombre de jenio, quien despojándolo de sus imperfecciones lo fecunda i lo hace brillar en todo su esplendor.

Esto es lo que ha sucedido á una de las obras maestras menos apreciadas, i mas conocidas por Shakespeare, *Romeo i Julieta*. En una advertencia animada i elocuente que precede á la traduccion de esta obra maestra por Mr. Filaretos Chasles, este escritor tan célebre por su erudicion poética como por su habilidad en asociarse al jenio de las naciones estranjeras, habilidad rara en nuestra época, i que poseian sin embargo en supremo grado Haller i Goethe en Alemania, Coleridge i Walter Scott en Inglaterra, ha trazado

por decirlo así el itinerario de un mismo pensamiento por todo el mundo; penosa tarea que este benemérito escritor ha desempeñado con tanta exactitud como limpieza. La historia de Romeo i Julieta, dice Mr. Chasles, fué tomada de *Luigi da Porta*, novelista italiano que vivió ácia mediados del siglo XVI, quien la habia adquirido de un archero verones, llamado *Pelegrino*, escelente soldado, i famoso narrador de cuentos, como lo son la mayor parte de los veroneses; pero mucho antes que Porta hubiese referido esta historia en estilo florido i armonioso, se habia hablado de una aventura casi igual, ocurrida en Siena.

Acia mitad del siglo XV, es decir, cien años antes, un autor mui poco conocido, llamado Massucio de Salerno la habia puesto en circulacion. Tenia este novelista el mayor afan por recojer todos los sucesos curiosos de su tiempo, i publicarlos

con el título de *Novellino*. "Que me confunda Dios, dice en su prólogo, si cada uno de los hechos que voi á referir no me ha sido comunicado como verdadero: estos, pues, no son cuentos, sino historias verdaderas."

Así que, cuento ó historia, en el *Novellino* es donde se encuentra la primera noticia del romance de Romeo i Julieta, trasluciéndose una cierta aspereza en los sucesos i en los caractéres, mui diferente de los adornos i belleza que Luigi da Porta, dejó impresos en esta historia.

Segun el *Novellino*, el amante se llamaba *Mariotto de Siena*; se habia desposado en secreto con una jóven rica, apellidada *Giannota*; habia recibido una ofensa personal, la cual vengó á la moda de aquellos tiempos, con el asesinato; por lo cual fué desterrado de su patria. Puesta su esposa de acuerdo con un fiel criado, finje el papel de haber muerto, es depositada en u-

no de los nichos de la familia, i sale ocultamente de la fúnebre tumba, para ir en busca de su amante á Mántua, lugar de destierro de aquel desgraciado.

Divulgada en este tiempo la falsa noticia de la muerte de Giannotta, llegó muy pronto á los oídos de Mariotto, el cual no pudiendo sobrevivir á una pérdida tan terrible, va en pos de su propia destrucción; toma el camino de Siena, en donde habia sido puesta á precio su cabeza, se presenta en aquella ciudad, desafía la muerte, i por única gracia pide que se le entierre en el túmulo de su esposa; se le reconoce, es entregado á los verdugos, cae su cabeza, la cual ensangrentada es colocada sobre una de las puertas de la misma ciudad.

Este es el primer objeto que se presenta á la vista de la infeliz *Giannotta* á su regreso de Mántua, en donde no habia encontrado á su amante. El mas intenso

dolor le quebranta el corazon, i espira al instante sobre el mismo camino.

Por este relato puede observarse la rudeza i barbaridad de su relacion. Nada recuerda en ella las lánguidas i encantadoras palabras de los dos protagonistas, como lo hace Porta. El drama es conducido por la sola pasion; va por su propio impulso sin mezcla de otros caractéres. Todo hace creer que la anécdota primitiva no ha sido alterada por Massuccio, porque pinta las verdaderas costumbres del siglo XV en Italia: fáciles asesinatos ejecutados á sangre fria; amores violentos i capaces de todo esceso; los verdugos en actividad; las puertas de las ciudades cubiertas de cabezas ensangrentadas; i los hogares domésticos pululando en grandes catástrofes, producidas por pasiones desordenadas.

La historia de Romeo i Julieta, cuyo primer padrino fué Massuccio, retocada

por el hábil i delicado artista *Luigi da Porta*, fué refundida por otro novelista, quien le impuso algunas ligeras metamorfosis, i la insertó en su coleccion de novelas.

Este fue Pedro de Boisteau, natural de Bretaña, que vivió ácia fines del siglo XVI. Este escritor, sumamente aficionado á las curiosidades, ha publicado libros llenos de historias prodijiosas, patéticas, extraordinarias; consagradas las unas á pintar amores malogrados, otras á los cometas aparecidos, i otras á los bicéfalos i á los acéfalos. Este mismo redactó en un estilo bastante vivo i espresivo, como lo es en jeneral el de todos los bretones, las *historias trájicas de los Romeos i Julietas*. Añadió sin embargo, conforme al jenio de su nacion, algunas tintas cáusticas i algunos rasgos mui ingeniosos; i en un viaje que hizo á Inglaterra, regaló sus obras á muchos caballeros de aquella capital.

Uno de ellos, llamado Arturo Brookes, malísimo poeta, que deseaba un tema para ejercitarse en su favorita pasión por las musas, adoptó éste como de su mayor agrado, i lo rimó de un modo que llenó un gran tomo con digresiones, descripciones, oraciones, é interminables divagaciones.

En tal estado se presentó el jóven Shakespeare, entonces mui poco conocido, á tomar este argumento por su cuenta para formar un drama. La profundidad del jenio septentrional i del jenio Shakesperiano se ejercitó, pues, sobre un objeto que el jenio meridional reclamaba como parto suyo, i de feliz inspiracion. He aquí, pues, que este cuento que sin duda divertia las vijilias de los soldados italianos, cuando bajo de sus tiendas, sombreadas por las encinas de la Apulia, olvidaban sus fatigas i descansaban de sus combates; esta desaliñada relacion, que al través de un siglo, pasa por la fundicion de

cuatro diversas capacidades intelectuales, se embellece mas i mas, i llega á ponerse en verdadera armonía i consonancia. Con efecto, habia llegado primero á Francia, en donde los cortesanos del siglo XVI eran mui aficionados á las tradiciones italianas; habia caido bajo la pluma del Maese Pedro Boisteau, recibiendo del mismo una tinta de filosofía jocosa: habia cruzado la mar, i conmovido la imaginacion de Arturo Brookes, de quien recibió una nueva trasformacion, apareciendo unas veces melancólica, otras melindrosa, otras pedante i pesada; i despues de una serie tan larga de metamorfosis habia llegado á ser propiedad de Shakespeare.

¡Ruta sinuosa de un mismo pensamiento! Ráfaga de luz, que se apodera á su vez de todos los colores del prisma, i que no ha hecho mas que aparecer á la vista de los pueblos! Dejad que tome este jiro;

muy pronto se inmortalizará su capricho. El hombre de genio lo está esperando al paso, y se encargará de fijar todos estos matices. Así, pues, lo que no era más que una conseja, un cuento recitado por los pajes sentados sobre almoadones de terciopelo, á los pies de las damas de Francisco I de Francia, va á ser grandioso y eterno.

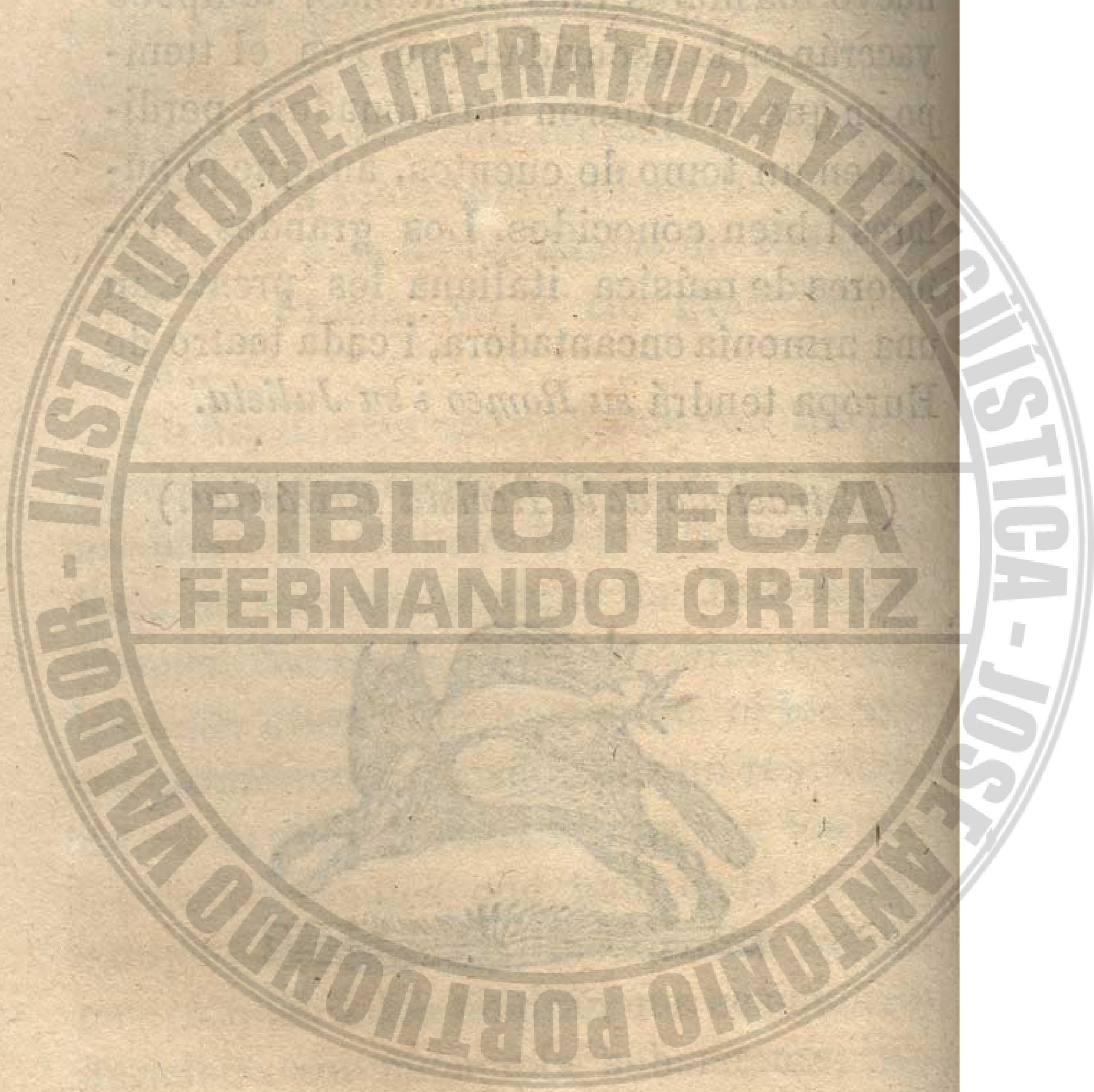
Un alquimista no transforma con mayor rapidez la piedra bruta en diamante ó en oro puro. El que haya leído á Romeo y Julieta se acordará siempre de Julieta y de Romeo. No serán ya las sombras intocables que cruzan por un cuento, ni los seres quiméricos evocados por un romance; no es posible confundirlas con los miles de personajes que han dado ancho campo á los relatores de cuentos italianos. Ambos á dos tendrán una existencia duradera, una fisonomía subsistente; serán siempre unos tipos, representarán el

amor desgraciado; no morirán en la memoria de los hombres; franquearán de nuevo los mares i las montañas; tampoco yacerán en la oscuridad como en el tiempo en que estuvieron aprisionados i perdidos en un tomo de cuentos, aunque populares i bien conocidos. Los grandes profesores de música italiana les prestarán una armonía encantadora, i cada teatro de Europa tendrá *su Romeo i su Julieta*.

(*Estractado de la Revista Británica.*)



...desarrollados; no moviéndose en la me-
...de los hombres; ...
...las ...



**BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ**

LITERATURA.



Apolojia del Silencio.

Lo primero que se enseña á los niños es el arte de hablar, i en nuestro concepto debiera ser el arte de callar, porque son mayores los daños que resultan del demasiado ejercicio de aquel, que del de éste, i asimismo porque es menos difícil aprender lo primero que corregir sus vicios.

Considérase como una de las cualidades mas necesarias al hombre en todas las situaciones de la vida la discrecion i la reserva, i como uno de sus mayores de-

fectos, la estremada curiosidad por saberlo todo, i su incapacidad de retenerlo en su pecho, ó lo que es lo mismo, el no saber guardar un secreto. El hombre sabio no tiene mejor confidente que su mismo entendimiento. Los viejos suelen decir lo que han hecho, los jovenes lo que hacen, i los necios lo que quieren hacer.

Hallándose un dia el famoso Antigono solo en la tienda con su hijo, le preguntó éste si pensaba prescribir una nueva ruta á su ejército i mudar de campamento, á lo cual contestó las siguientes palabras, llenas de enérgica i espresiva significacion. "¿Pues qué, hijo mio, temes no oir el sonido del clarin?" Este buen padre en el acto de negar la revelacion de sus planes militares á su hijo i sucesor á la corona, le dió un ejemplo brillante de discrecion i de prudencia, el cual no olvidó jamas.

El valiente Metelo dió una respuesta todavía mas dura á uno de los oficiales de

su ejército que habia manifestado la mayor ansiedad por penetrar los secretos de su jeneral. "Si yo pudiera figurarme, dijo este ilustre romano, que mi túnica supiera alguna cosa de lo que medito, me despojaría de ella al instante, i la arrojaría á las llamas."

Una de las tres faltas que el severo Caton se echaba en cara de continuo, era el haber dicho un secreto á su mujer.

Habiendo preguntado Alejandro á Efestion, qué cosa querria, i qué esperaba de su real mano. "Todo, le contestó aquel favorito, menos tus secretos."

Avisado el jeneral Eumenes de que el formidable Crátero avanzaba sobre él con un ejército numeroso, ocultó esta noticia, i en su vez esparció por su campamento la de que las huestes enemigas eran mandadas por el inesperto i despreciable Neoptolemo; cuyo error creado por la sagacidad de Eumenes le hizo ganar una bri-

llante victoria, pues sus soldados se arrojaron sobre sus contrarios con un vigor i confianza que no habrían tenido si hubieran sabido que las habian con el mismo Crátero, objeto para ellos de respeto i terror.

Podríamos citar otros muchos ejemplos para demostrar que en gran manera se debe á la reserva i discrecion la gloria de los Estados, la seguridad de los pueblos, el buen écsito de las empresas, i hasta la opinion i el bien estar de los particulares. Es mui comun oír amargas quejas sobre la perfidia de los que faltando á la confianza han divulgado un secreto importante; pero en nuestra opinion estas quejas son injustas é infundadas; i sino ¿con que derecho puede un amigo reprender á otro, i apellidarlo pérvido é imprudente por no haber sabido callar un secreto que él mismo no tuvo la virtud de retener? El que no quiera que su secreto se divulgue,

que no lo diga á otro : este es el medio mas seguro.

Tampoco es suficiente la garantía apoyada en la buena opinion que se tenga de la probidad, discrecion i fina amistad de un sujeto, porque éste tendrá otros amigos en igual concepto de virtud, i comunicándose las cosas de unos á otros, aunque con el carácter de reserva i de confianza, se diafaniza al momento aun el hecho de mayor delicadeza i trascendencia.

Un indiscreto es un traidor voluntario, que ni pide gajes ni recompensa, ni aguarda á que lo soliciten, sino que se presenta officiosamente, no ya á enseñar al enemigo el flanco mas débil de una fortificacion, ó á facilitarle los medios de apoderarse de una ciudad i de saquearla, sino para revelar secretos que nadie trata de descubrir, ó para sembrar odios, divisiones i discordias sin que nadie se lo agradezca, i aun sin que él se proponga objeto

alguno de utilidad ¡tan bastardo es el carácter de esta clase de hombres, que llegan á mostrarse reconocidos á los que han tenido la paciencia de escucharlos!

Un hombre pródigo, que derrama sin tino ni medida los dones i los beneficios, no merece que se le agradezcan ni los unos ni los otros, porque si disipa su caudal es por el vicio de la prodigalidad que lo domina, i porque en ésto encuentra su mayor placer i su recompensa. Lo mismo puede decirse del hablador, el cual no puede ni debe adquirir el título de amigo porque haya venido á confiar un secreto, del que hace partícipes á otros muchos.

No hai vicio sin embargo para el cual no sujiera la filosofía algun remedio: el primero i mas eficaz para los grandes habladores seria si se detuviesen á meditar las desgracias, peligros i aun infamia que acarrea muchas veces la indiscrecion: el segundo es el de acostumbrarse á oír á los

demás sin interrumpirlos, i tener siempre presente que son más apreciadas i consideradas las personas que hablan poco, á tiempo i sin rodeos, que los sempiternos charladores: aquellos eran con mucha razón comparados por Platon, á los soldados diestros i esforzados que lanzaban el dardo al medio del objeto sobre el cual habían dirigido la puntería.

De este temple eran también los lacedemonios por un efecto de las sabias leyes de Licurgo, que prescribían fueran acostumbrados los niños desde su más tierna infancia á hablar poco, aunque con fuerza i energía, i á guardar un profundo silencio siempre que no pudiesen expresarse con precisión ó de un modo sentencioso.

Se debe asimismo tener mucho cuidado en no contestar á preguntas que hayan sido dirigidas á otra persona, porque con el mero hecho de tomar la palabra sin ha-

ber sido invitado espresamente, se hace una ofensa á los dos á un tiempo: á quien debe responder, pues, se le da á entender que es un hombre ignorante; i al que ha hecho la pregunta, á quien tambien se le zahiere á lo menos de torpeza en no saber discernir la persona que pueda satisfacerle. La precipitacion en mezclarse en una cuestion sin ser interpelado, es efecto de arrogancia i de vana é insufrible presuncion.

Por otra parte, si los habladores conociesen que las mas de las veces se les busca la boca para divertirse á sus espensas, quemarian mas incienso al majestuoso ídolo del silencio, haciendo un estudio particular de corregir su viciosa propension, del mismo modo que lo hacia Sócrates para subyugar otras pasiones mas urjentes, pues se cuenta de este filósofo que para hacerse superior á los punzantes estímulos de la sed, cuando se hallaba mas so-

focado despues de algun violento ejercicio gimnástico, iba al rio, llenaba mui despacio su vaso de agua, la arrojaba una i mas veces, volvía á llenarlo i no lo bebia sino despues de haber pasado algun tiempo en apurar mas la sed con la presencia de aquel elemento.

Débase tambien aconsejar á los habladores que huyan señaladamente de aquellas conversaciones de su mayor predileccion, i de los puntos en que su lengua está mas acostumbrada á ejercer su volubilidad: tales son esos militares veteranos que á cada instante sacan á relucir las batallas en que se han hallado, i los sitios que han sostenido. Tales son esos porfiados litigantes que obligan á oír perpetuamente la fastidiosa relacion de sus pleitos, i de todas las intrigas que les han armado hasta su conclusion. Tales son esos charlatanes, que están decantando siempre su profesion, i los estudios en que

mas creen haber sobresalido. Los que han leído algo durante su juventud, no cesan de hablar de hechos históricos i de literatura; el gramático, de la sintáxis i de las partes de la oracion; el viajero, de pais-
 ses extranjeros, de aventuras fabulosas, de costumbres raras, de usos estravagantes, ect. Entra uno de estos habladores en una tertulia, en la que por cierto no se le aguardaba, se mezcla al instante en la conversacion i con absurdas reflexiones i con transiciones todavía mas violentas, dirige su proa á su argumento mas favorito sobre el cual quiere disertar á la fuerza, porque sus razones, aunque indijestas i mal zurcidas, á fuerza de repetirlas las ha aprendido de memoria.

Dice Plutarco á este propósito, haber conocido en Beocia un hombre de este carácter, ignorante i gran hablador; cuyo único saber consistia en haber leído los tres primeros libros de la historia de Efo-

ro, i en retener algunos de sus principales sucesos, que repetia en todas partes, obligando á cuantos encontraba á que tuviesen la paciencia de oirlos, especialmente la batalla de Leutra i sus consecuencias, que era su leccion favorita.

A estos se les podría aplicar lo que dijo Salustio de Catilina: "*Multum eloquentiae parum sapientiae;*" (1) ó lo que dijo Tácito de otro ciudadano peligroso, "*Plus loquentiae, quam eloquentiae.*" (2)

Para los que son habladores incorregibles de nada sirve el consejo que les da el citado Plutarco de que contesten por escrito, porque se cuenta del estóico Antipatro, que tomó este partido para disputar con Carneades, pero con tan mal resultado, que si era difuso con la lengua,

[1] Mucha elocuencia i poca ciencia.

[2] Mas hablador que orador.

lo era todavía mas con la pluma, por manera que escribió tantos volúmenes, que le fué dado el nombre de *Calamoboas*, ó el hablador por escrito; sin embargo, no dejaria de ser un gran correctivo el método indicado, porque no todos tendrian la paciencia de Antipatro en pasar un dia escribiendo para no dejar de hablar.

Otro de los frenos al prurito de charlar lo hallaria el que adolece de este vicio, si se parase á reflexionar sobre la inutilidad ó superfluidad de lo que tiene tanta ansiedad por referir; porque sino es útil al que habla ni al que escucha, sino ofrece alguna novedad, algun interes ó algun agrado, ¿no ha de ser preferible el silencio?

Un jóven mui juicioso observaba un silencio modesto i respetuoso en una reunion de hombres sabios, en la que se agitaban cuestiones importantes, i se dilucidaban argumentos ingeniosos. Su padre

lo reconvino por no haber emitido su opinion en materias que le eran familiares, i sobre las cuales podia haber hablado acertadamente; á lo que contestó el jóven, que no habia dicho lo que sabia por temor de que le hubiesen preguntado lo que ignoraba. Los hombres que tienen una alma grande no son habladores por lo jeneral; los ingenios brillantes no se divagan en discursos difusos, sino que se descubren mas bien en dichos cortos i agudos, i en graves sentencias. Hai igual mérito, dice Plutarco, en hablar bien como en saber callar á tiempo.

Los barberos han pasado en todos tiempos por grandes parlanchines: se cuenta que habiendo el rei Arquelao llamado á uno de éstos para que lo afeitara, le preguntó el mismo en el acto de prenderle el paño de la barba, como queria ser servido. "Sin hablar palabra," contestó el príncipe.

Acababa de ser saqueado el templo de Palas en Lacedemonia; ningun indicio se tenia de los ladrones, ni en aquel lugar se habia encontrado sino una botella que se conocia haber sido vaciada de fresco. Empiézanse á hacer vagas conjeturas sobre dicha botella. Si VV. me lo permiten, dijo uno de los circunstantes, conocido por su gran locuacidad, yo les diré mi opinion. Yo creo que los sacrílegos no se habrán determinado á dar un paso tan arriesgado sino despues de haber tragado la cicuta, i que habrán traído esa botella de vino como antídoto para aquel veneno, es decir, que si lograban perpetrar sin tropiezo su atentado, vaciarían como en efecto vaciaron dicha botella, i si hubieran sido arrestados, habrían dejado que el veneno obrara sus efectos para libertarse por ese medio de las angustias de una muerte afrentosa. Parecia demasiado ingeniosa esta esplicación para la ocurrencia del mo-

mento; se sospechó que aquel hablador debía tener conocimiento del hecho, se le estrechó, se le apuró, se le intimidó, i confesó por fin haber sido uno de los cómplices. Fué este miserable conducido en breve al suplicio, gracias á ese prurito, á esa comezon i lijereza en hablar, sin calcular las consecuencias.

Se cuenta que Beso de la Peonia habia asesinado á su padre, sin que nadie pudiese recelar que este malvado hubiera sido el perpetrador de un delito tan atroz. Habiendo ido á comer un dia á casa de uno de sus amigos, oyó chillar los polluelos de unas golondrinas que tenian su nido en uno de los corredores de dicha casa. Se levanta Beso lleno de ira, coje una lanza, i con ella derriba los nidos por el suelo, i machuca aquellos animalitos. Preguntado el motivo de una accion tan bárbara, contestó: "¿Pues que no oyen VV. como estos testigos falsos me están lastimando

los oídos, diciendo que yo he sido el asesino de mi padre? Esta indiscreción, esta facilidad con que asomó á los labios el horrendo crimen, fué causa de su merecido suplicio.

Concluiremos estas i otras observaciones con inculcar la siguiente mácsima, que nunca debiera olvidarse. "El haber hablado ha producido muchas veces disgustos, pesares i quebrantos, i el haber guardado silencio, nunca ha ofrecido motivos de arrepentimiento; así, pues, vale mas tener la boca cerrada, especialmente en tiempos delicados i borrascosos."



HISTORIA NATURAL.



De los Gallos.

El gallo es el ave doméstica mas vijilante i madrugadora de cuantas se conocen: esta vijilancia i desvelo procede de la pasion de los celos, en la que supera á todos los seres vivientes; i si como la naturaleza dió al gallo amaño i valentía, le hubiera dado fuerzas, no permitiria que nadie tocase en su presencia á ninguna de las gallinas.

El gallo, segun *Dioscórides*, i como lo vemos todos los dias, es mui noble, hi-

dalgo i liberal, porque de todo cuanto llega á su alcance hace partícipes á sus dulces compañeras, absteniéndose él las mas de las veces de comer, para que no les falte á ellas, á cuyo fin las llama á toda prisa i con el mayor ahinco. Es por naturaleza arrogante, soberbio i atrevido, pues se le ha visto pelear con el águila, reina de las aves, sin desistir de su empeño hasta morir, i aun obligando á veces á la soberana de los seres alados á abandonar el campo de batalla.

San Gregorio dice en los *Morales*, que el gallo es el mensajero del dia, conocedor de las noches, distinguidor de las horas, i escitador de las jentes.

San Ambrosio dejó escrito que el canto nocturno del gallo es mui suave i provechoso, i que hace mui buena compañía en la casa en que habita, porque amonesta á tiempo, reprende sin temor i despierta con diligencia; cuyas tres escelentes propie-

dades se cumplieron en San Pedro en la noche del prendimiento de nuestro Redentor; por lo cual ocupa esta ave un lugar mui distinguido en la divina pasion.

El cantar tan frecuente del gallo, pretenden algunos que procede de la flaca memoria que tiene, pues en el acto de haber cantado se olvida de lo que acaba de hacer; pero mas bien debe atribuirse á los celos escesivos que lo devoran, i para que sepan las gallinas que está siempre vigilante sobre ellas.

Lo que mas admira es la puntualidad con que rompe el gallo su canto á la media noche i al rayar el dia, por manera que no hai reloj que iguale en ecsactitud al instinto natural de este animal, el cual sirve de despertador á los relijiosos para que asistan al coro á sus rezos nocturnos, i á la jente industriosa para que se levante i acuda á sus respectivas tareas.

Escribe *Alonso de Herrera*, que para

conocer si un gallo es bueno i fino debe ser desde pequeño vivo i cantador, debe tener voz recia i atronada, debe andar siempre armando camorra con los demas de su clase, i saltar á las gallinas mas grandes; debe tener la cresta mui arpada i no como sierra, la cabeza gruesa, el pico agudo i grueso, las orejas blancas i abultadas, las barbas largas i entremezcladas de blanco i encarnado, el cuello erguido, i mui poblado de plumas doradas i largas, los pies i pechos recios, las alas grandes, la cola alta i larga, los ojos negros i mui pintados, i debe ser atrevido hasta el punto de acometer al hombre. Su color ha de ser negro ó rubio, i su natural alegre, debiéndose tener cuidado en desechar á los que de pequeños tuviesen una verruquilla amarilla encima de la cola. (1)

[1] Acaso estas advertencias no serán desatendidas por los aficionados á las peleas de gallos.

En ningun ser viviente se encuentra un valor tan tenaz i desesperado como en el gallo; todos los dias vemos sus encarnizadas peleas conducidas con ira tan impetuosa i tan sanguinario arrojo, que generalmente concluyen todas ellas con la muerte de uno de los combatientes, i á veces con la de ambos; pero lo que mas prueba su feroz espíritu de venganza, son los insultantes cantos proferidos no pocas veces sobre el cadáver de la víctima sacrificada á la saña del vencedor, para caer ecsánime sobre las palpitantes entrañas del vencido.

Si es vituperable el gallo por sus inclinaciones crueles i feroces, reune por otro lado propiedades mui jenerosas i recomendables: tales son, como ya llevamos indicado, su estremada vijilancia i cuidado de su familia. ¡I que prelado hai ni pastor que tanto celo muestre por el bien de sus ovejas, como el gallo por el de sus galli-

ras? ¡Qué padre hai de familia que tanto mire por sus hijos? ¡No se ve á este animal dedicado dia i noche á preservar de todo daño á sus compañeras? No se observa que cuando al acostarse se queda alguna de ellas rezagada, la llama con la mayor solícitud i fervor, i si remolonea para subir al dormitorio, baja él i le da vueltas al rededor hasta verla recojida, i celebra luego su triunfo con muestras de placer i contento? ¡Ojalá que todos los que tienen hijos de familia fuesen tan cuidadosos i vijilantes como el gallo, i serian menos frecuentes los desmanes i aun los crímenes en la sociedad!



Singularidades de las Hormigas.

Las hormigas son unos insectos que, mas que ningun otro animal, están dando contiúuas lecciones al hombre de templan-

za, laboriosidad, economía, prevision i caridad.

Sin mas herramientas que su boquilla hacen un silo debajo de la tierra, en donde habitan i guardan sus provisiones; pero no lo abren recto, sino con vueltas i revueltas de una parte á otra, á modo de un laberinto, para que si algun animalejo quisiera penetrar por la entrada de su madriguera, no las pueda hallar fácilmente ni hurtarles sus tesoros, teniendo ademas la precaucion de sacar á la puerta para formar un vallado ó bateria la misma tierra que han cabado para hacer sus habitaciones.

Cuando van á las parvas á cojer el trigo, las mayores como capitanas suben á lo mas alto, tronchan las espigas i las arrojan á las menores, las cuales sin mas pala ni trillo que sus boquillas, mondan i desnudan las vainas donde está el grano; i ya limpio i mondado lo llevan al grane-

ro, asiéndolo por la boca i andando ácia atrás, forcejeando con los hombros i con los pies para arrastrar la carga.

Dice *Plinio* que no hai animal que tenga tanta fuerza i resistencia como la hormiga, habida cuenta á su tamaño, porque apenas se hallará uno, inclusive el hombre, que pueda caminar un dia entero, i aun á veces un dia i una noche, como se ve en la época de la luna llena, llevando un peso cuatro veces mayor que el de su cuerpo.

Para que el trigo que depositan en sus trojes no jermine, tienen la precaucion de roer aquella parte del grano por donde tiene la facultad productiva, por cuyo medio lo vuelven estéril é infructífero; i para que el calor i la humedad no lo pudran, tienen cuidado de sacarlo al sol, i despues de enjuto lo vuelven á su almacen, con cuya sabia dilijencia, repetida muchas veces, lo conservan todo el año.

Otra cosa admirable se ha escrito de estos animalejos, i es que cuando en tiempo de su agosto andan acarreando sus vituallas de diversos puntos, sin saber unas de otras, tienen ciertos dias en que vienen á juntarse como en una feria, para reconocerse i tenerse todos por miembros de una misma familia, sin admitir á otros que no pertenezcan á su gobierno, siendo dichos dias destinados á la holganza i al plácido descanso.

Son tan amigas del dulce, i tienen un olfato tan penetrante, que lo huelen aunque sea á la mayor altura; i tan pronto como dan con el objeto apetecido, envian aviso á sus compañeras, las cuales trepan en procesiones, aunque sea por las paredes mas lisas, hasta que lo devoran.

Las hai de diversas clases en jeneral, todas ellas molestas i nocivas para consumir, pues suplen con su inmenso número la pequeñez de sus cuerpos: las mas des-

tructoras de todas son las conocidas con el nombre de vivijaguas, pues no solamente á imitacion de la langosta, saben desnudar en breve tiempo un árbol de sus hojas, i devorar todas las producciones de la tierra que encuentran á su alcance, sino que llegan á minar los cimientos de una casa hasta el punto de desplomarla, si no se acude con tiempo á sacarlas de sus recónditas obras subterráneas i á quemarlas. Este es el único medio de evitar aquella catástrofe, aunque mui costoso, porque para encontrar las madres ó sea las reinas del hormiguero, que por lo regular van siempre por delante, es preciso hacer á veces grandes excavaciones trasversales i profundas por debajo del mismo edificio, contra el que han dirigido el ataque estos bichos tan nocivos.

Se tiene observado que las hormigas son los únicos animales conocidos que entierren sus muertos, para cuyo fin ademas de

la vivienda para sí mismas, i de los graneros para encerrar las provisiones, fabrican la tercera habitacion, ó sea el cementerio para las que fallecen.

Refiere *Eliano* que estando sentado un dia en el campo el insigne filósofo Cleanthes, mui aficionado á escudriñar los secretos de la naturaleza, vió unas hormigui-llas cerca de sí, i parándose á considerarlas observó que traian una hormiga muerta, i que llegándose á la boca del hormiguero, estuvieron aguardando hasta que salió otra de aquella república, la cual se metió para dentro sin duda para dar aviso á sus compañeras, pues salieron á poco tiempo otras hormigas, i una de ellas traia en la boca un pedazito de lombriz, que entregó á las que habian conducido la hormiga muerta. Habiendo las forasteras recibido el valor de su trabajo, se retiraron, i las presuntas compañeras de la difunta se la llevaron para dentro á fin de darle sepultura.

Causó este suceso tanto asombro en el filósofo griego, que llegó á dudar si estaban dotados de razon é intelijencia unos animales que sabian obrar tales prodijios.

El gobierno interior de las hormigas es republicano como el de las abejas, i mui parecido al de éstas por las sabias leyes que rijen, i por la sumision i esmero con que son obedecidas i respetadas por todos los asociados. ¡Por cuantos medios podemos elevar nuestra alma á la mística contemplacion, cuando por todas partes, i aun en los mas viles insectos, vemos los rasgos mas positivos de la omnipotencia divina!

Otras muchas observaciones pudieran hacerse; pero por ser demasiado conocidas, las pasaremos por alto, habiendo cumplido ya nuestro objeto, que era el de fijar por un momento la pública atencion sobre estos fenómenos de la historia natural, que pierden el nombre de tales por

tenerlos de continuo á nuestra vista, i por no haber dedicado á ellos la meditacion filosófica que merecen.

Virtudes del Romero.

El romero de su naturaleza es caliente i seco, aromático i odorífero; conforta i recrea todos los miembros i partes interiores i exteriores del cuerpo; alegra i fortifica los sentidos, consume las humedades, frialdades, opilaciones i males contagiosos.

El romero no admite melancolías, tristezas, temblores, ni desmayos de corazon; sus raices, ramas, cortezas, hojas i flores, tienen infinitas virtudes, de las cuales diremos algunas que hemos extractado de Arnaldo, Plinio, Herrera, el maestro Zapata, i Galeno en la facultad de los simples, i de otros muchos como Dioscórides, Theopraastro, Serapion i Crecentino.

Los cogollos mas tiernos del romero, comidos por las mañanas con pan i sal, fortifican la cabeza i el cerebro, i conservan la vista aguda i fuerte.

La flor i hojas del romero, hechas polvos, i traídos éstos junto á la carne, ahuyentan los tres enemigos de la misma carne, que son las pulgas, los piojos i las chinches; i si se arriman al lado del corazon, lo alegran extraordinariamente.

Las hojas del romero, majadas ó mascadas, i aplicadas á una llaga fresca la curan i la cierran.

La flor del romero, comida en ayunas con miel de la misma flor i una tostada de pan caliente, conserva mucho la salud, i no deja enjendrar bubas ni diviesos; antes bien si alguno tuviese estos males, se le quitarán.

El romero ahuyenta todo animal ponzoñoso; el humo de esta planta es remedio contra toda peste i mal contagioso.

La rama ó tronco del romero, quemada i hecha polvos, aprovecha para emblanquecer los dientes i reforzarlos, i para que no se crie en ellos neguijon.

Dice *Alonso de Herrera*, que en la casa á la cual se tiene de costumbre darle algunos sahumeros de romero, no habitan los espíritus inmundos.

La mujer que usare comer la flor de romero en ayunas con pan de centeno, no será fatigada del mal de madre, ni criará malos humores.

La flor i hojas del romero, puestas entre la ropa, la preservan de la polilla, i la dan buen olor.

El que acostumbrare bañar el cuerpo con agua cocida de romero, se conservará en buena salud.

Aun las casas oscuras i húmedas, pierden su carácter de insalubridad si se las sahuma con el romero.

Si el que tiene destemplanza recibe el

humo de la corteza del romero por las narices, verá bien pronto purgada su cabeza, i curado su resfriado.

Si el que se hubiese tullido por frialdad, ó porque le hubiese dado el aire estando sudando, recibe muchas veces el vaho del romero, sanará indudablemente.

Las hojas del romero, majadas i hechas emplasto i puestas encima de las quebraduras de los muchachos, las curan, sueldan i fortifican en nueve dias; tambien las algarrobas verdes, majadas i puestas encima de las quebraduras las curan i sueldan en menos de ocho.

La flor de romero, mezclada con miel espumada hecha lectuario, i tomada mañana i tarde, sana de todo mal encubierto, preserva de toda enfermedad procedente de flemas, viscosidades i frialdades.

La flor del romero, verde ó seca, hecha lectuario con azucar, i tomada por las mañanas con un trago de vino blanco, des-

tierra todo desfallecimiento del corazon, alarga el aliento, conforta la dijestion, quita la ventosidad i dolor del estómago, i asienta el vómito.

Las hojas del romero, cocidas con vino blanco, i puestas como emplásto, cuan caliente se pudiese sufrir, encima de las almorranas, aprieta, enjuga i quita el dolor como se repita este remedio tres veces en tres dias consecutivos.

Los dolores de las coyunturas que proceden de humor frio se quitan asimismo, lavando muchas veces la parte con agua bien caliente cocida en romero.

Se curan igualmente la sarna i el cáncer con el aguardiente que se estraiga del vino cocido con romero.

Los que usen beber dicho aguardiente cuando se van á acostar, se preservarán de muchas enfermedades, i tendrán mas fresca la memoria.

Los niños que se laven con el agua co-

cida de romero, se criarán limpios i sanos, i no tendrán ahito ni sarna.

En tiempo de peste es mui bueno quemar mucho romero en las casas i calles, porque desinfecta el aire i ahuyenta los miasmas pútridos.

La miel del romero es la mejor de todas, así para lectuarios i medicinas como para conservas: la miel vírjen del romero es mui á propósito para quitar nublados de los ojos i aclarar la vista, como tambien para hermosear la cara de las mujeres.

Las abejas que sacan miel de la flor de romero no enferman como las que la sacan de otras flores.

El zumo del romero, puesto dentro de las orejas, quita el dolor que proviene de frialdad, sana las llagas, corta la putrefacción, i mata los gusanos que allí se suelen criar.

El zumo del romero aspirado por las narices, quita todo mal olor que proviene

de frialdad, i seca las úlceras que hayan podido criarse.

Las hojas del romero, mascadas i traídas por la boca en ayunas, quitan el mal olor que proviene de los dientes i muelas gastadas, i dejan el aliento mui limpio i aun fragante

El romero mascado i traído debajo de la lengua un rato en ayunas, la desata i desflema si está entorpecida por humor flemático: esta misma virtud la tiene la salvia, i aun mas eficaz para hablar con soltura.

Lavándose bien la boca con romero cocido en vinagre, se fortifican los dientes i las encías, i se quita el dolor de muelas.

El que se lavare la boca todas las mañanas con el agua cocida de romero, la preservará de corrupcion, la quitará todo tumor, i sanará sus llagas, úlceras é inflamaciones.

La mujer que use comer las hojas i flor

del romero, tendrá abundancia de leche buena i saludable para poder criar sus hijos, porque dicha planta tiene la virtud de purificar la sangre i de confortar la facultad digestiva.

El zumo del romero, mezclado con azucar, i tomado por las mañanas i á la hora de acostarse quita el ahogo del pecho, deshace las opilaciones, ostruccioncs i conjelaciones de sangre en el estómago, ayuda á la digestion, quita la sed, mueve el apetito, resuelve toda ventosidad, i mitiga el dolor de estómago i de vientre.

Los polvos del romero mezclados con polvos de agallas finas, fortifican el sieso i afirman el intestino que por flaqueza de la parte suele á veces salirse para afuera, teniéndose experimentado que á la tercera vez que se polvorea bien aquella entraña, queda fortalecida.

La flor i polvo de las hojas del romero, tomadas con buen vino ó miel blanca, mi-

tigan el dolor del bazo i del hígado, consumiendo el humor melancólico que es lo que daña al primero, i purificando la sangre que se enjendra en el segundo, i es la causa de sus dolencias.

Con la flor del romero fresca, cocida con buen vino blanco, i tomados algunos tragos por las mañanas se suavizan las entrañas, se ensancha el corazon, se asienta el estómago, se conforta la digestion, se quita la ventosidad i se contiene el vómito.

El vino tinto cocido con la raiz, hojas i flor de romero i bebido, quita los cólicos i dolores de los intestinos, i reprime las evacuaciones aunque sean inveteradas.

Los polvos de romero, bebidos con vino blanco, disipan todo el humor grueso i viscoso, i cualquiera opilacion, así de las venas como del vientre; i asimismo deshacen las piedras de la vejiga, i confortan la parte.

Si el que tuviere flujo de orina por debilidad de la parte, bebiere los polvos de las hojas del romero ó de la raiz, con vino tinto añejo, contendrá su mal, i se fortificará hasta su total curacion.

El dolor de pies i piernas, que procede de cansancio, se quita lavándolos con el cocimiento de hojas i raices del romero en vinagre.

El que estuviere inapetente, coma por la mañana dos ó tres sopas en vino cocido con romero, i le moverá la gana de comer i de dormir, al mismo tiempo que se le fortificará el estómago.

Lavándose la cara con agua de romero empapada en un lienzo, se vuelve hermosa, fresca i resplandeciente; i si fuere vino cocido con el romero en vez de agua, será mucho mejor, i no criará arrugas i se le quitarán las manchas i el paño que suelen tener algunas personas.

Mojando i estregando la cabeza con a-

gua de romero mezclada con un poco de vinagre, se cae la caspa, se afirma el cabello, i se fortalece la memoria.

Puesta la flor de romero en el vino cuando se trasiega, lo conserva i preserva de echarse á perder, comunicándole al mismo tiempo un olor suave i agradable.

El carbon del romero es el mejor de todos para los colores de los pintores.

Finalmente, el baño del romero lo llaman los autores, de que hemos hecho mencion, baño de vida, porque quita todo dolor así de las coyunturas como de todas las demas partes del cuerpo; quita tambien el cansancio; da fuerza i vigor á la vejez; conserva la juventud i la renueva; fortifica los miembros i aviva los sentidos; por manera que aseguran tan respetables citas, que el que usare de este baño dos veces cada mes, sudando en él, será preservado de toda enfermedad, i renovado como el águila.

Bálsamo del Romero.

Escribe Arnaldo de Villanova, i Herrera en su tratado de agricultura, lib. 3, cap. 94, i lo repiten otros mui graves autores que de la flor del romero se hace un licor maravilloso, que tiene las mismas propiedades i virtudes del bálsamo, del modo siguiente: Se toma dicha flor pura, limpia i en sazón, i se pone dentro de una redoma mui gruesa hasta llenarla, la cual deberá estar tapada con un paño de lienzo i un pergamino encima para que no pueda salir vaho alguno, i ya preparada de este modo se pondrá en un monton de estiércol bien caliente, en donde habrá de permanecer por el espacio de un mes, pasado cuyo tiempo se hallará la espresada flor convertida en licor; entonces se colará i se pasará á otra redoma pequeña i doble, esprimiendo bien la flor, i se colocará en

medio de un montoncillo de arena, bien tapada como antes i espuesta al sol i al sereno por espacio de otro mes, i quedará hecho bálsamo de romero, del cual si se echa una gota en el agua, se irá al fondo, como lo hace el bálsamo de Arabia.

Este licor ó bálsamo tiene virtud eficaz para sanar cualquiera llaga fresca ó añeja, i de igualar la carne de las heridas, haciendo que no quede señal alguna.

Poniendo dos gotillas de este licor dentro de los ojos por un rato, se deshacen los nublados i cataratas, i se conforta i aclara la vista.

Desencoje asimismo i fortalece los miembros débiles i entumidos.

Quita los temblores de las manos i de la cabeza, como no provengan de vejez, i conforta el corazon untándose el lado izquierdo con él.

Tambien el rostro se conservará fresco i sin arrugas, si se lava con dicho bálsamo.

mo, el cual hace desaparecer igualmente las manchas i los paños que hubiese criado.

Es no menos benéfico para cualquier dolor de las coyunturas, proceda ó no de frialdad ó de otras causas; i aprovecha finalmente para cólicos, mal de madre i otras muchas dolencias.

Receta del vino mosto i del romero.

Es tan sencilla esta receta, i se estiende á usos de tanta utilidad para las familias, que nos parece será grato á nuestros lectores que les copiemos lo que dice el ya citado Arnaldo de Villanova, secreto que le comunicó un gran filósofo moro en Bolonia, i del cual hace tambien mencion el físico Josefo en sus secretos de medicina.

Dice, pues, que se deben tomar las flores i las hojas mas tiernas del romero, i

dejarlas dentro de una vasija que tenga mosto hasta que hayan acabado de hervir; i á falta de mosto se tomará vino tinto mui bueno, en el cual se pondrán tres onzas de dichas flores i hojas para un cántaro de vino, i se hará hervir hasta que hayan mermado la tercera parte.

De sus usos i aplicaciones ya hemos hablado en el primer título.





BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ

MISCELÁNEA.



Anécdotas Curiosas.

Cárlos V gustaba mucho de ir por todas partes de *incógnito*. Paseando un día por las calles de Viena, vestido de simple paisano, tropezó con un aldeano que llevaba un marranito de leche, que ensordecía á todos con sus gruñidos. "Amigo mio, le dijo el emperador ¿no sabes el secreto de hacer callar á esos animalillos?" — No señor, le contestó el paleta, i agradecería mucho que V. me lo enseñase.

—Pues mira, le replicó aquel monarca,

cójelo por las manos i llévalo parado con la cabeza ácia arriba verás como no gruñe. Con efecto, hizo el ensayo el aldeano, i satisfecho de la verdad del secreto, dió gracias al emperador, i le dijo con la mayor sencillez: "Bien se ve que V. ha aprendido el oficio antes i mejor que yo." Carlos V no pudo menos de reirse de tan oportuna ocurrencia, i mandó dar algunos ducados al buen porquero.

Mientras que un marido i su amarga mitad estaban disputando con calor sobre la soberania de la casa, llamaron á la puerta con lo cual quedó en suspenso la reyerta, é indecisa la cuestion. Habiendo salido el marido á preguntar el motivo de aquellos golpes, se le contestó que se deseaba hablar al amo de la casa. "Aguarde V. un instante, dijo el buen marido,

porque no estando todavía de acuerdo mi mujer i yo en este punto, no puedo decirlo por ahora." Entró de nuevo en el aposento de la Señora, i se renovó con igual viveza la disputa, hasta que habiéndole ésta cedido la victoria, volvió á la puerta i dijo al sujeto que habia llamado: "Amigo mio, ya puedo anunciar á V. que debe V. hablar conmigo porque yo soy el amo de la casa; pocos momentos antes no podia decir otro tanto, porque todavía no habíamos decidido este punto mi mujer i yo.

Un guapo fanfarron habia recibido una paliza sin que se hubiera dado por ofendido por no empeorar el mal con la publicidad. Algunos dias despues encontró á un poeta que habia lanzado contra él unos epigramas picantes, i le dijo que le daría cien garrotazos. No dudo, le replicó el

posta, que V. me daría de buena gana lo que nada le cuesta, pues en cuanto á los palos no haría V. mas que transmitirme los que acaba de recibir.

Habiendo cierto ministro agraciado con un beneficio á un pretendiente de talento mui limitado i de escasísimo mérito, exclamó: Los jansenistas deben estar mui contentos conmigo porque he concedido todo á la gracia, nada al mérito. ¡Cuántas aplicaciones puede tener este cuento!

Habiendo pasado un lugareño á la corte para ventilar negocios de bastante interés, le ocurrió hacer una visita á cierto consejero que habia conocido en su provincia en el desempeño de un empleo

inferior; i despues de los acostumbrados cumplimientos le preguntó el consejero si habia todavía muchos locos en su pais, á lo cual contestó el aldeano sencillamente: No deja de haberlos, aunque no tantos como cuando estaba su señoria.

Un aldeano mui simple, cuyo padre se estaba muriendo, salió á toda priesa en busca del cura á la media noche, i se mantuvo tres horas á la puerta llamando mui quedo i con sumo cuidado. Habiéndose asomado el cura á la ventana, é informado del mucho tiempo que habia estado aguardando, le reconvino su estolidez, de la cual quiso escusarse el pobrete alegando su temor de despertarlo. Vamos ¿i que ocurre? Nada, señor, sino que mi padre se estaba muriendo cuando yo salí para buscar á V. — Siendo así, replicó el cura,

ya habrá muerto, i yo nada tengo que hacer. — No señor, replicó el ganso gañan; mi vecino Perico me prometió que él lo entretendría hasta que V. llegase.

Habiendo salido al campo tres curiales durante las vacaciones, se encontraron con un carretero: i deseosos de divertirse á sus espensas con bufonadas i chanzas pesadas, le preguntaron por qué razon estaba tan gordo el caballo delantero, i los demas tan flacos, á lo cual contestó con mucha formalidad el campesino: "Consiste en que el primero es curial, i los demas son sus clientes."

Un sujeto que tenia fama de estar medianamente acomodado, aunque el estado

real de su casa era el de una irremediable bancarrota, estaba para casarse con una rica heredera. La víspera de su desposorio pasó á casa de su novia, i principió á dar grandes i violentos paseos por la sala sin decir nada. La futura suegra le preguntó varias veces si tenia algo, i él contestó siempre que no tenia nada. Se efectuó la boda al dia siguiente; i no habian trascurrido todavía ocho dias cuando se llenó la casa de acreedores i ministriles que venian con notificaciones, mandatos i reclamaciones. Aburrída é irritada esta señora con visitas tan importunas é inesperadas, se dirigió como una furia á su yerno i le dijo: V. me ha engañado, mal caballero, hombre sin vergüenza.— Yo, señora, le contestó, de ningun modo; ¿no se acuerda V. que en la víspera de la boda la dije á V. varias veces que yo no tenia nada? ¿Podría ser yo mas injenuo ni mas leal? Si V. no lo creyó, ó si lo creyó, no

le dió á V cuidado mi pobreza, será justo que yo reciba sus amargas diatribas i acriminaciones? No supo qué contestarle la burlada suegra, i se retiró á llorar en secreto su pesado chasco.

Habia en Paris un rico banquero que daba grandes convites: un gastrónomo que deseaba disfrutar un dia de tan esquisitos placeres se presentó á las dos de la tarde con un aire de misterio é importancia, i concluidos los recíprocos cumplimientos dijo al banquero, que habia ido á proponerle un negocio que podría dejar doscientos mil francos de beneficio. Lisoneado dicho banquero con tan halagüeña perspectiva, capaz de hacer abrir los ojos aun á jentes menos codiciosas, i siendo la hora de comer rogó al gastrónomo que honrase aquel dia su mesa, á lo

que accedió éste por supuesto sin que fuera necesario repetir la invitación, i fué tratado con las mayores consideraciones, por manera que hizo el primer papel en la reunión.

Concluida la comida le preguntó el banquero cuál era el negocio que trataba de proponerle, i le ecsigió toda clase de aclaraciones para asegurar el resultado de tan hermosa operación. Caballero, le dijo el gastrónomo con mucha seriedad, he aquí el negocio; V. ha ofrecido dar cuatrocientos mil francos de dote á su hija, yo la tomaré por doscientos mil, i V. se gana los otros doscientos mil.

Un chalan de caballos al vender uno de ellos, que nada veia de un ojo i mui poco del otro, decia al comprador: "Caballero, hágalo V. ver, i respondo de sus faltas."

Descubierta la impostura á poco tiempo, se hicieron reclamaciones para anular el contrato; pero el chalan se defendió vigorosamente, alegando que él habia dicho con tiempo que hiciese ver al caballo, en cuyo caso respondia de sus defectos i no de otro modo. Por este medio ingenioso ganó el pleito, i quedó libre de aquella maula.

Un tuerto apostaba con otro que tenia su vista completa á que veia mas que él. Aceptado el desafío dijo el tuerto, yo he ganado, pues que le veo á V. dos ojos, i V. no me ve mas que uno.

Un mariscal de Francia formaba parte del gran catálogo de adoradores que tenia

la famosa Ninon de Enclos; pero esta mujer caprichosa hacia poco aprecio de los rendidos obsequios de este amante. No dejó de conocerlo el mariscal, el cual doblemente ofendido al saber que era preferido un tal Pecourt, célebre bailarín, se encontró casualmente con este rival en la misma casa de Ninon á tiempo que ya salia de servir á su dama; i observando que llevaba una casaca mui parecida á un uniforme, le preguntó con mofa i escarnio: ¿En que cuerpo sirve V., camarada? — Yo mando un cuerpo, le contestó el bailarín, en el cual ha mucho tiempo que sirve el señor mariscal.

Un pobre predicador perdió la memoria en lo mejor del sermón: uno de esos hombres festivos i burlones, que no faltan cuando se trata de manejar el azote del

ridículo, exclamó: "Señores, que se cierren las puertas, aquí no hai mas que jente honrada, i es preciso que se halle la palabra del padre."

Mahomet, rei de Kouristan en la Persia, tenia de primer ministro un hombre de probidad á toda prueba. Como las mujeres de este monarca i sus cortesanos conociesen que no podian sacar partido alguno de aquel hombre puro i desinteresado, se ligaron contra él, i lo derribaron de la gracia del soberano. Al retirarse de la córte este buen consejero, suplicó á su amo le concediese en premio de tantos servicios como le habia prestado, algunas tierras eriales para pasar el resto de sus dias en su cultivo. Le fué otorgada la gracia, i en su consecuencia se dieron las órdenes para la adjudicacion de una buena

estension de terreno erial, donde mejor le acomodase á dicho ministro; pero ¡cuan grande no fué la admiracion de Mahomet, cuando por mas diligéncias que se practicaron para hallar esta clase de terreno por descuajar, no se tuvo noticia que hubiese ni una sola aranzada en todos sus estados! Penetrado de gratitud i respeto ácia su antiguo ministro, i no necesitando de ulteriores pruebas para convencerse de su inmejorable administracion, lo restableció en su gracia, le dispensó mayor confianza que antes, i mandó á sus mujeres que no se mezclasen jamas en los negocios de estado, ni pensasen sino en sus honestas recreaciones domésticas.

Todos los historiadores convienen en que las indias se apasionaron fuertemente de los europeos desde su primera inva-

sion por Cortés i Pizarro, considerando como una de las causas de esta inclinacion decidida, no solo la novedad sino la mayor fortaleza de temperamento que resaltaba doblemente al compararlo con la flojedad de los naturales. A pesar, pues, de los motivos tan poderosos que tenian para aborrecer á unos hombres que venian á sujetar el pais á su dominio, destruyendo sus leyes i su creencia, alterando sus costumbres, introduciendo un trastorno jeneral en todos los ramos, i aun algunos propasándose á ejercer actos inhumanos é injustos, las trescientas mujeres del Inca Atabalipa que fueron cojidas con él, se quedaron sin repugnancia con los conquistadores, i á la mañana siguiente se les presentaron mas de cinco mil indias, en tanto que sus maridos huian á esconderse entre los bosques i desiertos.

FILOSOFIA ANTIGUA.



Las obras de filosofía de los griegos no se remontan sino hasta el tiempo de Solon, ó sea hasta la Olimpiada 50; en cuya época se verificó una maravillosa revolución intelectual. Dejando á parte los primeros sabios, que mezclando los arrebatos poéticos con la severa prosa, lo positivo con lo imaginativo, i lo natural con lo afectado, no se sabe claramente cuál era su verdadera doctrina; dejando asimismo los políticos i legisladores, de cuyo número eran los siete famosos sabios de Grecia, llamados *Thales, Solon, Chilon,*

Pítaco, Bias, Cleóbulo, i Periandro, ó bien Mison en lugar de este último, como pretenden algunos, nos fijaremos en los primeros maestros de la filosofía, que lo fueron *Thales de Mileto i Pitágoras*.

Thales nació en el año primero de la 38 Olimpiada, es decir, 640 años antes de la era vulgar. En su temprana edad desempeñó con lucimiento varios empleos á que fué llamado por su nacimiento i por su sabiduría. Una laudable ansiedad por estender la esfera de sus conocimientos lo indujo á viajar por países extranjeros: á su regreso se dedicó exclusivamente al estudio de la naturaleza, i pasmó á la Grecia, anunciando un eclipse solar, i comunicando los conocimientos de jeometría i astronomía que habia adquirido en Egipto. Disfrutó tranquilamente de su bien merecida reputacion, i murió con la calma i resignacion de un verdadero filósofo. Su madre le habia instado en su juventud para que

se casara, i le reiteró la misma instancia en edad mas avanzada; á la primera escitacion contestó que era demasiado temprano; i á la segunda, que era demasiado tarde.

Se recuerdan muchas de las sentencias de este grande hombre, de algunas de las cuales haremos mencion para dar una idea de su filosofía, i para hacer ver con qué precision procuraban los sabios de aquella edad resolver las cuestiones que se les proponian.

¿Cual es la cosa mas hermosa?—El universo, porque es la grande obra de Dios.

¿Cuál es la cosa de mas poder?—La necesidad, porque triunfa sobre todas.

¿Cuál es la empresa mas difícil?—Conocerse á sí mismo.

¿Cuál es la mas fácil?—Dar un consejo.

¿Cuál es el mejor consuelo para nuestras desgracias?—La vista de un enemigo mas infeliz que nosotros.

¿Qué método se debe adoptar para tener una vida tranquila?—No practicar ninguna de aquellas acciones que vituperamos en otro.

¿Qué es lo que se necesita para ser feliz?—Una salud perfecta, un modo de vivir desahogado, i un entendimiento ilustrado.

Sin embargo de ser tan celebrado el nombre de *Pitágoras*, son mui poco conocidos los pormenores de su vida. Este gran filósofo recibió las primeras lecciones de Thales i de Ferecides de Ayros; residió mucho tiempo en Egipto, i aunque no visitó los reinos del Asia superior, tuvo no obstante un profundo conocimiento de las ciencias cultivadas en aquellos paises. Si la oscuridad de los misterios ejipcios, i las abstractas meditaciones de los sabios del Oriente, eran á propósito para inflamar su ardiente imaginacion, no era menos adecuado á la firmeza de su carácter el aus-

tero jénero de vida que aquellos habian abrazado.

Como al regresar á su patria la hubiese hallado esclavizada por un tirano, mas bien que sufrir la degradacion de sus paisanos, abrazó el partido de emigrar para Crotona de Italia: se hallaba esta ciudad á aquella sazón en un estado deplorable, porque subyugados sus habitantes por los locrios, habian perdido la dignidad de su carácter, i se habian entregado á todos los excesos de una vida muelle i deleitable, como único consuelo en sus desgracias. Pitágoras se dedicó á reanimar su valor, recordándoles sus antiguas virtudes; i no paró hasta que con sus consejos i amonestaciones, no menos que con su buen ejemplo, logró introducir una reforma; i para consolidarla siguió dando lecciones é instruyendo á la juventud en aquellos principios de honor i de virtud, á los que habia debido su triunfo.

Conociendo que la ilustracion i la pureza de la moral es lo que inspira mas enerjía en un Estado, ideó un sistema de educacion, reducido á emancipar el alma de los sentidos, para que pudiese recibir sin tropiezo las máximas de eterna verdad; i de aqui emanó aquella célebre institucion que todavía descuella entre todas las sectas filosóficas.

Acia el fin de su vida, i ya en una edad mui avanzada, tuvo el desconsuelo de ver malograda su obra por celos de los principales ciudadanos de Crotona. Precisado á salir fujitivo de esta ciudad, anduvo peregrinando de pueblo en pueblo, hasta que poniendo la muerte término á sus desventuras, quedó la envidia ahogada en el silencio; i fue entonces que para indemnizarle de la injusta persecucion que habia sufrido, se decretaron los mas ilustres honores á su memoria.

La escuela jonia debe pues su oríjen á

Thales; la italiana á *Pitágoras*: de ambas escuelas han salido otras, que han producido alternativamente hombres de gran mérito i nombradía.

La escuela italiana ha formado mayor número de filósofos que la jonia, i ha difundido mas los conocimientos por todo el mundo, si bien ha incurrido en mas errores que su rival. Los dos grandes hombres que fueron los fundadores de dichas escuelas, dejaron impreso en sus obras su carácter i su jenio. *Thales*, distinguido por su profundo juicio, tuvo por discípulos varios sabios que estudiaron la naturaleza en toda su sencillez, i señaladamente un *Anaxágoras*, autor de la teología mas sublime, i un *Sócrates*, modelo de la moral mas pura. *Pitágoras*, arrebatado por la viveza de su imaginacion, estableció una secta de piadosos entusiastas, quienes no observaron al principio en la naturaleza, sino armonía i arreglo; i pa-

sando de una especie de ilusion á otra, dieron oríjen á la escuela eleática, i á las metafísicas mas abstractas.

Despues de algunos tratados que se atribuyen á *Thales*, escribieron otras obras, los que puestos á la cabeza de su escuela, continuaron enseñando sus doctrinas: entre ellos *Anaximandro*, *Anaximenes* i *Anaxágoras*, que fueron los primeros en dar lecciones de filosofía en *Aténas*, i *Arquelao*, que fué maestro de *Sócrates*. Los escritos de estos sabios tratan de la formacion del universo, de la naturaleza de las cosas, i de la jeometría i astronomía.

Las obras que sucedieron á las que acabamos de indicar, estuvieron mas enlazadas con la moral, porque *Sócrates* i sus discípulos prestaron menos atencion á la naturaleza en jeneral que al hombre en particular. *Sócrates* tan solo nos dejó escrito un himno á *Apolo*, i algunas fábulas

de Esopo que puso en verso cuando se hallaba en la cárcel.

Los discípulos mas célebres de Sócrates fueron *Aristipo*, autor de la secta cirenáica; *Euclides* de la megárica, *Fedon* de la eliacca, i *Antístenes* de la cínica. De estas sectas emanaron otras, á saber: la estoica, cuyo autor fué *Zenon*, i sus maestros principales *Stilpon*, *Jenocrates*, *Diodoro* i *Polemon*; la platónica, que tomó el nombre de su autor; i la que se llamó aristotélica por haberla creado *Aristóteles*.

Los discípulos mas distinguidos de *Pitágoras* fueron *Jenofanes*, autor de la secta eleática, cuyos principales maestros fueron *Parmenides*, *Meliso*, otro *Zenon* i *Leusipo*, á los cuales siguieron *Demócrito* i *Heraclito*, autores de otra secta i discípulos de *Jenofanes* i de *Nipaso*. De la secta eleática emanaron otras dos; conocida la primera con el nombre de epicúrea por su autor

Epicuro, i la segunda la pirrónica por su autor *Pirron*: aquella ponía en primer término el *deleite*, si bien algunos pretenden que no se trataba del deleite sensual, i sí del sosiego del alma; i ésta establecía como dogma, *que nada absolutamente se sabía, i que de todo se debía dudar*.

Esta es en suma la filosofía de los griegos; pero desde que ellos i los romanos tomaron el carácter de conquistadores, fueron introduciendo alternativamente sus sectas por los países que sujetaban á su dominio. *Alejandro-Magno* esparció la doctrina griega por toda el Asia, i *Tolomeo* la introdujo en Alejandría, formando allí una segunda Atenas, pero confundiendo de tal modo las teorías platónicas i pitagóricas con las eipcias, que formaban un conjunto de contradicciones i un caos de confusión. De igual mezcla de doctrinas judáicas, con las que introdujeron los Macedonios en Siria i Egipto, se organizaron las

sectas de los *cabalistas*, de los *fariseos*, *saduceos*, ect.

Los romanos, por medio de la comunicacion que tuvieron con los griegos, abrazaron con ansia sus doctrinas, cuya novedad hizo que se llenase Roma de filósofos, principalmente de estóicos i peripatéticos, i con mayor fuerza todavía en el reinado de Augusto, que los protejió poderosamente.

Aun despues de la venida de nuestro Redentor renacieron muchas sectas. *Antioco ascalonita* resucitó la platónica, habiendo sido sus principales apasionados, *Theon Esmirneo*, *Alcinoos*, *Lucio Apuleyo*, *Máximo Tirio*, *Plutarco*, *Sextio*, *Moderato* i *Apolonio Tianeos*, ect. *Nicolas Damasceno*, *Boecio*, *Sidonio* i *Alejandro Ejeo* siguieron la peripatética. La estóica fué adoptada por muchos jurisconsultos. *Plinio el mayor*, *Diógenes Laercio* i *Luciano* siguieron á Epicuro; i *Aurelio*, *Cornelio Celso*, i *Sex-*

to *Empírico* á los *pirrónicos*. Tambien hubo sectarios de los *cínicos* i del sistema de *Zoroastro*, importado del Oriente.

Empero la escuela que mas prevaleció fué la *ecléctica*, que se reducía á una colleccion de sentencias de varias sectas, que formaba un cuerpo de doctrinas sin sujecion á ninguna escuela particular; i que se titulaba asimismo *platónica moderna*; i entre sus principales discípulos se distinguieron *Dionisio Lonjino*, *Plotino*, *Porfirio*, *Sirio*, *Juliano apóstata*, *Orígenes*, *Adamancio*, ect.

Todas estas sectas se fueron destruyendo por la filosofía de los cristianos, de la cual trataremos en otro artículo.

HISTORIA

DEL JUDIO

Sanson Ceneda.



Durante el pontificado de Sisto V, que floreció ácia los últimos años del siglo XVI, tan abundante en hechos célebres i anécdotas curiosas, de muchas de las cuales nos proponemos hablar en otro lugar, ocurrió un lance mui curioso con el banquero romano Pablo Secchi, i el judío Sanson Ceneda, que insertaremos anticipadamente en este tomo, como objeto de agradable lectura.

Se habia divulgado por la capital del mundo cristiano la noticia de que el almirante ingles Drake se habia apoderado de la isla española de Santo Domingo, i que se habia llevado de ella un inmenso botin. Venia esta noticia confirmada en una carta particular, dirigida al rico banquero i negociante Pablo Secchi, que tenia estensas relaciones con las Indias occidentales. Al recibir Secchi esta carta, envió á buscar al judío Sanson Ceneda, asegurador i usurero prestamista, i le enteró de este suceso porque así convenia á los fines del banquero. El judío, cuyo interes era el de desmentir dicha noticia, se resistió á darle crédito, alegando mil razones para probar su falsedad; i como el banquero insistiese fuertemente en su contraria opinion, llegó el judío á acalorarse de tal modo que exclamó: "Apostaria una libra de carne de mi cuerpo, á que no es cierta esa noticia."

Son mui comunes estas apuestas entre jentes porfiadas é irritables; nada mas comun que el oir decir, apostaré la cabeza, apostaré la vida, apostaré mi mano derecha á que es cierto ó falso lo que se quiere sostener; empeños necios i aventurados que suelen tener resultados funestos, por lo cual se abstienen de ellos las personas prudentes i discretas.

El banquero Secchi, que era tambien de jenio ardiente, contestó al judío: "Ya que V. se obstina, yo apostaré si V. conviene en ello mil pesos contra la prenda que V. ofrece. El judío aceptó la proposicion, i se estendió inmediatamente la obligacion por mano de escribano concebida en estos términos: "Si es cierto que la isla de Santo Domingo ha sido tomada por el almirante Drake, Secchi cortará al judío Ceneda, con un cuchillo mui afilado, una libra de carne de su cuerpo de la parte que mas le acomode; i si es falsa la noti-

cia, perderá Secchi mil pesos.

Desgraciadamente para el pobre judío salió cierta la noticia hasta el punto de no dejar ya jénero alguno de duda: su aflicción llegó al último punto cuando le dijeron que Secchi estaba empeñado en valerse de su derecho con todo rigor, i que designaba como parte amputable sus largas narices.

Viéndose en tal apuro, recurrió al gobernador de Roma, suplicándole con todo el ardor que le inspiraba el deseo de conservar la preciosa parte de su cuerpo, destinada al sacrificio, tuviese á bien interponer su autoridad para que Secchi se contentase con 1000 doblones, como un equivalente de aquella que apreciaba mas que la vida; pero como el gobernador no se atreviese á tomar sobre sí la resolución de un pleito tan orijinal, lo elevó al Santo Padre, el cual llamó á su presencia á las partes interesadas, i despues de haberles

oído la confirmacion de tan extraño contrato, les dijo con su acostumbrado tono de majestuosa autoridad. "Toda obligacion debe cumplirse; es pues nuestra voluntad que Secchi coja un cuchillo, i corte del cuerpo del judío la libra de carne contratada, dirigiéndose á la parte que sea de su agrado; pero que tenga mucho cuidado en no equivocarse, porque si corta aunque sea solo un adarme ó un escrúpulo mas ó menos de la libra estipulada, por mi vida que será ahorcado: vayan, pues, á buscar el cuchillo i las balanzas, que Nos queremos presenciar la operacion.

El banquero, que conocia la inflexible severidad de aquel Pontífice, se puso á temblar como las hojas del árbol cuando se ven agitadas por un viento impetuoso, se arrojó á los pies de su Santidad, i hecho un mar de lágrimas protestó que estaba mui distante de reclamar el cumplimiento del contrato; i habiéndole pregun-

tado el Papa cuál era el objeto á que limitaba su solicitud, le contestó que él no queria nada mas que su santa bendicion, i que se hiciera pedazos la escritura. Volviéndose entonces el Padre Santo al judío, le preguntó, ¿que tenia él que decir i si quedaba contento? i el judío respondió que lo estaba á tal punto que no hallaba palabras para espresarlo, pues nunca hubiera podido figurarse salir de aquel aprieto de un modo tan ventajoso para su bolsillo.

Pues Nos no estamos satisfechos, replicó Sisto V, ni podemos estarlo cuando vemos hollados sacrílegamente nuestras leyes; porque ¿qué autoridad tienen VV. para hacer esta clase de apuestas? Los súbditos de un príncipe son, si se consideran religiosamente, propiedad de Dios, i si civilmente, propiedad del Estado; así, pues, no pueden disponer de sus cuerpos de modo alguno; yo sabré por lo tanto apli-

car el oportuno remedio á tales infracciones i violencias.

Desde la presencia del Papa fueron trasladados en el acto á la cárcel pública; i el gobernador por insinuacion del mismo soberano, mandó que se procediese contra ambos con la mayor severidad de las leyes, á fin de que el escarmiento que se hiciera sobre ellos retrajese á otros de unos actos tan inhumanos i vergonzosos.

El gobernador, que deseaba complacer al Pontífice, trató de sondear su voluntad, acerca del castigo que debia imponerse á los reos, i para ver el efecto que hacia en su ánimo, le dijo un dia que la causa se estaba siguiendo con actividad, i que le parecia que por un delito tan grave no podrían menos de ser multados con mil pesos cada uno de ellos. ¡Como, replicó Sixto V, tan solo por castigo una multa de mil pesos? ¡Cree V. que es ésta una espiacion suficiente? No, hijo mio, no pode-

mos conformarnos con ella. ¿Pues que puede presumir ninguno de nuestros súbditos que es árbitro de su vida sin nuestro permiso? No está probado que el judío vendió la suya desde el momento en que consintió que le cortasen una libra de carne de su cuerpo? ¿No es pues éste un suicidio directo? ¿Dejará de ser igualmente cierto que el banquero Secchi es culpable de un asesinato premeditado, haciendo un contrato, el cual no podia tener cumplimiento sino atentando á la vida de la parte contraria? ¿I dos criminales de esta clase podrán ser absueltos con una simple multa?

El gobernador, empeñado en suavizar el rigor del Pontífice, alegó muchas razones á favor de los reos, i señaladamente de Secchi, afirmando que nunca éste habia tenido la menor intencion de aprovecharse de la ventaja del contrato, ni otro objeto sino el de pegar un gran susto al obstinado israelita, i que tampoco este

último se habia figurado que pudiese haber llegado jamas el caso de que se llevasen á efecto con todo rigor las condiciones de la inconsiderada apuesta; i que por lo tanto no podia decirse que hubiese habido accion determinada, ni conatos de asesinato i de suicidio.

Sisto V, que estaba empeñado en hacer un escarmiento, contestó: "que estas protestas eran efímeras i sin fuerza alguna, porque los acusados las habian hecho por el temor del castigo que tenian merecido, i que creyeron inevitable desde que vieron á su soberano irritado contra ellos; que ningun caso debia hacerse de sus disculpas, i que debian ser ahorcados; por lo cual le mandaba que diera esta sentencia, i que se ejecutara sin dilacion. El gobernador hubo de sucumbir á la inapelable voluntad de aquel absoluto soberano, i firmó la sentencia de muerte, que llenó de terror i admiracion á todo el pueblo ro-

mano; i aunque no escaseaban estos ejemplos de severidad i dureza de parte de aquel Papa, no se dejó de estrañar esta terrible pena por razon de las personas tan visibles á quienes comprendia, especialmente del banquero cuya suerte escitó un interes jeneral, si bien nadie se atrevió á chistar porque en estrecho rigor no podia la sentencia ser calificada de injusta, i ni Sisto era persona que toleraba desahogo alguno de parte de sus súbditos.

Empero como Secchi era de las familias mas ricas i respetables de Roma, i como tambien el judío Ceneda era de los principales corifeos de la sinagoga, se cruzaron tantos i tan fuertes empeños, i tomó en este negocio una parte tan viva i activa el cardenal Montalto, que gozaba de toda la confianza del Pontífice su tio, i fueron tales sus esfuerzos para que se les perdonára la vida, que Sisto V, que en realidad no se habia propuesto llevar á e-

fecto la condena, i sí solo introducir el terror para alejar á otros de tamaños desmanes i desacatos á las leyes, convino en conmutar la sentencia en presidio, con libertad de rescatar esta pena con 2000 pesos cada uno, aplicables á las necesidades del hospital, titulado del Espíritu-Santo, que acababa de fundar.





INSTITUTO DE LITERATURA Y HISTORIA
BIBLIOTECA
ANTONIO PORTUONDO
MANABOR - JUSTITICA - JOSE

LITERATURA GALANTE.



DEFINICION DE LA MUJER.

Las mujeres fueron comparadas por algunos blasfemos desatentos á aquellas plantas cuyas flores se aprecian, mas no el fruto.

Mahoma, que fué tan hereje en la galantería como en la religión, dice que las mujeres han sido criadas para ser esclavas de los hombres, i para vivir encerradas dentro de los altos muros de los serrallos. El ingrato esposo de la bella Aiscka i de la dulce Fátima, escluye á las mujeres de las delicias del Corckam.

Un autor de los siglos de hierro tuvo la aspereza de escribir, que Dios habia hecho la cara, los ojos i la boca de las mujeres, *”et alia quae sunt dulcia et amicabilia; sed de capite noluit se immisceri, sed permisit illud facere diavolo.”* (1)

Filon dice que la mujer es un hombre no acabado. Esta es una injusticia i una brecha de urbanidad. El que dice mal de las mujeres, ó no tiene ojos ó no tiene corazon.

”Cuando se habla de las mujeres, dice Diderot, se debe mojar la pluma en los colores del arco Iris, i derramar sobre las lineas trazadas el polvillo dorado de las alas de la linda mariposa.”

La mujer tiene mas debilidades que vicios, i es mas digna de lástima que de aborrecimiento.

[1] I otras cosas dulces i amistosas; pero no quiso mezclarse de la cabeza, cuyo encargo confió al espíritu infernal.

La escritura sagrada al hablar de los delitos, dice siempre, "los hijos de los hombres," i al hablar de las fragilidades, dice, "las hijas de las mujeres."

Milton apellida á la mujer, "amable defecto de la naturaleza," ¿i quien no quiere tener este defecto?

La mujer es la criatura tierna i deliciosa, formada por la naturaleza para inspirar el amor i para transmitir la vida, es la que estrecha contra su seno nutritivo los ansiosos labios de la infancia, i sostiene en sus amorosos brazos al hombre caído. Las mujeres son amantes para los jóvenes, compañeras para los hombres de media edad, i piadosas nodrizas para los niños i para los viejos: sin ellas el principio i fin de nuestra vida careceria de guia i de apoyo, i el medio, ó sea la mejor época de nuestra vida se veria privada de placeres; el hombre vive feliz en sus brazos, i es tambien feliz si muere en ellos.

Se ha dicho que las mujeres eran las flores del desierto de la vida, i que van esparciendo algunas rosas sobre los pasos del desterrado de la tierra. El corazon de la mujer es semejante al harpa eolia que resuena al primer soplo del Zéfiro; á sus labios asoma de continuo la sonrisa; las lágrimas brillan en sus ojos.

Dice el célebre viajero Ledyard: "He visitado las cuatro partes del mundo, los hielos Hiperbóreos, los fuegos del Ecuador i los desiertos de la Libia, la triste Laponia, los montes del Thibet, las playas arenosas del Zahara, las tiendas del Beduino, el campo errante de los Tártaros, i en todas partes he hallado á las mujeres mas dulces siempre i mas compasivas que á los hombres. Ellas me respondian con un aire afectuoso de bondad, acudian constantemente á mi amparo, i me ofrecian leche, dátiles, coco, i cuanto tenian i creian que yo pudiera necesitar.

Salomon dice que la mujer es un don superior á todos los dones.

Segur llama á la mujer segunda alma del hombre, i con efecto le comunica otra alma dándole el amor i sus inefables deleites.

Sin las mujeres no se trasmite la vida, ni se goza de la que se ha recibido. Las mujeres son las deidades visibles de la tierra, i los emblemas i los oráculos de las invisibles.

En el sublime sueño de Odin se lee, que el amor de las mujeres debe ser el premio de las buenas acciones, i su indiferencia el castigo de las malas.

¿I será posible dejar de amar á esta preciosa mitad del jénero humano?

Si el amor es delito, dice Guarini en su *Pastor fido*, ¿por qué es tan dulce?

Decia la superiora del convento, al cual se habia retirado la famosa cortesana Madama Lavalierre: "Ya no se hacen monjas

desde que se ha dejado de amar. El amor, del mismo modo que las lindas flores, se nutre de sol i de rocío; i así como la paloma fujitiva que por no encontrar donde sentar sus pies, vuelve á entrar en el arca, así las mujeres galantes que ya no hallan sitio oportuno en el siglo, se encierran en las paredes de un convento, menos por devocion que para evitar desaires i desengaños.”

Nunca se verán precisadas á tan duros sacrificios las que hayan preferido vivir honestamente en los dulces lazos de himeneo, cuyo estado, segun la escritura, es el mas perfecto de todos, i del cual daremos una breve reseña en el título siguiente.

DEL MATRIMONIO.

En otro tiempo, dice un autor ingles, podia una jóven que no fuera tonta ni fea divertirse cuanto quisiera, segura de que

le habia de ser reembolsado el interes i capital de sus anticipaciones, i que no la habia de faltar un marido el dia que quisiera fijar su volubilidad; ya en nuestros tiempos es mas difícil aprisionar al hombre: es árdua empresa contentarlo, é imposible lograr que renuncie á ciertas garantías i quisquillosas delicadezas que no dejan de aflijir algunas veces á las pobres mujeres. Los corazones de los jóvenes son por lo jeneral duros como una piedra: como se hallan siempre en guardia i á la defensiva, no se les puede atacar, i mucho menos sorprender.

El celibatismo se ha hecho de moda; la luna de miel sufre un eclipse total, i el arco de Cupido parece que ha perdido su fuerza moral. Los jóvenes van saltando de flor en flor como la abeja, no se fijan en ninguna, i se horripilan al pensar en el matrimonio. Se ejercitan mucho en el arte de comerse el cebo sin quedar pega-

dos al anzuelo. En las tertulias i en las grandes funciones no dan la mano á una señorita sino para bailar una contradanza.

¿I cual es la causa de la actual repugnancia al santo himeneo que deja malograrse los encantos femeniles por un efecto de esa misma insensibilidad masculina? Las mujeres lo atribuyen al libertinaje de los hombres, i al ansia con que corren en pos de amores ilícitos; los cuales secan la ternura de sus corazones, i los alejan de los amores puros, culpando á una parte del mismo secso, que con sus lúbricas prostituciones apaga el fuego de las dulces pasiones, i desluce su hermosura.

Los hombres no se quedan cortos en acriminar á las mujeres; pero en nuestro concepto con mui poca razon: unos atacan su virtud i fidelidad, otros su volubilidad i lijereza, otros los diversos matices del carácter i del jenio, i los mas el espíritu de lujo i prodigalidad, i otras ecsijencias

i caprichos que son la causa de interminables discordias cuando escasean los medios de satisfacerlos.

Nosotros, inclinados siempre á favor del seco débil, digno por tantos títulos del amparo del filósofo i del moralista; de ese seco que es interesante aun en sus mismas flaquezas i extravíos, no podemos menos de condenar á los hombres, pues está en sus manos despojarlo de sus imperfecciones, i formar un tesoro de virtudes i de placeres. I aunque hubieran de sufrir algun sinsabor ¿podrá ser éste un argumento negativo? ¿Cuando se han cogido rosas sin espinas?

Los antiguos, al celebrar sus fiestas nupciales, arrojaban detras del altar un poco de hiel, para denotar que no se podia evitar el que á las dulzuras de himeneo se mezclase alguna amargura; pero consideremos el matrimonio por el lado favorable.

En las contínuas necesidades de la vi-

da, en el cansancio de los años, i en la afliccion de enfermedades, ¿donde se puede hallar socorro mas eficaz, medicina mas saludable, i consuelo mas grato que en los brazos de una tierna esposa?

Cuando se han disipado los sueños ó las ilusiones de la vida, un hombre casado renace á sus esperanzas, forma nuevos proyectos, i se rejuvenece en sus hijos. Disfruta de la cariñosa compañía i asistencia de una mujer que identificó su suerte con él, así como la de sus hijos que llevan su nombre, i que han de ser sus representantes en la tierra cuando aquel fallezca; por manera que puede decirse que el que tiene hijos nunca muere, pues se ve reproducido en ellos, en sus nietos i en sus descendientes.

Un padre de familia, perseguido por la adversa suerte, tiene mas elementos para levantarse de su ruina que el celibato, porque la obligacion de proveer á las necesi-

dades de sus hijos que todo lo esperan de él, lo arma de mayor resolución, i lo hace descender á ciertas sumisiones que sin aquellos vínculos tan sagrados repugnarian á su orgullo: la felicidad doméstica, de la cual puede gozar aun en medio de sus desgracias, reanima su esperanza enseñándole un pequeño mundo de amor, sobre el cual reina todavía. El que no tiene este recurso, cae en la apatía i en el desaliento, i no halla mas que soledad i abandono en su corazón. Finalmente, el hombre que está ligado con tan dulces lazos, puede decir que tiene una mujer por la que vive, i unos hijos en los que revive.

Dice un autor anglo americano, que no hai sociedad mas dulce que la de una pareja que conjenia, porque reúne las afectaciones mas tiernas de la naturaleza humana. Llámase perfecto el gobierno público cuando el soberano manda con humanidad, i los súbditos obedecen con a

grado: del mismo modo el réjimen particular de la sociedad conyugal, llega á una perfeccion todavía mayor, cuando el marido i mujer gobiernan, i son gobernados recíprocamente con mútua satisfaccion. El marido arregla la conducta de su mujer, i la mujer arregla las inclinaciones de su marido: aquel gobierna por la lei, i ésta por la persuasion, sin que pueda dejar de ser respetada su autoridad, si la sostiene con la dulzura de su carácter, i con su esmerado celo.

El imperio de la mujer lo es de blandura, de insinuacion i de complacencia: sus órdenes son las caricias, sus amenazas las lágrimas. El mejor matrimonio es aquel en que la mujer ejerce mayor autoridad; pero ha de ser aquella clase de autoridad que ella haya sabido granjearse con sus virtudes, i que sepa ejercer con discrecion i prudencia sin faltar jamas al decoro del jefe principal, i sin que se trasluzca que

ha sido una usurpacion debida á su jenio imperioso ó intrigante, ni arrancada sobre la debilidad ó mentecatez del marido.

Habiendo preguntado una mujer casada á la emperatriz Livia, por qué medios habia sabido ganar tanto ascendiente sobre su marido Augusto, contestó: *”Siendo obediente á sus órdenes, no teniendo curiosidad por saber sus secretos, i finjiendo que ignoraba sus defectos i aun sus mismas intrigas amorosas.*

BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ

CONSUELO DE LAS FEAS I DE LOS FEOS.

La hermosura es ciertamente una brillante prerogativa; la manzana de oro no se dió mas que á Vénus: en verdad se considera como una desgracia pertenecer al gremio de la fealdad; pero se suele decir que no hai mal que por bien no venga; todo se compensa en este mundo; i el pro-

verbio dice que no es el diablo tan feo como lo pintan.

Si se van á sumar los bienes i males que produce la hermosura, acaso no inclináran los primeros la balanza á su favor. Enumeraremos algunos de los segundos. Una hermosura de primer órden tiene cien caprichos, ejerce un imperio tiránico, i su excesivo orgullo inspira mas bien irritacion que agrado. Una mujer hermosa sabe demasiado que lo es, el espejo i los adoradores se lo dicen: estos mismos adoradores que le forman la rueda, son avasallados, maltratados i envilecidos por las mujeres vanas i soberbias, como lo son todas las hermosas, ó la mayor parte por lo menos.

Por el contrario una mujer que no está en el caso de agradecer á la naturaleza sus dadivosos dones, se adorna con su modestia i su virtud. Si llega á inspirar una tierna pasion, no abusa de su poder, sino que

custodia con la delicadeza mas esquisita su tesoro, cultiva con el mayor esmero, i conserva con decidido empeño aquella adquisicion que forma su felicidad i su orgullo.

Una mujer hermosa es perseguida por la envidia i por la maledicencia, debe sufrir las quejas i locuras de los celosos, de los apasionados i de los mentecatos pisa-verdes; debe sufrir asimismo los obsequios de los viejos, de los tontos, de los pesados i fastidiosos; debe medir sus pasos, i pesar sus palabras para no dar lugar á la detraccion ó á la indiscreta crítica.

Una fea está libre de sospechas, i puede salvar mejor su virtud, como que está menos espuesta á las tentaciones; i aun en el caso de tener su conducta algun lunar, ó no se presta atencion, ó no se cree cuanto se diga de ella.

La belleza es un abismo de peligros i de provocaciones i asechanzas contra la

virtud. Una gran señora que se hallaba en el lecho de la muerte, decia á su confesor en el momento de revelarle todas sus culpas: *Padre, soi jóven, he sido hermosa, me lo han dieho, V. adivinará lo demas.*

No es menos desfavorable la posicion de aquellos buenos mozos de superior gallardía i elegancia. Las madres i los maridos los temen, los acechan, huyen de ellos, i les declaran una guerra encarnizada. Las mujeres altivas no los aman, porque no hallan en ellos la necesaria sumision i constancia, i porque no pueden sufrir que se aprecien tanto á sí mismos, i que se ocupen de su persona con tanto egoismo i presuncion. Las mujeres juiciosas huyen tambien de estos Adonis i Narcisos, porque los consideran demasiado peligrosos á su reputacion. Las mas débiles temen las jactancias é indiscreciones de estos soberbios conquistadores, que gozan menos con sus triunfos positivos, que con

el placer de gloriarse de ellos.

Estos orgullosos héroes del mundo galante, están demasiado engreídos con su mérito para hacer sacrificios por sus mujeres; por el contrario, no temen ser desechados; cuanto mas maltratan tienen mas confianza de ser amados, figurándose que han de hacer caer mejor por este medio en sus redes, otras víctimas incautas, como pajaritos inocentes en la liga fatal: estos hombres, que se creen tan hermosos, i que tan seguros están de ser amados, dejan de ser amables, i concluyen por ser aborrecidos.

Empero aquellos que no pueden presentar en su apoyo la ejecutoria de la hermosura, procuran insinuarse con sus dulces modales, i suplir aquella falta con su talento i su virtud, i llegan á interesar por su amabilidad, i á encadenar por su constancia. Cuando los feos han logrado hacerse amar, la pasion que inspiran es vi-

vísima i de gran duracion, como que existe en el alma i no en los sentidos, i como que la formaron i la sazonaron el tiempo, la reflexion i el suave trato.

Dijo un poeta árabe, "que el amor que nace como un relámpago por la subitánea impresion de la vista de una beldad, se asemeja á los torrentes, que de repente se hinchan i se precipitan, pero quedan reducidos á su primitiva humildad tan pronto como ha pasado el agua que dejó caer una nube pasajera; mas la pasion formada por los suaves modales, i por la armonía de tiernos corazones, se parece á las aguas claras de las fuentes perenes que corren plácidamente por los floridos valles.

Otros muchos elementos obran á favor de los feos aun para ser preferidos á los hermosos. Hai mujeres sabias i prudentes que se deciden por ellos mas bien que por los erguidos Apolos, que no se cansan de aventuras galantes. Las hai que quieren

un amante seguro que no les sea arrebatado por otra belleza mas afortunada, esperando que la compasion que han tenido de ellos los mueva á la gratitud, i los estimule á ser amantes fieles toda la vida. Las hai que por vanidad dedican su atencion á un hombre de deforme aspecto, para que se sepa que sobre su corazon ejercen menor imperio las caducas formas i los frágiles dones de la naturaleza, que la belleza del alma i el esplendor del injenio. Hai tambien mujeres que prefieren un hombre feo por orijinalidad, otras por una aficion singular á los contrastes, i para que la deformidad del amante haga resaltar mas su hermosura.

Es indudable que las variaciones i los contrastes tienen muchos prosélitos: los soberbios gustan de los humildes, los grandes habladores gustan de los hombres de pocas palabras; los ricos i los privilegiados se complacen de ver jente mui infe-

rior á ellos en ambos conceptos; el color negro, que es la ausencia de los demas colores, los hace brillar á todos; los ceros hacen valer los números hasta lo infinito.

Hai tambien mujeres de corazon tan bondadoso que principian á amar por mera compasion ácia algun desgraciado, que como objeto de desprecio, ha sido proscrito del altar de otra hermosura. No hai duda que el amor nace i se cultiva con la piedad. ¿Me amas? Decia un jóven á su querida en el momento de su mayor embriaguez. La jóven lo miró con ternura, i calló.—Pues si me amas, á qué tanto silencio?—Ella volvió á mirarle guardando el mismo silencio.—Ya veo, prosiguió el jóven con aire aflijido, que me habia lisonjeado neciamente; me creia feliz con tu correspondencia; pero desapareció el sueño i el encanto de mi felicidad.

¿Qué dices, alma mia? le contestó la amiga: ¿Puedes figurarte que no te quie-

ro? ¡Es posible que así lo pienses?—Pues siendo así, replicó el apasionado amante, ¡por que te ha costado tanto pronunciar esas palabras celestiales?—El exceso de mi gozo, contestó la tierna Filis, me tenía embargada la lengua, i no he recobrado su uso, ni he podido abrirte mi corazón hasta que te he visto angustiado: la piedad ha sido el agente mas poderoso de mi declaracion.

Del mismo modo puede encontrarse la hermosura en un aspecto deforme, como en otro de formas elegantes; sino la física á lo menos la moral, que es superior á aquella, es decir, la hermosura del alma i del corazón. Cuando el amor tiende su velo, se ven todos los objetos por un májico prisma de la alegría i del placer, i nunca de la tristeza. V. tiene una nube en el ojo, decia un jóven á una señorita á la que habia tres años que obsequiaba. ¡De veras? contestó la querida; ya veo que V. no me

ama, porque habiendo tenido siempre este defecto, no lo habia V. observado hasta ahora.”

Otra de las felicidades que tienen las feas es que nada deben temer del tiempo, i sufren menos penas i tormentos cuando llega la época de los desaires i de los desengaños; porque han sabido acomodarse á su suerte i formarse una especie de amable filosofía que las tranquiliza, i con la que se granjean la admiracion, i no pocas veces amorosas i brillantes conquistas. Las hermosas se hallan en posicion mas triste, porque al marchitarse sus encantos sufren angustias mortales, por manera que no pocas, que mas han brillado en la elegante sociedad, van á sepultar en un claustro el último tercio de su existencia, i á consagrar á la divinidad aquellos restos, desechados ya por el mundo galante.

FIN DEL TOMO TERCERO.

INDICE

DE LAS MATERIAS.



TITULOS.	PAJINAS.
I. Tratado de jeografía.	5
II. Madama Lambrun.	57
III. Los Placeres de la caza, ó el Triunfo de la virtud.. . . .	65
IV. De la gula.	167
V. De la embriaguez	169
VI. De la envidia.	171
VII. De la adulacion.	174
VIII. De la malicia.	178
IX. De la murmuracion.	180
X. Del amor mundano.	182
XI. De la lengua.. . . .	183
XII. Del juego.	186
XIII. Romeo i Julieta.	189
XIV. Apolojía del silencio.. . . .	201
XV. De los gallos.. . . .	217
XVI. De las hormigas.	223
XVII. Virtudes del romero.	229
XVIII. Anécdotas curiosas.	247

XIX.	Filosofía antigua..	259
XX.	Historia del judío Sanson Ceneda.	271
XXI.	Definición de la mujer.	283
XXII.	Del matrimonio.	288
XXIII.	Consuelo de las feas i de los feos.	295



ERRATAS.

<i>Páj.</i>	<i>Lín.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
42	12	Prusia	Rusia
Id.	19	Bhamputer	Bramputer
50	Id.	en monte	el monte
51	3	elavadas	elevadas
52	21	engrosa	engruesa
53	1	Oriñoco	Orinoco
62	6	enjendrads doe	enjendrados de

ERRATA DEL TOMO SEGUNDO.

9	20	Antiguamente se creia que la tierra se movia al rededor del sol.	Antiguamente se creia que el sol se movia al rededor de la tierra.
---	----	------------------------------------------------------------------	--------------------------------------------------------------------

CONTINUA LA LISTA

DE

LOS SEÑORES SUSCRITORES.

DE LA HABANA.

- 357 Srs. don José Joaquin Aizpúrua.
358 don Alejo Capul.
359 don Agustin Orihuela.
360 don Julian Losada i Leon.
361 don Manuel Valdasano.
362 don Hilario Hernandez Pedraja.
363 don Antonio María Cabral.
364 don Manuel Beato.
365 don Gerónimo Riera.
366 don Apolinar de la Gala.
367 don Celestino Sierra, por 2 ejemplares.
368 don José Altalotia.
369 don José Maceda.
370 don Vicente Mazan.
371 doña Ignacia Adot de Miranda.
372 don Agustiu Prem.
373 don José Gonzalez de Piñiera.
374 don Agustin Ramon de Cervantes.
375 don Pedro Martin.
376 don Luis Galvan.

- 377 Srs. don Pedro Pechemiel.
378 doña María de la Luz García.
379 doña Josefa Arrieta.
380 doña Dolores Lopez de Adot.
381 don Santiago Zuaznavar.
382 don Juan Cintas.
383 don Buenaventura Llenas.
384 don Antonio María Vazquez 2 ejs.
385 don Tomas Ilincheta.
386 don Raimundo Miró.
387 doña Teresa Lombillo.
388 don José Fresneda.
389 don Tomas Galan.
390 don Emilio Aubert.
391 don Francisco Angulo.
392 doña Paula Chaves.
393 don Luis Barnes.
394 don Alonso del Diestro.
395 doña María de la Concepcion O-Reilly.
396 don José Taboadela.
397 don Estevan Rodriguez.
398 don Francisco Sarapio.
399 don Juan Suarez.
400 don Juan la Sala.
401 don Joaquin Ramon de Arnaldo.
402 don Benito Bordas.
403 don José Mestres Blan.
404 don Ramon Zambrana.
405 don José Martinez.
406 don Pedro Franco.

- 407 Srs. don Pedro Romay.
408 don Juan Bautista Grau.
409 don José María de Guerldraga.
410 don José Fermin de Garvalena.
411 don Roque María de Castro.
412 don Francisco de Paula Gelaber.
413 don Guillermo Sabater i Lasaleta.
414 don Juan de Dios Martin.
415 don Saturnino Hernandez.
416 don José Quirino Rubio.
417 don Juan Acosta.
418 don José Costales.
419 don Gerónimo de Casas.
420 don Francisco Diaz i Pozueta.
421 don Casimiro Galindo.
422 don Pedro Garson.
423 don Leon Vazquez.
424 don Estevan de Navea.
425 don Joaquin A. de Dueñas.
426 don José Zapata.
427 don Joaquin Caneda.
428 don Ramon Pintó.
429 don Gabriel Palomino.
430 Escmo. Sr. Conde de Villanueva.
431 don Juan Agustin Ferrety.
432 don Nicolas Canalejo.
433 don Francisco Serrano.
434 don Juan Presno.
435 don Rafael Perez.
436 don José María Unzueta.

- 437 Srs. don Pascual Bailon de la Cruz.
438 don Joaquin San Martin.
439 don Bernardino Viaña 2 ejs.
440 doña Rosa Aimerich.
441 don José María Rodriguez.
442 don Juan Daniel Labat.
443 don Juan Segura 3 ejs.
444 don Pedro de Agüero.
445 don Antonio de Casas.
446 don José Anjel Marrero.
447 don Félix Fernandez.
448 don José Rodriguez.
449 don Ramon Labarria.
450 don Juan de los Reyes.
451 don Ignacio de Sierra.
452 don U. J. P.
453 don José de Entralgo i Mendoza.
454 don José María Cordero.
455 don Joaquin de la Torre.
456 doña Soledad Capetillo.
457 doña T. U. de P.
458 don Prudencio Rentel.
459 don Santiago Cancio Bello.
460 don José Sérbulo Urrutia.
461 don Bernardo del Junco.
462 Sr. Conde de San Fernando.
463 don Joaquin de Peñalver.
464 don Manuel Espinosa Romero.
465 don Juan Justo Reyes.
466 don Ramon Nuche.

- 467 Srs. don José Genaro Diaz.
468 Fr. Bernardo Piñol.
469 don José Fernandez.
470 don Enrique F. Fallon.
471 don Félix Sicre.
472 don J. A. C.
473 don Tomas Perdomo.
474 don Justo Antonio de Cortina.
475 don Santiago Fontanals.
476 don Gabriel Seidel.
477 don Ramon Valdés.
478 don José María Almirante.
479 don José María Blanco.
480 don Alejandro P. del Castillo.
481 don José Arrastía.
482 don Santiago Valdés 2 ejs.
483 don Francisco Dumas.
484 don Marcos Fernandez Castañeda.
485 don José Carcasés.
486 don Agustin de Palma.
487 don Francisco Javier de la Luz Urrutia
i Olivares.
488 don Juan Bautista Forstall.
489 don Joaquin Boloña.
490 don Juan Rodriguez.
491 don Furiol Caba-Rocas.
492 don N. Ferre 2 ejs.
493 don Juan Francisco Ureña.
494 don Vicente Sanchez Zunzunegui.
495 don Manuel Bellido.

- 496 Srs. don José Puig.
497 don Sebastian Ferregut.
498 don José J. Villarino.
499 don Manuel de Ovando.
500 don Antonio Suarez Macias.
501 don Manuel Ferron.
502 don José María Alvarez.
503 don Manuel Vidal Alarcon.
504 don José Antonio Villela.
505 don José Patricio Sirgado i Sequeira.
506 doña Soledad Fajardo.
507 don Ramon Rodriguez.
508 doña María de la Luz Morales.
509 don Francisco Cancio.
510 don Simon Pereira.
511 doña Petra de Mena.
512 don Bernardo Rodriguez.
513 don Juan Amate.
514 don José María Gandareyes.
515 don Francisco Perez.
516 don Agustin Perez de la Riva.
517 don Francisco del Calvo.
518 don Alfonso Nuñez.
519 don Francisco de Cárdenas.
520 don Manuel Correa.
521 don Joaquin Pedroso i Sotolongo.
522 don Diego Ordoñez.
523 don Juan Gonzalez i Guerra.
524 Sr. Marques de Esteva.
525 don Cecilio Aillon.

- 526 Srs. don Diego Tanco.
527 don Francisco Calderon.
528 don Juan Pablo de Salas.
529 don Juan José Rodriguez.
530 don Francisco Rodriguez i Godoy.
531 don José de la Luz Portocarrero.
532 don Nicolas de Cárdenas i Manzano.
533 don Ignacio Valdés.
534 don José Francisco Delgado.
535 don Mariano Alvo.
536 don Rafael de Bertemate.
537 don Ignacio Loyra.
538 doña Gertrúdis Lopez.
539 don Juan Antonio de la Paz.
540 don Juan Fernandez.
541 don Agustin del Pozo.
542 don José María Morales i Sotolongo.
543 don Antonio Lorenzo Valdés.
544 don Pascual Mendive.
545 don Raimundo Garrich.
546 don Juan José Romay.
547 don J. M. C.
548 don Antonio Delgado.
549 don Nicolas Ramos.
550 don Antonio M. del Valle de Villafranca.
551 Sr. Marques de la Cañada.
552 don Ricardo Oines.
553 don Martin Grifet.
554 Fr. Juan Mariño.
555 don Andres Salvador Virches.

- 556 Srs. don Joaquin de Pluma.
557 don Juan Bello.
558 don Juan Ramirez Estenoz.
559 don José Sedin.
560 don Miguel Baldesana.
561 don Juan Bautista Iribarren.
562 don Manuel Ilario i Montero.
563 don Ignacio Montes.
564 don Estevan Moris.
565 don Ignacio Agramante.
566 don Antonio Manzano.
567 doña Concepcion Romay de Navarrete.
568 don Alvaro Lopez de Toledo.
569 don Ventura Ferrer.
570 don Bernardino Perez de Guzman.
571 doña Maria Encarnacion Paz.
572 don Manuel de los Rios.
573 don José Francisco de Olano.
574 don Joaquin Bianqui.
575 don José Miguel Martinez.
576 don José Zavala.
577 don Cándido de Zabarte.
578 don Salvador Compañó 2 ejs.
579 don José Montes.
580 don Andres Lopez.
581 don Manuel Fuertes.
582 don Tomas de Irigoyen.
583 doña Catalina Viaña.
584 don Juan Montero.
585 don Francisco Revuelta.

- 586 Srs. don Pedro Martin.
587 don Ilarion Sanchez Toscano.
588 don Vicente Ibañez i García.
589 don Julian de Isla.
590 don Juan Manuel Miranda.
591 don Manuel Betancourt.
592 don Juan Coca i Quintana.
593 don Antonio Espinosa.
594 don Agustin Botey.
595 don Francisco Valdés Machado.
596 don Antonio María Dávila.
597 don José María Alvarado.
598 don Carlos Gutierrez.
599 don Mariano Ortiz.
600 don Juan Pinet.
601 don Luis Guerra.
602 don Francisco de S. Martin.
603 don Eduardo Esponda.
604 don Antonio Moran i Seidel.
605 don Juan Miguel Medina.
606 don José Mariano Chapla.
607 don Antonio de las Cuevas.
608 don Pablo García.
609 don Juan Cordal.
610 don Antonio Piseti 2 ejs.
611 don Francisco de Paula Moreno.
612 don Felipe Lerdo de Tejada.
613 don José María Sequeira.
614 don Fernando Valverde.
615 don José Fernandez de los Rios.

- 616 Srs. don Miguel Matienzo i Pedroso.
617 don Juan Suarez.
618 don Manuel Alvarez.
619 don Miguel Kessel.
620 don José María Chazarri.
621 doña Silberia de Heredia.
622 don Manuel María Lopez.
623 don Rafael Hondares.
624 don Gaspar Chaple.
625 don Gonzalo O-Farrill.
626 don Manuel Baldasano.
627 don Antonio Zuazo.
628 don Matias Barranco.
629 don Nicolas de Cárdenas.
630 don Matias José de Maestri.
631 don Francisco del Castillo.
632 don Alejandro Fernandez Trevejo.
633 don Martin Lapidra.
634 don Ramon Colmenero.
635 don Fransisco Lancha.
636 don Pedro Carrastegui.
637 don Francisco Gavito.
638 don Domingo Martinez.
639 don José Ureste.
640 don Manuel García de Coronado.
641 doña Gertrúdis Figarola.
642 don Miguel Viondi.
643 don José Elias Valdés.
644 don Francisco García i Miranda.
645 don Andres Saboñi.

- 646 Srs. don José Hipólito Rosellon.
647 don Ramon Castillo 2 ejs.
648 don José Ricardo O-Farrill.
649 don Francisco de Cárdenas.
650 Fr. Juan Nepomuceno Correa.
651 don Guillermo Mortgat.
652 don Vicente Torres.
653 don Ambrosio Romero.
654 don Francisco de Paula Suarez.
655 don Manuel Torres i Lluch.
656 don Domingo Gavito.
657 don Félix María de Palacios.
658 don Manuel García.
659 don Ramon Ariza.
660 don Jacobo Zenaro.
661 don Juan Antonio del Meoro.
662 don Florentino Armenteros.
663 don Manuel Soler.
664 don José María de la Torre.
665 don Felipe de la Roca.
666 don Manuel Fortun.
667 don Leopoldo Turla.
668 don Pedro José Morales.
669 don Majin Ricart.
670 don Federico Eyerman.
671 Sr. Marques Duquesne.
672 don Bernardo Dominguez.
673 don Luis Payne.
674 don Francisco de Córdova.
675 don Francisco Alvarez i Rodriguez.

- 676 Srs. don Leon García Caral.
677 don José Evaristo Villuendas.
678 don Juan Manuel Valdés.
679 don Felipe Antonio Lopez.
680 don Juan Luis Acosta.
681 don José Montoro.
682 don Andres Rodriguez Bisma.
683 don Francisco Gonzalez.
684 don José Hernandez.
685 don Rufino Rodriguez.
686 don José Casa.
687 don Ecequiel Noriega.
688 don Isidro Sicart.
689 don Francisco Puentes.
690 don Antonio Hermosilla.
691 don José Martorell.
692 don Faustino Diaz 2 ejs.
693 don Eulojio Zorrilla.
694 don Manuel Anorga.
695 don José Beltrandi.
696 don Anjel Gabriel Toñareli.
697 don Francisco Fernandez de Castro.
698 don Anjel Alcisnellos.
699 don José Majin Tarrafa.
700 don José Manuel Vitoria.
701 Instituto de educacion de Sta. Isabel.
702 don Manuel Sanchez.
703 don Pedro de Salazar.
704 don Joaquin Camacho.
705 don Vicente de Torres.

- 706 Srs. don José Martínez.
707 don José Pascual.
708 don Antonio Lima.
709 don Rafael de Toca.
710 don Bartolomé Bisquet.
711 don Francisco la Cruz Izquierdo.
712 don Felipe Duguet 2 ejs.
713 don Luis Portela.
714 don Enrique de Andrade.
715 don Luis Laguardia.
716 don José Antonio del Rei.
717 don Florencio Vivanco.
718 don Antonio Corneja.
719 don Ilario Ruvira.
720 don Julian Francisco de Luna.
721 don Francisco Ramirez.
722 don José de Casas.
723 don Salvador Palomino.
724 don Francisco Guerra.
725 don José Benito Chain.
726 don Santos Fonseca.
727 don Pablo Bondis.
728 don Francisco Pallares.
729 don José María Agramonte.
730 don Carlos Alvarez.
731 don José Roy.
732 don Salvador Chacon.
833 don Tranquilino Cacho Negrete.
734 don Joaquin Fantoni.
735 don José Gil.

- 736 Srs. don Sebastian Baeza.
737 don Antonio Benites.
738 don Juan Montero.
739 don Francisco de Borja Montoto.
740 don José Nicolas Morcjon.
741 don Antonio María Muñoz.
742 Fr. José de la Concepcion.
743 don Nicolas Duarte.
744 don Mateo Llenas.
745 don Francisco Fernandez Corujedo 2 ejs.
746 don Juan Gonzalez.
747 don José Santos Alvarez.
748 don Francisco San Martin.
749 don Ignacio Vicente de Zayas.
750 don José Ramon Martelo i Otero:
751 don Bernabé Quintero:
752 don Ramon Alcazar.
753 don Gregorio Ibero.
754 don Juan de Ariza.
755 don Manuel María Lopez.
756 don Ignacio Echazabal.
757 don Mariano Fernandez Aria.
758 don José Xiques.
759 don Ramon Medina i Rodrigo.
760 don Cayetano Viñals.
761 don Félix Fernandez.
762 don José María Guerediaga.
763 don Tomas Gabriel de O-Halloran:
764 don Juan Agustin de Salas:

[Continuará.]

BIBLIOTECA SELECTA

DE

Amena Instruccion.



FERNANDO ORTIZ



BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ

BIBLIOTECA SELECTA

DE

AMENA INSTRUCCION,

POR

D. Mariano Torrente.

TOMO 4.

HABANA:

IMPRESA DE D. T. JORDAN, C. DE MERCADERES,

SETIEMBRE DE 1836.

TRATADO DE HISTORIA.



La historia se divide en sagrada i profana. La historia antigua sagrada ó sea la del antiguo testamento, comprende todo aquel espacio de tiempo trascurrido desde la creacion del mundo hasta el nacimiento de nuestro Redentor, i está dividida en 45 libros que son: cinco de Moises, conocidos con los nombres de Génesis, Exodo, Levítico, Números, i Deuteronomio; el de Josué, de los Jueces i de Ruth; cuatro de los Reyes; dos del Paralipomenon; primero i segundo de Esdra que se dice Nehemias: los de Tobías, Judit, Esther i Job; el libro de los salmos; los proverbios

de Salomon; el Eclesiastes; el cantar de los cantares; el libro de la Sabiduría; el Eclesiástico; los profetas Isaias, Jeremías, Baruch, Ezequiel i Daniel; los doce profetas menores, Oseas, Joél, Amos, Abdias, Jonás, Miqueas, Nahum, Abacuc, Sofonias, Ajeo, Zacarias, Malaquías; i primero i segundo de los Macabeos.

La historia sagrada moderna, ó sea la del nuevo testamento, está esplicada en 30 libros, que son los cuatro evangelios por san Mateo, san Marcos, san Lucas i san Juan; las actas de los Apóstoles, las epístolas de san Pablo á los romanos, primera i segunda á los Corintios, á los de Galata, á los Efesios, á los Filipenses, á los Colosenses, primera i segunda á los de Tesalónica,; primera i segunda á Timoteo, á Tito, á Filemon, á los hebreos, i á Jacob; primera i segunda epístola á san Pedro; primera, segunda i tercera epístola á san Juan; epístola á Judas; el a-

pocalipsis; la oracion de *Manasés*; libro tercero i cuarto de *Esdra*.

DE LA HISTORIA SAGRADA.

Los rasgos principales de la historia sagrada son:

- 1.º La creacion del mundo.
- 2.º El diluvio universal.
- 3.º La torre de Babel, erijida por la soberbia de los hombres, que fueron castigados con la confusion de las lenguas.
- 4.º Incendio de Sodoma por sus maldades, i conversion de Lot en estatua de sal.
- 5.º Nacimiento de Isac, i su sacrificio por su padre Abrahan. que no llegó á verificarse porque lo impidió el Señor, satisfecho de la sumision i obediencia de Abrahan.
- 6.º Casamiento de Isac con Rabeca.
- 7.º Gula de Esau que cedió su primogenitura por un plato de lentejas.

8.º Venta de José, hijo de Jacob, por sus hermanos.

9.º Prision de José por acusacion de la mujer de Putifar, á cuyos lúbricos deseos no habia consentido aquel virtuoso mancebo.

10. Sueño de Faraon descifrado por José; privanza de José con el rei de Egipto.

11. Reconocimiento de José por sus hermanos.

12. Muerte de Jacob.

13. Moises salvado de las aguas.

14. Fuga de Moisés.

15. Prodijios de Moisés.

16. Presentacion de Moisés i de su hermano Aaron á Faraon.

17. Las plagas de Egipto.

18. Libertad de los israelitas.

19. Castigo de Faraon en el paso del mar rojo; i el maná que envió Dios á los israelitas en el desierto.

20. Derrota de los amalecitas.

21. Los diez mandamientos dados por Dios á Moisés, i transmitidos por este subdelegado del Señor al pueblo escojido.

22. Adoracion del becerro de oro.

23. Castigo de esta idolatría; muerte de Coré, Dathan i Abiron por rebeldes á Moisés.

24. Desobediencia de Moisés i Aaron.

25. La burra de Balán.

26. Muerte de Moisés.

27. Paso del Jordan, i entrada de los israelitas en la tierra de Canaan bajo la direccion de Josué.

28. Toma de Jericó.

29. Alianza de los israelitas con los ga-
baonitas.

30. Muerte de Josué.

31. Gedeon elejido por Dios para salvar á su pueblo.

32. Derrota de los madianitas por dicho Gedeon.

33. Muerte trájica del malvado Abimelech, hijo i sucesor de Gedeon.

34. Nacimiento de Sanson, su fuerza descomunal, traicion de Dálila, su mujer, que facilitó á los filisteos los medios de cortarle el cabello en donde tenia toda su virtud este israelita, de cuyas resultas fué vencido, i le arrancaron los ojos; pero habiendo vuelto á adquirir sus fuerzas luego que le hubo crecido el, cabello, pasó á una sala de convite en que habia reunidos tres mil filisteos i abrazándose con las dos columnas principales que sostenian aquel edificio, quedaron todos sepultados bajo sus ruinas.

35. Nacimiento de Samuel.

36. Toma del arca del Señor por los filisteos, i sus repetidas desgracias mientras tuvieron en su poder aquel monumento divino.

37. Arrepentimiento de los israelitas, abjuracion de sus ídolos, i sus victorias sobre los filisteos bajo la direccion de su juez el profeta Samuel.

38. Eleccion de Saul, hombre oscuro,

para rei de los israelitas; sus esclarecidas victorias; su hijo Jonathas, con un solo escudero, introdujo el terror i espanto en el campo de los filisteos.

39. Muerte de Saul despues de haber deshonrado su reinado con sus maldades.

40. David, vencedor del gigante Goliath, es escojido por el Señor para mandar el pueblo de Israel, i el perseguido por Saul, ciñe la corona á la muerte de éste, restituye el arca santa á Jerusalem, se enamora de Betsabé, esposa de Urias, i para gozarla, envia órdenes al jeneral del ejército en donde servia este ultrajado militar para que lo sacrifique esponiéndolo á los mayores riesgos de la campaña, como en efecto murió, i á su consecuencia se casó David con aquella mujer, cuyo delito fué castigado por el cielo.

41. Absalon, hijo de David, se rebela contra su padre, se pone á la cabeza del ejército; pero es vencido, i al huir del fu-

ror de los soldados victoriosos, se le enreda su larga cabellera entre las ramas de un árbol; es alcanzado i atravesado con la espada.

42. David pierde la gracia del Señor por su orgullo, i muere dejando por sucesor á su hijo Salomon.

43. Salomon, el mas sabio de los reyes por gracia especial que le dispensó el Señor, gobernó su reino con el mayor esplendor; construyó un magnífico templo para el Ser supremo, i un soberbio palacio para sí: escribió muchas obras preciosas, i nos dejó un libro de proverbios ó sentencias. En sus últimos años se entregó á la incontinencia i disipacion, de modo que llegó á reunir mil mujeres, i á dejarse dominar por sus caprichos hasta el punto de adorar los mismos ídolos que algunas de ellas; por lo cual se atrajo la ira del Señor.

44. A la muerte de Salomon entró á rei-

nar su hijo Roboam; i como se hubiese negado á las ecsijencias del pueblo para que le fueran disminuidas sus contribuciones, se sublevaron contra él diez de las tribus i elijieron por su rei á Jeroboam, segun habia sido profetizado en vida de Salomon; i desde esta época tuvo principio el reino de Samaria, que lo fué el de dichas diez tribus rebeladas bajo la direccion de Jeroboam, habiendo quedado Roboam rei tan solo de Judá ó de Jerusalem.

45. Jeroboam se vuelve idólatra i es castigado por el Señor; i aunque le fué perdonado su primer delito, volvió luego á adorar los ídolos i á concitarse la ira del cielo.

46. La mayor parte de los sucesores de Jeroboam fueron tan malos como él; señalándose sobre todos por sus impiedades i crueldades, Achab i su mujer Jezabel, quienes murieron miserablemente, i ésta fué comida por los perros en castigo de su irritante orgullo.

47. Tambien los reyes de Judá siguieron la carrera del crimen; por lo cual permitió Dios que Nabucodonosor, rei de Babilonia, se apoderase de Jerusalem, i cautivara á todos sus habitantes.

48. El reino de Samaria fué destruido por otro rei Asirio, llamado Salmanasar, desde cuyo tiempo no se volvió á hablar mas de aquellas diez tribus rebeldes.

49. Durante la cautividad de los judíos en Babilonia, tomó el rei Asuero por esposa á la judía Esther, ignorando que pertenecia á esta desgraciada nacion. El gran privado Amar quiso ser adorado en estátua; i por haberse negado á este acto de idolatría Mardoqueo, padre de Esther, trató de perderlo i con él á todos los israelitas. Acusándolos de traicion ante dicho rei Asuero, obtuvo la sentencia de muerte contra todos ellos; pero con los ruegos de la virtuosa Esther se ablandó el corazon del rei; fué anulado el decreto de proscricion, i el privado Amar fué a-

horcado en el mismo patíbulo que éste había levantado para Mardoqueo.

50. Libertad de los judíos por Ciro, rei de Persia, despues de haber estado setenta años en cautiverio. A su regreso de Babilonia reedificaron su templo de Jerusalem, i fueron gobernados por sumos sacerdotes, hasta que despues de haber sostenido varias guerras con los Sirios tomó el título un rei Macabeo, llamado Aristóbulo.

Luego reinó Herodes, en cuyo tiempo nació nuestro Salvador, cuya pasion i muerte es demasiado conocida por todo cristiano, para que nos detengamos en esta parte tan interesante de la historia sagrada.

En castigo de la furiosa saña é inflexible terquedad con que los judíos persiguieron á Jesucristo hasta clavarlo en una cruz, fué condenada esta vil nacion á vivir errante i dispersa por el mundo en la

mayor humillacion i menosprecio; el templo de Jerusalem fué quemado i destruido por los romanos, i una gran parte de éstos miserables fué conducida á Roma, para ilustrar el triunfo de su conquistador el emperador *Tito Vespasiano*.

DE LA HISTORIA ANTIGUA PROFANA.

La historia profana abraza tan solo veinte i tres siglos, pues que no comienza hasta el diluvio universal, acaecido en 1656: ésta se divide en tres épocas que son la incierta, la fabulosa i la verídica. La incierta principia con la monarquía asiria en 1757; la fabulosa en 2208; i en 3228 la verídica que llega hasta la venida de Jesucristo. Tambien se conoce otra division de la historia profana, que es en cuatro períodos, distinguidos por las cuatro grandes monarquías, Asiria, Persa, Macedo-

nia i Romana, que sucesivamente dominaron el mundo.

La primera de estas cuatro monarquías subsistió desde 1757 hasta 3516, formando un período de 1759 años; la segunda duró tan solo 208 años, ó lo que es lo mismo desde 3516 hasta 3724; la tercera se estendió desde 3724 hasta 3974, que abraza un espacio de 250 años; i la cuarta comprende 505, á saber, desde 3974 de la creacion del mundo hasta el 475 de la era cristiana.

De la primera época, ó sea de la monarquía asiria, no tenemos documentos auténticos: sus quince primeros siglos están llenos de oscuridad, pues aun las noticias que nos han sido transmitidas de los reinados de *Nino*, *Semíramis*, *Nimias*, i *Sardanapalo*, si bien las vemos copiadas por varios escritores, no se nos presentan con todo el carácter de verdad.

Ofrecen mas grados de certeza los rei-

nados de *Tiglat Filasar, Salmanasar, Senaquerib, Assaradan, Merodac, Ben Merodac, Nabolasar, Nabucodonosor, Evilmerodac* i *Baltasar*, por el enlace que tienen con la historia sagrada, i por sus sangrientas é implacables guerras con la nacion judáica.

Aunque el principio de la segunda monarquía, ó sea la de los persas, se nos presenta de un modo fabuloso, segun Herodoto, en la persona de *Ciro*, es innegable la ecsistencia de este monarca, porque está comprobada por la historia sagrada, que atribuye á su jenerosa proteccion el restablecimiento del templo de *Jerusalen*. Los reinados mas memorables de esta época fueron los del citado *Ciro*, de *Cambises*, de *Darío Idaspe*, de *Jerjes*, de *Artajerjes*, de *Darío II*, de *Artajerjes II*, ó *Mnemon*, de *Artajerjes Oco*, de *Arsames*, i de *Dario Codomano*.

Alejandro, que fué el vencedor de *Da-*

río, dió principio á la monarquía macedonia, que es la tercera de nuestra division. Increible parece que el príncipe de uno de los estados menos famosos de la Grecia, qual lo era la Macedonia, llegase á dominar el mundo, i á formar una tercera monarquía casi universal.

Antes de proceder á la descripcion de la monarquía macedonia, nos parece conveniente dar una breve reseña de la historia griega, no debiéndose estrañar que ésta parte sea tratada con menos concision que las demas, porque siendo menos conocida, nos parece que no ha de ser desagradable á nuestros lectores esta pequeña variacion de nuestro primitivo plan.

DE LA GRECIA.

La Grecia tuvo diez reinos que fueron los siguientes:

El 1.º de los Sicionios, que principió

con Ejialéo en 1966 de la creacion del mundo, terminó con Zeusipo en 2922, i duró 956 años.

El 2.º de los Arjivios, al que Inaco dió oríjen en 2118, i cuyo último soberano fué Acrisio, subsistió hasta el 2712, comprendiendo un período de 594 años.

El 3.º de los Atenenses, fundado por Cécrope en 2448, terminó con Codro después de una existencia de 486 años.

El 4.º de los Tebanos, cuyo primer monarca fué Cadmo, terminó en 2833 con la muerte que se dieron en un furioso combate los dos hermanos Eteocles i Polinices, hijos del incestuoso Oedipo, á los 323 años de su creacion.

El 5.º de los Mesenios, que tuvo principio en 2712 con Perseo, sobrino de Acrisio, último rei de los arjivios, i fin con Codro en 2902, no duró mas que 190 años.

El 6.º de los Espartanos, comenzado en 2902 con Euristenes i Proclo, hijos de

Aristodemo, i concluido con Ajesópolis en 3835, floreció por el espacio de 933 años.

El 7.º de los Corintios, que principió al mismo tiempo que el de los espartanos, es decir, en 2902 con Auletes, se conservó 313 años, hasta el 3275.

El 8.º de los Lidios, creado por Argos en 2994, no se estinguió hasta el 3506 en que Creso fué vencido por Ciro, resultando una duracion de 502 años.

El 9.º de los Macedonios, del cual fué Carano el primer monarca en 3190, i Perseo el último en 3887, tuvo 697 años de vida.

El 10.º reino, que lo fué el de Epiro, formado por Pirro, hijo de Aquiles, en 2870, diez años despues de la toma de Troya, i terminado con Tolomeo en 3800, abraza un período de 930 años.

Reservando para los tomos sucesivos de nuestra biblioteca algunos detalles mas

Circunstanciados sobre los principales sucesos de la historia griega, nos ceñiremos por ahora á dar un breve extracto de los hombres mas célebres que produjeron estas famosas repúblicas, por cuyos cuadros podrán tomar nuestros lectores alguna tinctura de dicha historia.

Homero, natural de Esmirna, fué el mas célebre de los poetas; su iliada, i su odisea lo hicieron inmortal; floreció 900 años antes de la era cristiana.

Hesiodo, natural de Cumas en la Eolia, que floreció cien años despues de Homero, fué el autor de un poema didáctico, titulado *las labores i los dias*, tambien compuso la *Teogonia*, ó jenealogía de los dioses, i un fragmento que llaman el *Escudo de Hércules*.

Licurgo, lejislator de Esparta, floreció 720 años antes de nuestra era.

Solon, lejislator de Aténas, floreció 639 años antes de la misma.

Esopo, célebre fabulista, floreció 600 años antes de dicha era.

Pitágoras, natural de Samos, que floreció 592 años antes de la citada era, fué el creador de la secta filosófica, á la que dió su nombre.

Zaleuco, lejislador de los locrenses, floreció 92 años despues de Pitágoras.

Píndaro, célebre poeta lírico, nació en Tebas 500 años antes de la era vulgar.

Milciades, jeneral ateniense, floreció 490 años antes de nuestra era. Se hizo tan célebre por haber derrotado con solos diez mil hombres en las llanuras de Maratona al ejército de Darío, compuesto de 300 mil, como ya lo habia sido antes por sus empresas guerreras contra los bárbaros del Quersoneso, i por otras ilustres acciones.

Arístides, el mas justo de todos los griegos, floreció 464 años antes de nuestra era; prestó los mayores servicios á Atenas su patria, no solo con sus consejos

sino tambien con su espada, sufrió el ostracismo i murió en tanta pobreza, que fué preciso enterrarlo á espensas del público.

Temístocles, famoso capitán ateniense, nació 527 años antes de nuestra era; se halló en la batalla de Maratona á las órdenes de Milciades, cuya admiración ambiciosa fué la mas aguda espuela para adquirir el bien merecido renombre de gran capitán; venció á Jerjes en Salamina; i aunque puede decirse que fué quien salvó la Grecia del yugo de los Persas, fué sin embargo condenado al ostracismo, i se refugió entonces á la córte del mismo rei persa; i cuando éste quiso obligarle á tomar las armas contra su patria, se quitó la vida con un veneno. Su hijo *Ajesilao* pasó vestido de persa al campo de Jerjes, i tomando á Mardonio por el rei, lo hirió animosamente, i conducido preso ante aquel monarca, puso su mano en un trípode, que estaba ardiendo, del mismo modo

que lo había hecho 27 años antes el romano Mucio Scevola en la tienda del rei Pórsena.

Leonidas, valiente capitán espartano, floreció 483 años antes de nuestra era; sacrificándose con trescientos espartanos en el estrecho de las Termópilas, contuvo al formidable ejército de Jerjes. Pausanias, contemporáneo de Leonidas, fué un denodado guerrero, ganó la batalla de Plataea contra 200 mil persas mandados por Mardonio, i destruyó los bárbaros en Chipre, en el Elesponto i en Bizancio; pero habiendo entrado en relaciones con Darío, fué sacrificado por sus paisanos, habiendo sido su madre Alitea la mas empeñada en su muerte.

Cimon, jeneral ateniense, floreció 445 años antes de nuestra era; fué hijo de Milciades, con el cual rivalizó en gloria militar: venció á los persas cerca de Chipre, derrotó los bárbaros en Pamfilia, i murió

en el sitio que habia puesto á Cizico, castillo de Chipre.

Esquilo, célebre poeta trájico, i esforzado guerrero ateniense, que combatió con honor en las tres grandes batallas de Maratona, Salamina i Platea, murió 477 años antes de Cristo.

Sófocles fué superior en la tragedia á Esquilo, i al mismo tiempo tan valiente guerrero como recto majistrado; nació 495 años antes de nuestra era.

Eurípides, que nació quince años despues en Salamina, rivalizó con Sófocles, i aun se le cree superior en la tragedia; tuvo ademas el talento de representar en el teatro sus mismas composiciones con el mayor primor; pero fué ridiculizado en las comedias de Aristófanes, por lo cual se retiró de Aténas su patria á la Macedonia, cuyo rei Arquelao lo hizo su primer ministro.

Aristófanes, célebre poeta cómico, flore-

ció 446 años antes de nuestra era; fué muy mordaz, satírico i aun grosero; pero sus once comedias, que de las cincuenta i cuatro que compuso, son las únicas que pudieron salvarse, han servido de modelos para los que le han sucedido en esta carrera.

Sócrates, célebre filósofo ateniense, nació 469 años antes de nuestra era, fué escultor como su padre, buen militar, i tan distinguido por su sabiduría como por su moralidad i virtudes públicas, así como por su gran fondo de prudencia i sufrimiento que ejerció con su mujer.

Tucidides, famoso historiador ateniense, excelente orador i esforzado guerrero, nació 475 años antes de nuestra era.

Hipócrates, célebre médico, nació en la isla de Cós 460 años antes de nuestra era; sus obras aun en el día son los mejores textos de la medicina.

Fidias, célebre escultor, nació en Até-

nas 448 años antes de nuestra era.

Pericles, ateniense, famoso por su elocuencia i virtudes cívicas, así como por sus acciones heróicas i por las obras que dejó á su patria en los 40 años que la gobernó, murió de peste al principio de la guerra del Peloponeso, 429 años antes de nuestra era.

Pisístrato ejerció su tiranía en Atenas 500 años antes de nuestra era. Es mas conocido por su facundia que por su valor. Tres veces usurpó el mando, i tan solo la muerte pudo privarlo de él.

Alcibiades, famoso jeneral ateniense, es el personaje que ha estado mas espuesto á los cámbios de fortuna: ora le vemos arrojado de su patria por tirano ó traidor, i luego acojido cual ángel tutelar; no ha habido otro que haya sabido acomodarse como él á toda clase de personas, ni insinuarse tan fácil i prontamente en la gracia de cuantos le trataban: debió esta ven-

taja á lo hermoso de su cuerpo, á la elegancia de su porte, á su viveza, jovialidad, fluida locucion i superiores talentos civiles i militares. Nació 454 años antes de nuestra era, i murió asesinado en Frijia.

Lisandro, espartano, fué el conquistador de Aténas, cuya difícil empresa le aseguró un lugar distinguido en el templo de la gloria.

Ajesilao, rei de Esparta, nació 436 años antes de nuestra era, i fué un príncipe de las mas brillantes circunstancias. Sus principales proezas las ejecutó en la guerra del Peloponeso, i contra Tisafernes, jeneral de los persas.

Isócrates, célebre retórico, nació en Aténas en el mismo año que Ajesilao; su timidez i la debilidad de su voz no le permitieron ser orador; pero llegó al sumo de la perfeccion en la clase de maestro de elocuencia. Vivió 98 años, i murió de do-

lor por la derrota de los atenienses en la batalla de Queronea.

Platon, jefe de la escuela filosófica de su nombre, nació 429 años antes de la era cristiana. Las obras que nos dejó este sabio consisten en unos diálogos sobre diferentes puntos de moral, de metafísica i de política. Murió á los 88 años de edad.

Aristipo, filósofo griego, floreció 400 años antes de nuestra era: su inclinacion al deleite suavizó ó mas bien desnaturalizó los severos principios que habia recibido.

Diógenes, filósofo cínico, nació 416 años antes de nuestra era. En medio de sus extravagancias se encuentran en sus palabras i acciones modelos de virtud i de buena moral.

Zeusis, célebre pintor griego, floreció 400 años antes de nuestra era, fué discípulo de Apolodoro, i competidor del famoso Parrasio.

Conon, ilustre jeneral ateniense, que

floreció 494 años antes de nuestra era, fué el restaurador de la gloria i libertad de Aténas.

Timoteo, hijo de Conon, fué tan célebre como su padre, i aseguró á su patria, el dominio del mar por pacto espreso con los espartanos: pero sucumbió al maligno influjo de sus enemigos.

Jenefonte, natural de Aténas, tan célebre por sus hechos de armas como por la historia de la retirada de los diez mil griegos dirigida por él, murió 360 años antes de nuestra era.

Epaminondas i *Pelópidas*, famosos capitanes tebanos, ambos fueron íntimos amigos á pesar de la diferencia de jenio i carácter; siendo el de éste violento i espléndido, i el de aquel detenido i frugal; florecieron 370 años antes de nuestra era. Las batallas de Leutra i Mantinea fueron el campo de sus glorias.

Focion, jeneral ateniense, tan distingui-

do por sus proezas militares como por su sobresaliente ingenio i elocuencia, cuarenta veces fué elejido comandante jeneral, i aunque siempre sostuvo el mando con brillo i esplendor, fué condenado á beber la cicuta 340 años antes de nuestra era.

Demóstenes, famoso orador de Atenas, murió ocho años despues.

Aristóteles, nació en Estajira de la Macedonia 384 años antes de nuestra era, fué el jefe de la secta filosófica de su nombre, i maestro de Alejandro.

Apeles, pintor mui célebre de la Grecia del tiempo de Alejandro.

Praxiteles, célebre escultor griego del mismo tiempo.

Timoleon, jeneral corintio, floreció 343 años antes de nuestra era. Fué mui jeneroso, salvó la vida de su hermano Timofanes cuando lo vió empeñado en sostener la causa de la patria, i se la quitó cuando se volvió tirano; desterró la tiranía

de Sicilia, i derrotó á los cartajineses Magon, Asdrubal i Hamilcar.

Epicuro, filósofo griego, nació en Gargecio del Atica 342 años antes de la era vulgar, i estableció la secta que lleva su nombre, cuyas doctrinas eran las de que la *felicidad residia en el deleite*. Aunque este morijerado filósofo estaba mui distante de entender por deleite la disipacion i la sensualidad, i sí la paz del alma i la satisfaccion que nace de la virtud, ha pasado sin embargo en la creencia vulgar por el apóstol de los que se dedican á los gozes mundanos.

Zenon, filósofo griego, nació en Cizico, isla de Chipre, 962 años antes de nuestra era, i murió á los 98 años de edad; fué autor de una secta austera, de la que proceden los estóicos, i consistia en saberse someter al destino, en no echar de menos los bienes de fortuna, i sobre todo en poner la virtud en el primer lugar de

las cosas que dependen del poder humano.

Ajis i Cleomenes, reyes de Esparta; murió el primero 241 años i el otro 240 antes de nuestra era: ambos quisieron restablecer las leyes de Licurgo i corregir la demoralización que se habia introducido en su patria; pero ambos tuvieron un fin trágico: el primero fué condenado por los Eforos, interesados en que no se llevasen á efecto las reformas que tenia proyectadas, habiendo quedado envueltos en la ruina de este monarca su madre i su abuelo; i aunque Cleomenes vengó tamaña tropelía asesinando á dichos Eforos, i desterrando de la ciudad ochenta personajes de los mas influyentes, fué derrotado por Antígono, rei de Macedonia, i despojado de sus estados. Habiéndose refugiado en Egipto, se sublevó contra aquel gobierno, i se dió la muerte cuando vió que el pueblo no secundaba la rebelion á que habia dado

principio con algunos de sus compañeros de emigración.

Filopemenes, jeneral aqueo, floreció 208 años antes de nuestra era, i puede decirse que fué quien terminó aquel extenso catálogo de hombres célebres que inmortalizaron la Grecia; por lo cual fué llamado *el último de los griegos*. Se educó en Megalópolis, cuyo país adoptó por su patria; se distinguió en la guerra que los Aqueos, ayudados por Antígono de Macedonia, sostuvieron contra Cleomenes rei de Esparta; fué nombrado jeneral, i conservó por sí solo la gloria de la Acaya, hasta que se le rebeló la ciudad de Mesene que formaba parte de la liga Aquea, bajo la dirección de Demócrates, por quien fueron derrotadas las tropas de Filopemenes, i él mismo hecho prisionero, i privado de la vida con un veneno.

DE LA MONARQUIA MACEDONIA.

Dueño ya Alejandro de los dominios de Darío á consecuencia de las batallas del Gránico é Isson, i mas particularmente de la de Arbelas, que ocasionó la muerte del monarca persa; conquistada la ciudad de Babilonia con sus inmensos tesoros; tomadas i destruidas las de Tiro i Gaza: ocupada Jerusalem, i sometida la India á pesar de la tenaz resistencia del esforzado Porzo, se entregó Alejandro á una vida disoluta i desordenada; i habiéndose empenado en uno de sus báquicos convites en apurar, despues de bien bebido, la copa de Hércules, que contenia seis botellas, le acometió una fiebre violenta que lo condujo al sepulcro á los 30 años de edad i 12 de reinado.

A la muerte de este gran conquistador, reputado por el mayor monarca i el mas

insigne capitán que el mundo haya visto, se dividieron sus oficiales jenerales aquel imperio colosal; por lo que, si bien en estrecho rigor puede decirse que la monarquía Macedonia principió i concluyó con Alejandro, sin embargo conservó su nombre hasta la estincion de todos estos nuevos reyes, por las armas triunfantes de los romanos.

Despues de haber sido asesinado el gran privado de Alejandro Perdicas, que trataba de arrogarse el mando supremo, se apropió Antipatro el reino de la Grecia, Antígono el Asia menor, Seleuco la Siria, Tolomeo el Ejipto, i Lisimaco la Tracia.

Los soberanos mas notables del reino de Grecia, ó mas bien de Macedonia, fueron el mencionado *Antipatro*, *Casandro*, *Filipo III*, *Demetrio el usurpador*, *Meleagro*, *Filipo* i *Perseo*: este último monarca, cuyas riquezas se han ecsajerado extraordinariamente, fué vencido por Paulo

Emilio, quien incorporó aquel reino á la república romana.

El reino de Asia menor no tuvo mas que 36 años de duracion, ni lo gobernaron independientemente mas que dos soberanos, que fueron *Antígono* i su hijo *Demetrio*, porque declarados en su contra *Tolomeo*, *Lisimaco*, *Pirro* i *Seleuco*, fué agregado á los dominios de este último, que era yerno del desgraciado *Demetrio*.

El reino de Siria, principiado por *Seleuco*, que fué uno de los famosos capitanes de *Alejandro*, se hizo el mas importante de todos, i tuvo 245 años de existencia, pues no perdió su independenciam hasta que el gran *Pompeyo* lo unció al carro triunfante de la república romana. Sus monarcas mas insignes fueron el citado *Seleuco*, *Antioco III*, por sobrenombre el grande, *Antioco IV*, de quien tanto se habla en la historia sagrada por el incendio del templo de *Jerusalen*, i por el sa-

crifício de Eleazar, i de los siete jóvenes macabeos, *Antioco V*, *Demetrio Sotero*, i *Tigranes*, que fué el último.

Los principales soberanos de Egipto fueron *Tolomeo*, fundador de su dinastía, i segun algunos autores, hermano natural de Alejandro el grande, *Filadelfo*, *Tolomeo Everjetes*, llamado el benéfico, *Tolomeo Filopator*, *Tolomeo Epifanes*, *Tolomeo Latoro*, conocido por sus victorias sobre los judíos, *Alejandro* por el asesinato de su madre, *Tolomeo Auletes* por su alianza con los romanos, *Tolomeo Dionisio*, (hermano i esposo de la famosa *Cleopatra*), que fué el asesino de Pompeyo, i que sucumbió á las armas de César; la voluptuosa *Cleopatra*, que reinó por cesion que le hizo de aquellos Estados el enamorado César, cuyo reino le fué conservado i aun ensanchado por el disipado triunviro Marco Antonio, i del cual fué despojado por el virtuoso Augusto; habiendo tenido dicha

monarquía 238 años de existencia en la dinastía de los Tolomeos.

Los reinos de Ponto, Pérgamo i de los Partos fueron tambien unas hijuelas de la monarquía de Alejandro, i ocupan un lugar mui distinguido en la historia; á saber: *Mitridates VII*, por sobrenombre el *grande*, que fué rei del Ponto, sostuvo 47 años de guerra continúa con los romanos, habiendo tomado parte en ella los capitanes mas esforzados de aquella república, Lucio Casio, Manio Aquilio, Quinto Oppio, Sila, Luculo i Pompeyo, todos los cuales salieron desairados, escepto el último.

El reino de Pérgamo, principiado por usurpacion que hizo sobre el rei Antígono de Macedonia, el eunuco *Filetero* de la Pafagonia, del cual pasó á sus dos hermanos *Eumenes* i *Atalo*, i terminado en *Atalo III* quien lo legó al pueblo romano, adquirió nombre en la historia, tanto por sus riquezas como por la muerte del cón-

sul Publio Licinio Craso, quien por culpable imprevision fué derrotado por Aristónico, descendiente del antepenúltimo rei Eumenes, el cual apeló á la fuerza para hacer valer sus derechos; pero fué vengada la muerte de Craso por el cónsul Perpena destruyendo las tropas contrarias, haciendo prisionero al pretendiente, enviando á Roma sus inmensos tesoros, i tomando pacífica i segura posesion de aquel reino en nombre de la república, despues de 152 años de duracion.

El reino de los Partos se hizo famoso por su fundador el feroz *Arsaces*, por *Mitridates Arsaces*, por *Orodes* i *Frautes III*. Orodes en particular fué un enemigo encarnizado de los romanos, á los cuales causó quebrantos de la mayor consecuencia, i en una sola batalla cerca de Carralles puso fuera de combate 30.000 soldados, entre ellos al triunviro Marco Craso, i muchos capitanes de relevante mérito.

Tuvo sucesivamente otros encuentros felices, hasta que llegó á medir sus armas con el famoso Ventidio Basso, segundo de Marco Antonio, por el cual fué derrotado.

Su hijo *Fraates* III, parricida i usurpador del trono, fué arrojado de él por sus propios súbditos, pero repuesto con el apoyo de los escitas entró en negociaciones con Augusto, concediéndole cuanto éste deseaba, i murió luego á manos de su hijo. El último soberano, *Artabano IV*, se hizo famoso por tres grandes batallas que sostuvo con los romanos sin ser vencido; pero sucumbió á las manos de un asesino, de cuyo trágico suceso se aprovechó la república romana para apoderarse de aquel reino, como lo verificó despues de 476 años de ecsistencia.

De la monarquía romana.

La monarquía romana, fundada por Rómulo con un puñado de bandidos 753 años antes de Cristo, tuvo siete reyes en el espacio de 244 años, que lo fueron el mismo Rómulo, Numa Pompilio, Tulo Hostilio, Anco Marcio, Tarquino Prisco, Servio Tulio i Tarquino el soberbio.

El desacato que un hijo de este último cometió contra el honor de la heroica Lucrecia, fué causa de la espulsion de los reyes i de la fundacion de la república en el año 509 antes de la era cristiana. Duró esta república 479 años, es decir, desde 509 hasta 30 antes de Cristo, en que fué creado el imperio por Octavio Augusto, bajo cuya forma de gobierno se conservó aquella nacion otros 475 años hasta Rómulo Augústula, que fué el último emperador de Occidente.

Son bien conocidas las virtudes i los vicios de dicha república romana; i aunque en aquel espacio de tiempo se hicieron guerras injustas de usurpacion i tiranía, aunque se cometieron los mayores horrores tanto en los paises conquistados como en sus luchas intestinas, i en sus repetidas i sangrientas proscriciones, que comprendian las mas de las veces á los hombres mas influyentes i mas justificados, i aunque no hai escesos de que no estén llenas las pájinas de aquella época de hierro, la historia sin embargo se ha complacido mas en transmitirnos los rasgos de virtud i de heroismo: por lo cual es mirada con una especie de semi-adoracion, si bien para el filósofo se presenta como un período funesto de ferocidad i barbárie. (1)

(1) Recomendamos á nuestros lectores la preciosa obrita de A. Creuzé de Lesser, es-

Los personajes mas ilustres de esta época fueron *Colatino* i *Bruto* el mayor, fundadores de dicha república.

Mucio Scevola, que se quemó la mano en la tienda del rei Pórsena.

El dictador *Lucio Quincio Cincinato*, libertador del capitolio.

Camilo, que salvó á Roma del yugo gálico.

Fabio Máximo, que la libertó del dominio de Anibal.

El resentido *Coriolano*, que tuvo á sus pies aquella orgullosa capital, i cuyo brazo se desarmó á los ruegos de su madre *Veturia*.

El virtuoso padre de *Virjinia* que la degolló con sus propias manos para libertarla del lúbrico furor del decémviro *Clau-*

prefecto del Herault i del Charento, traducida al español en 1834, edicion de Barcelona; i por ella se verá lo fundado de nuestro aserto.

dio Appio, cuyo sacrificio fué causa de la estincion de aquellos majistrados.

Fabricio, que delató á Pirro la conjuración que su médico habia tramado para quitarle la vida.

Atilio Régulo, que se ofreció en holocausto por la república.

Escipion, que destruyó la famosa Cartago, único rival que llegó á imponer terror á la soberbia Roma.

Los turbulentos tribunos *Tiberio* i *Cayo Graco*, con su madre *Cornelia*, que se sacrificaron por sostener los intereses mal entendidos del pueblo.

Los dictadores *Sila* i *Mario*, jenerales famosos, pero de mas celebridad por sus crueldades i proscriciones que por sus heroicas empresas.

Sertorio, que habiendo vuelto sus armas contra su patria en apoyo de la España, introdujo el terror i espanto en el senado i pueblo romano.

Pompeyo, tan famoso por sus distinguidas é inimitables proezas militares, como por su trágico fin.

Ciceron, cuya incomparable elocuencia no menos que su patriótico celo en servir á la república, i su impavidez en atacar al sanguinario Catilina i en descubrir sus horribles proyectos, debieran haberle asegurado la apoteosis.

Bruto, que adquirió una funesta nombradía por el asesinato cometido en la persona de su creído padre natural i amigo, Julio César; i otros muchos que debemos omitir por no franquear los límites que nos hemos propuesto en este tratado.

Los emperadores que ocuparon el trono de César fueron:

Octavio Augusto, fundador de la monarquía romana, quien se abrió paso al supremo poder con violencias i crueldades, se mantuvo en él con dulzura i bondad, i lo dejó con gloria inmortal.

Tiberio, príncipe político, sagaz i de superior talento; pero arrogante, taimado, cruel i vengativo.

Cayo, por sobrenombre *Calígula*, recto i moderado al principio de su reinado; mas luego cruel i estravagantemente feroz.

Claudio, cobarde, estúpido, suspicaz é inhumano.

Neron, mónstruo desapiadado, parricida, perseguidor de la iglesia, villano é inicuo.

Galba, príncipe de algunas virtudes, mezcladas con muchas debilidades.

Oton, buen militar, i mui querido por sus soldados.

Vitelio, cuya pasion principal era la gastronomía, de modo que para prolongar mas aquel placer, se descargaba el estómago con una pluma.

Vespasiano, hombre recto i justificado.

Tito, el conquistador de Jerusalem, llamado por antonomasia *la delicia del género humano*.

Domiciano, sanguinario, vil, violento, cobarde, i acérrimo perseguidor de los cristianos.

Nerva, monarca sabio, justo, bondadoso i clemente.

Trajano, gran conquistador, protector de las letras i de las artes, príncipe justo, desinteresado i bondadoso; pero perseguidor de los cristianos.

Adriano, tan virtuoso como su antecesor por quien fué adoptado.

Antonino Pio, no menos distinguido por sus relevantes prendas.

Marco Aurelio, famoso por sus virtudes i por sus conquistas sobre los jermanos i sobre los partos.

Comodo, hombre brutal, ignorante, disoluto i afeminado.

Pertinaz, dotado de noble alma, i de sentimientos superiores á los que podia haberle comunicado un liberto, que era su padre.

Didio, Claudio Albino, i Pescenio Nijer;
fué de tan corta duracion su autoridad, que
no puede ser calificado su ejercicio.

Septimio Severo, militar atrevido i re-
suelto, famoso por haber sido el primero
que invadió la Bretaña.

Geta, jóven humano i afable, sacrifica-
do en los mismos brazos de su madre por
su hermano

Caracala, hombre feroz i de perverso
corazon.

Máximo, astuto, intrigante i ambicioso.

Eliogábalo, émulo de Vitelio en la glo-
tonería, loco, cruel é infame.

Alejandro Severo, monarca escelente,
protector de los cristianos, i promovedor
de la felicidad pública.

*Macsimino, los dos Gordianos, Máxi-
mo, Balbo, i Filipo el árabe,* degollados
unos en pos de otros.

Decio, furioso perseguidor de cristianos.

Galo, traidor, ambicioso i cruel.

Emiliano, asesinado por sus soldados.

Valeriano, furioso perseguidor de cristianos, fué hecho prisionero por los persas, i degollado.

Galieno, disipado, voluptuoso, libertino é inepto.

Claudio II, escelente emperador i afortunado jeneral, si bien se abrió paso al trono con el asesinato de su antecesor.

Quintiliano, que se suicidó por no presenciarse el triunfo de su competidor.

Aureliano, monarca virtuoso, víctima de una conspiracion.

Tácito, monarca dotado de brillantes prendas.

Floriano, ambicioso i desgraciado.

Probo, uno de los mejores Césares.

Caro, distinguido por sus brillantes victorias en Asia.

Carino i *Numeriano*, príncipes destituidos de mérito.

Diocleciano, el enemigo mas feroz que

tuvieron los cristianos, á instigacion de su hijo adoptivo Galerio. Asoció al imperio á Macsimiano.

Constancio i Galerio; el primero protector de los cristianos, i el segundo su azote mas cruel.

Constantino el grande, famoso emperador por sus proezas militares i por su adhesion á la fé de Cristo.

Constantino II, Constancio i Constante: entre estos tres hijos de Constantino fué repartido el imperio.

Juliano el apóstata i Joviano reinaron poco tiempo.

Valentiniano I, primer emperador de Roma, despues que este imperio fué dividido en occidental i oriental en 364.

Graciano, Valentiniano II, Honorio, Máximo, Mayoriano, Severo III, Anathema, Olibrio, Glicerio, Julio Nepote, i Rómulo Augústula, fueron los últimos emperadores del imperio occidental.

Esta fué la época de la grande invasion de las naciones bárbaras sobre las civilizadas, introduciendo por todas partes el terror i la devastacion con los nombres de godos, hunos, alanos, borgoñeses, vándalos, suevos, visigodos, ostrogodos, lombardos, francos, anglo-sajones, sarracenos, alemanes, jépidas, hérules, ávaros, búlgaros, vénedos, esclavones, daneses, normandos, húngaros i turcos.

Los principales historiadores griegos i romanos que debe consultar quien desee adquirir conocimientos profundos sobre la historia antigua, son por lo que respecta á los primeros, Cadmo, Acusilao, Eujeon, Deyoro, Eudemes, Democles. Hecateo, Caron lampsaceno, Helanico, Demastes, Herodoto, Tucidides, Jenofonte, Ctésias, Filisto, Theopompo, Eforo, Callisthenes, Timeo, Eudoxo, Polibio, Diodoro sículo, Dionisio alicarnaso, Josefo hebreo, Plutarco, Arriano, Eliano, Apia-

no alejandrino, Diógenes laercio, Filostrato, Dion Casio, Herodiano i Zosimo.

Por lo relativo á la historia romana, deben consultarse principalmente Celio, Antipatro, Gelio, Clodio, Aselion, Macro, Sisena, M. Porcio Caton, Julio César, Cornelio Nepote, Salustio, Tito Livio, Veleyo Patérculo, Quinto Curcio, Tácito, Suetonio, Floro, Justino, Elio esparciano, Julio capitolino, Trebelio Polion, Flavio Vopisco, Elio Lampridio, Vulcacio Galicano, Valerio Mácsimo i Eutropio.

NOTA. Si á la conclusion de los doce tomos que forman la primera série de mi Biblioteca selecta, puedo consagrar todavía al público mis tareas literarias, i si éstas son recibidas con igual aprecio i confianza, en lo que cifro toda mi ambicion, daré mayor estension al tratado de la historia antigua, i destinaré para cada uno de los tomos sucesivos un tratado compendiado de la moderna de los varios estados de Europa, i aun de los principales reinos de las demas partes del globo; lo cual formará un curso completo de historia jeneral.

HISTORIA.



LA VIEJA

DE LA

MORTAJA BLANCA DE BOSTON.

Unas ventanas angostas enclavadas entre gruesos paredones dejaban entrar con gran trabajo los opacos rayos de la luna, i daban escasa luz á una gran sala adornada con muebles suntuosos aunque marcados con el sello de la antigüedad. La confusa luz, que atravesaba por una de estas aberturas, arrojaba sobre una al-

luz de Venecia los variados matices de los vidrios de color que se traslucian sin embargo de su apagada transparencia.

La otra ventana, velada por una especie de cortina de seda de color amarillento, dejaba caer directamente su pálido matiz, á través de la alcoba, sobre la cara de un jóven que se hallaba tendido en una cama; escena extraordinaria i verdaderamente pintoresca, que representaba una de aquellas realidades fantásticas, á las cuales no puede acomodarse la imaginacion, i que admiran á los jenios comunes que no están acostumbrados á los vuelos de la poesía, i á la ecsaltacion de ideas bizarras.

El jóven dormido disfrutaba de un sueño profundo; ¡pero qué sueño! el último de todos, el que no puede ser turbado por el tumulto de las pasiones! Estaba envuelto en una sábana mas blanca que la nieve; se hallaba sin movimiento, mas de repente pareció que se reanimaban sus

muertas facciones, i que la emocion de la vida volvia á renacer sobre aquel pálido semblante.

La ilusion fué completa: la habia producido un accidente natural; habia ondeado la cortina que se hallaba entre la ventana i la cama, en el momento en que se habia entre-abierto la puerta del aposento. Habia entrado una hermosa doncella de fisonomía española, talle elegante, estatura alta, semblante fiero con marcas pronunciadas de abrigar fuertes pasiones, i acercándose á la cama se arroja sobre el cadáver, i lo abraza con un trasporte convulsivo.

No era tan solo la ternura que se veia pintada en aquella figura característica, sino un cierto triunfo forzado i violento, mezclado de un intenso dolor. Por un efecto de la misma ilusion anterior, parece que aquel cuerpo frio é inanimado presentó por la segunda vez un aparente movimien-

to como si hubiera querido corresponder á tan amorosos trasportes. Acababa de abrirse de nuevo la puerta para dar lugar á que entrase otra persona, la cual con los ojos inundados en lágrimas se aprocsimó á los despojos mortales de aquel jóven. Miráronse ambas mujeres sin hablarse, i permanecieron en pie como dos estátuas cerca del féretro. En nada se parecían estas dos figuras: la una era el símbolo de la violencia de las emociones del alma; la otra representaba la sensibilidad, la ternura i el dolor.

—”Tú me lo has disputado en vida, esclamó la mas altiva despues de un largo silencio; déjamelo despues de muerto; él es mio.”

—”Sí, contestó la otra; el cadáver, que es obra de tus manos, justo es que te pertenezca!” i rompió al mismo tiempo por sus ojos un rio de lágrimas.

Una espresion de furor arrugó el sem-

blante de la primera; se mordió sus labios con aire amenazador, retrocedió dos pasos, cruzó los brazos, i se quedó mirando á su rival; mas ésta sin hacer caso de tan frenéticas contorsiones, se hincó de rodillas á la cabecera de la cama mortuoria, i dejando caer su rostro sobre el del cadáver, mezcló su largo cabello rubio con el negro de aquel jóven, suspirando i sollozando con el mas amoroso pesar.

”Es verdad que él ha muerto porque yo lo he amado, exclamó la mas arrogante.”; No hai duda, María! ;No es sino demasiado cierto!”

Tan solo los suspiros i sollozos de la jóven, que estaba de rodillas, interrumpian el silencio de aquella sala sepulcral.

—María; exclamó la otra dama por tercera vez.

María dió un prolongado jemido, levantó la cabeza de la almohada, i fijó sus estraviadas i tétricas miradas sobre la que le dirijia la palabra.

—”¿Me harás traicion, María? Tú lo sabes todo, i puedes perderme.”

—No; yo no te descubriré; cumple tu destino, i yo cumpliré el mio; cuando los muertos hablen contra ti, entonces hablaré yo. Tú dices que lo amabas, i tú lo has asesinado!

—”¿Yo era altiva i ambiciosa!”

María no responde; pero despues de algunos instantes de un profundo silencio, dice:

—”Ve en busca del rango, de las riquezas i del esplendor; no me opongo, aunque tú bien sabes que yo podría impedirlo todo con una sola palabra; yo quiero quedarme al lado de tu víctima. Dejemos correr el tiempo, luego me dirás si has vivido feliz; pero ahora me has de jurar que has de venir á este sitio de aquí á treinta años si todavía vives, en el mismo dia i á la misma hora!..... Júralo, si quieres que yo no te pierda.

—Sí, lo juro; ¿pero que prenda me das

tú de que nunca has de revelar estos secretos?

—Este rizo, contestó María cortando uno de los que todavía adornaban la hermosa i blanca frente de aquel malogrado jóven, objeto de sus pesares.

—Está bien; quedo satisfecha; ¡I qué va á ser de ti?—Poco debe importarte; tú lo sabrás á su tiempo; yo te volveré á ver.

Estas dos apasionadas mujeres sancionaron su convenio dándose las manos por encima del pecho del amante; la rival de María dirigió la última mirada á aquel frio cadáver, llega á la puerta, trémula i desconcertada, se para como si alguna fuerza invisible la detuviese; pero haciendo el último esfuerzo, arrepentida i aun admirada de tanta debilidad se lanza al corredor, en donde se hallaba un negro esclavo con un blandon encendido para alumbrarla, i baja precipitadamente la escalera. Abre el negro la puerta principal, sale la

dama, i al bajar las gradas exteriores (que se hallan en la mayor parte de las casas de Boston), se encuentra con un jóven eclesiástico presbiteriano, amigo de sus padres, que subia por las mismas, lo saluda secamente, i pasa de largo.

El tiempo vuela, los años se suceden unos á otros con rapidez. Treinta veces habia ya renovado la naturaleza sus estaciones desde la época en que las dos rivales habian consagrado su extraño i fúnebre pacto.

Vivia entonces en Boston una vieja, cuya razon é intelijencia parecian estar agoviadas con el peso de los años; pero como se presentaba con tanta dulzura en sus fantasías i caprichos, con tanta resignacion en sus trabajos, i al mismo tiempo con un inagotable fondo de caridad en medio de su pobreza, el pueblo, que por lo comun es injusto é intolerante con todo lo que sale de la línea ordinaria, le disi-

mulaba sus extravagancias, i aun hablaba de ella con veneracion. Nadie sabia su nombre; ella vivia sola: era su gran manía asistir á todos los entierros; por manera que se habia hecho ya tan necesaria la presencia de este ser misterioso, que no se daban por completos los funerales si faltaba al acompañamiento sepulcral; lo que dificilmente sucedia, pues que la buena vieja se hallaba en todos ellos.

Siempre que un atahud, bien fuese de persona rica ó pobre, solo ó acompañado por numerosos amigos, subia por la calle Berthelemy en direccion del cementerio, era seguro que allí se habia de encontrar nuestra vieja, muda, i revestida de la mayor formalidad con su gran ropaje blanco que parecia una mortaja, por lo cual era conocida vulgarmente con el nombre de *la vieja de la mortaja blanca*. En lugar de mezclarse con el acompañamiento mortuorio, tenia cuidado de man-

tenerse siempre á cierta distancia como de diez ó doce pasos, caminando como una sombra, oyendo los responsos i demas preces en el pórtico de la iglesia, i no abandonando los restos mortales hasta que los veia colocados en el asilo comun de la humanidad.

¡Lúgubre fantasía! pero que sin embargo era respetada. Los dias de entierro eran sus dias favoritos; su gusto era ir á sentarse sobre los sepulcros; i este placer sombrío era una especie de consagracion que ella no dispensaba sino á los hombres honrados i á las mujeres virtuosas. Habian sido observadas todas las inclinaciones de esta vieja misteriosa, i asimismo el cuidado con que frecuentaba i adornaba ciertas sepulturas privilegiadas; i las limosnas que repartia á los huérfanos; cuyos actos repetidos de beneficencia habian creado entre el pueblo la vaga creencia de que la vieja de la mortaja blanca era un

ser sobrenatural. Era sin embargo mal agüero tropezar con ella mientras que el sol estaba sobre el horizonte. Ocurrió un día que durante las ceremonias nupciales de un rico jóven con una señorita, infiel á sus primeros juramentos, se apareció en la iglesia; i su lúgubre presencia se consideró como una amenaza, que dejó aterrados á todos los que hacian parte de aquella funcion.

Tal era la vida fantástica, i al mismo tiempo apacible, que hacia treinta años llevaba este jenio mortuorio: las jeneraciones que nacian i que morian en la ciudad comercial de Boston, se habian acostumbrado de tal modo á esta centinela de los cadáveres, que se habia hecho tan necesaria como la campana fúnebre de la catedral. Nadie podia imaginarse que se pudiera morir i hacerse enterrar sin tener por guarda del cuerpo á la vieja de la mortaja blanca.

El día 30 de junio de 1780 la gran calle de Boston, ya desde entonces rica i animada por aquel brillante comercio que debia hacer su esplendor i su independencia, ofrecia una escena mui curiosa, cuya viveza i movimiento recibian un grado mayor de animacion con la procsimidad de la noche. Se veian los negociantes mas respetables con sus pelucas blancas i sus chupas de terciopelo; las figuras bronceadas de los capitanes de buques; los anchos pantalones blancos de los trigueños americanos españoles; la marcha altiva i desdenosa de los hijos de la Gran Bretaña contrastando con la fisonomía salvaje de dos ó tres colonos de los bosques distantes, que regateaban por la diferencia de algunos pesos una estension de terreno que valia la mitad de un reino. i en donde jamas habia resonado el hacha del leñador.

Algunas hermosas damas vestidas á la

francesa, pasan haciendo rechinar la seda i el raso de que van vestidas, i repartiendo sus sonrisas con una gracia imitadora de la de Versailles, i la cual sin embargo de su tránsito por el atlántico habia conservado todo su embeleso: sus pasos artísticamente balanceados; las altivas mulas de los carruajes, i los bordados elegantes que entorpecian en algun modo su marcha; todo este reflejo de la Europa vieja tiene algo de extraño, que no es fácil encontrar cerca de los montes aleganios sin tener una particular complacencia.

Iba á sonar la última hora del trabajo, i la primera del placer. Ya una gran sombra que arrojaban las paredes de las casas iba sumerjiendo las calles en la oscuridad, i no dejaba percibir mas que un surco luminoso, que corriendo por los tejados i cornisas, no podia tardar en abandonarlos, i en retujiarse en el chapitel de la

torre de la catedral, que todavía doraba con una luz moribunda.

Este gran movimiento que acabamos de describir se observaba en el centro de la ciudad, no mui distante de un edificio imponente por su planta i notable por su aislamiento. Era una de aquellas fábricas que habian sido construidas segun las reglas de la arquitectura europea, por los primeros negociantes que se habian enriquecido en Boston. Al pesado estilo del tiempo de Cárlos I se debia aquella angostura de ventanas, aquellas macizas balaustradas, aquellas cornisas pesadamente esculpidas, i finalmente aquel carácter mazorril que se imprimia á todas sus obras.

Preguntábase por qué de aquel edificio no se habia hecho un basar, una lonja ó una casa de ayuntamiento; ¿por qué una hermosa insignia ajitada por el viento, no indicaba á los viajeros la mercenaria hos-

pitalidad que los estaba aguardando? El desacuerdo de los herederos, i la prolongacion de sus diverjencias, habia sido la causa del abandono de aquel edificio, el cual, como que nadie se lo habia abjudicado, habia concluido por arruinarse, i por derramar una sombra triste i opaca sobre el mismo centro de la ciudad.

Empezaba pues á anochecer, cuando una mujer, vestida de un modo orijinal, se dejó ver á la estremidad de la calle de los Puritanos. Dos ó tres marineros estaban hablando á pocos pasos de la casa.

—Mira, mira una vela al viento, exclamó uno de ellos!....

—¿Qué quieres decir? respondió un capitán de Liverpool. Esa mujer, que viene por allá bajo con gran ropaje blanco?

—Sí por cierto; jamas ser alguno criado por Dios se ha parecido tanto á una fantasma.

Habia sido reconocida la vieja de la

mortaja blanca. Los ojos de todos se dirigieron ácia aquel lado; cada uno se esforzaba en ver aunque no fuera mas que una parte del blanco ropaje. Era en verdad cosa mui extraordinaria la aparicion de aquella mujer en días que no fueran de entierro; todos dejaron la conversacion en que estaban entretenidos; todo se olvidó, i ya nadie pensó mas que en saber el motivo de aquella rara é inusitada presentacion.

No se veia convoi alguno fúnebre, ninguna puerta enlutada, ni procesion religiosa, ni acompañamiento que indicase el duelo. Tampoco el elevado campanario, que es el que detiene el último rayo del sol, hacia resonar la voz de las campanas, despertadoras de la vieja, i sus constantes compañeras. Cada cual tenia cierto recelo de hacer preguntas por temor de ser tenido por supersticioso; se finjia en su vez la sonrisa, pero sonrisa mezclada de inquietud, que atestiguaba la pena secre-

ta que padecian aquellos mismos que afectaban tanto valor i tranquilidad.

¿Por qué este ser, que mas bien podia llamarse propiedad de los muertos, venia á mezclarse con los vivos? ¿De qué presajio funesto podia ser una aparicion tan inesperada? ¿Qué nueva desgracia amenazaba á la ciudad i á sus pacíficos habitantes? El miedo que se tiene reparo en confesar, es el mas poderoso de todos; así, pues, cada uno se fué colocando respetuosamente á medida que se iba acercando con paso grave la vieja de la mortaja blanca. Se la hizo lugar como si fuera una reina, nadie queria que le rozase la ropa de la fantasma al pasar, i al primer murmullo causado por la sorpresa sucedió el mas profundo silencio. Ella era pálida, flaca i descarnada, mas no estaba encorvada como las viejas, i caminaba de un modo que parecia mas bien que se iba resbalando. Salió un niño de una puerta entre-

abierta, i habituado al parecer á las caricias de las jentes que encontraba, se lanzó lleno de alegría ácia la vieja como para pedir un beso á sus ateridos labios: ella inclinó la cabeza, pero pasó de largo; tal vez temió marchitar con el soplo de la muerte aquella inocente flor de la juventud; acaso su beso hubiera podido serle fatal; así á lo menos lo creyeron los que presenciaron aquella escena.

”Vea V., decia una mujer vulgar, ha tenido lástima de ese niño; si lo hubiera abrazado, habría muerto sin remedio antes de un año.”

La admiracion que habia empezado á escitar la temible Sibila, subió de punto, cuando se la vió dirijirse ácia la casa desierta i trepar por las gradas con paso firme, pisando la yerba de que estaban cubiertas, i cuando levantando el picaporte de hierro enmohecido, lo dejó caer tres veces.

Sin duda es loca, decían los espectadores. Algun recuerdo vago i confuso habrá penetrado por su chocho i estraviado cerebro. Cree poder encontrar en ese sitio los amigos de su juventud que han desaparecido todos, desde tanto tiempo. Un anciano se acercó á la escalera con mucha dulzura i agrado, i quitándose respetuosamente el sombrero la dijo: Madama.

Volvióse la fantasma i lo miró fijamente.

—Madama, replicó el canoso anciano armándose de valor, no vive jente alguna ha ya muchos años en esa casa. Desde que murió el jóven coronel Fenwicke, nadie ha puesto el pie en ella; los herederos no han logrado todavía ponerse de acuerdo, i como V. ve está abandonada.

La vieja hizo una señal negativa con una mano, i llevó el índice de la otra á sus labios, i en tal posicion parecia todavía mas fantasma que nunca. Levantó luego nuevamente el picaporte, i sacudió el

cuarto golpe. Entonces ¿quién lo había de creer? se oyeron pasos muy pesados por la escalera interior, que indicaban serlo de alguna persona enferma i agoviada por la edad. A medida que el habitante de esta casa, que se había creído desierta, se aproximaba á la puerta, se distinguían más claramente sus pisadas, se alzó por fin la baria de hierro que sujetaba dicha puerta: ésta se abrió; la vieja dirigió sus postreras miradas á la punta del campanario, de donde iba desapareciendo el último rayo de claridad, penetró por aquellos umbrales, i se perdió de vista.

¿Quién ha abierto la puerta? preguntaron algunos.

—Es un negro, contestó el viejo, i por cierto que es sumamente parecido á César, esclavo que fué del coronel Fenwicke, i que obtuvo su libertad á la muerte de dicho coronel, habrá como treinta años.

—Vamos á ver, exclamó un marinero,

como esta vieja fantasma habrá venido á evocar la sombra de otra fantasma de la familia; i podemos prepararnos á ver este lugar convertido bien pronto en un vasto cementerio.

Estas palabras hicieron sonreir, aunque tristemente, á una parte de los espectadores, los cuales se dispersaron discurrendo sobre aquel extraño suceso, cuyo misterioso sentido no les era dado penetrar.

Dividida la muchedumbre en corrillos iban hablándose al oido con gran miedo i ansiosa curiosidad, cuando al llegar á la estremidad inferior de la calle de los Puritanos se vieron cortados por un coche montado á la antigua que subia por la misma calle. Un coche en Boston i á aquella hora era cosa mui rara: la caja de este antiguo carruaje iba casi pegada á la tierra; sus cuarteles se veian adornados con un gran número de emblemas heráldicos; un cochero mui formal, de extraor-

dinaria corpulencia, ocupaba el pescante, que se elevaba mucho mas arriba del imperial. Las ruedas de llantas anchas rechinaban sordamente sobre el empedrado. Se paró el coche delante de la puerta de la casa encantada, i saltando un lacayo de la zaga subió las gradas exteriores i dió tres golpes. En tanto que se esperaba la respuesta, se acercaron al carruaje dos ó tres curiosos, i uno de ellos, mui conocedor del arte heráldico, esplicaba á los demas los timbres i blasones de la familia á quien pertenecia aquel carruaje.

”Estas son, decia, las armas de los Fitz-Herbert, antigua familia normanda, bastarda de los príncipes soberanos, establecida en Inglaterra, i que no ha dejado bástago alguno, como lo prueba la forma de ese escudo; por lo cual debe ser éste el carruaje de la viuda.

Se asomó entonces á la portezuela una vieja de color de berenjena, lo cual indica-

ba que no podía ser aquel su matiz natural, sino efecto de mucho calor en el hígado; su cara estaba llena de arrugas, i su asquerosa fisonomía sino representaba el terror i el aspecto de la muerte, denotaba á lo menos el desagrado i el mal humor. Esta aparicion hizo retirar á los curiosos, i el lacayo le dió la mano para apearse. Se vió entonces que era una mujer encorvada, decrepita, enfermiza, con la nariz arqueada, mejillas angulares, i ojos todavía vivos i amenazadores; pero en medio de tales deformidades, que podian considerarse mas bien como las ruinas de su pasada hermosura, se divisaba cierta nobleza que no se podia contemplar sin un respetuoso temor. Se apoyaba esta antigüedad femenina sobre un baston con puño de oro, i subió con gran trabajo las gradas de la casa desierta.

Sobre su traje de seda, con adornos de oro, reflejaba la trémula luz de un blando

que se descubria en el interior, i que hacia un bizarro efecto. Se paró la arrugada dama en el umbral, dirigió una mirada ácia atrás, i dando de repente una envestida se precipitó en la casa. El curioso, que se habia manifestado tan versado en la heráldica, habia tenido el atrevimiento de adelantarse hasta el pie de la escalera, i afirmaba aunque no sin admiracion i terror, que habia reconocido la verdadera figura del negro César, sin embargo de su gran vejez, i que era indudablemente el que tenia en la mano el hacha encendida, i que se habia sonreido de un modo verdaderamente espantoso.

Volvió el coche á bajar por aquella calle; i haciendo retemblar de nuevo el pavimento, desapareció en medio de las nieblas.

Aquel carruaje antiguo, aquella Sibila vestida de dama de córte, aquella reaparicion del negro anciano; todas estas ideas,

todas estas fantasmas se agolpaban confusamente á la imaginacion de los habitantes, los cuales llenos de turbacion é inquietud no tardaron en reunirse al rededor del edificio desierto, i á fijar sus atentas miradas sobre las ventanas, cuyos vidrios reflejaban los rayos de la luna naciente. Los viejos, que siempre gustan de referir las cosas de sus tiempos, esplicaban el antiguo esplendor de la familia, i los nombres gloriosos que la habian ilustrado, así como los destinos singulares de la raza aristocrática.

Estas relaciones conmovian vivamente el ánimo de los circunstantes, como si hubieran hecho revivir á un tiempo todas las sombras del olvido. Todos ellos, i aun los mismos marineros habituados á la áspera vida de la mar, temblaban como azogados delante de aquella casa encantada; llegó á esta sazón un ministro del culto, hombre avanzado en edad, amigo antiguo de la fa-

milia á la que pertenecía aquel edificio; todos lo rodean; todos le preguntan; pero este hombre venerable responde pocas palabras, i acelerando su paso aun mas de lo que se lo permitia su edad, se lanza en la casa de los Fitz-Herberts con asombro de todo aquel jentío.

Se aguardaba con la mayor impaciencia el momento en que saliese de aquella misteriosa casa el anciano ministro; pero fué en vano. A la mañana siguiente todavía permanecia en aquellos alrededores una parte de la gran muchedumbre de curiosos; el ruido de estos extraordinarios sucesos fué tan grande que llamó la atencion de las autoridades. Ya se empezaba á murmurar de un modo alarmante. El diablo, ese ajente terrible, al cual nuestras imajinaciones acaloradas atribuyen todos nuestros desvaríos, era, segun las comadres de Boston, el que habia tomado bajo su tutela la casa encantada, al minis-

tro de la iglesia, á la vieja del coche emblasonado, al negro que se sonreia, i la mortaja blanca de la otra Sibila.

Cuando se presentó el juez en nombre de la lei en este domicilio fúnebre, nadie salió á recibirle. Los muebles, el ajuar de casa, los cuadros, las tapicerías, los adornos, en fin todo cuanto habia pertenecido al coronel Fenwicke, habia quedado en su primitivo lugar. Enormes telas de arañas habian formado dobles velos sobre los cuadros de familia; los murciélagos, aturidos con la inesperada llegada de los nuevos huéspedes, salian de todos los rincones i agujeros del techo. Las alfombras, comidas por la polilla, levantaban un polvo podrido sobre los pies de los que pisaban la escalera. No era posible contener el espanto á la vista de aquella ruina doméstica, de aquella casa sepulcral, de aquel profundo reposo, que por el espacio de casi medio siglo habia dominado sobre

todos aquellos objetos. Las ventanas, que el antiguo dueño, amigo de las artes, habia adornado con hermosas vidrieras de Holanda, i las cornisas que habian sido enriquecidas con pinturas góticas, todo estaba abismado en el polvo. Los goznes de las puertas estaban enmohecidos, i la madera podrida cedia sin resistencia al menor impulso. Fué preciso encender una hacha para alumbrar al juez; no se podian abrir los postigos porque el orin se habia pegado á las cerraduras, de modo que era imposible darles movimiento. El piso bajo estaba vacío: ninguna señal habia que pudiera denotar la presencia de algun ser humano; pero cuando los pasos del majistrado i de su comitiva resonaron sobre las gradas que conducian al piso principal, se presentó el antiguo esclavo César, con su decrepito semblante negro i arrugado, i sin pronunciar una sola palabra, alargó por encima de la escalera su brazo arma-

do de una vela amarilla. Fué necesario que el deber i la gravedad de majistrado combatiesen el involuntario terror de que se hallaba penetrado el venerable Drayton á la vista de aquella fantasmagoría, sin embargo de que llevaba diez años de ejercicio en aquel empleo, durante los cuales jamas se habia encontrado en una escena tan alarmante como ésta. Conservó sin embargo en lo posible su serenidad, si bien la viveza con que sentaba su baston en el pavimento de las salas que recorría, así como el sonido de su voz mas recio i mas elevado de lo que tenia de costumbre, descubrian su turbacion.

”Aqtí hai algun suceso extraordinario, dijo al negro.”

César, que en su larga soledad se habia habituado al silencio, nada contestó; pero hizo señas con la mano que pasára al dormitorio que habia sido del coronel Fenwicke, á aquel mismo aposento, que

recordará el lector haber oído al principio de nuestra relacion, que nos habia manifestado un jóven tendido sobre su cama mortuoria entre dos rivales que lo estaban llorando.

Los primeros albores de la mañana se empezaban á divisar al través de los harapos pendientes de la ventana, los cuales habian representado en otro tiempo una magnífica cortina de seda. Todavía estaba en el mismo lugar la cama en que habia descansado el cadáver; mas en lugar del jóven militar se veia la mortaja blanca de aquella mujer cuyas fúnebres inclinaciones acabamos de describir, i que habia cesado de ecsistir. A su izquierda, i en frente de la misma cama, sobre una poltrona de madera de encina, con el respaldo elevado i brazos contorneados segun el capricho de los artistas antiguos, estaba recostada la otra vieja, la cual tampoco ecsistia; i el anciano ministro hincado de

rodillas delante de la ventana, que empezaba á derramar sobre la sala un rayo de la luz matutina, seguia recitando una oracion, en la cual parecia estar absorta toda su alma, i que no interrumpió ni aun cuando el magistrado i su comitiva habian penetrado en aquella habitacion de dolor.

”Sea V. bien venido, señor juez, dijo el eclesiástico levantándose algunos momentos despues de un profundo silencio, i sentándose en una silla baja forrada de terciopelo encarnado, que sin duda habia brillado en las fiestas solemnes de la familia de Fenwicke. Es mui útil en este lugar su presencia de V.; yo le esplicaré en pocas palabras todas estas singularidades que deben tenerlo admirado; i que no son mas que el fruto de una imajinacion romántica, ó mas bien de las violentas pasiones de estas dos antiguas amigas ;oh Dios! cuya suerte ha estado enlazada por una série de extravagancias, i cuyos cada-

veres tenemos á la vista. En vano han sido todos los auxilios que se les han prestado; su vejez no ha podido resistir la terrible impresion de dolorosos recuerdos.

No es mi ánimo esplicar los pormenores de una historia amorosa, seria una profanacion i un escándalo. Buen Dios! pobres mujeres! Toda su vida estuvo envenenada con las primeras pasiones de su juventud. María Fenwicke i Jorjina Fenwicke tenian veinte i tres años la una, i veinte i cinco la otra cuando se apasionaron de su primo el coronel del mismo nombre. ¿Quién podrá reconocer ahora en estas dos mujeres las dos hermosuras mas celebradas de la ciudad de Boston?

El jóven dió su corazon á la mas altiva, i al mismo tiempo la mas vengativa i mas peligrosa, que lo era Jorjina; ésta correspondió abiertamente á su amor, mientras que María, que era la mas tierna i la mas tímida tenia un empeño en ocultar aun á

sí misma la secreta pasión que la devoraba.

La pasión de Jorjina ácia su primo era mas vehemente que profunda, pues que en ella tenia mas parte la ambición, i aun era su primer móvil. Deslumbrada con el brillo de otro matrimonio que se le habia propuesto, fué infiel á sus primeros juramentos, á su ternura i á la larga i amorosa correspondencia que habia seguido con su primo: descubrió éste tal variación, i sin poderlo remediar cayó en un desaliento que fué minando su vida por los cimientos.

La pobre María tuvo el dolor de recibir á un tiempo la confianza de ambos, i nunca faltó á ella. Depositaria de las cartas que atestiguaban las solemnes promesas de Jorjina i el amor del coronel, la hubiera sido fácil aprovecharse de ellas para desbaratar el nuevo himeneo, objeto de todas las esperanzas de la jóven ambiciosa. No

lo hizo. El coronel murió en sus brazos, ella llevó la jenerosidad hasta el extremo; Dios es quien recompensa siempre la virtud; no es dada esta gracia á los mortales; los que reciben el beneficio no son por lo comun los que piensan en retribuirlo.

La fiel María, despues de la muerte del objeto de sus tiernos amores, siguió viviendo en esta casa antigua, (de la que era ella uno de los herederos), i sin mas servidumbre que el negro César, ya libertado desde la muerte de su amo. Desapareció de repente á la vista del mundo, i se creyó que habia fallecido. Salia con mucho disimulo por la puerta del parque vestida con ese gran ropaje blanco, al que el pueblo dió el nombre de mortaja blanca; i para que no se supiese su domicilio daba siempre un gran rodeo por los campos. Esta prision de treinta años; esta vida consagrada á una sola imájen, á una idea única, alteraron su juicio; se la veía

apasionada á los aparatos fúnebres con una obstinacion supersticiosa; toda la ciudad ha presenciado tan estraña manía, sin saber que la heredera de los Fenwicks era la desventurada vieja de la mortaja blanca.

En el entretanto Jorjina recorría la carrera del esplendor, ácia la cual la arrastraba su alma ambiciosa. Jorjina brilló en la córte de Inglaterra; pero segun sus últimas comunicaciones, vivió siempre mui distante de la calma, del descanso i de la felicidad. Su marido, que era uno de los hombres mas poderosos de la Gran Bretaña, no tardó en dejarla por otros cortejos. La misma ansiedad con que iba en pos de las distinciones i de los honores fué su mayor suplicio. Este jenio orijinal habia contraido un empeño solemne en este mismo aposento en frente de la cama endonde todavía estaban tendidos los restos inanimados de su primo; habia hecho, pues, el juramento de volver á los treinta

años, si todavía vivía, á visitar á María en el mismo dia i hora en que se habia celebrado este pacto tan bizarro.

Su constante anhelo por las sensaciones fuertes i por movimientos extraordinarios la hicieron ser fiel esta vez á su promesa. Abandonó un pais en donde su juventud habia sido marcada por una série de angustias i penalidades, i en donde no habia encontrado de vieja mas que pesares, desaires, desengaños, i amarguras; cruzó el Atlántico, i envejecida prematuramente por los atormentadores cuidados de la ambicion, se presentó á cumplir con el raro empeño que habia formado hoi hace treinta años. Los discursos que hayan mediado entre ámbas primas, sus razones, sus quejas, sus remordimientos ó sus disputas no puedo yo manifestarlas, porque cuando llegué ya encontré muerta la una, i espirando la otra.”

En el momento en que concluia el mi-

nistro esta patética relacion, se ajitaron los andrajos que estaban pendientes de las dos ventanas, i dejaron pasar un rayo de sol, que cayendo sobre el pálido semblante de María, tendida sobre aquel lecho de muerte, pareció á los circunstantes que le habia dado un grado de animacion. El majistrado hizo tributar á estas dos mujeres los honores fúnebres, i esplicó á la jente que se habia reunido al rededor del pórtico con la mas viva alarma, esta historia tan curiosa, de la cual se acuerdan todavía los viejos de Boston, i que forma una de las raras tradiciones fantásticas de esta ciudad comercial, habiendo dado lugar á una cancion del pueblo, titulada: "*La vieja de la mortaja blanca.*"

(*New England Magazine.*)



**BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ**

MISCELÁNEA CIENTÍFICA.



NUEVA MAQUINA HIDROSTATICA.

El reverendo J. T. Porter, ha hecho recientemente un importante descubrimiento que podrá llegar á rivalizar con los prodigios de la máquina de vapor, i aun eclipsarlos. Dicho descubrimiento está fundado en el principio de la presión de los fluidos. Si hemos de dar crédito al inventor, una nave movida por este agente, i caminando con tanta rapidez como un barco de vapor de la mayor potencia, no necesitará llevar mas que cuatro cajas de agua para hacer el viaje de la India.

La máquina es mui sencilla, al paso que está dotada de una enerjía i de una fuerza extraordinaria, sin que el menor riesgo, (circunstancia mui esencial) pueda amenazar á la seguridad del buque, el cual cederá suavemente á la influencia del motor.

Se ha fijado ya la atencion de los sabios i de los mecánicos sobre esta invencion, que debe formar una descomunal revolucion en la industria i en la mecánica. Ha sido ecsaminada por muchos injenieros una máquina tan curiosa, que se compone tan solo de cuatro cilindros, dos de los cuales tienen un movimiento de rotacion, en tanto que los otros dos obran como bombas absorventes.

Veinte i cinco onzas de agua i una palanca bastan para poner en accion los dos cilindros. Un solo golpe, dado sobre el piston, quebranta la rama de un árbol que tenga pulgada i media de diámetro. Si

ésta invencion llega á tomar consistencia con los brillantes i halagüenos cálculos que promete, i aun mas si la navegacion llega á apoderarse de ella i darle toda la latitud de que es susceptible, serán incalculables sus resultados económicos. Pendiente está todavía del juicio de los sabios matemáticos, i no se ha pronunciado un fallo contrario á las lisonjeras esperanzas que se promete el inventor.

PESCADO JIGANTESCO.

En una carta dirigida por Mr. Piddington á la sociedad asiática de Bengala, dice que hallándose en el mes de Diciembre de 1834 mandando un bergantin español por aquellos mares, echó el ancla en la bahía de Marivelas cerca de Manila; i que habiendo oido algun estremecimiento en el buque ácia el mediodia, subió de la cámara para saber la causa que lo habia pro-

ducido, i mirando á babor i estribor, creyó que las corrientes habian arrastrado el buque ácia algun banco de arena ó de coral: imbuido en este error dió órden para que se echase otra ancla; i como hubiese notado que se sonreia la tripulacion, compuesta en su mayor parte de naturales del pais, manifestó severamente á los marineros la extrañeza de su conducta; pero éstos le contestaron que no se alarmase, porque aquel movimiento habia sido efecto del roce de un *chacon*. ¿I qué es un *chacon*? Piddington fijó su atencion, i descubrió el lomo de un enorme pescado que volvia á pasar por debajo de la embarcacion. Su piel de un colorado pardusco, estaba salpicada de manchas negras, cuya circunstancia habia sido causa de su error en haber tomado aquel objeto por un banco de arena.

El contramaestre, que era un marino intrépido, saltó al momento á la lancha con

cuatro marineros para arponear á aquel gigante de los mares; mas en el acto de lanzarle el hierro homicida, sacudió el monstruo sus aletas, i por poco no se tragó la lancha i los valientes que llevaba dentro: éstos se llenaron de terror, i se apresuraron á volver á bordo. El chacon permaneció todavía veinte minutos sobre la superficie de las aguas; mas luego se fué dejando caer ácia las rejiones inferiores, i desapareció.

Dice Piddington que segun su cálculo prudencial, no podia tener aquel rei de los cetáceos menos de ochenta pies de largo i treinta de ancho; i las jentes del pais le aseguraron que se ven con frecuencia, i aun mayores por aquellos mares.

FENOMENO VEJETAL.

El reino vejetal, del mismo modo que el animal, ofrece de tiempo en tiempo fenómenos bien raros.

A tres millas de Quincy en la Florida, se ve un árbol doble, ó sea un pino amarillo que lleva otro, por decirlo así, sobre sus espaldas. Estos dos pinos están unidos por el tronco á la altura de treinta i cinco pies sobre la superficie; i aunque el pino postizo no está pegado á la tierra por sus raíces, i sin embargo de que su adherencia al otro es en posicion inclinada, con todo es mui vigoroso, i chupa abundante jugo que vivifica hasta las ramas mas pequeñas, i se corona todos los años de una hermosa frondosidad, entre la cual queda escondido dicho tronco espurio. Ya hacía muchos años que los indíjenas habian echado de ver este fenómeno singular; pero no habia llamado la atencion de los sabios, ni ocupado la pluma de los periodistas hasta estos últimos tiempos.

Mr. De Candolle habla tambien de otro fenómeno igual, ó sea de un grupo de tres árboles que ofrecia una estructura perfec-

tamente análoga, atestiguando que el árbol del medio no tenía tronco alguno, i que se nutría con el jugo que le trasfundian sus dos compañeros.

Descubrimientos útiles á los asfisiados.

Las teorías, con las que se ha tratado de explicar la asfisia, ó lo que es lo mismo la muerte aparente producida por la suspensión de la respiracion, han debido variar necesariamente con las noticias que han dado los fisiologistas sobre esta importante funcion.

En la época en que no se creiá que la respiracion tuviese otro oficio sino el de facilitar la circulacion de la sangre, se atribuian los fenómenos que constituyen la asfisia á la suspensión de la circulacion causada por la interrupcion de la respiracion. Esta explicacion, que habia sido adoptada por el célebre Haller i por todos

los fisiologistas contemporáneos, cayó por tierra ante la teoría química de la respiración. También la nueva explicación que dió Godwin sobre la asfisia, pretendiendo que la sangre venosa no era bastante estimulante para determinar la contracción del ventrículo izquierdo, i que por lo tanto debía pararse la circulación, fué derribada por Bichat.

Este sabio fisiologista atribuyó por su parte la asfisia á la acción de introducirse en el tejido muscular del corazón la sangre venosa, que segun su cálculo debía producir una instantánea paralización; pero Bichat en los experimentos que hizo al apoyo de esta teoría, advirtió un hecho importante, capaz por sí solo de desacreditarla; i fué que las palpitations del corazón no cesaban sino algun tiempo despues que la circulación se habia parado completamente. Este hecho ha sido puesto fuera de toda duda por los ensayos que ha hecho

el doctor Roy, i que acababan de ser repetidos por el doctor Alison, limitándonos por ahora á insertar el siguiente:

Despues de haber asfisiado un conejo con la ligadura de la tráquea-artéria, fué abierta á los dos minutos la artéria iliaca esterna, i salió inmediatamente una gran cantidad de sangre negra, que casi cesó de correr antes que concluyese el tercer minuto, pero que se paró totalmente á los cinco, sin embargo de que el corazon continuase todavía contrayéndose por algun tiempo espontáneamente.

De aquí, pues, se deduce que no es por falta de accion de parte del corazon que se para la circulacion en los asfisiados, i sí porque los vasos capilares de los pulmones cesan de transmitir la sangre del lado derecho del corazon al izquierdo, i en prueba de ello se observa en las personas que han muerto asfisiadas, que todas las cavidades de la derecha del corazon i la

artéria pulmonar están infartadas de sangre, mientras que las cavidades de la izquierda i los vasos que salen del pulmon están totalmente libres de este derrame.

No es pues en el corazon donde reside el obstáculo, i sí en el pulmon, cuya sangre no puede atravesar por los vasos capilares, i ésta misma era la doctrina de los antiguos. Veamos ahora de qué especie es aquel obstáculo. ¿Es simplemente mecánico segun se creia en tiempo de Haller? No por cierto, porque nada hai que lo pueda descubrir; i esta es una diferencia importante entre la teoría de la asfisia, admitida por los antiguos i la que resulta de los experimentos de los doctores Roy i Alison. Todo cuanto se sabe, es que cuando el aire que llega al pulmon no contiene la cantidad de oxígeno necesario á la vida, los vasos capilares de este órgano dejan de ser permeables á la sangre, i quedan paralizados.

Otros experimentos del doctor Roy i del doctor Edwards han demostrado claramente que la sangre venosa no ejerce sobre el encéfalo ni sobre el sistema muscular una influencia tan desagradable como lo habia creido Bichat, sino mas bien que puede mantener todavía la irritabilidad de los músculos, aunque de un modo menos eficaz que la sangre arterial.

La conclusion práctica de estos hechos es, que para un individuo asfisiado, i que se puede volver todavía á la vida de cualquier modo que haya sido privado del oxígeno, la primera diligencia que debe practicarse, es la de hacer llegar el aire puro á sus pulmones lo mas pronto posible. Entonces los capilares pulmonares, si ya no es demasiado tarde, enviarán á las cavidades de la izquierda del corazon una sangre arterializada, la cual lanzada por este órgano á los demas, les dará á un tiempo actividad i vida; lo que no podría verifi-

carse si el corazon hubiera parado su movimiento por la introduccion de la sangre venosa en su tejido.

[*Revista Británica.*]



MISCELANEA.



Anécdotas curiosas i dichos agudos.

Sófocles dice que el silencio es el mejor adorno de las mujeres; pero que es el que menos aprecian. Se cuenta que un predicador, cansado ya de oír una confusa gritería que se habia levantado en uno de los ángulos de la iglesia mientras que estaba anunciando la palabra divina con el mayor fervor, se volvió ácia el lado de la bulla, i con alguna aspereza impuso silencio, afeando el desacato que se hacía al templo del Señor i á sus inefables misterios. Una

mujer, que no quería recayese sobre su sécso aquella severa reprehension, se dirigió al predicador con la mayor franqueza i desembarazo, i le dijo: Padre, advierta V. que esa escandalosa algazara no es del lado de las mujeres.—Muy bien, hija mia, la contestó aquel celoso sacerdote, muy bien, mucho me alegro que así sea, porque de ese modo concluirá mas pronto.

Habian sido condenados á sufrir la pena de horca dos cristianos i un judío: aquellos por haber robado algunos objetos de plata, i éste por haber sido su encubridor. Cuando ya habian subido los tres reos al patíbulo, llegó la gracia para el judío; mas éste en vez de retirarse de aquel sitio de dolor i espanto, permaneció quieto como una estatua. Habiéndole preguntado el verdugo por qué no se iba á su casa, ya

que habia tenido la rara fortuna de escapar milagrosamente de sus manos, le contestó el israelita: "Estoi aquí hasta ver concluida esta operacion, i asimismo para estar á la mira de hacer algun negocio con la ropa de los ahorcados."

Un carbonero escoces, al enseñar la doctrina cristiana á una hija suya de tierna edad, le pintaba el infierno con los colores mas tremendos. El infierno, le decia, es una caldera encendida que siempre hierve, es un horno de fuego, en el cual armados los demonios con grandes tenazas de hierro, pinchan, golpean i retuercen las almas de los hombres malos, i este fuego nunca se apaga, i aquellas almas arderán siempre, siempre, siempre. Abriendo la niña los ojos á una pintura tan espantosa, le dijo: "Papá, i para mantener el demonio

ese gran fuego, ¿se provée de carbon del
almacen de V?

Un cirujano habia contratado con el enfermero de un hospital el cuerpo de un hombre que estaba prócsimo á morir; pero le encargó que procurase sostenerlo en vida hasta la tarde en que vendría á buscarlo, pues le convenia encontrarlo todavía caliente. Temeroso el enfermero de que la designada víctima espirase demasiado pronto, le hizo tragar en abundancia tazas de caldo i de cordiales, cuyas medicinas obraron tan buen efecto, que luego que salió de la sala el enfermero, se recobró perfectamente el enfermo, i se sintió con fuerzas para levantarse i para bajar al patio á pasear con los convalecientes. Al volver el enfermero á la cama del moribundo la encontró vacía, i asomándose á la

ventana, lo vió dar vueltas con sus compañeros como si nada hubiera tenido. A la sorpresa de este negociante de carne humana, se agregó el sentimiento de haber gastado tanto elixir; pero sus grandes apuros fueron por la tarde, cuando se le presentó el cirujano á pedirle su muerto: preguntándole si lo habia hecho durar algo mas para que se mantuviese calentito. Sí, señor, le contestó el enfermero; demasiado he hecho; pero siento decir á V. una cosa. — ¡I qué hai? replicó el cirujano. ¡Qué ha hecho V. de mi muerto? ¡Ha ocurrido alguna desgracia? ¡Acaso lo ha vendido V. á otro? Esta sería una partida mui infame; cuando se ha hecho un contrato, i se ha recibido la caparra, la jente honrada no falta nunca á su palabra. — Yo soi hombre de bien, le contestó el enfermero; pero dígame V. — No, nada quiero oír; ya veo que V. es un hombre de mala fé, será esta la última vez que yo me meta en negocios

con V.—Pero, hombre, yo quería conservar el enfermo tres ó cuatro horas mas, á fin de que lo hallára V. caliente como deseaba; más al suministrarle los elicsires, anduve demasiado jeneroso, i aquel maldito se me ha escapado, de modo que aunque ya es bastante tarde todavía no ha vuelto, ni parece tiene muchas ganas de volver á su cama, como si hubiese adivinado lo que tratábamos de hacer con él.— Esto no puede ser; V. es un embustero; ningun enfermo grave puede levantarse de la cama cuando un enfermero se ha comprometido de buena fé á vender su cuerpo. V. es un solemnísimos pícaro que me ha engañado. ¡Cuántas aplicaciones puede tener este cuento!

Un hombre preguntaba á Aristipo el filósofo, de qué clase habia de ser la mujer

que pudiera hacerle mas feliz en el matrimonio: "No sé, contestó aquel sabio; porque si es hermosa, tendrás muchos quebraderos de cabeza; si es fea, te desagradará; si es pobre, te arruinará; i si es rica, te dominará. Ahora, pues, decídeté." (1)

Al ver este mismo Aristipo un dia á Diógenes comiendo legumbres, le dijo: "Si Diógenes supiera hacer la córté á los reyes, no tendría que vivir de legumbres;" i Diógenes le contestó: "Si Aristipo supiese vivir de legumbres, no tendría que arrastrarse como una culebra delante de los reyes."

[1] Es demasiado severo el señor Aristipo en el modo de juzgar al bello séeso; i su oposicion al nudo nupeial está bastantemente marcada para que no miremos con desconfianza sus sentencias.

Habiendo sido preguntado el legislador Licurgo, por qué habia prescrito que las muchachas se casáran sin llevar dote al matrimonio, respondió: *”Porque quiero que la pobreza no sea un obstáculo para contraer estos vínculos, i que las riquezas no influyan en ellos de modo alguno.”*

Unos soldados persas se jactaban delante de un espartano, de que los dardos i javelinas del ejército de su soberano eran tan numerosos, que oscurecerian al sol: *”Tanto mejor, respondió el espartano, así peharemos á la sombra.”*

Cornelia, hija del grande Escipion, i esposa del cónsul Sempronio, se hallaba un dia en tertulia con algunas de las prin-

principales damas romanas, las cuales estaban haciendo pompa i ostentacion de sus joyas, pedrería i adornos. Habiendo invitado á Cornelia á que enseñara las suyas, las convidó á su casa esta respetable matrona, i habiéndolas presentado sus hijos, á los cuales habia dado una esmerada educacion para la gloria de su patria, las dijo: "*Hé aquí mis joyas, hé aquí mis galas.*"

BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ

Uno de los amigos de Zenon le dijo, que el amor era cosa indigna de un filósofo. Si así fuera, contestó aquel sabio, sería mui triste la suerte de las mujeres, no pudiendo ser amadas sino por los tontos.

La disciplina militar era observada con

tanto rigor en Lacedemonia, que habiendo oido un soldado tocar la retirada, cuando ya tenia levantada la espada sobre un soldado del ejército contrario, dejó de dar el golpe por obedecer al toque, diciendo: *”Vale mas obedecer á su jeneral, que quitar la vida á un enemigo.”*

Los hotentotes del cabo de Buena-Esperanza se presentaron con mucha arrogancia á los primeros holandeses que desembarcaron en aquellas playas, i les dijeron: *”Estranjeros que venís de tierras lejanas, vosotros no sois sino hombres como nosotros; si quereis que reconozcamos vuestra superioridad, haced cosas superiores á nuestro alcance ó á nuestras fuerzas, i entonces os rendiremos homenaje. I si á vuestro mayor saber agregais la rectitud i la justicia, os admiraremos, i nos pres-*

taremos á cuanto querais ecsijir de nosotros.” Adriano Vandersteel, comandante de aquella espedicion, quedó un poco cortado con aquella arenga; pero pronto le ocurrió una idea feliz i oportuna. Pidió ser admitido en la asamblea de la tribu hotentota, i tomando un gran vaso de aguardiente en la mano, aplicó la llama, é invitó á los mas atrevidos i esforzados de la asamblea á que bebiesen aquella copa de fuego: asombrados aquellos salvajes con esta prueba portentosa para ellos, rehusaron el convite: ”Pues bien, les dijo Vandersteel, yo haré lo que tanto os arredra; habeis dicho que queriais un milagro, aquí lo teneis, i vació de un trago la copa infernal.” Desde entonces se estrecharon en íntimas relaciones ambos pueblos.

Se habian reunido unos contratistas en la antesala de un intendente jeneral, esperando que estuviera visible su señoría para ajustar una gran contrata relativa al abasto del ejército. Un sujeto que iba á ver al mismo intendente, aunque por otro motivo bien diferente, se paseaba por la misma antesala con aire mui pensativo. Creyendo los especuladores que aquel era un licitador rival que podia descomponer su negocio, se acercaron á él, i observando en sus contestaciones una reserva i una tendencia misteriosa, se confirmaron en su primitiva creencia; por lo cual se determinaron á hacerle algunos ofrecimientos metálicos si desistía de una empresa, en la que no habia pensado ni remotamente.

Conociendo éste sin embargo su favorable posicion, debida al error de los contratistas, finjió recibir con desden las primeras proposiciones, hasta que le hubieron

brindado con diez mil pesos, asegurados con todas las garantías que debían inspirarle una absoluta confianza. Se retiró entonces este dichoso personaje, dejando para otro día la evacuación del negocio que lo había conducido á casa del citado intendente, i congratulándose por este golpe de fortuna, debido á la mas rara casualidad.

Habiendo visto un lacayo entrar un hombre ocultamente en el aposento de su señora, fué á avisar á su amo, personaje mui importante en la corte. El marido, hombre prudente, se arma de una pistola, sube i manda al lacayo que esté á la puerta de la habitacion; entra, i sorprende en efecto á su mujer. Dirigiéndose al amante, le dice que salte por la ventana si quiere salvar la vida. Aunque el salto era

peligroso, no titubeó sin embargo en tomar este partido; salió entonces el marido reprendiendo duramente al criado por haberse atrevido á calumniar á su señora; por cuyo medio salvó el honor de ambos.

El emperador Mahmoud I tuvo aviso de que uno de sus oficiales habia arrojado de su casa á un pobre labrador para gozar de su mujer, de sus hijos i de sus bienes. Se dirijió en seguida á esta casa á tiempo que estaba dentro el asesino de aquella familia, i apagando las luces se arrojó contra él i le quitó la vida. Ejecutado ya este castigo, mandó encender las luces, i así que hubo visto el cadáver del culpable, se hincó de rodillas para dar gracias á Dios con el mayor fervor, i á su continuacion pidió le diesen de comer.

Observando la estrañeza que habian

causado sus acciones en los que las habían presenciado, les dijo: "Yo creí que el autor de estas maldades no podía ser sino alguno de mis hijos; i deseando hacer justicia seca sin consideracion á la ternura paternal, busqué las tinieblas para ponerme al cubierto de toda debilidad. He reconocido felizmente que el culpable es un extraño, i no me canso de agradecer al cielo este beneficio: he pedido de comer, porque el desasosiego que se habia apoderado de mí no me habia permitido tomar alimento alguno.

Un sultán de Constantinopla, que aborrecia el tabáco, prohibió su uso en todos sus dominios. Fué avisado que Aze-mant bey, uno de sus favoritos, se burlaba de sus órdenes, i fumaba como siempre. Su alteza, que tenia de costumbre ron-

dar de noche por las calles de la capital para ver si se obedecian sus mandatos, se presentó en casa de Azemant, disfrazado de santón, i acompañado de varios bajaes con igual disfraz. Se les abrió la puerta, i fueron conducidos en derechura á un subterráneo soberbiamente decorado é iluminado. Al momento le presentaron pipas i tabaco, que fueron aceptadas por todos menos por el sultan, el cual contuvo algun tiempo su furia aunque no sin algun trabajo. Dirijiéndose finalmente al amo de la casa sin darse todavía á conocer.”

”¿Ignora V., le dijo, las órdenes severas de su alteza contra el tabaco?—No, seguramente, le contestó el astuto Azemant, reconociendo en la voz al mismo emperador; yo he creido que su alteza tenia un poder absoluto sobre la tierra i no debajo; ya V. ve que yo he tomado mis precauciones, i que conmigo no pueden entenderse sus veneradas ordenanzas. Con

esta ingeniosa ocurrencia se salvó de su ruina.

Un hombre escesivamente grueso se presentó en un día de alarma á apaciguar un tumulto: todos los amotinados se echaron á reir. Formalizándose el respetable personaje les dijo con mucha calma. "¿Os reís de mi gordura? Mas os pasmariais si vierais á mi mujer, que es mucho mas corpulenta que yo. Sin embargo, cuando estamos en armonía cabemos en una cama; pero cuando reñimos no cabemos en la casa por grande que sea." Esta cita tan oportuna i tan moral tranquilizó los ánimos, i calmó la sedicion.

Un lacedemonio, llamado Thectame-

nes, que habia sido condenado á muerte por los Eforos, iba al suplicio riendo i cantando. Se trató de correjirlo por una burla tan insultante, que creian era dirigida contra los jueces. "No, replicó el reo, yo me regocijo al considerar que me han condenado á una multa que puedo pagarla sin pedir prestado á nadie."

Un caballero necio echaba en cara á Ificrates la oscuridad de su nacimiento; á lo cual contestó aquel esforzado guerrero: "*Yo seré el primero de mi familia, i tú serás el último de la tuya.*"

Este mismo Ificrates fué citado ante un tribunal en tiempo de guerra, i al comparecer en él, dijo al acusador: Cuán mise-

rable eres que obligas á mis conciudadanos á perder el tiempo en juzgarme, en vez de marchar todos bajo mi direccion contra el enemigo.

Toda la córte de Filipo el macedonio, le aconsejaba que castigase la ingratitude de los peloponesios, que lo habian silvado públicamente en los juegos olímpicos.

”Nada de eso, replicó Filipo, ¿qué no hará ese pueblo si lo castigo, cuando no habiéndole dispensado mas que favores, se ha atrevido á mofarse de mí?”

La hija de Pisistrato fué solicitada en matrimonio por un rico tonto i por un pobre con mucho talento; el padre elijió á este último por su yerno, diciendo: ”Mas

quiero hombre que necesite de caudal, que caudal que necesite de hombre."

Habiendo preguntado un dia á Pirro, rei de Epiro, cuál le parecia mejor tocador de flauta, Cefiso ó Python: "Poliperconte, contestó, es el mejor capitan de mi reino."

Al ver Pomponio Silo que Mario estaba aguardando una ocasion favorable para salir de su campo, le dijo: Si tú eres tan famoso jeneral como se crée, sal de tus atrincheramientos i ven á pelear conmigo. —Si tú eres tan buen jeneral como te lo figuras, le contestó Mario, obligame á salir para darte la batalla.

ECONOMÍA.



*¿Son mas convenientes á la riqueza públicas
las haciendas grandes ó las pequeñas?*

Antes de internarnos en esta importante cuestion, será preciso que fijemos un punto desde el cual pueda decirse grande una hacienda ó pequeña; i nos parece que el cálculo mas arreglado es el de dar el primer título á aquella, cuyo cultivo ocupe de dos á doce arados, el título de mediana á la que tan solo necesite de dos á uno, i de pequeña á la que se cultive con los brazos del hombre sin auxilio del arado, ó á

la que si se trabaja con arado, sea tan solo por corta temporada.

La Inglaterra, que es el pais en donde se conoce mejor la agricultura, está dividida en grandes haciendas, pues hai condados en los que apenas se halla un pegujalero. La Francia por el contrario se compone en su mayor parte de pequeños propietarios. Ambas naciones sin embargo han prosperado, aunque bajo principios tan opuestos; i como por otra parte no está bien resuelta para todos la cuestion de si es mas útil para un estado el que la propiedad esté acumulada en pocas manos, ó repartida en muchas, si bien la mayoría se decide por lo segundo, espondremos las razones que se nos ofrecen en pro i en contra á fin de que nuestros lectores adopten las que crean mas arregladas, ó que mas convenzan su entendimiento.

Principiaremos por presentar el cotejo de las haciendas grandes i pequeñas en

cada uno de los objetos fundamentales de la economía, que segun dejamos sentado en la obra que acabamos de publicar sobre esta ciencia, (1) se reducen á tres, i son: 1.º disminuir durante la produccion la fatiga, la molestia, el tiempo, las primeras materias i los locales ó espacios; 2.º aumentar en los productos la masa, la duracion i la perfeccion; i 3.º hacer con fuerzas adicionales lo que no es dable sin ellas.

Puntos de ilustracion.

1.º Las grandes haciendas están provistas de carros, bueyes i caballos, de modo que un solo hombre con uno de los primeros i con un par de los segundos transporta en el mismo tiempo los jéneros que ocuparian á veinte sin dicho auxilio.

[1] Revista jeneral de la Economía política, tomo 1.º, página 65.

2.º Los trozos pequeños i ángulos irregulares, que son mayores en la subdivisión de propiedades, no pueden cultivarse con el arado, sino con la hazada; lo que equivale á aumento inmenso de molestia.

3.º Siendo mas continuas las labores por ser diversas i mas bien repartidas en las haciendas grandes; suministrando ocupacion segura á los hombres viejos i muchachos, pudiéndose disfrutar de las ventajas de la division de trabajos; bastando un solo hombre para inspeccionar aquella misma estension de terreno, que subdividida ocuparía tres ó cuatro, se ve cuán grande es el ahorro de tiempo en los hombres i en los animales, i con cuánta mayor oportunidad pueden hacerse todas las labores de la agricultura.

4.º La necesidad de esperar el arado que se toma en alquiler perdiendo á veces las mejores ocasiones para el cultivo; los trasportes hechos cuando mas á lomo de

asno, ya que no sea sobre los hombros del propietario; las idas i venidas á tantas fracciones sueltas; la mayor ocasion de disputas i pleitos; la venta i compra de frutos por menor en el mercado ect., son otros tantos defectos de las haciendas pequeñas.

5.º La reunion de los campos, i la presencia de grandes fuerzas como carros, bueyes, mejor calidad de aperos i máquinas, sustraen con prontitud las cosechas á las intemperies atmosféricas. Se hacen compras por mayor á su tiempo mas baratas i de mejor calidad, i aun sin apronto de capitales, i sin las usuras á que están sujetos los pequeños propietarios por la desconfianza que inspira su pobreza. Se aprovechan mejor todos los desperdicios, siendo éstos mayores cuando se trata de pequeñas porciones. Las oficinas de labor i vasijas ect., se limpian i se conservan con el mismo gasto que las

pequeñas; de todo lo cual resultan multiplicados ahorros.

6.º Se necesita dar mayor jornal cuando se trata de ocupar pocos días á un peon; mayor cantidad de aperos de labranza para cultivar las pequeñas haciendas respecto de las grandes; mayor cantidad de fuegos, luces i utensilios de cocina, en tantas casas pequeñas, cuyos gastos podrían quedar reducidos próximamente á un décimo si diez de estas estuviesen refundidas en una grande; hai asimismo mayor desperdicio de semillas; obras comenzadas i no concluidas por falta de fondos, que son otros tantos gastos adicionales.

7.º Una sola habitacion sirve para muchos criados; i un mismo granero i bodega pueden bastar para las grandes cosechas.

8.º Las sendas, las cercas i las acequias ocupan mucho mayor terreno con la subdivision de propiedades.

9.º En las grandes haciendas pueden cambiarse fácilmente las semillas; de lo que resulta aumento de producción. La ganancia que resulta de criar dos vacas, es mas del duplo de lo que produce una sola, i aun mas si se conservan los terneros.

10.º La escasez ó mala calidad de los bueyes, la pérdida de labores cuando un animal enferma ó muere no habiendo medios para reemplazarlo prontamente, es causa de la imperfección de los trabajos i de la disminucion de productos.

11.º El gran propietario ó rentero puede hacer especulaciones sobre el ganado i mejorar sus castas i todas sus labores; i como que se hacen con abundancia de medios, adquieren mayor perfección.

12.º Careciendo de comodidades para sacar el mejor partido de las cosechas, no pueden éstas adquirir la perfección debida.

13.º Las eventualidades que destruyen

los granos i demas producciones de las tierras son menores cuando éstas están reunidas en trojes i almacenes espaciosos, bien ventilados, aseados i secos.

14.º Diez propietarios pequeños consumen proporcionadamente mas combustibles que tres grandes; de cuyo principio resulta la menor duracion de los bosques.

15.º Las obras hechas por un individuo son mas prontas i sólidas que las comunales; porque en este segundo caso se oponen á la buena intelijencia i union que debiera ecsistir, la terquedad ó ignorancia de unos, la inercia de otros, la envidia i el interes personal de no pocos, la escasez de capitales de los mas, i aun el espíritu de contrariedad que no deja de ser frecuente.

16.º Los pequeños propietarios no pueden hacer ninguna de aquellas mejoras que requieren capitales abundantes; i aun en ciertas épocas en que los jornales están mui

altos, se ven en los mayores apuros para concluir las labores mas necesarias, debiéndolas interrumpir algunas veces, hasta que á fuerza de sacrificios han podido hallar fondos anticipados para salir de sus ahogos.

17.º Es mui fácil la venta de granos en grandes partidas, porque se puede concurrir á la saca de ellos con barcos, carros ó grandes recuas, sin necesidad de perder tiempo como se pierde cuando se tienen que recorrer varios pueblos ó almacenes para completar su surtido; de lo cual resulta que el comprador puede pagarlos algo mas caros; i hé aquí un aumento de ganancia para el propietario en grande.

18.º Si se trata de ganados, resultan considerables ahorros al propietario, cuando puede sostener por sí solo una fábrica de queso, empleando oportunamente i sin desperdicio alguno toda la leche

que saca de sus vacas i ovejas.

19.º Ocupan proporcionalmente menos operarios las haciendas grandes que las pequeñas, porque una parte de los brazos puede suplirse en gran manera con la abundancia de bueyes, carros i máquinas.

20.º Los grandes propietarios pueden hacer anticipaciones de grandes fondos sin los quebrantos á que están sujetos los pequeños.

Contra las grandes haciendas sin embargo se ofrecen las siguientes objeciones.

—El suelo, el clima, la poblacion, los capitales, el consumo, i la mayor ó menor salida de los productos, pueden admitir diversos sistemas de cultivo, i ser éstos contrarios á la grande estension de las haciendas, por ejemplo en los casos en que no pueda hacerse uso de los arados i de los carros, como sucede en las posesiones situadas en los paises montuosos, ó cuando se trata de pequeños plantíos que re-

quieren el auxilio continuado de los brazos del hombre, como es el cultivo de las verduras, de las frutas, del tabaco, i de las plantas oleosas i colorantes.

La mayor dificultad de ejecutar puntualmente i en tiempo oportuno todas las operaciones que requieren las haciendas grandes, porque necesitando de mas jente para las épocas de sementera i recoleccion, no dejan de sufrir alguna pérdida si faltan los brazos auxiliares que suelen venir de otros paises comarcanos. Una ventaja sin embargo se presenta, que hace las mas de las veces nulo este inconveniente, i es la diferencia de climas en una misma provincia ó reino, la que adelantando en unos puntos la cosecha mas que en otros, permite á los jornaleros acudir á varios de ellos gradualmente, como se ve en España en tiempo de siega. Sin esta circunstancia. i si todos los frutos estuvieran á un tiempo en sazon, se perdería una

parte de las cosechas, cuyo daño sería mayor por de contado en las haciendas grandes que en las pequeñas.

Los economistas del siglo pasado decidieron la cuestión de un modo absoluto, i casi unánime. Ecsajerando la idea de la propiedad territorial, opinaron que debían multiplicarse los propietarios, es decir, subdividirse las haciendas hasta el infinito; i se fundaron en las razones siguientes.

1.^a En el derecho inherente á todo ciudadano de ser propietario.

2.^a En que estando dividida la propiedad deberian ser mas copiosos los productos;

3.^a I la poblacion mas abundante.

Hé aquí como se esplica el erudito Verri á favor de dicha subdivision. "El fin „por el que los hombres han establecido „en la sociedad la forma de diferentes go- „biernos, i por el que concurren actualmen-

„te á conservarla, es ciertamente el de la
„propia felicidad. De aquí resulta que el
„objeto de toda legislación no puede sepa-
„rarse de la felicidad comun sin una cor-
„rupcion violenta de principios, de los
„que emana la misma fuerza legisladora.
„Así, pues, si las riquezas i si las hacien-
„das son un bien, el primero de los dere-
„chos del hombre, no puede menos de
„querer que las riquezas i las haciendas
„estén divididas entre el mayor número
„posible de individuos.” (1)

En la época de la revolucion francesa, cuando se pretendia que la felicidad habia de bajar á la tierra en persona, se proclamaron iguales principios. Insistiendo Condorcet en que se vendiesen los bienes nacionales en pequeñas partidas, decia: “Los principios de la constitucion france-
„sa no pueden conducir á un orden pací-

[1] Verri, tom. 3, páj. 340 i 341.

„fijo i duradero, sino en un país en el que
„la pluralidad de las cabezas de familia
„que habitan en el campo posean una pro-
„piedad territorial. La asamblea nacional
„ha conocido esta verdad. Todas las leyes
„que influyan en la division de riqueza
„tienden á favorecerla; esta ha podido con-
„siderar la venta de los bienes del clero
„como una circunstancia feliz que habia
„de multiplicar en poco tiempo el número
„de propietarios i producir en el curso de
„algunos años un cámbio de tal naturale-
„za, que hubiera necesitado de muchas
„jeneraciones para realizarse sin este a-
„poyo. La prosperidad pública ecsije que
„las propiedades estén divididas, i que
„la mayor parte de las cabezas de fami-
„lia esté adherida á la agricultura por la
„propiedad, del mismo modo que debe es-
„tarlo á la patria por la bondad de sus
„leyes.” (1)

[1] Condorcet, tom. 20, páj. 210 i 212.

Antes de Condorcet emitió igual opinión el célebre Genovesi, cuando tratando de poner los medios mas eficaces para evitar la decadencia de los bienes eclesiásticos, repetía, *nivelad, nivelad, pero en pequeñas porciones.*

En otras muchas partes se han tomado iguales disposiciones, i aun se ha prohibido que ciertos terrenos, especialmente los mas próximos á las poblaciones, pudieran venderse por mayor; pero la experiencia ha acreditado que muchos aldeanos con el afan de ser propietarios se decidían á comprar dichos bienes aun á precios mui altos, de lo que resultaba su impotencia para cultivarlos. La tierra con efecto necesita de dinero para los gastos primitivos, para los gastos anuales, i para la manutencion del propietario: i si á la falta de medios para estas atenciones se agrega la de ganado, carros i buenos aperos para simplificar los trabajos, i asi-

mismo la escasez de abonos de que adolece todo propietario pequeño, se verán los inconvenientes que trae la tan decantada subdivisión de las riquezas.

Las mismas razones hacen ver el errado cálculo de Filanjieri cuando dice: "Que „una lei que en la compra de haciendas „diese, á igualdad de circunstancias, la „preferencia á los no propietarios, i que en „el concurso de dos compradores, ambos „propietarios, la diese á quien poseyere „menor cantidad de terreno, sería utilísima „para facilitar la difusion de las riquezas, „siempre relativas á la de la propiedad."

De varios modos pueden combatirse las teorías que acabamos de insertar.

1.º Porque si tuviera fuerza la razon de que todos tienen derecho i deben ser propietarios, sería preciso tambien conceder que cada uno debiera tener un pequeño palacio ó una casa, porque estos edificios no dejan de ser un bien, del

mismo modo que las haciendas.

2.º Porque siendo asimismo un bien el estar constituido en la clase de amo para mandar á sus criados, no es menos impracticable la idea de que todos se hallen en el primer caso.

3.º Porque los honores son igualmente un bien: pero si todos los obtuviesen, ¿de qué servirían?

4.º Porque pretender que se realice en todos los casos la misma suma de bienes, es querer que la actividad se confunda con la inercia, i que cese todo movimiento que no sea de imperiosa necesidad.

No es pues el reparto igual de los bienes que se debe predicar, sino la posibilidad igual de obtenerlos, garantizada á todo el que cumpla con ciertas condiciones determinadas. La perspectiva de estos bienes, embellecida con la esperanza, es bastante para difundir la vida i el movimiento en la máquina social, del mismo

modo que la muestra de un premio basta para escitar la enerjía de muchos concurrentes, aunque sea uno solo el que deba disfrutar de él.

”Es claro, continúa el citado Verri, que „en donde las grandes posesiones están „reunidas en una sola mano, el opulento „propietario despliega menor actividad „que los pobres ó medianos, los cuales „dependiendo de un pequeño patrimonio „se ven precisados á hacer los mayores „esfuerzos i sacrificios para aumentar sus „productos; por lo que el total de la cose- „cha es siempre mas abundante cuanto „mas repartida esté la propiedad, i es ma- „yor de consiguiente la riqueza real i ver- „dadera de un estado.” (1)

”Un pequeño propietario, dice Smith, „que reconoce todos los rincones de su

[1] Verri, tom. 3, páj. 341.

„pequeño territorio, que vela sobre toda
 „su hacienda con aquella esmerada aten-
 „cion que inspira la propiedad, i sobre
 „todo una propiedad pequeña, i que por
 „tal razon se complace no solo en culti-
 „varla sino en embellecerla, es en jene-
 „ral el que ejercita mejor su industria i su
 „intelijencia, i el que saca mejor partido de
 „sus trabajos.” (1)

El conde Mengotti repite las ideas de Verri i de Smith del modo siguiente:
 „¿Quién ignora que la tierra es tanto mas
 „cortes i fecunda cuanto que está mas re-
 „partida i dividida?—Con efecto, se em-
 „plea en ella mayor número de familias,
 „multiplica los brazos i el trabajo, i la ma-
 „yor suma de brazos i de trabajos hace el
 „cultivo árduo mas activo, mas diligente
 „i mas minucioso; se saca partido de to-
 „dos los ángulos de un campo, i hasta el

[2] Smith, tom. 2, páj. 480.

„último palmo de tierra está regado con el
„sudor del laborioso aldeano.”

El célebre Arturo Young, que es reconocido jeneralmente por el primer agrónomo de la Inglaterra i aun de Europa, responderá por nosotros á las anteriores objeciones; i nos parece que sus razones dejarán bien demostrada esta cuestion. Dice así: ”Finalmente, como resultado jeneral
„de todo lo que he adelantado debo añadir,
„que segun las observaciones mas atentas
„tengo justos motivos para creer que las
„cosechas de los pequeños renteros no son
„casi nunca tan buenas como las de sus
„vecinos mas acomodados. Es pues claro
„que la cantidad, del mismo modo que el
„valor del producto de las pequeñas ha-
„ciendas, es menor en razon de su peque-
„ñez, i que pierde por lo tanto el rentero
„i el público.” (1)

[1] Young. Cultivador inglés, tomo 9,
páj, 77,

„Pero si se quiere conocer toda la ven-
 „taja que llevan las grandes haciendas
 „sobre las pequeñas, añade el citado es-
 „critor, que se pregunte cuál es el rentero
 „que abona mejor sus tierras, que saca
 „mas estiércol de las ciudades, que cava
 „mas pozos de creta ó de marga, que cul-
 „tiva mas nabos, que planta mayor can-
 „tidad de guisantes, habas, patatas, coles,
 „zanahorias ect.? ¿Quién es el que sangra
 „mejor las tierras húmedas, que hace fo-
 „sos mas anchos i profundos, que da me-
 „jores métodos á las tierras, i que em-
 „prende mejor los descuajes? Se verá pues
 „que en todas las operaciones, las hacien-
 „das grandes están infinitamente mejor
 „trabajadas i cuidadas que las pequeñas.
 „Esta es una verdad que conoce todo el
 „que sabe distinguir la cebada del tri-
 „go.” (1)

[1] Young. Cultivador inglés, tomo 9, páj. 313.

Contra los argumentos de Verri, Smith, i Mengotti se presenta otra autoridad que no deja de ser respetable: tal es la de Bell, quien asegura que las haciendas pequeñas que no pasan de 30 á 40 yugadas de tierra, (1) no dan mas producto que el de dos cuarteras inglesas por yugada, al paso que las grandes posesiones de 200 ó mas yugadas dan el cinco que es mas del duplo. Segun el dicho escritor las grandes haciendas dan trigo para mantener una persona por yugada, despues de haber provisto á la manutencion de todos sus cultivadores, mientras que las pequeñas no tienen por lo regular grano alguno que vender.

[1] La yugada de tierra, ó sea el acre de Inglaterra, se compone de 354 estadales reales; la fanega de Castilla hace 576 estadales; con que un acre viene á componer media fanega i $7\frac{1}{2}$ estadales, es decir, poco menos de tres cuartas partes de fanega.

”Seiscientas yugadas divididas en 10
„haciendas necesitan de 20 caballos para
„su cultivo; pero si están reunidas en una
„sola posesion, se podrá hacer el mismo
„trabajo con doce.” (1)

Segun el citado Young si una nacion
tiene 30 millones de yugadas de tierra
divididas en un millon de haciendas de á
30 yugadas cada una, necesitará de 2 mi-
llones de cultivadores i de 3 millones de
caballos. Si la misma cantidad está dividi-
da en 541.000 haciendas de á 55 yugadas
cada una, necesitará de 1.635,000 cultiva-
dores i de 2.725,000 caballos. Si la mis-
ma está repartida en 341,000 haciendas de
88 yugadas, podrá hacer igual cultivo con
1.364,000 labradores i con 2.049,000 ca-
ballos. Hé aquí pues un ahorro de 636,000
agricultores i de 951,000 caballos que

[1] Bell, de la carestía, páj. 75.

proporcionan las grandes haciendas respecto de las pequeñas. (1)

Debe advertirse sin embargo que las grandes haciendas tienen un límite, franqueado el cual se hacen ilusorias las ventajas descritas.

Esforzando el conde Verri sus argumentos contra las grandes haciendas, dice, que éstas disminuyen la población, i que empleando las pequeñas mayor número de brazos, deben ser preferidas.

No concebimos cómo este sabio escritor haya incurrido en tamaño error; porque según sus doctrinas sería preciso proscribir todas las máquinas i confiar estas operaciones á los ganapanes; sería preciso asimismo quemar todos los barcos de va-

[1] Este cálculo está formado sobre la base de que se necesitan 30 yugadas de tierra para emplear un arado, i dos agricultores fijos con tres caballos, es decir, un agricultor por cada 15 yugadas i un caballo por cada 10.

por, i emplear 40 ó 50 hombres en cada uno de ellos para conducirlos á remo; i sería preciso finalmente dar en tierra con todos los inventos de las matemáticas, i con todos los descubrimientos que simplifican los trabajos; pues que solo debe ser atendido i estimado lo que ocupa mayor número de brazos.

De cuanto llevamos dicho para dilucidar esta cuestion resulta:

1.º Que la propiedad repartida en pequeñas fracciones es menos productiva para los individuos i para los Estados.

2.º Que las inmensas haciendas son igualmente perjudiciales, porque sobre no poderse prestar á ellas una atencion tan asidua i esmerada, vinculan en cierto modo la propiedad, dejando á los demas habitantes á la merced de estos grandes propietarios, con visible detrimento de la industria i de la competencia i emulacion,

tan necesarias para que progresen los diversos ramos de la riqueza pública.

3.º Que son preferibles las medianas haciendas, en las que la acción del propietario alcanza á todos los puntos, presuponiéndose que le asistan los medios para anticipar los gastos necesarios al buen cultivo sin las contingencias i apuros que aflijen de continuo á los pobres pegujaleros.

4.º Que debe entenderse lo mismo en cuanto á los renteros, porque es una imprudencia tomar en arrendamiento grandes propiedades, cuando faltan los medios para desempeñar libre i desembarazadamente todas las labores del campo.

”Los labradores, aconseja Columela, „no deben comprar mayor heredad que la „que pudieren cómodamente labrar; i lo „confirma con la sentencia de los cartajineses, de que la heredad ha de tener menos fuerza que su dueño, para que éste

„la vena i no sea vencido por ella en el cultivo.” (1)

Los mohedanos ilustrando á Columela, adoptan con solidez esta doctrina, pues á continuacion de la nota que acabamos de citar se esplican así: ”Este es uno de los principales motivos del atraso de la agricultura en España, i especialmente en Andalucía. Vemos en esta provincia unos cortijos de tanto terreno, que es moralmente imposible que los labradores los cultiven con la ecsactitud i prolijidad correspondiente. Es verdad que mantienen mucho ganado i jente para su labor; i solo siembran anualmente una tercera parte del terreno, dejando otra de barbecho, i la restante para cercado ó dehesa. Pero como es de tanta estension la hoja que labran, no pueden sembrarla toda en buena sazon, ni darla prolijamente todas

(1) Columela apud mohedanos, páj. 100.

„sus labores. Además gastan mucho tiempo en segar las mieses, barcinarlas, ó conducir las á la era, trillarlas i sacar el grano. De aquí se sigue que mucho se pierde en los rastrojos por hallarse muy secas las espigas al tiempo de la siega ó de la barcina. Si el año es muy abundante, se pierde otra buena porción por llegar el invierno, ó las aguas del mes de setiembre, antes de haber concluido las faenas del agosto.”

„Este, i otros inconvenientes, se evitarían si los cortijos fueran de menor extensión, porque repartido el terreno entre muchos labradores, lo cultivarían mejor; i en los años abundantes tendrían mas proporción para recojerlo á su tiempo oportuno. Así sucede en esta vega de Granada, donde se cultiva mucho mejor el trigo que en la Andalucía baja, se recojen las mieses á buen tiempo, i jamas se pierden aunque vengan temprano las

„aguas. Lo mismo sucede en otras pro-
„vincias de España, donde se halla tam-
„bien el terreno repartido en suertes, ó pe-
„queñas porciones, de modo que lo pue-
„dan labrar bien muchos colonos, i evitar
„los inconvenientes que se siguen en las
„grandes labores de la Andalucía baja.
„No se ha ocultado esta verdad á muchos
„sabios i celosos españoles, que han de-
„clamado contra un abuso tan perjudicial.
„Pero bien conocemos la dificultad del re-
„medio. A nosotros solo nos toca adver-
„tir á estos labradores, que cincuenta fa-
„negas de tierra bien cultivadas, produci-
„rian mas que cien labradas con el aban-
„dono i descuido que hemos referido. Esta
„es una mácsima fundamental de la agri-
„cultura, comprobada por la esperiencia
„i recomendada por todos los escritores
„antiguos i modernos. En virtud de ella,
„todos los labradores se deben ceñir á no
„abarcar mas terreno que el que puedan

„cultivar con la ecsactitud i esmero cor-
respondientes, como dice nuestro Colo-
„mela.” (1)

[1] Ferrer. Memoria sobre el fomento i
progresos de la agricultura, párr. 2, páj. 12,
13, 14 i 15.



POLÍTICA.



Teorías gastronómicas. (1)

Tenga V. buena mesa, i obsequie V. á las señoras: estas fueron las instrucciones que dió Bonaparte á su embajador,

[1] La mas grave i la mas sabia de las revistas inglesas, titulada **THE QUATERLY REVIEW**, no se ha desdeñado, en uno de sus números, de consagrar mas de cincuenta páginas á la fundacion de una buena teoría gastronómica. Ha tomado por bases principales los ejemplos i las máximas del **ALDERMAN** (reji-dor) Walker, hombre mui singular, i cuyo

Mr. de Pradt. El que sepa ejecutar lo uno i lo otro con galantería i talento, no caerá jamas en desgracia. Sé yo de un diplomático antiguo, mui limitado i mui fatuo, el cual se sostiene tan solo por las comidas que da. Es verdad, decia uno de sus cólegas, (a quien se le hacía presente la nulidad i mentecatez de este personaje) que el pobre Adonis es un poco ridículo; convendré aun en que lo es demasiado; pero se come bien en su casa.—Los progresos de la reforma inglesa se deben á las hazañas gastronómicas. Son con efecto los convites de lord Sefton i de lord

papel, que publica periódicamente con el nombre del ORIGINAL, es una de las escenticidades mas picantes de Inglaterra. El extracto que vamos á dar encierra, por decirlo así, la esencia de estas preciosas teorías, i se recomienda como los DEIPNOSOFISTAS de Atenas, por una mezcla feliz de anécdotas divertidas i de preceptos del buen gusto.

Holland, los que han dado impulso al movimiento reformador. Las tertulias del duque de Sussex i de lord Landsdowne han completado el triunfo radical.

He visto en casa del duque de Sussex al príncipe de Talleyrand conversando con lord Brougham i á uno de los hermanos de Bonaparte, que con el codo apoyado sobre el mismo sofá los estaba escuchando.

La comida es un poder, del cual han hecho un uso importante en estos últimos tiempos la ciencia, la riqueza i la política. Nada hai de mas hermoso que las tertulias del sábado de Mr. Babbage. Allí se ven agrupados en un ángulo de la sala las beldades mas frescas i mas brillantes de nuestra metrópoli; tambien la espresiva hija de lord Byron, la que este jenio superior apellidó con el nombre de Ada, i que es el último bástago de su familia; las lindas sobrinas de milady Morgan, i

Otra porcion de mujeres célebres por su sobresaliente ingenio, rivales de la juventud i de la lozanía.

Imajínese V. qué podrá hacer el aventurero político ó literario trasportado al centro de esta hechicería. Con el estómago contento i satisfecho, con los ojos encantados de ver las mas hermosas formas, embriagado con elocuentes miradas, feliz de hacer parte de un círculo tan brillante, tomando los colores que mas predominan en aquella sociedad, no pertenece á sí mismo. Es un orador que viene á dar golpe; un poeta cuyo primer ensayo es un triunfo; un novelista cuyo elogio se halla en los papeles públicos. Se abren todos los poros de su vanidad, no es hombre de partido, tan solo piensa en una conquista que es la de la reputacion.

¿Son *whigs* (liberales) los convidados?
¿ cómo no se ha de acomodar á las ideas de tan noble asamblea, i sobre todo de

tan espléndido banquete, i cómo no ha de recibir el bautismo del liberalismo? Es presentado á todas las personas mas célebres, i colocado al nivel de todas ellas; es incomparable la amabilidad del amo de la casa; i es sobremanera insinuante la amenidad de los convidados!... Se deja uno llevar de la corriente, i se toma un empeño sin saber lo que se hace. Así se adquieren todos los dias los grandes partidarios del partido *whig*. Es incalculable el proselitismo de los convites. Se asegura que lord Melbourne, en el momento de dejar el ministerio, estaba pensando en organizar una serie de banquetes en escala mayor, que nada habría dejado que desear, i que habría privado á sus enemigos hasta de las mas remotas esperanzas.

Una buena comida puede ser insoportable: el lujo de los manjares no es el solo objeto al que deben prestar su aten-

cion los que pretenden mover esta gran palanca política. Recomendando ante todas cosas la amenidad, la gracia i la afable espresion. Una mesa de un solo servicio puede proporcionar á los convidados placer i satisfaccion para dos meses, no tanto por los delicados platos, como por la cordialidad i agrado, i por las chistosas gracias i felices ocurrencias.

En esta última época han menguado mucho las comidas de los Toris (aristócratas): esta declinacion bien conocida ha sido la causa de su inferioridad política. ¿Por qué murió Canning? Si este insigne ministro se hubiera tomado el trabajo de cambiar su mesa en un centro social; cuántas defecciones habrían empobrecido el partido de la reforma! Canning, que era tan franco i de tanto ingenio, tan accesible á todas las escitaciones de los placeres sociales, tan aficionado á los dichos agudos i elocuentes; Canning, á quien hemos vis-

to en la última época de su carrera, en el momento en que los médicos le habian prescrito dieta i silencio, dejarse seducir insensiblemente por los encantos de una buena comida, i de una escojida sociedad, animarse por grados, acalorarse, olvidar todo egoismo, tomar parte activa en los goces de sus amigos, esparcir por todas partes la vida i alegría i supeditar á los mayores ingenios, i de menos sensibilidad, envolviéndolos en un torbellino de delicados chistes, i de palabras graciosas i de brillantes conceptos! ¡Qué jefe de mesa, ó por mejor decir qué jefe de partido! ¡pero ya no ecsiste! El liberalismo triunfa con el vaso en la mano; mas no nos dejemos llevar de inútiles lamentos; dejemos consignadas aquí algunas lecciones útiles.

El que quiera por medio de convites influir en la intelijencia, en el alma i en las acciones humanas; el que quiera estremecer los imperios, trastornar los partidos, i

cambiar el aspecto del mundo, debe leer-
nos con atencion.

Primera regla aplicable á todos los paises
i á todas las épocas. Bajo ningun pretesto
deben ser incomodados durante la comi-
da, ni el que da el convite ni los que lo re-
ciben. En tanto que los órganos dijesti-
vos estén desempeñando su noble mision,
no se debe permitir que la menor agitacion
ó ansiedad turben esta importante i santa
operacion.

La comida debe considerarse como un
punto de descanso en el viaje de la vida
como un oasis, (1) en el desierto de los
cuidados humanos, como el apoteósis del
ser mortal. A la hora de comer debe cer-
rarse la puerta herméticamente para que
nadie entre á causar molestia. La mejor

[1] Oasis son aquellos espacios de terreno
fértil, á modo de islas, en los vastos desiertos
arenosos de Asia i Africa.

anécdota en apoyo de este axioma es la que nos ofrece Mr. Suffren, gobernador frances de Pondicheri en la India. Se hallaba un dia comiendo cuando se le anunció la llegada de una diputacion de naturales del pais, encargada de una comunicacion importante.—”Haga V. saber á esos señores, dijo el gobernador frances, que uno de los preceptos de la religion cristiana, al cual yo no puedo faltar por ningun título, me prescribe que no debo ocuparme de negocio alguno durante la comida.” La diputacion india se retiró penetrada de respeto i veneracion por un jefe de tanta piedad i religion.

Segunda regla jeneral. Mando á todo el que da convites que destierre la etiqueta de su mesa para que todos estén á gusto i con libertad: el convidado ni quiere ceremonias, ni grandes lacayos, ni una disciplina severa: lo que desea es comer bien, sin incomodidad, sin cumplimientos

i sin fastidio. Conozco cierto noble inglés que cuando viaja hace sentar á la mesa á su criado para que le presente los mejores platos, i le sirva con mas puntualidad i esmero. Es digno de elogio este parentesis á las fórmulas aristocráticas; la etiqueta debe quedar sacrificada siempre á la gastronomía; la misma gastronomía pierde su principal esencia cuando carece de la holgura, i de aquella satisfaccion interna, profunda, completa, que hace apreciar i aun duplicar los placeres.

Por no haber entendido bien la importancia de estos dos axiomas, ¡cuántos señores convidantes han convertido sus convidados en esclavos! Cuando falta la libertad, no hai movimiento alguno espontáneo; la comida que se ofrece es un tormento que se debe sufrir con política i con forzado agradecimiento; no son estos placeres sino penas, porque no se come cuando se quiere ni como se quiere; unas

veces se sobrecarga el estómago de manjares inesperados, otras se desespera con largas pausas; en fin, no hai mayor sacrificio que una comida mal servida.

No hablo yo de la comida solitaria, que no tiene valor alguno, i que debe ser necesariamente triste i desgraciada. Cuando el hombre come solo, se reconcentra en sí mismo, i no sabe cómo emplear la superabundancia de vida que saca de una buena comida. La soledad es causa de la meditacion; i la meditacion es contraria á la digestion. La comida solitaria es al mismo tiempo anti-social i anti-higiénica. El único remedio para tales casos, que es el uso frecuente del vino, tiene sus riesgos i tropiezos. A la conclusion de una comida solitaria, fué encontrado un señor inglés arrellanado sobre su poltrona, contemplando tres cadáveres de botellas de vino de Burdeos que acababa de asesinar.

¿Cómo, le preguntaron, V. se ha bebido todo esto sin ayuda?—

—No, en verdad, contestó; me ha ayudado una botella de madera.

No será permitido comer solo sino al prisionero de estado, ó al que acabe de perder á su mujer; ninguna otra disculpa es admisible.

Hablemos ahora de las comidas que se dan i que se reciben: estas se dividen en comidas de confianza, i en comidas de grande aparato. Yo prefiero las primeras por los principios que ya he desenvuelto; á saber: porque es mui fácil hallar en ellas la felicidad, porque la organizacion es mas compacta, i el servicio mas pronto. Doce convidados pueden formar una buena comida de aparato; pero si se reducen á seis podrá darse mayor estension á sus placeres; debe recomendarse sobre todo la prevision, i que en todo estén prevenidos los deseos de los comensales, para que nada tengan que aguardar, i para que encuentren á la mano cuantos elementos gastronómicos puedan necesitar.

No tan solo debe pensarse en los accesorios precisos que acabamos de citar, sino que se deben inventar otros que estén en armonía con los manjares, á los cuales han de servir de escolta: adornos brillantes, deliciosos i encantadores, que constituyen toda la poesía del arte, i cuya creacion no es dada sino á los privilegiados mortales, dotados por la naturaleza del jenio gastronómico i agasajador. Confine-mos entre los bárbaros esos materialistas de la mesa, que no saben presentar en ella sino descomunales trozos de carnes i jigantescos platos de viandas, sin aquella variedad de accesorios ó platos apetitosos que forman la elegancia i hermosura del convite.

Lisonjéense en hora buena todos los sentidos; pero de ningun modo se distraiga la atencion del estómago. Hai entre los alemanes una costumbre que yo desapruuebo, i es la de hacer tocar la música duran-

te la comida; el placer que se introduce por el oído viene á turbar el que debe causar la operacion gastronómica.

El alumbrado no debe ser con profusion sino arreglado al nivel de los sentidos i á la armonía del estómago. Walter Scott empleaba el gas, que alumbraba dia i noche con luz mui suave el comedor, excepto á la primera presentacion de los convidados, en que por medio de una llave hacía que se presentase de repente aquella misma luz con grandes rayos de claridad.

Rogers, banquero i poeta, tiene el esquisito gusto de colocar delante de los cuadros que posée de Ticiano i Carracho, lámparas cubiertas con gasa, que arrojan toda su luz sobre los lienzos de aquellos famosos pintores, i cuyos rayos no llegan á los felices convidados sino reflectados por sus obras maestras.

Yo condeno por regla jeneral el oro, la plata i los colores brillantes; en el templo.

erijido á la comida se necesitan matices dulces, adornos simples, i objetos análogos i risueños; admito las flores, pero en pequeña cantidad, i de ningun modo aquellas cuyo olor demasiado fuerte pueda afectar los nervios de los convidados. Los asientos deben ser cómodos, blandos i tan lijeros que puedan moverse fácilmente sin incomodar al vecino.

Hai una nueva invencion mui útil, que yo no he visto adoptada sino en mui pocas casas, i es la distribucion de pequeñas mesas redondas, llamadas *servidoras*, colocadas de distancia en distancia con todo el servicio necesario, por medio de las cuales pueden los convidados proveerse puntualmente de lo que les hace falta. Esta refinacion anuncia en el amo de la casa un gusto privilegiado por la verdadera poesía de la mesa, i un conocimiento esquisito de la humanidad i de sus necesidades i placeres.

Empero no piensan así la mayor parte de los que dan convites, quienes mantienen un ejército permanente de lacayos con galones para su propia ruina, i para el fastidio de los convidados: se parecen á esos potentados de Oriente, que arrastran tras de sí una turba inútil en los combates, i pesada i aniquiladora en tiempo de paz. Colocan detras del convidado uno de estos centinelas que le sirve de estorbo mas bien que de alivio, que observa cuanto hace i le cuenta hasta los bocados que tritura, i que es un testigo cruel é insoportable de ese grande i noble sacrificio, que debiera desempeñarse con tanta calma, felicidad, silencio, decoro i majestad.

Aun en las mayores casas hacen esperar largo tiempo estos señores de librea; la salsa que se les ha pedido para el pescado, el cual se enfria cuando ellos llegan: sus mangas, i no pocas veces llenas de grasa, se pasean por la cara de las personas

por cuyo lado van á colocar los platos en la mesa; otras veces le arrojan el caldo por encima, cuando menos por torpeza, ya que no sea por malicia.

¿I qué diremos del cámbio de cubiertos, de la necesidad que tiene uno de alargar el vaso para que le sirvan cuando el centinela está distraído mirando al techo, ó fijándose descaradamente en la dama que tiene á su frente? ¿I qué diremos de otras mil dilaciones que sufre el que desea los platos que tiene á alguna distancia? ¿I qué de otras infinitas urjencias apetitosas, á las que debe renunciar por no esponerse á las torpezas de estos ausiliares?

Es preciso, pues, convenir en que todo esto es detestable. Deben desaparecer estos restos de barbarie, estos arreglos dictados por una etiqueta ridícula, é indignos de una nacion civilizada. Pensemos que comer sin estar uno á su gusto, es comer

como el último de los mortales. Demos á nuestros convidados toda su comodidad, i nos la agradecerán mas que los sollos i pargos delicados, i mas que todo el *caviar* de la China i del Japon.

¡Cuánto he sufrido yo en el curso de los convites de esta especie! Hablaré ahora de las comidas modestas, cuyo recuerdo penetra todavía mi alma de un lejano reconocimiento. Imagínese V. ocho convidados amables, una mesa cubierta con todos los manjares necesarios, cuatro *servidoras* distribuidas simétricamente, cada uno de los miembros de este parlamento gastronómico esmerándose en servir i ayudar á su compañero, los indispensables accesorios colocados en dichas mesas auxiliares; tres criados tan solo, pero hábiles i despejados, con encargo de atender á todo; los platos situados por duplicado á fin de evitar emigraciones siempre incómodas i desastrosas; ¡qué hermosa es esta rápida

marcha! ¡Cuán admirable es esta táctica por su sencillez!

Si no puedes hacer bella á tu Vénus, hazla rica, decia el pintor griego á su rival. Esta reconvencion puede hacerse á casi todos los que dan convites, los cuales por hacer pompa de su opulencia, olvidan nuestra comodidad.

Si el anfitrión no siendo bastante rico para mantener ese ejército de criados inútiles i dispendiosos, quiere seguir las huellas de los millonarios, es todavía peor para los convidados, porque al rededor de ellos, i para una mesa que ecsijiría la asistencia de ocho ó diez sirvientes, no se ven mas que uno ó dos de ellos, los cuales se revientan corriendo de una parte á otra, sin que ninguno de los convidados sea asistido con puntualidad.

Se ha hablado mucho de la necesidad de parear los convidados: no hai cosa mas bien pensada; pero no basta que las jentes

se conozcan; es preciso buscarles algun punto de contacto; i pasaría por el jenio mas hábil entre los obsequiadores, el que adivinase anticipadamente las simpatías secretas de jentes que nunca se han visto. Es un goce doblemente encantador de encontrar á su lado en la mesa una persona que agrada. Las hermosas son útiles en una comida, con tal que ni su belleza ni su talento salgan á brillar con aquella viva é insaciable coquetería que turba los sentidos.

Vosotros que os ocupais de la conveniencia i agrado de vuestros convidados, estableced sobre todo en vuestros goces la regularidad, la suavidad i la armonía. Alejad toda clase de molestia; si pudieseis hacer que desapareciesen hasta los criados, cuya presencia es casi siempre incómoda, sería esta una gran conquista. ¡Qué felicidad la de ser uno servido sin ver al que le sirve, i sin estar sujeto á su espio-

naje! ¡Qué felicidad la de saborear entre amigos, en una sala aislada, los resultados de un arte tan sabio i modesto! Así la disfrutaron Luis XV, Beaumarchais i Walpolo, al favor de esas mesas volantes, que subian desde la cocina, armadas con todos los platos i elementos necesarios para un buen servicio, i que bajando á una señal convenida á las profundidades del laboratorio gastronómico, no volvian á parecer sino cargadas con el segundo servicio! Invencion delicada i admirable, por medio de la cual los ministros de los placeres gastronómicos envian por escotillon sus mejores producciones, sin que ni ellos ni ninguno de los criados tenga que ver la cara de su amo.

Empero los mui ricos tan solo pueden usar de esta refinacion, que ecsije gastos arquitectónicos i un establecimiento suntuoso. Volvamos á la comida de la clase media, que es la mas interesante para todos.

Convidad gastrónomos i no glotones. El gastrónomo es artista, i el gloton degrada el arte: el uno hace honor á los manjares, el otro los engulle. ¡No ha de ser cosa dolorosa para los convidados ver caer los mejores bocados bajo el mismo diente, i sumerjirse en el mismo abismo? ¡No es ésto bastante para derramar el mal humor sobre todos los convidados, i entristecer el banquete mas delicioso? Yo he visto á la mesa de un obispo cierto cura de mucho mérito, que solicitaba una prebenda, desplegar el apetito mas colossal, i absorber el pescado, la carne, las aves, en fin, todo sin dejar á los comensales, que tanto habian de influir en su nombramiento, mas que platos vacíos i despojos. El resultado fué que todos los estómagos le guardaron rencor; no fué agraciado por supuesto el candidato, el cual perdió por su glotonería en una comida cien mil reales que valia dicha prebenda.

Sir Roberto Inglis, miembro del parlamento, es un hombre de sobresaliente i agudo ingenio; pero que no se lisonjée de sentarse á mi mesa: la absorvente actividad de sus jugos gástricos destruiría en una sola comida el alimento que podría bastar para cuatro convidados de buen diente. La mesa favorecida con la presencia de tal comedor, es mas bien un altar de sacrificio colocado delante del Dios de la glotonería: tenia Sir Roberto tal habilidad para desguarnecer rápidamente una mesa redonda, bien conocida por su buen servicio, que el propietario de este establecimiento, aflijido por las devastaciones que le causaba este campeón gastronómico, llegó á ofrecerle una guinea cada vez que tuviese á bien levantarse de su mesa, é irse á otra á hacer sus acostumbrados estragos.

Si yo escluyo de un convite al voraz gloton, admito con verdadero placer al

gastrónomo distinguido, al goloso espiritual, al bebedor delicado. Quiero que las profesiones estén mezcladas, i que al mismo tiempo tengan los caracteres algun armonioso contacto. Colóquense juntos un abogado, un militar i un literato. Crúcen-se las castas de los habladores, i sobre todo diríjanse sus principales esfuerzos ácia la sencillez, franqueza i cordialidad. No se hagan difusos discursos sobre cada uno de los platos que se presentan á la mesa.

En las esquelas de convite no debe hablarse de hacer penitencia, ni de comer la olla, ni de un solo plato que se tenga preparado para los convidados. Si la comida es mala, debe ir sazonada por lo menos con la gracia i con una natural espresion. Si es buena, dejarla que produzca su efecto. Las protestas i las excusas pueden producir tristes equivocaciones.

El famoso Pope habia recibido un billete de convite concebido en estos términos:

”Venga V. mi antiguo amigo, venga V. á comer con nosotros; pero que su severidad gastronómica no sea demasiado ecstasizante; no tenemos que ofrecer á V. sino un salmon i una lengua de vaca.” Llega Pope, se sienta á la mesa, toma con abundancia del salmon i de la lengua, cuyos manjares le parecieron sumamente deliciosos; i ya la capacidad de su estómago se negaba á toda otra introduccion, cuando aparece á su vista con el mayor asombro una magnífica pieza de venado tan fresca i tan apetitosa, que el gastrónomo ya satisfecho probó en vano de entregarse á este nuevo goce. Volviendo entonces ácia el convidante una tierna i lánguida mirada, exclamó sollozando: ”Jamás habría creído tal felonía de un amigo de veinte años.”

En la conducta de la comida debe observarse igual sencillez, lealtad i buena fé que en la conducta de la vida; no se prometa jamás lo que no se pueda cumplir,

ni se tienda asechanza alguna al estómago de los convidados, porque esta es una cosa mui sagrada.

En todo convite bien ordenado deben evitarse las grandes sorpresas; pero son permitidas algunas novedades inesperadas, i aun deciden del buen tono, i brillan del mismo modo que en la conversacion un dicho agudo improvisado á tiempo. En tales casos es disculpable un tanto de charlatanería, i mas cuando raya en originalidad.

Quisiera que sobre todas las buenas mesas hubiese verduras i legumbres de todas clases, en pequeña cantidad pero con guisos diversos; ¿i por qué no se toman de las naciones extranjeras las singularidades gastronómicas, i los regalados tesoros propios de cada una de ellas? Por ejemplo, de los franceses las aceitunas i las anchovas; de los chinos el caviar; de los indios el kari; de los españoles los encurtidos; i de

los alemanes los nabos, rábanos i remolachas, ect.

Todos estos accesorios preparados con buen gusto, producen un efecto maravilloso; no hai palabras que espresen dignamente su relevante mérito; baste decir que son para la cocina, lo que las cintas i alfileres para el tocador de las mujeres: son pues superfluidades si se quiere, pero superfluidades indispensables. Gracias á los accesorios, puede la comida mas sencilla convertirse en banquete delicioso. Un humilde potaje, un pudin, unas patatas, una ave i un pastel, pueden tomar el carácter de comida celestial si estos simples manjares están acompañados de numerosos i escojidos accesorios.

Todo el que dé de comer, debe tener una correspondencia activa, i cultivar sus relaciones con los amigos que puedan hacerle envíos preciosos. Estos manjares lejanos aguzan el apetito, i escitan nuevas i

mas estensas sensaciones de placer. ;Qué brillo no reflejan sobre la mesa un pastel de Strasburgo que haya pasado la mar, un pato en conserva de Paris, unas perdices escabechadas, una pierna del javalí de la selva negra de Alemania, unos buenos chorizos de Estremadura, ect. Tampoco se trata de acumular todas estas riquezas sobre la misma mesa, porque el que tal hiciese se asemejaría á aquellos eruditos á la violeta, que encajan en un tomo pequeño todas las adquisiciones de su saber.

Las últimas observaciones que se nos ofrecen sobre la mesa, son de que sea servida con sencillez i desembarazo; que la comida se sirva caliente; que el comedor sea cómodo, que los convidados sean poco numerosos, i los manjares delicados, i que la cocina esté mui inmediata para el mejor servicio. Estas son las bases principales de los mejores convites.

Dice el alderman Walker en su obra

séριο-cómica, titulada el *Orijinal*, que si el parlamento le concediese una suma anual de diez mil libras esterlinas, con el solo objeto de enseñar el arte poco conocido de dar de comer, esta institucion reportaría grandes ventajas, daría un impulso mayor al comercio, refinaría el gusto, aumentaría los goces, haría florecer el buen humor, i aun para la civilizacion de la Gran Bretaña sería de mas provecho, que todas esas inútiles medidas que los representantes sancionan con sus votos.

(*Estractado de la Revista Británica.*)

183

El Sr. Juan D. ...

... de ...

... de ...

... de ...

... de ...

... de ...

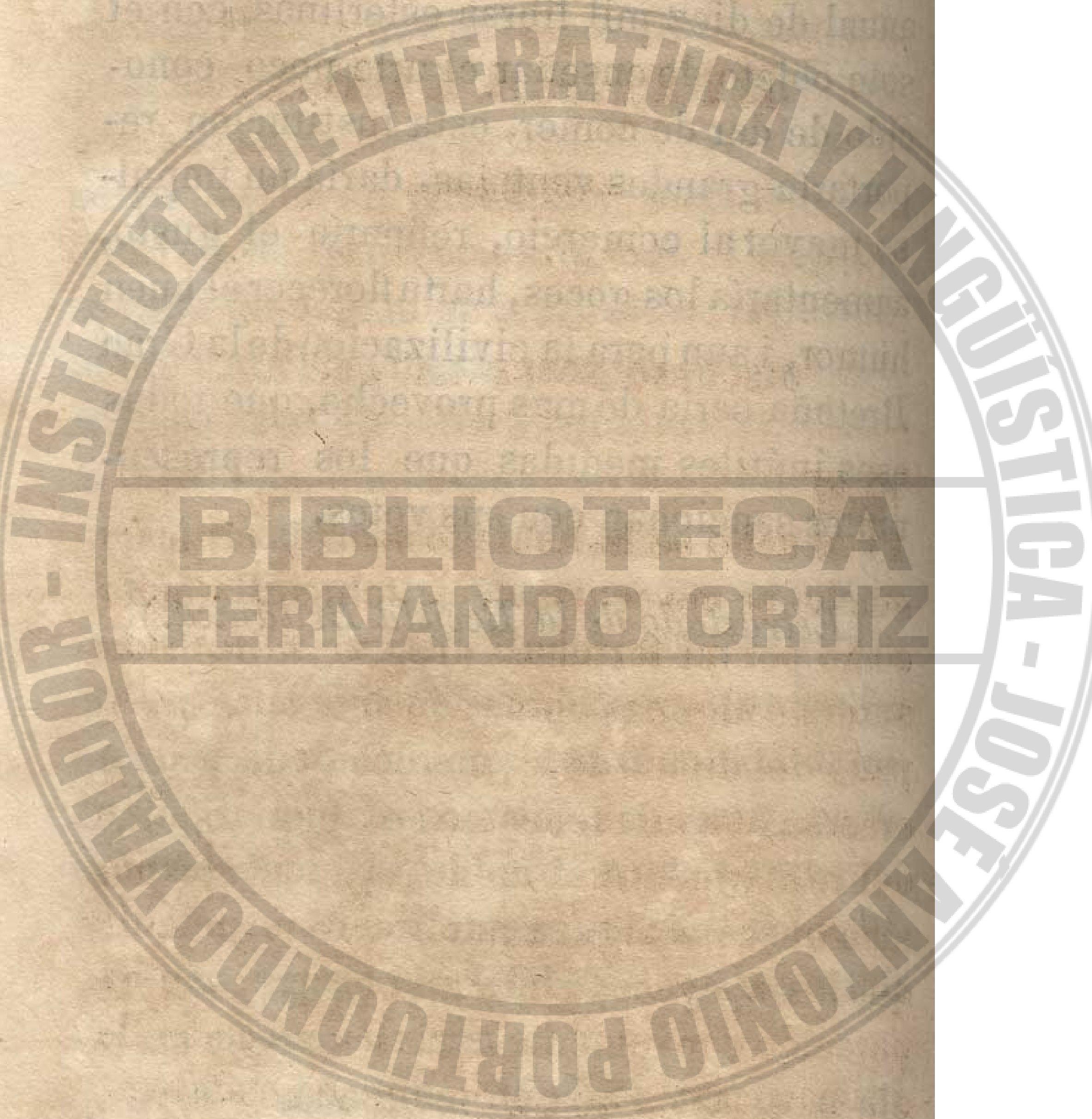
... de ...

... de ...

... de ...

... de ...

**BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ**



LITERATURA.



DISCURSO SOBRE LA CRITICA.

Mucho se ha hablado sobre la crítica; i mucho se me ocurre decir sobre ella; pero como por mi fortuna ó desgracia he sido autor de algunas obras, que no han escapado del diente de la mordacidad, podría creerse que mis reflexiones fueran hijas del resentimiento i no de la sana razon, sino buscára alguna autoridad respetable que las apoyase; i he aquí por que me ha parecido conveniente hacerlas preceder de algunos textos de autores recomendables,

para que no reciban siniestra interpretación mis doctrinas, tan conformes con las de dichos escritores, como lo deben ser todas las cuestiones tratadas con buen criterio i fino discernimiento.

Principiaré por copiar literalmente el artículo que se publicó en las Efemérides de España en 19 de Abril de 1805. Dice así:

La crítica es el espíritu de este siglo. Jamas se vieron mas críticos: ¿i en qué consiste? ¿Acaso nuestro siglo es mas delicado, mas ilustrado, ó mas maestro en el arte de razonar i de esponer, que los que le precedieron? No, por cierto; sino que se ha formado la forzosa necesidad de tener ingenio á toda costa. Para dar pruebas de su posesion hai varios medios; uno es el de la tarea laboriosa i profunda de ecsaminar todos los jéneros; i otro es el de la censura: el primer medio ya no se usa; el segundo es de moda. Un autor ha emplea-

do tres meses, v. g., en combinar una situación; i un rasgo de pluma, aplicando las reglas de Aristóteles, viene á probarle que nada vale su trabajo, i eso en tres minutos. ¡Qué gusto es á la verdad tener razón en tres minutos contra un hombre que ha estado trabajando tres meses para no tenerla! ¡I qué deleite asociarse de este modo á los ingenios laboriosos para deducir de su labor una crítica agradable! Por cierto que tan grato oficio es una tentación para infinitos; porque el crítico funda su opinion en la que el autor le prepara; i este atractivo hace i hará por mucho tiempo todavía, que bajo las banderas de la crítica se alisten tantos en el mundo.

Pope dijo:

A fool might once himself alone expose

Now one in verse makes many more in prose. (1)

[1] En otro tiempo podia un necio exponerse una vez; pero ahora un poeta necio produce mil en prosa.

Desde Pope acá se ha aumentado esta gracia en Europa, de manera que la república de las letras pronto tendrá muchos soldados armados, i pocos hombres pacíficos, muchas armas para trabajar i ningún terreno en qué emplearlas con utilidad verdadera. Parece una paradoja; mas no lo es si observamos el estado de la literatura en jeneral. Es positivo que el número de los críticos i censores se aumenta cada vez mas, i que en razon inversa disminuyen los autores sólidos; i desengañémonos que no puede ser de otra manera, porque no se puede atender á todo á la vez segun el órden natural de las cosas; i si hubo un tiempo de razon en que la crítica fué útil á la literatura, ahora es preciso que la literatura sea útil á la crítica. ¿Qué se espera de un libro nuevo? Saber lo que dice de él el redactor de un periódico, lo que piensa Aristarco, lo que se vende, lo que ect. ect..... Vamos adelante.

Cierta persona ha dicho lo que pensaba de la obra, i al instante ciertas personas dicen lo que piensan de la opinion de aquellas; todos se refieren á otro, i nadie lee, ni apenas piensa en el camino mas seguro que era el de estudiar la misma obra, aprender lo que se ignoraba, i examinar con imparcialidad; pero esto es penoso, i menos se habia de sacar que formando juicios prontos, rápidos i acompañados de algun buen dicho, que esto basta i sobra para mostrar talento, ingenio é importancia literaria. La parte interesante de toda obra en nuestros dias es aquella que puede suministrar materiales á la crítica; lo demas se reputa de insulso, de sabido, de insipiente, de ect. En un libro grueso se halla una nota de dos renglones; pero sumamente extraordinaria: nada se dirá del libro; pero la nota; ¡oh! la nota será objeto de una disertacion difusa. Aunque la obra sea irrepreensible, no faltará que glo-

sar; i cuando no sea mas que el título, bien dará materia para una séria impugnacion.

Rara vez se busca ya en un libro lo que hai, sino lo que no hai. Se ha querido juzgar una obra clásica: la crítica hubiera podido ser mui obvia i mui sencilla, si limitándose á considerarla en la idea con que el autor la compuso, se ecsaminase su fin i su desempeño; pero nadie se para en esto. Unos van á buscar las opiniones filosóficas del autor; otros sus miras políticas; otros sus intereses privados; unos le suponen fines siniestros, ¿i es esto juzgar de una obra? No, por cierto; pero es cumplir con la lei de la crítica del dia, que no quiere considerar una obra segun el objeto del autor, sino segun la acrimonia ó maledicencia de sus ríjidos censores.

Debe repetirse: la crítica ha salvado en otro tiempo la literatura de su ruina; i la crítica vá á prostituir hoi la literatura sin remedio.”

D. Agustín García de Arrieta, en su traducción de *principios filosóficos de la literatura por Mr. Batteux*, se espresa con relacion á los críticos ignorantes con tanta gracia i acierto, que no puedo menos de copiar algunos de sus conceptos. Dice así:

"Hai una turba de críticos folleteros, venales i pandillistas, maldicientes de profesion, que sin hacer nada útil, ni ser capaces de hacerlo, solo se ocupan en morder las producciones ajenas porque son ajenas, ó porque logran alguna aceptacion que ofende su ruin envidia, la cual logran despigar de este vil modo (1).

Sin embargo, como no siempre lo mas

[1] Un moderno satírico nuestro ha dicho muy bien de estos zánganos, ó insectos dañinos de la literatura.

En tiendas de libreros se agavillan á destrozar la aplicacion ajena doctos creyendo ser, porque acuchillan.

despreciable es lo que menos se estima, ha habido tiempos en que no les faltaron lectores ni Mecenas. Los magistrados mismos, cediendo al gusto de cierta turba, tenían la debilidad de dejar á estos bandidos de la literatura una plena libertad. Es cierto que eran tambien libres en defenderse los autores perseguidos, es decir, en ilustrar á sus críticos i en envilecerse; mas pocos hombres célebres cayeron en este lazo.”

El sabio *Racine* dice de estos despreciables folicularios: ”Siempre están aguardando la ocasion de que alguna obra logre aceptacion para atacarla; i no por motivo de celos: porque ¿sobre qué los han de fundar sino con la esperanza de que el autor se tome la pena de responder, i los saque de la oscuridad en que yacerian toda su vida?”

¿Mas qué autor sensato se tomará la pena de contestarles? Los despreciará al-

tamente, apelará al juicio del público i de la posteridad imparcial; pues lo contrario sería hacer de los literatos una manada de fieras destinadas al anfiteatro, para diversion de las jentes estúpidas. Si los autores ultrajados saben mantenerse superiores á estos insultos, siempre conservarán su reputacion entre los jueces verdaderos é inteligentes, á pesar de las nieblas con que pretenda oscurecerlos la ratera envidia. Las malas críticas pasan como el humo; las obras quedan.

Todos saben la venalidad, la parcialidad, la intriga, el encono i la mala fé que reina en la mayor parte de las críticas del dia, cuyos autores, á la sombra de un periódico, disparan sus desabridos anónimos, sus artículos irónicos i á veces acrimoniosos, sin pruebas sólidas, i sin mas apoyo que el de algun defectillo de ecsactitud ó de lenguaje, que se pondera i cacarea altamente, ocultando con malicia las demas

partes buenas de la obra i el trabajo de su autor.

Estos insultos, desprecios i groseras chocarrerías tienden á envilecer la literatura nacional, i dan la idea mas miserable de nuestros recursos intelectuales á las demas naciones cultas, i les prestan un apoyo para que se perpetúe el erróneo i bajo concepto que con tanta lijereza como injusticia han formado de nuestra ilustracion.

Empero dejemos á un lado las citas que llevan el carácter de dureza, i aduzcamos otras de mayor suavidad; por cuyo medio lograremos tal vez hacer mayor impresion en los ánimos encallecidos, para que entren en la senda de la razon, i detesten sus viciosas é ignobles inclinaciones.

”Dice *La Bruyere* que el placer de criticar es causa de que no se pueda conocer la belleza i sublimidad de los objetos. ¡Qué gusto mas insipido es el de humillar

á otros! La censura demasiado acrimoniosa irrita i desalienta á los autores, los cuales ya no se atreven, no digo á remontar su vuelo, pero ni aun á dar un paso. La instruccion se comunica mejor por medio de los elogios que de los bochornos; los aplausos escitan amor á la gloria, los primeros triunfos crean otros nuevos. La crítica debe ser un estímulo i no un látigo.”

”El fino i delicado ideólogo *Pananti* dice: que la señal de poseer sublime ingenio i ánimo elevado la descubre quien es justo para con sus rivales, i siente con viveza las cosas buenas i hermosas, alabándolas dignamente, mas bien que sacando á relucir con aspereza algun ligero defecto que se le haya resbalado al autor en el fuego de la composicion, i en los rápidos vuelos de su atrevida fantasía.”

”¿Por qué, dice *Madama Staël*, en una obra de algun valor se han de observar tan solo los descuidos? ¿Por qué se han de

Criticar en un cuadro las sombras como si fueran manchas? ¿Por qué derramar tan solo cardos i espinas sobre el campo del Parnaso, en el cual se debieran cojer tan solo flores? ¿Por qué desnaturalizar el carácter i la institucion de los estudios dulces? ¿De qué pueden servir estas officiosas revelaciones sino para humillar la naturaleza humana? Se debiera mas bien derramar sobre los descuidos de autores recomendables aquella lágrima que Sterne hace que se desprenda de los ojos del ángel sobre el pecado del buen Tobías.

Las letras se han denominado humanas, ó bellas ¿i por qué han de ser tan crueles i descorteses los que dicen que las cultivan?"

Basta ya de citas i argumentos para probar el triste i miserable oficio de los críticos, cuando su objeto no es el de ilustrar con urbanidad i decoro las materias i las personas, á las que asestan sus tiros.

Siempre que en una crítica se trasluzca el encono, la acrimonia i la siniestra intencion, por mas que esté disfrazada con frases huecas i ambiguas i aun con forzados elogios, que mas bien pueden considerarse como irónicos adornos de falsedad; aunque esta mal zurcida rapsódia vaya acompañada de protestas de acendrado celo por el lustre de la literatura i por los adelantos científicos, no podrá menos de incurrir en los anatemas que le han lanzado los hombres mas ilustres por su sublime talento i juicioso discernimiento.

¿I podrá dejar de comprender este severo juicio á algunos ataques tan torpes como insulsos, dirigidos últimamente por el órgano del Diario de gobierno á la Biblioteca selecta de amena instruccion, i de paso á la Revista de la Economía política que he publicado recientemente? Si algunos de ellos tuvieron su competente contestacion al principio, los posteriores ha-

bian sido condenados al desprecio, porque con menor disimulo aparecia la nulidad de sus autores en competencia con sus vehementes deseos de morder i vulnerar la opinion que he sabido granjearme con mas de treinta años que llevo consagrados á las tareas literarias; por lo que si he quebrantado mi propósito ha sido tan solo por incidencia al trazar mi discurso sobre la crítica en jeneral.

¿I podrá ser caracterizado de noble campeón el que se presenta á la palestra con la sola idea de azuzar al primer combatiente, el cual parece quedó satisfecho con la respuesta que recibió á su primera impugnacion? ¿Podrá entrar en el lenguaje literario i en el respeto que se debe al templo de la ciencia la adopcion de alusiones ridículas como Pámfilos, diques ect. ect? ¿I todas estas insípidas chocarrerías podrán avenirse nunca con la veneracion que se debe á la severa Minerva?

¿I aun en el caso de que sean permitidas las necesidades i chavacanerías ¿podrán merecer igual disimulo las falsedades é imposturas? Porque ¿dejará de ser falso el principio que sienta uno de esos críticos detras de la cortina, de que el entendimiento i la voluntad no son dos potencias distintas? ¿I dejará de ser una impostura el suponer que yo haya dicho en mi jeografía universal, que la América fué descubierta en 1491?

He aquí otra prueba que corrobora lo que va dicho en el párrafo cuarto. Se juzgan las obras sin leerlas, i se habla por boca de ganso. El señor crítico oyó campanas i no sabe donde; tuvo noticia de que en cierta ocasion se me habia criticado el haber fijado la conquista de Granada en 1491 (porque en realidad puede atribuirse mas bien á aquel año que al de 1492, si bien los reyes católicos no entraron en la plaza hasta el 4 de Enero de 1492), i sin

mas averiguaciones confunde la conquista de Granada con el descubrimiento de América, buscando para escornar su narracion algunos rasgos de erudicion tan miserables i tan pedantes como el mismo espíritu que lo han guiado.

¡A tales desbarros ¿qué otra contestacion cabe sino el desprecio?

Sin embargo diremos algo de paso sobre el uso de la *i* latina, ya que ha llamado la atencion aun de personas juiciosas i de sana intencion. La proscripcion de la *y* griega en todos los casos en que no tenga fuerza de consonante i la substitucion de la *i* latina para todos aquellos en que ejerza simplemente el oficio de vocal, está en armonía con las reglas de la buena ortografía, sin que el severo gramático Salvá disienta de la propiedad de esta innovacion moderna, con la cual se van conformando asimismo algunos escritores, no pudiendo menos de jeneralizarse en igual

modo que se adoptó el uso de la *i* latina en principio de diction. Todavía restan que hacer algunas correcciones en nuestra ortografía para elevarla al grado de claridad i sencillez que necesita; pero como la destruccion de abusos envejecidos es tan costosa i repugnante, ni la misma Academia de la lengua se ha atrevido á prescribirlas de un modo terminante, habiéndose limitado á escitar á los sabios i á los escritores públicos, á que vayan introduciendo con suavidad dichas mejoras.

Me hallaba en esta parte de mi discurso cuando me fué presentado el Diario de gobierno de 13 de Setiembre, que contenía un artículo contra mi Biblioteca bajo el anónimo de *Lucius*, artículo el mas záfio que se haya publicado hasta el presente, sin que pueda servir de escudo al articulista la hipocresía con que concluye su desleal ataque protestando prudencia i comedimiento. ¿No se llama esto insultar al

sentido comun? Clavar el cuchillo hasta el mango, i luego hacer una protesta de buenos modales? ¡I qué se puede contestar á tan sándias inculpaciones cuando se ve que no hai mas objeto que el de dar palos de ciego á lo bárbaro? ¡Seguiré las máximas de Racine, castigando con el desprecio estos desafortados ataques? No, porque conozco el carácter de ciertos críticos, quienes á manera de perros falderillos levantan mas la voz si se les deja el campo libre, i se muestran mas erguidos i arrogantes hasta que se les da un bufido, que por suave que sea, basta para anonadarlos.

Ya llevo dicho que habia tenido sufrimiento con algunos artículos de impugnacion, porque si bien eran insulsos no estaban sin embargo desatentos i ofensivos: el de 13 de Setiembre no puede quedar sin contestacion, i procuraré darla ordenadamente:

1.º Dice Lucius que mi obra es una compilacion de varios escritos de diversos autores i asuntos.” ¡Qué hermosa frase! Primera falsedad. Los artículos científicos, que no son por cierto en menor número ni los mas cortos, buenos ó malos, son míos; i en cuanto á los de amenidades, tengo hecho en ellos un trabajo mayor que el de una simple traduccion ó árido extracto, pues se hallarán retoques orijinales i adornos compatibles con la verdad de los hechos.

2.º Dice el virulento Aristarco que es impropio de la Biblioteca un tratado del arte de hablar bien, porque es demasiado sublime para el vulgo, i que era mejor un tratado de ideología. ¡Bravo! como si la ideología tuviera mejores entendederas que la retórica! ¡I quién ha dicho al Sr. *Lucius* que yo he dedicado mi Biblioteca á los ignorantes? En tal caso serían igualmente escusados los tratados de lójica, física,

historia, jeografía, economía, astronomía ect. ect.; de los cuales me propongo dar uno en cada tomo.

Pero ¿con qué fundamento afirma V. que el tratado de ideología debe preceder al de retórica? Parece que V. no ha visitado las escuelas de humanidades i ningún colejio; ó si ha visitado estos establecimientos, dígame V. en donde se enseña antes la filosofía que la retórica? ¿I se me podrá censurar por haber seguido la práctica establecida, i por haberme conformado con los mejores métodos de enseñanza? ¿Ah Sócrates! dame tu inimitable paciencia, que bien la necesito para contestar á tan insulsos cargos.

3.º Dice el crítico que la version de *praeclarum imperatorem* en escelente emperador, no es adecuada. ¿Pues quién ignora que el *imperator* de los romanos era mas bien que el distintivo de la soberanía, el dictado de jeneral, i que comprendia á

todos los de esta clase? I aunque así no fuese ¿dejará de conocerse que esta es una ironía tan bien aplicada á dicho Verres como á cualquiera otro hombre petulante i atrevido como V. debiera saber que los hai i por desgracia en bastante abundancia? En cuanto á los demas textos latinos, cuya traduccion ha sido censurada ¿no conoce el Sr. *Lucius* que esta es una traduccion libre i no literal, una traduccion conceptuosa i no de niño de escuela?

4.º "Que la instruccion, lejos de contribuir á la paz de los Estados, ha sido la causa de sus desórdenes i alborotos, i que lo prueba lo ocurrido en la revolucion de Francia i en los tiempos mas florecientes de las repúblicas griega i romana." ¿Es-
celentes doctrinas! Luego la instruccion es un mónstruo devorador; luego debe en-
tronizarse la ignorancia; luego..... de-
jo al lector que saque las lejítimas inferen-
cias. Pero ¿no ve V. Sr. crítico que su o-

fuscacion le hace desbarrar de lo lindo? ¿Hai alguien que ignore que los horrores de la revolucion de Francia se debieron no á la instruccion, la cual humaniza i templa los ánimos, i sí á los errores groseros en que la hizo caer su falsa filosofia, de la que tanto han hablado La Harpe i los hombres mas insignes de aquella época? ¿E ignora que por iguales causas i por una aberracion de principios nacidos del ardor de los partidos, provinieron todos los desórdenes de las repúblicas antiguas i modernas, si se exceptua la de los Estados Unidos de América, única que no haya participado todavía de tales desmanes?

5.º Que el naufragio de la jóven Susanna no debiera insertarse en la *Biblioteca selecta*, porque es un tejido de inverosimilitudes. ¿Pues qué podrá ser mas respetable el pobre i miserable juicio del crítico visionario que el de los mejores periódicos literarios de Inglaterra, los cuales bien

distantes de considerar esta historia bajo tan estravangante aspecto, no se han des-
deñado en prohijarla?

6.º Que es una puerilidad pararse á meditar sobre los prodijios que nos ofrece la historia natural i señaladamente las abejas, porque todo es un resultado mecánico de la naturaleza, ó lo que vale lo mismo, que es obra de la materia. Luego Plinio, Eliano i tantos hombres célebres antiguos i modernos son unos miserables réptiles comparados con el famoso *Lucius*. ¡Luego no podemos ver en estos prodijios la mano del Ser supremo? Luego todo es obra del mecanismo natural. ¡Ola ¡con que se declara V. materialista!... i lo que es peor, que hace gala de profesar tales doctrinas!..... No quiero ser tan severo que atribuya á malicia lo que no es mas que un efecto de su estolidez; pero le aconsejo que con la mayor compuncion cante la palinodia; porque si bien no esta

mos felizmente en tiempo de Torquemada, hai sin embargo leyes represivas de todo abuso de imprenta, i señaladamente de cuanto pueda atentar á los dogmas de nuestra Santa relijion. ¡Señor, perdonadle, que no sabe lo que se dice!

7.º Que el autor de la Biblioteca es un corruptor del habla de Castilla. Punto redondo. Si ya no se hubiera desgraciado el Sr. crítico en sus antecedentes; si ya no hubiera dado suficientes pruebas de su débil mollera, sería capaz este brusco ataque de dejar patitieso aun al escritor mas sereno; pero entremos en cuestion con la debida calma, si calma puede haber para oir tales dislates.

Yo nunca he pretendido ser tenido por sabio, porque esta calificacion corresponde á bien pocos, i en estrecho rigor á ninguno; lo mas que he creido, aun en los momentos de mi mayor engreimiento, ha sido que ignoraba menos que otros, i por

supuesto infinitamente menos que los presumidos críticos pedantes del día. Tampoco tenía confianza en mí mismo respecto á la propiedad de mi lenguaje, hasta que en todos los periódicos de España vi los más encarecidos elogios de mis obras (permítaseme que franquee esta vez los límites de la modestia), recalcándose particularmente en la parte de fluidez i corrección de estilo, ect. ect. Si yo me he equivocado, culpa será de dichos órganos de la opinion que me lo han hecho creer, i culpa asimismo del público respetable é imparcial que ha espresado de mil modos igual concepto.

Empero todas estas sólidas prendas se deshacen como la niebla al viento con una sola palabra de *Lucius*. Dijo que mi lenguaje es malo, i aunque afirmen lo contrario algunos millares de personas de buen juicio, no podré ya levantarme de mi descrédito.

Vamos ahora á ver si quien se atreve á enmendarme la plana es hombre que pueda ejercer el majisterio gramatical, que parece quiere abrogarse.

Para no ser difuso en la correccion irán marcados con letra cursiva los infinitos defectos que se hallan en las cortas líneas de la crítica; i si duda de su ecsactitud, que consulte á los buenos filólogos.

Primera frase. Nos creemos con derecho á presentar algunas observaciones acerca de este libro, que se reduce á una *compilacion de varios escritos de diversos autores i asuntos, que aunque los hemos examinado, ect.*

Segunda frase. El tratado de retórica con que ésta empieza ¡quién no ve que es ajeno de su naturaleza? pues el conocimiento de éste nunca debe preceder á la instrucción; al contrario del estudio de la ló-jica, que nos sirve para adquirirlos, i es fuerza que antes la cultivemos, si queremos

alcanzar una instruccion sólida i verdadera.

Basta, basta; no puedo mas porque se me irritan los nervios con tanto rechinamiento i tantas forzaduras de conceptos, i tantos relativos i pronombres truncados, i tanta repeticion de ideas, i tanta confusion i tanta machaca. ¡Quién ha de tener paciencia para proseguir? Si encontrase en alguna de mis obras una frase tan mal perjeñada, por vida de los Zoilos que me caería muerto de vergüenza.

Concluyamos. Dice por último el compadre *Lucius* que mi *Bibliotcca selecta* está llena de imperfecciones capaces de marchitar los laureles que otras obras me hayan merecido, aunque tambien sobre esto tiene sus dudas. ¡Pobre público habanero! ¡Cómo te insultan! Mas de mil suscritores que os habeis asociado á esta empresa literaria, sois, segun *Lucius*, unos hombres de depravado gusto i de torpe discernimiento; solo él es quien merece el nom-

bre de sábio é ilustrado; rogadle pues que revele su verdadero nombre para que erijamos un altar á su privilegiado ingenio. Yo principio desde ahora á quemarle incienso con tanta abnegacion, que si no tiene paciencia á aguardar la publicacion de los doce tomos que he ofrecido, no tendré inconveniente en cederle esta empresa, siempre que la desempeñe con mas lucimiento i mas á gusto del público, en obsequio del cual haré con gusto este sacrificio.

Pero ¿qué necesidad tiene de que yo le haga esta jenerosa cesion? Siendo tan prodijioso su talento, puede estar seguro de que serán ámpliamente recompensadas las tareas literarias que emprenda, porque si para una obra tan escasa de mérito, como dice que es la que impugna, se ha reunido un número tan considerable de suscritores que haria honor aun á las capitales mas cultas i populosas de Europa, no cabe

duda que dicho crítico podrá prometerse una abundante cosecha de los sudores que derrame sobre un público tan benéfico i tan amante de la ilustracion; i sobre todo adquirirá una fama mas duradera que la que puedan valerle sus insulsas i malignas diatribas. Ea, pues, salga *Lucius* á dar una muestra de su portentosa erudicion; pero si toda su habilidad se reduce á dar alguna dentellada venenosa á las obras literarias, aun con ayuda de vecinos, segun dicen malas lenguas, ó á roer la dura lima con los débiles dientes de la vívora, húndase para siempre en las cavernas del olvido, i no venga á robar con necedades un tiempo precioso para ocupaciones importantes, ni á turbar la paz de los hombres que tienen algunos títulos para merecer el aprecio público, sino por su raro ingenio, á lo menos por su infatigable laboriosidad i acendrado celo literario.

Nota.—Ruego á mis benévolos lectores que disimulen por esta vez si he destinado

algunas páginas al deslinde de hechos particulares, que muy poco podrían interesarles si no estuviesen enlazados con la presente empresa literaria. Me habia propuesto no perder el tiempo en contestar á tan insulsas impugnaciones; pero como habrá tal vez algunos jeníos superficiales que no estén en el caso de juzgar por sí mismos sobre el poco ó mucho mérito que pueda tener dicha obra, me ha parecido conveniente no dar lugar á que mi prudente silencio sea interpretado como una sancion de los desvaríos críticos con que se han deslucido algunas columnas del *Diario*; i á decir la verdad, como llevaba casualmente entre manos el discurso sobre la crítica literaria, no he podido resistir á la comezon de decir algo en mi defensa, i de agregar al escudo de mis armas literarias aquel lema tan brillante i sentencioso:

"Nemo me impune lacessit."

Conozco por otra parte mi debilidad. A

mi me sucede lo que á Ovidio cuando su padre le prohibió que hiciera versos, pues contestó en ellos, i en ellos juró que obedecería sus mandatos. ”*Juro, juro, pater, numquam componere versus.*”



212



BIBLIOTECA
 FERNANDO LORTIZ

HISTORIA.



EL CONDE DE AMBERES.

En una de las empeñadas guerras que sostuvo la Francia con el emperador de Alemania en la edad media, acerca del dominio de Roma, uno de sus reyes i el príncipe heredero, cuyos nombres callaremos para que no sufran menoscabo alguno con la franca relacion de esta parte histórica, reunieron un ejército numeroso para asegurar el triunfo sobre las águilas imperiales, i determinaron ponerse á su cabeza, dejando por gobernador del reino durante su

ausencia al conde de Amberes, distinguido entre todos los personajes del reino por su raro ingenio, madura prudencia, probidad á toda prueba, acendrada fidelidad, rectitud i justificacion, i por cuantas virtudes pueden adornar i embellecer los timbres i blasones de la cuna.

Ejerció el conde su delicado encargo con el mayor celo i eficacia, consultando con la Reina madre i con su nuera todos los negocios árduos del reino, i no omitiendo medio alguno para corresponder dignamente á la confianza que el monarca habia depositado en él. Era el conde tan sobresaliente en las dotes del alma como en las del cuerpo; tenia la fama de ser la figura mas interesante de la córte; en su edad de cuarenta años conservaba toda la lozanía de la primera juventud; i era por fin el ídolo de las damas, así como un objeto de admiracion i respeto para todos.

A poco tiempo de haber tomado en de-

pósito las riendas del gobierno, murió su esposa dejándole dos niños hermosísimos, cuyas gracias infantiles formaban toda su delicia. Todavía no estaba bien cicatrizada la profunda llaga abierta por una desgracia tan prematura i tan funesta; todavía estaban húmedos sus ojos de llorar una tierna esposa, á la que amaba con delirio, cuando hubo de abroquelar su corazón, i preparar todas las fuerzas de la virtud para resistir al poderoso ataque que se estaba disponiendo contra la austeridad de sus principios.

La esposa del príncipe heredero, que desde mucho tiempo tenia encendida en su pecho la impura llama del amor, creyó llegado el oportuno momento de declararle su criminal pasión, figurándose que no podría menos de ser sensible á los brillantes encantos de una persona real, que en la primavera de sus dias, i cuando el amor es tan espresivo i elocuente, sabe lanzar una

flecha desde los artesonados rejios i de los dorados doseles del poder.

Observando esta princesa que sus dulces i misteriosas miradas, que son el primer lenguaje del corazon, no eran correspondidas, i al parecer ni entendidas, se atrevió á insinuarse con finas i delicadas expresiones, aunque embozadas todavía con el manto del pudor; i como tampoco hubieran surtido efecto estos mensajeros de su amor, se determinó á declararle francamente el fuego que ardia en su pecho.

Llamado un dia el conde por esta princesa, se presentó inmediatamente, bien ajeno de creer el motivo de su lúbrica conferencia. Habiéndola encontrado sola recostada en su lecho, recibió órden de que se sentase á los piés de la misma cama, i habiéndole éste preguntado dos veces el motivo de su llamada, rompió finalmente el silencio la princesa con las lágrimas en los ojos, la grana en las mejillas, i el tem-

blor i agitacion en todos sus miembros.

”Carísimo i dulce amigo, como hombre sábio i experimentado puedes graduar mejor que nadie la estension de la fragilidad de ambos secsos, cuya fragilidad es mas ó menos disimulable segun las razones i circunstancias que concurren á ella. ¡I quién no conoce que una mujer, la cual necesitando del trabajo de sus manos para mantenerse se deja arrastrar de una pasion, es mas reprehensible que otra que nade en la abundancia i en los placeres ó que haya sido criada con deleitable delicadeza, i que por su misma muelle educacion debe carecer de aquella fortaleza de fibra tan necesaria para combatir las grandes pasiones?”

”¡I no será todavía mas escusable la que ha sabido elejir amante sábio i esforzado, noble i reservado, i tan hermoso de alma como interesante por su jentileza i bizzarria? ¡No han de atenuar asimismo

lo censurable de esta pasión, la lozana juventud, la larga separación de un marido, la imposibilidad de refrenar los fuertes estímulos que rinden de continuo no solo á las débiles mujeres sino á los mas esforzados campeones? ¿No ha de merecer indulgencia en este natural desvarío si se salva el único inconveniente que es la publicidad, lo cual queda asegurado en la esquisita discreción i reserva del objeto de tan ardientes deseos? I finalmente ¿no ha de hallar gracia aun á los ojos del mas ríjido moralista, una mujer que fija sus miras sobre el caballero mas completo del reino de Francia?

”Sí, conde mio, ya es tiempo que yo te revele este secreto fuego que me abrasa; tú eres el objeto de mi adoración; nada se opone á nuestra mútua correspondencia; yo espero que te estimulará á ella mas bien la gratitud que mis gracias, i menos mi mérito personal i elevado rango, que

un sentimiento de hidalga compasion ácia una mujer jóven que por ti se consume como la nieve arrimada al fuego. Ya que he tenido valor para manifestarte mi debilidad, no puedo creer que pagues con la indiferencia ó con el desprecio un amor tan vehemente, cual es el que arde en mi pecho." Las lágrimas que á torrentes se asomaron á sus lascivos ojos no le permitieron proseguir, i dejando caer la cabeza sobre el conde, aguardó temblando la sentencia de su vida ó de su muerte.

El conde, que se preciaba de la mas pura lealtad i honradez, principió á reprender no sin alguna dureza un amor tan impúdico i criminal; i viendo que la princesa lo estrechaba en sus brazos con el mas furioso arrebató, se esforzó en desasirse de ella, i en afirmar con juramento que se dejaría hacer pedazos antes que atentar al honor de su rei i señor, ó permitir que nadie se atreviese á tan villana accion.

Viendo la princesa tan firmemente resuelto al conde á contrariar su pasión, i ofendida vivamente con el desprecio que hacía de su persona, convirtió en ódio su destemplado amor, i arrastrada por el iracundo espíritu de venganza, le replicó. "Ya que tú eres un mal caballero que no te mueven las lágrimas de una mujer ni los ruegos de una reina; ya que tratas de conspirar contra mi vida, i que parece tienes jurada mi ruina, experimentarás bien pronto los efectos del resentimiento de una amante ultrajada. Eres un mónstruo, i como tal has de aparecer á los ojos del mundo, hasta que logre convertirme en objeto de execración jeneral.

Terminado este infernal desahogo, empezó á dar gritos desaforados, á mesarse el cabello, i rasgarse el vestido i á hacer otros ademanes de furor. La guardia! socorro! socorro! ¡No hai quien me ampare contra las violencias del conde de Ambe-

res? Al ver el conde este horrible frenesí de la princesa, i temiendo que la emulacion cortesana habia de dar mas fé á la maldad de aquella arpía que á la pureza de su conducta, salió precipitadamente del rejoy aposento, dejando entregada á la desesperacion mas rabiosa aquella impúdica mujer, que redoblaba sus gritos i diabólicas amenazas: i considerando que la menor detencion podría serle mui fatal cojió lo mas precioso que tenia en su casa i de mas fácil traslacion, i acompañado de sus dos tiernos niños se dirigió disfrazado ácia Calais.

En tanto que el conde corria precipitadamente á salvarse del peligro en que lo habia constituido la misma lealtad i honradez, acudian las guardias i toda la servidumbre de palacio al socorro que imploraba la fementida princesa: i deseando todos vengar tamaño ultraje, corrieron á casa del conde con ánimo de sacrificarlo á la

indignacion que les habia causado el infame relato de dicha princesa; i como no hubiesen encontrado al objeto de su furor, saquearon i destruyeron cuanto hallaron en la habitacion del honrado conde, apostrofándolo con los epitetos mas injuriosos, i convirtiendo en mayor ódio aquella misma amabilidad i cortesania, que tanto lo habia distinguido, la cual presentaban como un comprobante del aleve atentado que se le imputaba.

Esparcióse por todas partes la noticia de este extraordinario suceso, el rei i su hijo recibieron prontamente noticias de aquella pretendida alevosía; i condenando en el acto al conde i á sus sucesores á perpetuo destierro, ofrecieron ricos premios á quien presentase vivo ó muerto á aquel inocente i honrado caballero, víctima de la venganza de una desenfrenada mujer.

Habia llegado éste sin tropiezo á Calais, i sin pérdida de tiempo se embarcó

para Lóndres con un traje mui pobre, que ocultase su noble procedencia, porque de ser conocido, era de suponer que pudiese ser sacrificado á las reclamaciones de la córte de Francia, con la cual se hallaba entonces la Inglaterra en la mejor armonía. Poco antes de llegar á la capital de la Gran Bretaña, dirijió la palabra á sus hijos para amaestrarlos en la conducta que habian de observar desde aquel momento, fijándose principalmente en dos cosas que recomendó como dogmas inalterables, pues que en su ríjida observancia estribaba su vida: fué la primera, que sufriesen con tranquila resignacion el estado indigente á que los habia reducido la adversa fortuna i no el crimen; i la segunda, que no descubriesen jamas por ningun motivo, i por graves que fuesen los apuros en que pudiesen encontrarse, el oríjen de su cuna.

Luis era el nombre del varon, i Violanta el de la hembra; el primero tenia nue-

ve años de edad, i siete la segunda; pero su precoz ingenio les hizo comprender la importancia del consejo de su padre, i les hizo adoptar una conducta tan conforme á las ideas del desgraciado conde, que parecia imposible cupiese en aquella tierna edad un fondo tan esquisito de reflexion i de prudencia.

Para conservar mejor el disfraz, les fueron cambiados los nombres en Perico i Juanilla, con los cuales, i con su vestido de mendigos, se presentaron en Lóndres pidiendo limosna de puerta en puerta. Ocurrió un dia que al salir de la iglesia cierta señora de las principales del reino, esposa de uno de los jenerales mas distinguidos, fijó la atencion en estos tres portoseros, i preguntando al disfrazado conde quién fuese, i si aquellos niños eran sus hijos, contestó: "que él era de Picardia, de donde habia debido fugarse con aquellas dos tiernas criaturas para sustraerse

al furor de un enemigo encubierto que habia jurado su ruina, i que tenia bastante poder para llevar á efecto sus amenazas.

La dama, que era sumamente compasiva i jenerosa, se prendó de la hermosura i de las gracias de Juanilla, i propuso á su padre que si no tenia inconveniente en cedérsela, la tomaría por su cuenta, i que si su conducta sucesiva correspondia al vivo interes que inspiraba su candor i su inocencia, la querría como si fuera una de sus hijas. El conde, que no deseaba mas que el bien de aquellas desvalidas criaturas, se la cedió mui gustoso, i se separó de ella con las lágrimas en los ojos aunque con la alegría en el corazon, adorando la providencia que por un medio tan inesperado le habia abierto un camino para que aquella prenda preciosa de sus entrañas no estuviera mas tiempo espuesta á las amarguras de la miseria.

Habiéndose despedido de ella así como

de sus jenerosos bienhechores, para no serles gravoso por mas tiempo, se puso en camino con direccion al pais de Gales, á donde llegó con el gran trabajo i cansancio que era consecuente á quien no estaba acostumbrado á recorrer á pié tan largas distancias.

Habia en esta capital otro jeneral de mucha nombradia i de grandes riquezas, el cual vivia en su palacio con el mayor lujo i suntuosidad. Abundando asimismo esta ilustre familia en sentimientos de caridad i beneficencia, solia el conde acudir con su hijo Perico á recoger las migajas que caian de aquella ostentosa mesa; i como en uno de los cortiles de palacio se hallasen cierto dia algunos señoritos, i entre ellos los hijos del jeneral, ejercitándose en juegos propios de su edad, corriendo, saltando, i haciendo otras pruebas de agilidad i destreza, se mezcló Perico entre ellos, i al favor de la esmerada i caballero-

sa educacion que habia recibido en la córte de Francia, logró llamar la atencion del mismo jeneral, i hacerle creer que no podia ser bastardo el oríjen de quien ostentaba modales de tanta franqueza, jentileza i bizarría.

Aunque los informes que adquirió sobre este niño no lo sacaban de la esfera de un mendigo, quiso sin embargo tenerlo á su lado esperando que de tan felices disposiciones no podia menos de sacar un partido mui ventajoso; i habiendo solicitado de su padre se allanase á dejar su hijo al cuidado de tan distinguido personaje, contestó que no tenia mas anhelo que la felicidad de aquel único vástago de su familia, á quien por sus reveses i contrastes no podia proporcionar sino el pan regado con lágrimas de dolor i de humillacion, i que por lo tanto bendecía la providencia que habia inspirado al noble lord sentimientos tan nobles i jenerosos ácia esta inocen-

te criatura; i que descansando en las bondades de tan ilustre bienhechor no le arredraban ya los trabajos, ni la miseria ni la misma muerte.

Habiendo tenido el conde en medio de tantas desventuras, el consuelo de haber colocado á sus dos hijos de un modo mas noble i decoroso de lo que hubiera podido figurarse, trató de retirarse, no sin que se le despedazara el corazon al despedirse de su última prenda, en obsequio de cuyo bien hizo este último i doloroso sacrificio. Habiendo pasado á Irlanda en el mismo disfraz de pobreza, entró al servicio de un noble hacendado en la clase de mozo de caballos, en cuyo ejercicio vivió muchos años, sufriendo todas las amarguras de un oficio tan abyecto, i que tanto debia repugnarle á pesar de su gran fondo de filosofía i de virtud.

Violanta, ó sea Juanilla, iba creciendo al lado de su bienhechora en años, en her-

mosura, en talento, en gracia i en bondad. Si ésta i su esposo se congratulaban mas i mas cada dia por la feliz adquisicion que habian hecho de una niña tan preciosa, no era menor la admiracion que escitaban sus relevantes prendas en cuantos tenian ocasion de conocerla. Aunque estos señores nunca habian podido averiguar el verdadero oríjen de su huerfanita, no podian creer que tantas virtudes i perfecciones se abrigasen en persona de baja ralea; i convencidos de que no podia ser sino mui noble la sangre que corría por sus venas, usaban para con esta jóven de todas las consideraciones debidas á su presunto oríjen de nobleza; é imbuidos en tan favorables ideas trataban de elejirle por esposo un sujeto illustre que no desdijese de sus recomendables circunstancias.

Empero Dios, que premia siempre las buenas acciones, i que no permite que la inocencia quede oprimida largo tiempo,

quiso que la hija del conde principiase á recibir sus bendiciones. Los bienhechores de Juanilla tenían un hijo único llamado Jacobo Lamiens, que la llevaba tan solo seis años de diferencia: sensible por naturaleza i por carácter, no pudo resistir á los encantos de la virtuosa extranjera. Mucho tiempo habia que suspiraba en secreto por la preciosa huerfanita; mas no se atrevia á manifestarlo, ni aun al mismo objeto de su ciega adoracion, por temor de disgustar á sus padres, de quienes recelaba que habian de contrariar abiertamente su enlace con una jóven de nacimiento desconocido, la cual del mismo modo podia pertenecer á una familia distinguida, como á otra mui despreciable i deshonrosa, habiendo mas motivos para creer lo segundo.

La fuerza de esta pasion i la misma violencia que se hacia para ocultarla, llegó por fin á producir una notable alteracion en su salud: sus padres veian con el mayor

dolor i justa aprension que este hijo, único i delicioso objeto de su cariño, se iba consumiendo lentamente; se llamaron en su auxilio los mejores médicos de la capital, se adoptaron varios planes curativos; mas todo en vano; el jóven declinaba de dia en dia, i nadie podia prefijar la verdadera enfermedad que lo aflijía, de modo, que hasta los facultativos mas sábios i experimentados llegaron á desesperanzar de su vida. La ansiedad i la angustia de sus padres era estremada; no cesaban de preguntarle la causa de su mal, i él no contestaba sino con suspiros ó con frívolas razones, de no saber por qué se iba consumiendo i perdiendo sus fuerzas.

Ocurrió un dia, que hallándose á la cabecera de la cama del enfermo i en el acto de tomarle el pulso un médico bastante jóven, aunque mui profundo en observaciones de la facultad, observó que al entrar Juanilla en el aposento por alguna dilijen-

cia del servicio, que con tanta eficacia prestaba á su bienhechora, sufrió una fuerte alteracion el pulso del paciente, i que poco despues de haber salido de su presencia aquella jóven habia vuelto el pulso á su estado antiguo. Para rectificar esta observacion, llamó con cierto pretesto al objeto de sus temores, se presentó en el aposento, i experimentó nueva i mas fuerte alteracion en el pulso del enfermo; se retiró Juanilla, i poco á poco se fué calmando aquel signo indudable de las afecciones humanas.

Convencido el médico de la ecsactitud de su observacion, se levantó del asiento, i llamando á parte á los padres les dijo: "La salud de su hijo de ustedes no pende del auxilio de la medicina; está en manos de Juanilla, de la cual se halla ciegamente enamorado, i segun mis observaciones, sin que ni aun ella misma lo haya adivinado. Ya saben ustedes lo que han de ha-

cer si apreciaban la vida de este malogrado jóven.”

Estos buenos padres se alegraron sobremanera de tan feliz descubrimiento, pues que averiguada la causa de la dolencia de su amado hijo, era fácil aplicar el oportuno remedio, aunque no dejase de inquietarles la idea de que pudiesen llegar las cosas al bochornoso trance de admitir en su familia á una muchacha de tan oscuro i miserable linaje; pero los ardientes deseos de salvar tan preciosa vida, podian mas en su ánimo que todas las consideraciones sociales; sin embargo, trataron primero de hacer todos los esfuerzos para asegurar la vida de su hijo por otros medios menos honestos que los del himeneo, sacrificando á los mundanos miramientos su misma delicadeza i probidad; i he aquí como condujeron este insidioso plan.

Apenas hubo salido el médico, se presentó la madre en el aposento del enfermo

i con el tono mas cariñoso le dijo: "Mi querido hijo, jamas habría creído que fueras capaz de ocultarme el menor de tus deseos, i mas cuando este funesto recelo podia producir tan fatales consecuencias, pues que debias estar persuadido de que nada hai en el mundo que pudiera negarte una madre que tanto te ama, i que tanto se interesa en la conservacion de tu preciosa ecsistencia; pero el secreto con que tú tiranizabas tu corazon, ha sido descubierto por una piadosa disposicion del cielo, que se ha dignado prestarnos los medios de rescatarte de la fria tumba, adonde en breve debia ir á parar la lozanía de tu juventud. La causa de tu enfermedad es un amor vehemente que te abrasa i te consume; ¡i por qué ocultar á tu madre una pasion tan natural al hombre, tan propia de tu edad, i que lejos de ser un crimen, mas bien la carencia de estas afecciones menoscabaría tu carácter, porque supon-

dría un defecto orgánico, tal vez el mas sensible de todos? Ea, pues, hijo mio, ensancha tu corazon, revélame todos tus secretos, deposita tus cuidados en el seno de quien mas te ama, i de quien desea proporcionarte toda clase de consuelos; depón tu melancolía i tu abatimiento, arroja lejos de ti el temor i la vergüenza, i dime de que modo puedo contribuir á tu felicidad, por la cual estoi pronta á sacrificarme.”

Se ruborizó el jóven al principio con un discurso tan franco i tan abierto, cuya confianza, demasiado libre i censurable en boca de una madre, admitía sin embargo alguna disculpa por el peligro que corría la vida de un hijo único, objeto el mas tierno de su cariño; pero cobrando algun aliento i considerando que nadie podría mejor que esta madre afectuosa ayudarle para el logro de sus deseos, se dirigió á ella en los términos siguientes: ”Amada madre mia,

nada me ha obligado tanto á tener oculto mi amor como el haber observado que por lo jeneral las personas de alguna edad se olvidan de haber sido jóvenes, i son inflexibles con los amorosos devaneos; pero pues que la encuentro á V. tan discreta, tan piadosa i tan complaciente, fuerza será que le manifieste no solo lo que ya V. misma ha llegado á penetrar, sino que le nombre la anjelical criatura que ha robado la paz de mi alma, esa encantadora deidad, cuya posesion es la única medicina que pueda salvarme de una muerte segura, aunque bien entendido que mi confianza ha de llevar la condicion precisa de que V. ofrezca aplicar todos sus esfuerzos para hacer que se logren mis deseos á todo trance, i por cualquier medio que sea necesario adoptar.

Esta tierna i sensible madre, guiada por la ceguedad de su cariño mas bien que por los dictados de la razon, se comprometió

á complacerle en cuanto pudiera desear, le rogó que sin dilacion alguna le descubriese hasta los últimos repliegues de su corazon.

Animado el jóven con tan seguras garantías, la dijo: "Las altas i relevantes prendas de Juanilla, su incomparable hermosura, i su hechicera gracia han cautivado de tal modo todos mis sentidos i potencias, que por no haber observado en ella disposicion alguna á corresponder á este inestinguible fuego que me devora, ni haber tenido atrevimiento para declararle una pasion que temia pudiese ofenderla, i que me hiciese perder el inocente cariño que creia merecer de ella, he llegado al miserable estado de ver que se marchita mi frescura como una flor nacida en árido terreno i que se ve acometida sin defensa por los rayos solares del ardoroso estío. Escusado será que éntre en ulteriores esplicaciones; fácil será á una madre

dotada de fina penetracion i de agudo ingenio, adivinar el modo de restituir la calma á este ajitado pecho, que dejará de latir brevemente sino se le alivia la pena que lo atormenta.”

La buena madre tranquilizó á su hijo con palabras dulces i cariñosas, i con reiterarle la promesa de que mui pronto habian de cesar todos sus males: la esperanza de poseer un bien tan precioso, derramó un bálsamo vivificador sobre el corazon del angustiado amante, cuya salud iba progresando rápidamente con satisfactoria admiracion de sus tiernos padres, que no cesaban de congratularse por un descubrimiento tan importante. Así que, considerando la madre que era ya tiempo de principiar el ataque contra la virtud de la huerfanita, la llamó á su gabinete, i con la mayor reserva i con mucha suavidad i finura la preguntó si tenia algun amante.

La pobre Juanilla, que de ningun modo

estaba preparada para un ataque tan molesto é intempestiva, se puso encarnada como una grana, i con el mas tímido respeto é inocente rubor le contestó: que á una pobre niña, cual ella era, arrojada de su pais, separada del abrigo de los autores de sus dias, obligada á prestar sus servicios personales, i á vivir de la caridad ajena, no podian convenir los amorosos coloquios. Pues bien, replicó la dama, si tú no tienes amante alguno, yo te lo quiero proporcionar, i de tan brillantes circunstancias que te hará pasar una vida deliciosa, i será causa de que te envanezcas i te deleites con tu misma hermosura, que sería lástima por cierto que se fuera destruyendo sin participar de los placeres que están consignados en el templo de la fina correspondencia.

Juanilla respondió á su bienhechora, que si bien por gratitud estaba obligada á servirla en cuanto quisiera mandarla, por-

que no era posible que olvidase jamas que la habia sacado del estado de miseria en que la tenia su desgraciado padre, i que la habia educado con el mas cariñoso esmero, sentia sin embargo deberla hacer presente que no podia complacerla en esta parte; que no podia amar sino al hombre que con honesto fin pusiera en ella sus ojos, pues que como sus ascendientes no le hubiesen dejado mas patrimonio que su honor i recato, lo conservaría hasta el sepulcro; i que nadie habia de jactarse de que ella hubiera faltado á los sentimientos de virtud que con tanta firmeza tenia arraigados en su corazon.

Desconcertada quedó la officiosa madre con tan sublime contestacion; pero no desconfiando todavía de reducirla á sus designios la dijo: "¿Cómo es eso, Juanilla? i si nuestro rei, que es un gallardo mozo, te pidiese alguna gracia, ¿podrías tú negársela?—Sí, señora, contestó la jóven he-

roina; el rei podría hacerme violencia, mas nunca obtendría mi consentimiento para indecencias i deshonestidades.

Aunque la dama quedó poco satisfecha de la firme i enérgica esplicacion de su pupila, creyó sin embargo que su decantada virtud no podría resistir á otras pruebas mas duras i positivas, i así dispuso encerrarla en un cuarto con su hijo luego que lo vió bastantemente restablecido, encargando á éste que se aprovechase de tan feliz coyuntura, pues ya conocia que debia serle demasiado penoso continuar mas tiempo haciendo el papel de zurcidora de aquella intriga amorosa, por el cual podrían aun los menos maliciosos i mas complacientes regalarla el título poco honroso con que son conocidos los que se ejercitan en este oficio.

Mucho desagradaron al mozo estos lazos tendidos á la virtud de su amante con tan poco decoro; de cuya incomodidad é

indignacion resultó una gran declinacion en su salud, que volvió á poner en peligro su preciosa vida. Alarmada la mensajera de impúdicos amores, volvió á dar el último i mas firme i brusco ataque á aquellos muros de bronce, i convencida de que se habian de estrellar siempre en ellos todas sus maquinaciones i asechanzas, conferenció largamente con el marido, i ambos se pusieron finalmente de acuerdo para dar el título de nuera á esta jóven virtuosa, sacrificando á la conservacion de la vida de su hijo las etiquetas de la sociedad, i hasta la opinion, el honor i los timbres de la familia.

Informada Juanilla de tan feliz cámbio en los designios de su bienhechora, se postró á adorar la providencia que la habia salvado de tan inminente peligro, i á dar gracias por el inestimable beneficio que habia decretado en sus justos juicios, para premiar la constancia i el denodado

esfuerzo con que habia defendido su honor i virtud. Jacobo recobró en mui pocos dias su salud i robustez; se celebraron las bodas con satisfaccion jeneral, i principió una era de venturas i goces para esta interesante familia.

Dejaremos á esta amable pareja ardientemente ocupada en apurar la copa de la felicidad, i dirijiremos nuestra vista ácia el otro hijo del conde de Amberes, que con el nombre de Perico, habia sido recogido en la casa de uno de los principales señores del reino que tenia su residencia en la capital del pais de Gales. A medida que este jóven iba creciendo en años, se habian desarrollado á porfía la fuerza de su ingenio, las jenerosas disposiciones de su alma, i la hermosura i gallardia de su cuerpo. Era el primero en todas las hidalgas empresas; no habia premio que no ganase en las justas i torneos; nadie manejaba con mayor maestría el mas fiero é

indómito caballo; nadie le aventajaba en los ejercicios gimnásticos ni en los juegos que requieren vigor, habilidad i destreza. Era por fin un caballero completo, un dichado de perfecciones, un objeto de envidia para los jóvenes de su edad, de amor para las hermosas, i de aprecio especial para todos.

La divina providencia, que habia decretado compensar en los hijos del conde las persecuciones que habia sufrido por haber observado estrictamente las leyes del honor, abrió para Perico un campo de gloria i de ventura, igual al que habia proporcionado á Juanilla. Habiendo sobrevenido en este tiempo una mortífera epidemia que dejó despoblado el pais, se contaron entre sus víctimas todos los individuos de aquella familia jenerosa, en la que habia sido incorporado piadosamente, i á la que debia tantos beneficios, sin que hubiera sobrevivido á tan devastadora in-

fluencia, sino una niña en la flor de sus años.

Viéndose esta jóven sin mas amparo que el de Perico el picardo, (bajo este nombre era conocido el hijo del conde, pues fiel á sus promesas nunca habia revelado el oríjen de su nacimiento), se prendó de las brillantes prendas físicas i morales del amable extranjero, el cual por su parte no tenia mas anhelo que el de servirle i consolarla en su acerba desgracia; i pasando rápidamente por todos los grados que tiene prefijados el amor, vió mui pronto convertido en una deliciosa i ardiente pasion, lo que no fué en su principio mas que un sentimiento de gratitud i fina cortesanía.

Tomando consejo de algunos viejos amigos de sus padres que habian logrado salvarse del horrible azote que acababa de asolarlos, resolvió tomar por esposo al virtuoso Perico, cuyas nobles acciones bor-

raban completamente las manchas que ofrecia su primera presentacion en aquella casa, i disipaban las dudas que podian suscitarse acerca de la bastardia de su cuna.

A un amante tan apasionado, cual era el hijo del conde, no fueron necesarias muchas demostraciones afectuosas de parte de la hija de sus bienhechores para perder su natural timidez, efecto del gran respeto que profesaba á aquella noble familia, i para declararle la vehemencia de una honesta pasion que habia tenido oculta en su pecho, por no incurrir en el desagrado del venerado objeto que la habia inspirado.

La intelijencia que ecsistia entre los corazones de ambos fué sancionada en breve con las bendiciones de la iglesia, quedando Perico por este medio dueño de los estados, títulos i riquezas de una de las casas mas respetables del reino unido de la Gran Bretaña i en posesion de la mano de una de las hermosuras mas perfectas.

Ni se limitó á estos solos dones la próvida fortuna, sino que deseando el rei de Inglaterra dar un testimonio auténtico de lo mucho que apreciaba la memoria del malogrado jefe que acababa de perder tan prematuramente, i asimismo de premiar sus importantes servicios en el único vástago de la familia, confirió á Perico el mismo elevado rango que su suegro habia tenido en la milicia, con todos los honores i prerogativas de que estaba revestido, no dudando de que con su denodado esfuerzo i esclarecido ingenio, se haría digno de tantas i tan distinguidas gracias.

Habian ya trascurrido diez i ocho años desde que el conde de Amberes habia empezado su peregrinacion, i sintiendo sus fuerzas bastante abatidas, como consecuencia necesaria de sus padecimientos físicos i morales, resolvió salir de Irlanda para informarse de la suerte de sus hijos antes que la muerte viniese á sorpren-

derlo. Púsose con efecto en camino para Gales en su traje de pordiosero, i habiendo visto á su hijo Perico, i sabido con el júbilo mas vivo su elevacion i fortuna, se dirijió para Lóndres sin haber querido darse á conocer todavía.

Al llegar á la capital de Inglaterra supo las maravillosas i felices ocurrencias de su hija Juanilla, lo cual puso el colmo á su regocijo i alegria; i desde aquel momento dió por bien sufridos todos sus trabajos i miserias. Para que fuera completa su felicidad era preciso que viese á esta hija adorada; i para conseguirlo se dió á frecuentar las avenidas de su casa. Habiéndolo visto un dia su yerno Jacobo, movido de su natural compasion mandó á uno de sus criados que llevase aquel buen viejo á la cocina para que le diesen de comer.

Cuando entró el conde se hallaban jugando en una de las galerías de palacio

los hijos de Jacobo i de Juanilla, siendo el mayor de ellos de solos siete años, pero todos hermosos, sumamente amables i benéficos: su corazon inclinado á la caridad i á la compasion, mas bien que un estímulo de curiosidad, los condujo á ver comer al pobre extranjero, i se le aficionaron de tal modo que no podian desprenderse de su compañía, como si la naturaleza quisiera manifestarles por un secreto impulso, que la sangre que circulaba por sus venas la debian á aquel venerable anciano.

El buen conde no cabia de gozo de tener á su lado á sus amados nietos, á los cuales les prodigaba cuantas caricias i cariñosas espresiones le era dable sin escitar sospecha alguna. Llegó á tal grado la recíproca aficion que se tomaron el abuelo i los nietos, que no pudiendo el maestro separarlos recurrió á la autoridad de la madre, la cual salió á reconve-

nirlos; pero oyendo sus lloros i súplicas para que los dejase un rato mas con aquel buen viejo no pudo negarles ese gusto. No deberá parecer extraño que la hija no hubiera conocido á su padre, si se atiende al cámbio total que en la fisonomía del conde habian causado diez i ocho años de ausencia, i tantos trabajos i padecimientos: en vez de un rostro oval i florido, una barba negra i luciente, de sonrosados colores i de fresquísima tez, que eran los caracteres de su elegante fisonomía física, se descubria un semblante seco i enjuto, una barba blanca, un color tostado, una gran palidez i hondas arrugas que hacian imposible su reconocimiento. El conde por su parte se contentó con ver en toda su lozanía i alegría de espíritu á su querida Juanilla, sin haber tenido por conveniente descubrirse todavía.

Llegó á esta sazón el padre de Jacobo, que parece habia mirado siempre con des-

agrado este matrimonio por la supuesta desigualdad de su nacimiento; é informado por el preceptor de la curiosa escena que se estaba representando entre sus nietos i el pobre viejo, exclamó: "¿Qué se puede esperar de unos muchachos que por parte de madre son hijos de un pordiosero? ¿Por qué se ha de extrañar ver en ellos tales inclinaciones?

Resentido sobremanera quedó el conde con tal ultraje, i necesitó de toda su prudencia para no salir á la demanda, i para sostener con enerjía la ventaja inmensa que llevaba la sangre de los condes de Amberes, sobre la de los *Lamiens* de Inglaterra; pero juzgó mas conveniente sufrir con forzada resignacion este punzante insulto.

Empero Jacobo que observaba lo complacido que se hallaban sus hijos con aquel buen anciano, le propuso si quería quedarse al servicio de la casa; á lo cual

contestó que tendría en ello la mayor satisfacción, pero le hacía presente que él no entendía en otra cosa que en cuidar caballos, que había sido el ejercicio de toda su vida. Fué con efecto admitido el conde para este oficio, aunque mas bien pasaba el tiempo en divertir á los niños, en lo cual hallaba sus mayores delicias.

Ocurrió á este tiempo la muerte del rei de Francia, i sucesivamente la coronacion del príncipe real, esposo de la que había sido causa de su desgracia. Apenas había ceñido éste la corona, cuando concluidas las treguas que en vida de su padre se habían hecho con los imperiales, hubo de desplegar mayor vigor i enerjía para comenzar de nuevo la guerra.

El rei de Inglaterra aprestó en su auxilio un ejército respetable mandado por Perico i por Jacobo Lamiens, quien también había sucedido en el mando á su anciano padre, inhábil ya para las penalida-

des de una campaña en país extranjero.

Enfermó de gravedad á esta sazón la reina de Francia; i conociendo que se acercaba el término de su carrera, hizo una confesion ejemplar con el arzobispo de Ruan. Una de las graves culpas de que se acusó con corazon contrito i arrepentido, fué la calumnia levantada contra el conde de Amberes i las persecuciones que por su causa habia sufrido aquel súbdito virtuoso, modelo de fidelidad i de honradez. Ni se limitó su declaracion al acto de la confesion, sino que en presencia de muchos de sus cortesanos detestó su infame culpa, i rogó á todos que influyesen en el ánimo del rei para que el conde, ó sus hijos, si aquel habia muerto, fuesen declarados indemnes, i recibiesen en su vez muestras positivas de la munificencia soberana, como una compensacion de tantos daños i perjuicios inferidos á su honor i á sus intereses.

Apenas murió la reina se dió cuenta' de lo ocurrido al rei que se hallaba en el ejército; i aunque su majestad no pudo oír sin desagrado los crímenes de su esposa, no dejó de ocuparse en el acto de enjugar las lágrimas del desventurado i virtuoso conde de Amberes; á cuyo fin hizo circular por todas partes la voz de que sería magníficamente remunerado el que descubriese el paradero de dicho conde. Llegada esta noticia á los oídos del mismo, que habia seguido en su ordinario disfraz á su yerno, rogó á éste i á su hijo Perico que fueran en su compañía á ver al rei, pues que él iba á descubrir lo que tanto deseaba saber aquel soberano; i ya dispuestos á seguirle, se decidió á revelarles este importante misterio, dirigiéndoles la palabra del modo siguiente: "Perico, tu amigo Jacobo está casado con tu hermana Violanta; i como que no le llevó dote alguno, trato de que recaiga en su favor el gran premio que el rei ha ofreci-

do á quien descubra el conde de Amberes, pues ese soi yo." Estas breves, pero tan preciosas palabras, dejaron asombrados al hijo i al yerno: ambos se arrojaron á sus piés que bañaron con lágrimas de ternura, mezcladas con el sentimiento de no haberlo conocido antes para haberlo ensalzado al rango que le correspondia.

Concluidas las satisfacciones i protestas de unos i otros, i calmada la extraordinaria emocion que este interesante suceso habia causado en el ánimo de aquellos jóvenes, se trató de presentarse al rei: ellos querian que el conde fuera vestido de un modo adecuado á su distinguido rango; mas éste no quiso despojarse de su humilde traje, para representar mas á lo vivo las grandes humillaciones i quebrantos que habia sufrido. Así, pues, llegando todos tres á la presencia del rei, le dijo Jacobo sin preámbulos: Sr., aquí tiene V.M. al conde de Amberes, á su hijo i á su yerno!

Admirado el rei con esta importante relacion, fijó los ojos en el conde, i á pesar de los surcos que los años i los trabajos habian abierto en su semblante lo reconoció, i con lágrimas de ternura lo levantó del suelo, lo besó, lo abrazó, i le hizo estremadas caricias así como á su hijo Perico, mandando que en el acto se trajesen para el conde lujosos vestidos convenientes á su clase, i que se le proveyese de caballos, criados i de cuanto pudiera necesitar para volver á su primitivo estado de brillo i esplendor.

Ademas del riquísimo premio que fué adjudicado á Jacobo, recibió extraordinarios honores i distinciones; fueron devueltos al conde todos sus bienes i riquezas; ocupó cerca del rei el primer puesto del reino, gozó en alto grado del favor de la córte hasta su muerte, i sus hijos continuaron en merecer el aprecio del soberano, i la admiracion universal. (*Boccacio.*)

JEOGRAFIA.



Un pueblo en las cercanias de Moscow.

Son en lo jeneral poco ecsáctas las noticias que por los viajeros i aun por varias obras de jeografía nos han sido transmitidas acerca de las costumbres i civilizacion de los rusos, especialmente de las clases inferiores.

Acia el fin del verano, dice un viajero que acaba de recorrer aquel imperio, llegamos á un pueblecito, llamado Yassenova, cerca de Moscow; una de sus casas llamó principalmente mi atencion por su construccion elegante i por su aseo; mi compa-

ñero de viaje me introdujo en ella; el ama, mujer del *Moujick*, á quien pertenecía aquel edificio, nos recibió con bastante agrado, i nos dijo con amable sonrisa que dicha casa le costaba tan solo mil rublos. Como el *Obrok*, ó derecho de capitacion, tiene por base en aquel pais el valor de los bienes inmuebles, forman los siervos un interesado empeño en disminuir la suma de sus capitales, i he aquí lo que nos quiso dar á entender la sagaz aldeana con su significativa sonrisa.

Ecsaminé detenidamente esta casa de campo ó mas bien de recreo, sin embargo de que mas parecia una colmena; porque en tan corto espacio habitaban tres familias aunque desahogadamente, á saber: el padre i dos hijos casados. Bajo el mismo techo se hallaban los corrales, los gallineros i los establos.

Como el rigor del clima obliga los habitantes á reconcentrarse i á encerrarse her-

méticamente durante el invierno, ha tomado este hábito tal imperio sobre ellos, que aun en verano tienen sus dificultades en entregarse á respirar el aire exterior, así que sus aposentos parecen estufas; i como tapan todas las entradas que pudiese tener el aire, hasta el agujero de la cerradura, se carga la atmósfera de miasmas infectos, á lo cual debe atribuirse la palidez que se observa en las mejillas de la jente del campo, la poca frescura de la tez aun en la juventud, i sus prematuras arrugas. Hijos, nietos, padres i abuelos de ambos secsos, parecen todos de la misma jeneracion; á tal grado i con tal prontitud se marchita la lozania i se aja la compleccion de todos ellos. Algunos viajeros han querido hallar la causa de esta prematura vejez en el uso de los baños de vapor, siendo todo lo contrario, pues éstos son una especie de antídoto contra el mefitismo, en el que viven los rusos de las

clases medias durante el invierno.

Salvo este inconveniente (el cual es por cierto el menos favorable á la salud i á la limpieza), por lo demas las tres habitaciones de las familias moscovitas respiraban por todas partes el aseo, el buen órden i la comodidad de los propietarios. El jardin, ó mas bien la huerta, que recorrí luego despues, era de grande estension, i estaba poblada de árboles frutales. La dueña de la casa, que me iba acompañando, me dijo que los agricultores rusos no acostumbraban plantar, sino sembrar sus árboles.

Esta buena aldeana llamaba la atencion por su hermosura, i aun mas por el brillo de su tez i por la blancura de sus dientes, dos cualidades poco comunes entre el bello secso de la Rusia. Habiéndole manifestado mi extrañeza i admiracion por estas ventajosas perfecciones, me contestó que todas las mujeres de su pais se cubrían la

cara de albayalde i arrebol, cuyo vicioso afeite les secaba el cutis, i las hacia parecer viejas antes de tiempo; i que el uso del té mui caliente era mui nocivo á los dientes, los cuales se corroian i desgastaban en pocos años. En cuanto á mí, prosiguió ella, ni tomo té, ni jamas he podido resolverme á pintarme la cara, i he aquí la causa de la frescura de mi tez i de la blancura de mis dientes, que tanto me envidian las damas mas ilustres de la córte.”

Me chocó en extremo hallar en la mujer de un siervo ruso, obligada á vivir por necesidad en tan humilde dependencia, unos modales tan delicados, i un trato tan franco que suponía un conocimiento mui regular del uso del mundo: sus cumplimientos al despedirnos de su casa habrían hecho honor á una duquesa. ”Si ustedes quieren, nos dijo al marcharnos, repetir su visita dentro de una ó dos semanas, hallarán ustedes las frutas de mi huerta en per-

fecta sazon, i tendré el mayor gusto en obsequiar á ustedes.” Agregó otras espresiones de cortesanía i discrecion, pronunciadas con tanta gracia i despejo, que me parecia estar hablando con una señora de Paris ó de Lóndres; i desde entonces me convencí de lo ecsajeradas que son las pinturas que se nos hacen acerca del atraso del pueblo bajo en el imperio ruso, habiéndome confirmado en mi opinion iguales descubrimientos hechos en otros varios puntos.

(*Revista británica.*)

HISTORIA.



Los Mellizos.

Varios son los casos que nos ofrece la historia de semejanzas notables entre los mellizos; pero nada es comparable con la de los condes de Ligneville i de Autricourt, que fallecieron en el siglo XVII, i cuya historia ha sido extractada de un manuscrito depositado en una de las principales bibliotecas de Paris.

Estos dos condes, descendientes de una de las cuatro casas de la antigua caballería de la Lorena, eran tan sumamente parecidos, que cuando llevaban un mismo

traje, lo que solian hacer mui á menudo, sus mismos criados los equivocaban; i como el metal de su voz era en ambos ecsáctamente igual, sus propias mujeres se veian á veces en los mayores apuros para distinguirlos; i esta misma circunstancia habia dado lugar á lances mui curiosos i divertidos con sus queridas, antes que se hubiesen acercado al altar del himeneo.

Siendo capitanes ambos de caballería lijera, no pocas veces ocurrió que ó por diversion ó por conveniencia pásaba uno á hacer el servicio por el otro, ó mudaban de compañía sin que los soldados echasen de ver aquel cámbio.

El conde de Autricourt estuvo envuelto en una causa criminal, por lo cual habia logrado la parte contraria un mandato de prision: el modo de salvarse de este aprieto fué el no separarse un momento del lado del conde de Ligneville; así que

temerosos los ejecutores de aquella sentencia de prender al inocente en vez del culpable, i de incurrir en las penas prescritas por tales tropelías, fueron dilatando dicho arresto: libre ya el conde de Autricourt del primer golpe, pudo proporcionarse los medios de invalidar aquel acto.

Sucedió otro dia una escena mui curiosa. Ligneville hizo llamar un barbero para que lo afeitase; cuando ya tenia hecha la mitad de la barba, salió con algun pretesto al cuarto inmediato; i cojiendo Autricourt la bata de su hermano, colgándose la tohalla al cuello, i empuñando la misma vacía pasó á sentarse con mucha seriedad en el mismo lugar que acababa de dejar Ligneville. El barbero se pone en actitud de continuar su oficio; pero cuán grande fué su sorpresa al observar que la mitad de la barba rapada habia vuelto á crecer en tan poco tiempo, i á igualar la otra mitad á la que él no ha-

bia llegado todavía! Figurándose que solo el demonio podia haber hecho aquella sobrenatural trasformacion ocupando el lugar de su parroquiano, dió un furioso grito de horror, i cayó desmayado al suelo.

Mientras que se ocupaban en hacer volver de su parasismo al pobre barbero, se retiró Autricourt, i el conde Ligneville con su barba á medio hacer volvió á su puesto: nueva sorpresa para el aterrado maestro, quien cree que ha sido un sueño todo lo que le ha pasado, i no volvió del susto ni se convenció de su error hasta que no vió juntos á los dos hermanos.

La simpatía que ecsistia entre ambos no era menos orijinal que su semejanza. Estuvieron siempre enfermos al mismo tiempo: si alguno recibia algun golpe físico ó moral, se resentía el otro con igual intension: así que ambos tenian un cuidado especial de velar recíprocamente sobre su conducta, porque sabian que los males

del uno, de cualquiera jénero que fuesen, habian de refluir igualmente sobre el otro.

Es tambien mui notable que ambos tuviesen con la mayor frecuencia los mismos sueños.

El dia en que el conde de Autricourt fué atacado de una fiebre aguda que lo condujo al sepulcro, el conde de Ligneville, que se hallaba en Baviera, esperiméntó los accesos de la misma fiebre, i habría sucumbido á ella en igual manera que su hermano, añade el manuscrito, sino hubiera hecho un voto á nuestra señora de Altesting. (1)

La historia antigua nos ofrece muchos ejemplos de la perfecta semejanza de algunos hombres, la cual indujo en engaños

[1] Aunque se quiera poner en duda la veracidad de esta última parte de la relacion histórica, no podrá ser una razon suficiente para combatir la certeza de los datos anteriores, tan curiosos como orijinales.

de grave trascendencia; citaremos como mas singulares los siguientes. Hubo en Siria un tal Artamio de baja estraccion, segun Plinio i Solino, aunque en esto no conviene Valerio Mácsimo, cuyo individuo era tan parecido al rei Antioco, que habiéndolo llamado la reina para encubrir el asesinato que acababa de cometer en la persona de su marido, lo hizo poner en una cama diciendo que era Antioco que se hallaba enfermo; instruido el falso rei por aquella infame mujer, supo hacer tan bien su papel, que á pesar de haber sido visitado por toda la córte, nadie pudo conocer el artificio. Siguiendo las órdenes que le iba prescribiendo la reina asesina, hizo su testamento en los términos que ésta deseaba; i cuando ya hubo logrado todos sus designios, desapareció el finjido rei, i la reina presentó el cadáver del verdadero, que todos creyeron haber fallecido de muerte natural.

Escribe Justino i lo confirman otros varios autores que era tal la semejanza de Semíramis con su hijo Nino en la voz, en el jesto i en todos sus movimientos, que á la muerte de su marido, se vistió de hombre, i gobernó su dilatado imperio por el espacio de cuarenta años bajo aquel supuesto nombre, sin que nadie hubiera echado de ver el engaño.

Refiere Plinio que hubo en la ciudad de Roma dos hombres, llamado Biblio el uno i Publicio el otro, tan parecidos á Pompeyo, que sino hubiera sido por la diferencia de traje, habría sido mui fácil confundirlos con aquel esforzado guerre-ro; i añade que parece haber sido herencia de familia esta singularidad, pues que á su padre le acaeció otro tanto con un hombre, llamado Menojenes Estrabon, á quien el pueblo dió el nombre de aquel ilustre patricio, i á éste el del hombre oscuro; á tal punto llegaba su semejanza que aun

con esta prevencion anticipada era imposible distinguirlos.

Fueron tambien objetos de la pública curiosidad en la misma Roma, dos muchachos esclavos que un tal Toranio llevó á aquella capital, i que vendió como mellizos á Marco Antonio, cuñado de Octavio. Averiguado que el uno habia nacido en Asia i el otro en Alemania, se trató de rescindir aquel costosísimo contrato; mas desistió Marco Antonio cuando el mismo Toranio le hizo presente que por este medio resaltaba mas aquel fenómeno, pues nada tenia de extraño que se hubieran parecido aquellos dos fetos si hubieran sido de un mismo vientre.

Es bien sabido el suceso de aquel mancebo que se presentó en Roma durante el imperio de Augusto, i su semejanza con este soberano, así como la contestacion que dió á la chistosa pregunta que le hizo: "Dime, hermano, ¿vino tu madre alguna

vez á Roma?—Mi madre, señor, nunca estuvo en Roma, pero mi padre sí, i muchas veces.

Plinio cuenta tambien que hubo en Sicilia un pescador tan parecido al procónsul Surra, hasta en el jesto, en la voz i en el defecto de tartamudear, i demas movimientos, que si ambos hubieran sido puestos juntos con el mismo traje, nadie habría podido distinguir al procónsul del pescador.

Alberto Magno dice haber visto en Alemania dos mellizos de tan admirable semejanza que era imposible no equivocarse con ellos, i añade que no podian vivir sino juntos, que hablaban ambos de una misma manera, i que si enfermaba el uno, se resentía el otro de igual dolencia, de modo que podia decirse que eran dos cuerpos con una misma naturaleza i complecsion; cuyo fenómeno no podia esplicarse sino conviniendo en que ambos hubieran sido conce-

bidos en un mismo instante i de una misma materia, dispuesta i acondicionada con igualdad.

Por no hacer mas difuso este artículo, no descenderemes á mencionar otros ejemplos de la historia moderna, sino los del conde de Ureña don Juan Giron, i del duque de Milan Francisco Esforcia. Era el primero tan parecido al gran maestro de Calatrava, muerto por los moros en Loja, que sus mismos criados se equivocaban á cada momento, dirijiéndose al uno por el otro. El segundo, ó sea Francisco Esforcia, se hallaba en igual caso con respecto á un caballero particular que servia en su ejército, i al cual lo llamaban los soldados el príncipe ó el duque; ¡tan grande era su semejanza con su soberano!

LITERATURA GALANTE.



INFLUENCIA DE LAS LAGRIMAS.

Hermosa es la pura alegría, i hermoso el risueño aspecto que anuncia una alma serena; pero las lágrimas que se desprenden de dos lindos ojos tienen una májia mas suave que todos los goces del universo. Cuando los poetas pintaron las bellezas del dia naciente, dieron lágrimas al alba, i entre las trémulas lágrimas hicieron brillar los primeros rayos del sol.

Homero esconde las lágrimas en la cintura de Vénus como su arma mas poderosa, i como su mas gracioso embeleso.

Los cantos mas hermosos de la poesía

son aquellos en los que jimen mujeres abandonadas i beldades suplicantes; el mejor elogio de una tragedia es aquel tierno llanto que arranca de los ojos una suave tristeza; i la página de un libro, es aquella que hace derramar alguna lágrima.

Cuando un buen cómico tiene su talento en el alma, derrama las lágrimas que el poeta ha colocado en sus versos; la piedad presta sus lágrimas al jenio.

Las lágrimas son las palabras del alma, la voz del sentimiento. Las lágrimas salen del corazón: llorar es amar, dice Madama Genlis.

La folla degli amori al riso nasce
Al solo amor di lacrime si pasce [1].

Las lágrimas son la luminosa fuente en la que se refleja el alma pura, son las gotas

[1] El amor nace con la risa, i se alimenta con las lágrimas.

cristalinas, en las cuales brilla el rayo de la virtud: ellas forman toda la elocuencia de la infancia, de la debilidad i de la inocencia.

D' un sexe infortuné
Les armes sont les pleurs (1).

El silencio i las lágrimas son el lenguaje mas vivo de la inocencia oprimida i de la virtud ultrajada. Cuando Lucrecia, escitada por sus parientes á referir su funesta aventura, llega al triste desenlace, dice el poeta con una pincelada maestra:

Quodque potest loquitur,
Restavat última, flevit [2].

Las lágrimas son el último consuelo de

[1] Los lloros son las armas del seeso desgraciado.

[2] Habló cuanto pudo, pero le quedaba todavía el último recurso, las lágrimas,

los desgraciados. ¿Qué haría un miserable sino pudiese llorar? ¿De quién lograría algún amparo sino moviese á compasión con sus lágrimas?

La pitié dans nos ames embrassant sa defense
Du coté des pleurs fit tomber la balance [1].

Se representan las lágrimas como las mensajeras de los Dioses sobre la tierra. Torrentes de sangre necesitan los hombres para satisfacer sus privadas venganzas; Dios se contenta con una sola lágrima. Se lee en el *Tristram Shandy*, que el ángel de la justicia llevó al cielo la queja contra el buen Tobías, porque en el arrebato de su ardiente afecto, habia jurado en el nombre de Dios que moriría un amigo suyo; el ángel encargado de los asientos escribió la acusacion en el gran libro

[1] Al tomar la piedad nuestra defensa, inclinó ácia los lloros la balanza.

de los pecados; pero una lágrima piadosa que cayó de los ojos del espíritu celestial borró las letras.

El autor de la *Lalla Rook* refiere de este modo la historia de una de las Peris, que en la religión musulmana son una tribu de espíritus femeninos, excluida del Paraíso hasta que espíe su culpa. "Estaba una de estas Peris sumamente acongojada á las puertas del Cielo viendo correr las deliciosas fuentes de la vida; i como no podia gozar del eterno esplendor sino desde afuera, lloraba con doble amargura la pérdida de la mansion celestial, aumentándose su profundo dolor con la vista de las almas felices que se estaban recreando de estrella en estrella, i por toda la estension del empíreo divino. La vió el ángel encargado de custodiar las puertas de oro del Corkam, i enternecido de su situación la dijo: "Hija de hermosa i extraviada estirpe, te queda todavía una esperanza: está

escrito en los libros del destino que será perdonada la desterrada Peri, si lleva al Paraiso el don mas precioso. Vestida esta errante proscrita con un rayo de la mañana, ajita las alas sobre el inmenso espacio del globo. ¡I á donde vas, hermosa peregrina, á recojer el precioso don que ha de quebrantar las puertas del Olimpo?

Yo, decia ella, conozco las urnas que debajo de los arcos de Chilminar resplandecen con mil rubíes; conozco el caliz cubierto de piedras preciosas que pertenecia al rei Jamschid; conozco los mares de las Indias, cuyos escollos son de coral; conozco las islas de los aromas i del incienso; pero no, no son éstos los dones que aprecia el grande Allah.

Errando la Peri en el refulgente firmamento, vió caer atravesado por pérfida mano un héroe que peleaba por su patria; corrió á recojer la última gota de sangre que salia de su jeneroso pecho. He aquí,

dijo entonces, el don que debe levantarme el destierro; tan pura es la sangre que se derrama por su pais! Mui apreciado es este don en el cielo, contestó el ángel; pero se necesita de otro que sea todavía mas santo. La prófuga visitó las hermosas riberas del Nilo devoradas por la peste, ve morir un gallardo jóven en la flor de sus años i de la esperanza, i á la claridad de la luna, ó mas bien al triste eco de suspiros tiernos, columbra una amante desolada, que pedia morir á su lado mas bien que llevar todas las coronas del universo: la aflijida vírjen imprime un ardiente beso en los pálidos labios del malogrado jóven i espira: la peregrina del cielo recoge el suspiro de aquella pura hostia de amor, i se remonta mui ufana, creyendo llevar la prenda que se le habia ecsijido; mas el ángel sonriéndose con tal presente, le dijo: "las puertas de la alegría no se abren á tales esfuerzos del amor profano; el cielo

quiere un don mas santo que un beso i un suspiro.

Voló la Peri á las cimas del Líbano i á las bellas orillas del Jordan; esperó hallar en el templo de Salomon algun tesoro precioso. Divisó un niño, que elevando sus manecitas al cielo, se esforzaba por articular con sus inocentes labios el gran nombre de Dios; se asemejaba á un anjelito, que habiendo perdido la senda del Paraiso, siente en su corazon el intenso deseo de llegar á su primera mansion. Es observado este amable niño por un hombre encenagado en el vicio, quien volviendo la vista al hondo abismo en que lo precipitaba su vida libertina, exclamó: "Yo tambien, dichosa criatura, fuí un dia tan puro é inocente como tú, i con igual candor adoraba al Ser supremo." Se despierta de repente toda la sensibilidad de sus primeros años, i rompe en un copioso llanto, hijo del arrepentimiento; i aquel corazon

tan encallecido en la maldad se abre á toda la efusion de la ternura i del dolor.

La Peri, que estaba atenta á todos sus movimientos se dirige á él, i le dice: "Una suave lágrima que en el ardoroso mes de Junio derrama la luna sobre el infecto valle de Ejipto, es una gota milagrosa i de tan májico poder, que ahuyenta todos los jérmenes funestos, hace cesar el contajio, i restituye la salud para consuelo de la tierra: así, pues, hombre pecador, no en vano inundas tu semblante de esas lágrimas de arrepentimiento; esas celestiales gotas de dolor son el bálsamo mas refrijerante de las llagas de tu alma. La Peri divisó la sonrisa anjelical, que desde las eternas mansiones saludaba la bendita lágrima precursora de sus glorias celestiales; le fueron abiertas las puertas del paraiso, i pasó á gozar de la eterna bienaventuranza. (1)

[1] Este es un apólogo que está en perfecta armonía con las doctrinas de la religion cristiana.

Los trasportes de alegría que se disfrutaban despues de las lágrimas, son como los rayos del sol que nunca tienen mayor hermosura como cuando brillan sobre el rocío que cubre las yerbas i las flores. Cuando el hombre se entrega al llanto, bien puede asegurarse que está distante de cometer un atentado. La mayor desgracia de un hombre es el no poder llorar; i el mayor sacrificio de una alma desolada es el deber ocultar sus lágrimas.

Una pena estremada seca la dulce vena del llanto. Cuando un hielo mortal descien- de al corazon, queda ostruido el curso de la fuente de la piedad. Si los ojos tienen todavía algun brillo, consiste en que con- servan alguna lágrima helada. No se ha perdido todo cuando podemos llorar; el llanto por la felicidad pasada hace con- servar una parte de su ilusion.

Necker ha escrito cosas sumamente de- licadas sobre el llanto. Estais conmovi- dos, dice, vuestros ojos se humedecen de

lágrimas cuando habláis de vosotros mismos, cuando leéis vuestras composiciones, i cuando se os mortifica vuestro amor propio. Yo no apruebo esa gran ternura que teneis por vuestros hijos i por vosotros mismos. Tampoco me interesais cuando llorais de cólera, porque vuestro orgullo se ve ofendido, i no podeis satisfacer vuestro resentimiento. I vosotros, que llorais á cada rato como las mujeres, con artificioso estudio i con degradante flaqueza, yo os desprecio, no puedo sufrir la vista de un semblante inundado en un llanto frio. ¿Cuáles son pues las lágrimas que penetran mi corazon? Son las que vierten los desgraciados sin echarlo de ver, i de las cuales se ruborizarían si creyensen que pudieran ser interpretadas por finjidas; son las lágrimas de compasion derramadas sobre las penas de otro; son aquel torrente sagrado que se desprende de un corazon inflamado en la contemplacion divina, en

las oraciones i en el arrepentimiento; son aquellos dulces diluvios que se precipitan en silencio de dos hermosos ojos para aliviar un tierno corazon, ya que no sea para sanar una herida; son vuestras lágrimas, venerables ancianos, cuando os esforzais en retenerlas i en ocultarlas á la vista del público, por temor de que descubrian la ingratitude de un hijo que amais; son vuestros sollozos, amables niños, cuando sois castigados injustamente sin saber por qué, é implorais un amparo, sin saber si lo habrá para vosotros; son vuestro amargo llanto, tiernas esposas, llanto, que nunca habría inundado vuestras lindas mejillas sino hubieran sido infieles vuestros queridos esposos; llorais porque ellos no piensan en vosotras, sin que por eso dejeis vosotras de pensar en ellos; se cambió vuestra suerte; desaparecieron los encantadores sueños de vuestra felicidad.

Todas las bellas pasiones tienen sus

dulces lágrimas. La gratitud tiene lágrimas brillantes que corren sin esfuerzo, i embellecen el corazon de quien las derrama. Un placer intenso se espresa tambien con las lágrimas, las cuales resplandecen como las perlas á los vivos rayos del sol. Tambien tienen sus lágrimas hermosas la noble emulacion, el escelso amor de la gloria i la ira jenerosa.

El mas esforzado de los griegos lloró sobre el cadáver de su amigo. Al contemplar el gran Alejandro el sepulcro del héroe que merecia los cantos de Homero, derramó magnánimas lágrimas, hijas de una emulacion jenerosa. Lloró Julio César sobre la cabeza ensangrentada de su ilustre rival. Lloró Mário sobre las ruinas de Cartago. Los bardos de Caledonia se estremecian á la vista de los héroes fallecidos, i sobre su féretro ensalzaban los cánticos del llanto i del dolor.

El hombre grande, dice Rousseau, no

lloró sino de ternura ó de admiracion: la jenerosidad i la compasion son las delicadas cuerdas, por medio de las cuales se puede conmover su alma; podrá ver con ojo sereno sus desgracias; pero no dejará de enternecerse si se pára á considerar su inocencia, i el premio que merecia su corazon.

Es preciso tener un alma elevada para derramar cierta clase de lágrimas: el origen de los grandes rios se halla en la cima de los montes que mas se acercan al cielo.

Se enjugan las lágrimas de un amigo llorando con él, i este acto es mas meritorio que el primero.

I pianti pietosi
 Dei teneri amici
 Pei cuori infelici
 Che il duolo ferí,
 Son come del cielo
 Le molli rugiade

Sul lánquido stelo
Del fior che appassí. (1)

Yo no amo el fausto de las riquezas, decía Elisa Draper, sino cuando derrama el supérfluo sobre la choza del pobre, mandando á las lágrimas que están para desprenderse de los ojos de la miseria, que se cámbien en espresion de alegría, i que corran en su lugar sobre las mejillas que empiezan á sonreirse con los arrebatos de la gratitud. La pobreza socorrida, ya que no pueda dar otra cosa, da una lágrima; pero una lágrima de precio inestimable.

La pálida luna dormía sobre un lecho de rosas en la estacion mas ríjida del año,

[1] El llanto piadoso
De tiernos amigos
Para desgraciados
Que sufren dolor,
Es como el rocío
Que baja del cielo
Al lánquido caliz
De marchita flor.

en el solitario descanso de los muertos se hallaba la acongojada Licilia, sollozando sobre la tumba de su Lindoro. Una lagrima ardiente salió de los ojos de la aflijida doncella, se heló al caer, i en tal estado permaneció toda la noche. A la mañana siguiente, brillaba á los rayos del sol como una perla del rocío. Un ángel errante vió desde su esfera de luz aquella joya preciosa, la llevó á la piedad, que es representada por la diosa de dulces miradas, i la agregó á su diadema celestial como el adorno mas lujoso.

¿Qué vale mas, ser hombre ó mujer?

Para poder decidir esta cuestion con conocimiento de causa, espondremos los méritos i ventajas de una i otra parte, para que cada cual resuelva el problema á su modo, si bien podemos anticipar nuestro juicio sin temor de equivocarnos, que no habrá un hombre que desee mudar de sexo, ni mujer que no gustase de verse ele-

vada al rango de varon; aunque sólo fuera por sacudir aquella dependencia en que el secso débil ha sido constituido por las leyes, por la costumbre, por el mayor poder i por la conveniencia, sea dicho con buena licencia de nuestras benévolas lectoras. He aquí, pues, el cuadro del hombre i de la mujer.

El hombre posée un noble valor, las vigorosas resoluciones, las virtudes viriles i guerreras, el poder, el mando, el campo de la gloria i de la fortuna; la mujer posée la bondad, la dulzura, las gracias seductoras, i las tímidas virtudes propias de su secso. Al hombre le adorna mayor esfuerzo en su brazo; la mujer se ve embellecida con atractivos mas poderosos. La divisa del hombre es el dominio; la de la mujer el amor i el agrado. El hombre tiene la resolucion i la altivez correspondientes á su valor; la mujer la resignacion, las súplicas, i las lágrimas. El hombre tiene la noble jactancia, compañera de la fuerza;

la mujer la modestia i la honestidad, compañeras de las gracias.

El hombre puede adornarse de sus ventajas; la mujer por su misma modestia no puede prevalerse de ellas. El hombre puede preferir su patria á su familia; la mujer debe dar todo su corazon á los dulces frutos de sus entrañas. El hombre lleva esculpida en su frente la noble audacia i la majestad; la mujer lleva pintado en su semblante el pudor, i en sus labios el amor.

El hombre tiene una razon mas ilustrada i un sublime don de intelijencia; la mujer tiene una delicadeza esquisita en las atenciones i miramientos sociales, un tacto mas fino, i una primera impresion que casi siempre es infalible. El hombre juzga con el espíritu; la mujer con el corazon.

El hombre es un amparo, un grande apoyo en los graves peligros i en los desastres; la mujer es una dulce consejera, i un consuelo celestial en los afanosos cuidados i reveses. Sobre el hombre pesan las

graves atenciones de la vida; i sobre la mujer las domésticas. El hombre domina los animales; i la mujer encadena el corazón del hombre.

El hombre está revestido de las escelsas cualidades que distinguen al rei de la tierra; i la mujer lo está de las cualidades benéficas i amorosas, que caracterizan la amabilidad i que hacen la delicia del hombre. El hombre constituye la fuerza de la sociedad; i la mujer forma sus vínculos. Los hombres son las columnas del edificio social; i las mujeres son los chapiteles ó remates en los que consiste su principal adorno.

El mismo artífice supremo parece haber decidido la cuestion á favor de las mujeres, segun el órden i progresion que observó en el acto de poblar el mundo con tantas i tan diversas criaturas. Empezó por los insectos, pasó luego á los peces, en seguida á las aves, á los cuadrúpedos; i continuando la creacion con gradual au-

mento de hermosura i magnificencia formó al hombre rei de la tierra, i finalmente á la mujer como el prototipo de lo bello, i como la última perfeccion de sus divinas obras.

De estas reflexiones se deduciría que siendo la mujer mas hermosa i perfecta que el hombre, debería ser preferible pertenecer á aquel sexo; pero sobre no ser admisibles estas consecuencias, i aun menos la de que la de la mujer sea mas perfecta, pues si nos atenemos al fallo de severos jueces, indica lo contrario la circunstancia de haber sido formada la mujer de la costilla del hombre; i aun conviniendo en todas las escelencias que se decantan de este bello sexo, nos parece que no habrá criatura que no desée pertenecer por la misma razon al fuerte, porque cuanto mayores sean los encantos de la mujer, mayores han de ser los goces que proporcionen al hombre.

FIN DEL TOMO CUARTO.

INDICE

DE LAS MATERIAS.



TITULOS.	PAJINAS.
I. Tratado de historia.	5
II. La vieja de la mortaja blanca de Boston.. . . .	55
III. Nueva máquina hidrostática.	93
IV. Pescado jigantesco.	95
V. Fenómeno vegetal.. . . .	97
VI. Descubrimientos útiles á los asfisiados.. . . .	99
VII. Anécdotas curiosas i dichos agudos.	105
VIII. ¿Son mas convenientes á la riqueza pública las haciendas grandes ó las pequeñas? . . .	125
IX. Teorías gastronómicas. . . .	155
X. Discurso sobre la crítica. . .	185
XI. El conde de Amberes.. . . .	217
XII. Un pueblo en las cercanias de Moscow.	261

XIII.	Los mellizos	267
XIV.	Influencia de las lágrimas. .	277
XV.	¿Qué vale mas, ser hombre ó mujer?.	292



ERRATAS.

<i>Páj.</i>	<i>Lín.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
6	20	Jacob	Santiago
7	18	Rabeca	Rebeca
36	11	Porzo	Pozo
199	19	491	1491
200	6	han guiado	ha guiado
243	2	intempestiva	intempestivo
276	9	maestro	maestre
287	17	creyensen	creyesen
288	8	descubrian	se descubra

CONTINUA LA LISTA

DE

LOS SEÑORES SUSCRITORES

DE LA HABANA.

765 Srs. don Juan Gualberto Alvarez.

766 don José Bachone.

767 don Luis Poey.

768 doña Rosalía de la Paz de Fuero.

769 don Fernando José Valero.

770 don José Muñoz.

771 don José María Villavicencio.

772 don Juan Rodriguez.

773 don Antonio de Zayas.

774 don Antonio de la Cruz Muñoz.

775 don Martin Echegoyen.

776 don Próspero Deniz.

777 don Ramon María Pardo.

778 don Manuel Sanchez.

779 don Federico de Ellacuriaga.

780 don Alberto de Galarraga.

781 don Juan Bautista Perdomo.

782 don Carlos Revilla.

783 don Juan Milá.

784 don Ignacio Entralgo.

- 785 Srs. don José Sarachaga.
786 don José Patricio Sirgado.
787 don Francisco de Paula Sequeira.
788 don Manuel de Castro Palomino.
789 don José Betancourt i Sastre.
790 don Pedro Vibanco.
791 don José María Morales.
792 don Juan Bautista Duarte.
793 don Pedro Gomez.
794 doña Luisa Bernabeu.
795 don Manuel Junquito.
796 don J. A. Y.
797 don Luis Aston.
798 don Felipe Carbonell.
799 don Domingo Rodriguez.
800 don Manuel Valero.
801 don Ramon de Bustillo i Barreda.
802 doña Juana Gonzalez de Crespo.
803 don José Miguel Soler.
804 don Antonio Miguel.
805 doña María de la Merced Alvarez.
806 don Marcos Ceulino.
807 don José Joaquin de Luque.
808 don José Zamora.
809 doña Francisca Colell.
810 don Enrique Crespo.
811 doña Rosalía de Cervantes.
812 Sr. Conde Duquesne.
813 don Bernabé Calbes.
814 don Andres de Jesus Diaz.

- 815 Srs. don Juan de Dios Izquierdo:
816 don Diego Fonseca i Pimienta.
817 don Joaquin Leandro de Solis.
818 don Vicente Aelia.
819 Sr. Contador jeneral de Marina.
820 doña Rafaela de Sotolongo i Aguilar.
821 don Juan José de Pedrajas.
822 don Juan Rodriguez de la Torre.
823 don Joaquin de Ester.
824 don Manuel Jose de Aguiar.
825 don José Canelas.
826 don Mariano Andrade.
827 don Julian Valdés i Ayala.
828 don Roque Valdés.
829 don Matías Urzais.
830 don José Valdés.
831 don Pedro Pablo Castellanos.
832 don Domingo Guansé.
833 don Antonio Miró. 2 ejs.
834 don Carlos Fernandez.
835 don Francisco de Saavedra.
836 don Leandro Lirio.
837 don Antonio Gelabert.
838 don Juan Blasco.
839 don Rafael Bandini.
840 don Tomas Alvear.
841 don Ramon Sigarroa.
842 don Juan Francisco Llanes.
843 don Vicente Ferrer. 2 ejs.
844 Sr. Marques de Campo Florido.

- 845 Srs. don José Valdés i Fanlí.
846 Fr. Domingo Grobas.
847 doña Francisca Gonzalez Noroña.
848 don Juan José Rosel.
849 don José Acosta.
850 don Matias Bobé.
851 don Joaquin De Madaria,
852 don Carlos Galo.
853 don Antonio Lopez de Santiago,
854 don José Fernandez.
855 don Benito Riera.
856 don Juan Molier.
857 don Jaime Himeli.
858 don José Ramon Simoni.
859 don Juan Rivas.
860 don Francisco Tarrades.
861 doña Dionisia Peraza.
862 don Juan Bautista de Zangronis.
863 don José Dotres i hermanos.
864 don Juan Antonio Fernandez.
865 don Juan de la Cruz Valdés.
866 don Juan Francisco Beltran.
867 don Vicente Martinez.
868 don Sebastian Gispert.
869 don Sebastian Viera.
870 don José Mazorra.
871 don José Bohorquez.
872 don Rafael de Palma.
873 don Lorenzo de Córdoba.
874 don Francisco Mavillo.

- 875 Srs. don Juan de la Cruz del Junco.
876 don Santiago de Gallo i Bonifaz.
877 don Andres Ferregut.
878 don Diego Govantes.
879 don Joaquin Sequeira.
880 don Juan José Robles.
881 don Francisco Javier Valdes.
882 don Florentino del Cristo.
883 don Luis Villate.
884 don José Quesada.
885 don Anjel Vejerano.
886 doña Andrea Arango 2 ejs.
887 don Pedro Gordillo.
888 don Pablo Mimó i Reventó.
889 don Javier Estulain.
890 don José Crucet.
891 doña María de los Angeles Granados.
892 don Tomas Galan.
893 don Antonio Pio Jimenez.
894 don Gaspar Carriera.
895 don Luis Espinosa.
896 don Fernando Pié.
897 don Ignacio Hernandez.
898 don Vicente Rodriguez. 2 ejs.
899 don Mariano de la Concepcion.
900 don Eusebio Perez.
901 doña Felipa Bonet.
902 don Rafael Morales Consuegra.
903 don Jorje Billund.
904 don José V. Bango.

- 905 Srs. don Narciso García de Mora.
906 don Miguel de Cárdenas.
907 don Victoriano Iribarren.
908 don Pedro Dominguez.
909 don José Alvear.
910 don Blas José Perez.
911 don José Leocadio Valdés.
912 don José Givere i Roche.
913 don Faustino Figarola.
914 don José Antonio Muñoz.
915 don Francisco Duran.
916 don Juan de Dios Vigas.
917 don Dionisio Mantilla.
918 don Félix del Corral.
919 don Luis Armario.
920 don Tomas Granados i Oliva.
921 don Jo quin de Lara.
922 don Manuel Cuervo.
923 don José Urdapilleta.
924 don Pedro Bustillo.
925 don Rafael Baldomero i Rodriguez.
926 don Manuel Perez Delgado.
927 don Juan Ledesma.
928 don Manuel Rodriguez Cabrera.
929 don Francisco Agramonte i Recio.
930 don Salvador Vendrel.
931 don Juan Antonio Herrera.
932 don José María Ramirez.
933 don Benito Simanca.

[Continuará.]



BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ